

ElINA



Despertar hacia Europa

Desde el Norte, Revitalizando Sueños

Franklin Cárdenas González

Elina, Despertar hacia Europa
Desde el Norte, Revitalizando Sueños

Franklin Cárdenas González

Amazon

Contents

[Title Page](#)

[Elina: Despertar hacia Europa](#)

[DEDICATORIA](#)

[CONTENIDO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[Prólogo](#)

[1. Días de felicidad](#)

[2. La recuperación de Inesita](#)

[3. Aeróbicos con aroma de café](#)

[4. Intermunicipales](#)

[5. La que volvió como un fénix](#)

[6. La redención de Ezequiel](#)

[7. Sus clases de Historia del Arte](#)

[8. Su primera vez, y el triunfo del mal](#)

[9. El sueño de Olegario](#)

[10. Maruja impulsando sueños](#)

[11. Su llegada a Londres](#)

[12. Sus trabajos, viajes en Europa y amistades](#)

[13. El Despertar De Valentina](#)

[14. Mensajes a Olegario](#)

[15. Su regreso a Colombia](#)

[16. Su mayor desafío](#)

[Sobre el autor](#)

Elina: Despertar hacia Europa

Desde el Norte, revitalizando sueños

FRANKLIN CárDENAS GONZÁLEZ

Copyright © 2024 Franklin Cárdenas González
Todos los derechos reservados.

ISBN:

DEDICATORIA

A mi madre Elina, por darme tanto amor y ser modelo de resiliencia.

A Inglaterra y Europa, por recibirme con los brazos abiertos y ser la inspiración en la consolidación de mis estudios de lenguas.

CONTENIDO

Prólogo

1. Días de felicidad
2. La recuperación de Inesita
3. Aeróbicos con aroma de café.
4. Los Intermunicipales
5. La que volvió como un fénix
6. La redención de Ezequiel
7. Sus clases de Historia del Arte
8. Su primera vez, y el triunfo del mal
9. El sueño profundo de Olegario
10. Maruja, La impulsadora de sueños
11. Su llegada a Londres
12. Sus trabajos, viajes en Europa y amistades
13. El temblor y el despertar de Valentina
14. Mensajes a Olegario
15. Su regreso a Colombia
16. Su mayor desafío

AGRADECIMIENTOS

A Dios, como siempre, por ofrecerme el don de la vida y colmármela de tantas bendiciones.

A mi familia Cárdenas González, por su amor incondicional, paciencia e inspiración durante las largas horas de escritura.

A mi querida amiga Jane Lee, una super coach que me ha ayudado a organizar mi trabajo con una disciplina y organización excepcionales.

A ti, querido lector, cuyo apoyo y pasión por “Elina, Sueños de Romance: Un recorrido de amor por el Norte” han sido fundamentales para la continuación de esta saga. Tu entusiasmo y dedicación son la razón por la que esta historia continúa. Gracias por acompañarme en este viaje literario y en los que vienen.

Para todos ustedes, esta secuela ha sido escrita con todo el corazón y con el gran deseo de conquistarles.

Prólogo

En el intrincado tapiz de sus pequeñas diferencias, la anterior resistencia de Olegario a precipitarse en el compromiso podría haber sido la razón suficiente para amargar los elaborados planes de su matrimonio. Pero la verdad detrás de esa ruptura, la revelación de que su prometido se había enamorado de una pueblerina, llevó a Débora al borde del abismo emocional, generando una grieta profunda en su amor propio. En ese momento, más que una cuestión entre dos, la trama amorosa involucraba a un elenco extenso: amistades, familia y la alta sociedad, implacable en su exigencia de cumplir las expectativas matrimoniales.

Herida y agravada por los risueños fantasmas que Cupido había arrojado en su contra, Débora había tejido maquinaciones en torno a una artificiosa enfermedad. A través de un lenguaje cáustico, había buscado entorpecer los destinos de Olegario y Elina, transformando sus dulces sueños en una pesadilla completa, impregnada de torturas nocturnas y días enteros de afectos melancólicos.

Mientras en meses pasados, Olegario reflexionaba sobre el poder de sacrificio de su ex, ella ya le llevaba unas cuadas de ventaja en su plan para retenerlo. Su venganza planeada, para provocar daños irreparables, había comenzado el día en que le pidió su última noche, dejando la puerta de su cuarto abierta al escuchar que las organizadoras llegaban para la entrevista. Después de su conversación con Génesis, su objetivo era Elina, quien se suponía que entraría a su cuarto. La primera parte había marchado casi a la perfección; luego, en su segunda mentira de pedirle tiempo a Olegario para estar sola, se dejó conducir por Bárbara a la casa de los Sanabria. Aprovechando que sus padres estaban en chequeo médico, logró entrar en la casa y conversó con Elina un largo rato, cual si fuera su mejor amiga. Al final, ambas terminaron abrazadas y con lágrimas en los ojos, aunque la sinceridad solo residía en la hija del cazador.

—Me fascina esta atarraya que huele a mar y me hace soñar, ¿a ti no? —Elina solo le respondió con una sonrisa tímida. —Es una lástima, amiga, que el destino inescrutable nos haya puesto en esta situación, pues mira que compartimos muchos gustos y, sobre todo, nuestra honestidad.

Al menos, eso llegó a pensar Elina, ignorando que las buenas intenciones de su nueva amiga eran solo una artimaña, para quitarla del medio. Agarrándose los brazos detrás de la espalda, Débora empezó a tejerle su telaraña de mentiras, que no incluían piedad por el dolor ajeno, pues había que sacarse la espina, a como diera lugar.

—Amiguis, te pido que lo hagas feliz pues, aunque sé que me adora, me resta poco tiempo.

—¿Pero, de qué habla, Débora?

—No sé si debería contártelo...— Fingiendo un suspiro y dejando que el aire le faltara, con lágrimas que adornaban la escena, respondió. —Me encuentro sumamente debilitada en esta lucha contra el cáncer que me aqueja. Lamentablemente, el destino me ha asignado un tiempo limitado, el cual hubiera preferido pasar a su lado. Sin embargo, dado que tú lo amas y sé que lo voy a dejar en buenas manos, elijo renunciar a su amor y llevar estos meses restantes con serenidad y dignidad.

—Amiga, ¿y él lo sabe?

—Sí y no, — clamó Débora, con muy poco contacto visual. —pero no importa... quiero que me prometas que guardarás este secreto; ya sabes, necesito que me recuerden como lo que soy ahora y no, como a una enferma terminal, inspirando lástima. Concédeme esta última voluntad, pues,

Elinita, me opongo a ser una carga para nadie.

Para cualquier espectador, Débora hubiera podido ser una actriz merecedora de un Oscar, pues sus ensayadas palabras, iban acompañadas de más lágrimas, risas y gritos de desesperación.

–No se preocupe, – convino Elina, habiéndose tragado todo el cuento. –ustedes se merecen y, al contrario, soy yo la que se va a apartar del camino, y aquí renuncio completamente a su...

–Abrázame que tengo frío. – Débora estaba tan preocupada por hacer su show completo, que ni la dejó finalizar su frase, fingiendo estar aturdida. –Siento miedo de todo, y discúlpame que hoy esté tan sensible.

Su interlocutora, en una gran emoción llorosa, -como se lo contaría luego a su madre-, hubiera querido cambiar su destino para ser ella, la que se iba, pero así era de injusta la vida.

–Tú, tan linda, Salazareña y todo, con una vida prometedora por delante, y yo desapareciéndome minuto a minuto; sé que te vas a conseguir a alguien que te valore, perdóname, pero mi Olegario no te merece, además, no lo conoces como yo, y sé que vales más que eso. – Fingió tomarse una pastilla. – ¿Entonces, amiga, confío en ti?

–¡Completamente!

Y ya, habiéndose asegurado de que su presa actuaría de la forma que quería, empezó a despedirse, afirmando que se le estaba haciendo tarde para su otra medicina.

–Débora, si alguna vez necesita algo, sea lo que sea, no dude en llamarme. –la abrazó nuevamente. – si es preciso, viajo a Cúcuta para estar a su lado.

La fingida enferma le agradeció y pretendiendo caminar lentamente, salió de la casa. En la fuente de soda de la Campiña, la esperaban Maruja y Bárbara.

–¡Cayó facilito! – les dijo y las tres celebraron su triunfo con cuba libre y papas a la francesa.

–Pero, Débora, ¡hija!

–Ay, no jodas, mamá, que en la universidad aprendí que el fin justifica los medios; y tú que tanto lees la biblia, ¿no fue la mentira, lo que la esposa de Potifar utilizó, al no gozar del amor de José?

–Esa no es tu realidad. –Agustina no podía reconocer a su propia hija, en el teléfono.

–Realidad o ficción, yo fui simplemente otra víctima más del despecho, podrás pensar, pero ya Dios me redimirá. Más bien, tenle compasión a la pueblerina, que creció con aburridos valores, pues lo que tiene de bonita, lo tiene de pendeja y seguro que se va a llevar mi mentira a la tumba. Ahora sí, te acepto el viaje a Cancún, nos vamos de celebración.

Agustina no pudo soportar que su hija no conociera el arrepentimiento y le colgó el teléfono.

Y fue ahí donde había empezado el calvario para Elina, pues tenía que impedir que sus sentimientos por su amado siguieran creciendo.

–Ya el destino nos cerró la última puerta, y no podemos darle más largas a lo que nunca debió comenzar. –Llorando, tiró a la basura la cajita que conservaba de Olegario.

Aunque pronunciar esas palabras le resultaba sencillo, era consciente de la imposibilidad de autoengañarse y de controlar con la mente los anhelos de tenerlo cerca. La tentación de nutrir esos deseos era palpable, y sabía que debía extinguir todas esas mariposas revoloteando en su estómago, reminiscencias de las tramas apasionadas, narradas por la escritora cubana Delia Fiallo en sus novelas, que parecían desatarse como descargas eléctricas en todo su ser. Sus emociones actuales eran un torbellino; a veces, experimentaba rabia por la consideración forzada de tener que aceptar su inesperado destino, pero, no obstante, este era el camino que debía seguir.

–¿Acaso la señora Génesis sospecha algo? – se preguntó, dándole de comer a su mascota, y se

vio negar con la cabeza. –En absoluto. De lo contrario, no insistiría tanto en nuestra relación. Dios, pobre Débora, seguramente terminará por revelarlo todo.

Decidiendo ocuparse para despejar su mente, Elina encendió el radio a todo volumen, dejando que Caracol Estéreo inundara la habitación de baladas románticas. Con un trapo en una mano y un balde en la otra, cerró la puerta por dentro y comenzó a pulir el piso con vigor, cada movimiento una batalla contra los pensamientos que la atormentaban. Mientras esperaba la llegada de sus padres, intentaba olvidar las palabras de Débora, pero una inquietud persistente la invadía. Sin saberlo, cada pasada del trapo sobre el suelo era un preludio a algo mucho más oscuro y peligroso de lo que jamás podría haber imaginado...

...A pesar de que, durante un tiempo angustiante, esta mentira había logrado apartar a los jóvenes enamorados, la verdad, apoyada por la presencia del doctor Jairo y Génesis, iluminó el camino hacia su reencuentro. Débora nunca descubrió la magnitud de su derrota, y el amor de Elina y Olegario logró florecer nuevamente. Sin embargo, la crueldad que Débora había sembrado no podía desvanecerse simplemente; su humillación era solo el comienzo. Lo que había comenzado como una sombra oscura prometía desatar tormentas aún más aterradoras.

Ahora, al borde de un nuevo capítulo, Elina se prepara para enfrentar desafíos aún mayores, llevando consigo las cicatrices de su pasado y la determinación de un futuro que promete ser tan intrincado y fascinante como el tapiz de su vida.



1. Días de felicidad

—Es imperativo que ambas causas, tanto la vinculada al hospital como la relacionada con el ancianato, surjan como resultado de un esfuerzo colaborativo y dedicado. —resonó la poderosa voz de Génesis a través del megáfono del líder religioso local, eclipsando las palabras del señor del baratillo. —En este sentido, extendemos una cordial invitación a los coordinadores de los distintos barrios para que se unan a nosotros en una reunión programada para esta tarde a las 3:00, la cual se llevará a cabo en la Casa Cural.

Ya en la tarde, se vislumbraba la presencia de veinte personas sentadas, disfrutando de una taza de tinto, cortesía de las voluntarias del comité.

—¿Dónde compró esa tela, Barbarita? Ese vestido la hace ver más alta y parece toda una hormiga culona. ¡Ahora sí que le van a llover los maridos, hija!— Carlota se había ofrecido para atender la puerta de la casa cural, pero parecía demorarse un poco con su acostumbrada chismografía. —Pa'eso sí tiene plata la Maruja esa,- le decía en secreto a su hija. —pero, por ahí, dicen las malas lenguas que dizque, tiene a su hija Bárbara a punta de arroz y papa, mucha miserable.

—Carlota, ¡están timbrando, porfa!— la interrumpió Génesis, mientras Carlota se fue a abrir la puerta.

—Qué pena, señora Génesis, estaba ocupada en la cocina con unas pezuñas de cerdo.

—Tranquila, Márgara. Estaba pensando que aquí hay más de un personaje que, si se ganaran la vida con el sudor de su lengua, serían millonarios.

—¿Sabe que sí?, doctora. —comentó Zoila Rosa.— Y eso que no la ha visto cuando...

—Sean todos bienvenidos, y gracias, señores por su asistencia. —dijo Génesis, ignorando a Zoila Rosa e iniciando la reunión con una notable dosis de energía— Con el objetivo de recoger fondos y, dada la popularidad de las interclases de baloncesto del colegio de la Presentación... —La emoción se reflejaba en su expresión, mientras recibía un tinto de las manos de Márgara. —...si la hermana María Jesús, aquí presente, no se opone, quisiera que se organizara un campeonato intermunicipal femenino, que tendría repercusión en los pueblos aledaños.

—Me parece bien, doctora, ¿pero nos colaborarían con algo para que podamos restaurar la capilla?

—Claro que sí, hermana, ¡ni más faltaba! Vamos a cobrar la entrada a los partidos, y para ahorrarnos dinero, algunas familias del pueblo tendrán que hospedar a las jugadoras y parte de cada comitiva, que vengan de otros pueblos.

—Si me permite, señora Génesis.— Elina pidió la palabra. — Con el fin de integrar a nuestros visitantes, propongo la organización de un acto cultural que clausure los juegos. En este evento, nos proponemos promocionar a Salazar de las Palmas, contribuyendo así al esfuerzo turístico liderado por el señor alcalde.

—Claro que sí, gracias, Elinita. Ahora, te agradezco que con Olegario, empiecen a recoger los nombres de las familias que nos van a colaborar.

Con la organización en mente, los nuevos enamorados viajarían a Cúcuta, para promocionar el evento en algunos programas de radio de la capital.

—Mija, usted sabe como es su papá; dijo que la dejaba ir, siempre y cuando se quedara donde su tía Maruja y no saliera a deshoras.— Aunque era partidario de sus amores con Olegario,

Ezequiel no quería que sus suegros la tildaran de niña fácil.

—Ay, mamá, ¿me va a tocar, calarme la impertinencia de Bárbara, con su carita de yo no fui? ¡estoy hecha, entonces!

Con el fin de no hacerle pasar más verguenzas a su papá, nunca les había querido comentar que era su tía, la que la había traicionado con don Adriano. Y ahora menos, porque sabía que sin otro lugar donde dejarla quedarse, definitivamente, le negaría el permiso.

—Agradezca, más bien que antes, la dejó ir. ¿O va a dejar ir esta oportunidad por no quedarse allá?— Valentina no lograba cambiarle su cara de desánimo. —Mire, hija, según él, su tía dizque está tan encantada con su visita, que quiere que Bárbara les muestre la ciudad.

—Jum, ¿cómo será ese tal encanto? —protestó Elina, muy incrédula.

—A ver, Elinita, las personas pueden cambiar, o ¿no se acuerda lo del sermón de Monseñor, con eso de que el mundo da muchas vueltas? Vaya, y antes me cuenta sí de verdad, cambiaron.

—¡Ay mamá, yo no creo en brujas! — Elina sintió que su labio le temblaba y lo apretó pues no quería ser más débil. —¡Pero, lo que soy yo, por ellas, no me voy a dejar dañar el viaje!

—Así se habla, hija; deje que la mala fama se la den ellas, pero usted dese la buena vida. — Valentina le alargó un pedazo de panela con queso, recordando talvez las travesuras de sus hijos cuando se zampaban esta combinación a escondidas como si fuera oro. —Tome, lléveles esto y este avío es para usted, para que se lo coma en el camino. Agarre una cuchara de plata del cubiertero nuevo, y luego me la trae, pero no me la pierda, que el del baratillo no ha vuelto.

—¡Qué pena con su majestad!— le dijo su tía, irónicamente, al abrirle la puerta y recibirle los quesos criollos, que su hermano le había enviado. —Aquí en Prados del Norte, no tenemos alfombras doradas, ni almohadas de terciopelo para la novia del hijo del alcalde. Ah, pero nos queda la habitación de la criada, ahí te puedes quedar, pues va con tu raza y educación.

Durante su estancia, Elina se vio obligada a contener sus objeciones y tragar saliva ante la descortesía y el sarcasmo imperantes. Aun enfrentando tales desafíos, comprendió que no se podía desviar del comienzo de su nueva vida y estaba decidida a iniciarla con el pie derecho.

—En fin, no sé que le vio ese muchacho porque de bonita no tiene nada y no le llega a Barbarita ni a los tobillos. Tome para que tienda la cama y por favor, tenga la ventana abierta, para que no me la deje olorosa a peo cuando se vaya.

Su tía se retiró, visiblemente enfadada. Resignada, Elina, reconociendo que compartir la habitación con Bárbara podría haber sido aún más complicado, obedeció y se refugió en su burbuja imaginaria. Se dispuso entonces a concentrarse en la preparación de las entrevistas con los empresarios.

—Amor, recógeme lo más temprano que puedas, para no tener que prepararles el desayuno.— Le había pedido a Olegario.

Con esa solicitud en mente, esperaba no tener que verlas en la mañana y, gracias a sus ocupaciones vespertinas, tendría la excusa perfecta para regresar a casa en la noche, lo cual le venía de maravilla. Sin embargo, sus planes estaban a punto de complicarse. Bárbara, observándola con interés desde arriba de sus gafas, se acercó para despertarla y la abordó con preguntas. Elina, intuitiva, sabía manejar la situación con destreza.

—No, en realidad, por ahora, soy una especie de tesorera, entonces, me traen para que los espere en Ureña, mientras cambian unos bolívares, por eso me traje una cachucha, ¿porque se imagina, Bárbara? me va a tocar esperar a pleno sol. Dichosa usted, prima, que se puede quedar en la casa y yo ponchada, por allá todo el día.

—Ah, ¡pues la trajeron de cachifa ! Mamá...— y carcajéandose, su prima se fue feliz, mientras Elina, por su lado, había logrado escaparse sin tener que cocinarles.

Estos días en la capital habían sido muy productivos; habían logrado entrevistarse con 10 personas diferentes y casi todos habían sucumbido ante la buena intención del proyecto, que habían bautizado “Amigos de los Ancianos de las Calles de Salazar.” Olegario también había aprovechado los momentos libres, entre reuniones y la había llevado a conocer el parque Santander, donde habían caminado abrazaditos, dándole de comer a las palomas y luego, en Villa del Rosario, le hizo un recorrido histórico por la casa del General Santander, que Elina apreció inmensamente, y que le recordó los comentarios de su profesor Salomón.

Un viernes en la noche, tuvo que implorarle a su tía que le diera permiso para salir, pues Olegario le quería mostrar la fuente luminosa.

—Entiendo, sí. Dame unos minutos. — Al ver por la ventana que Olegario la estaba esperando, Maruja llamó a su hija. —Prepárate, Bárbara, porque si a Débora le quedó grande, y eso que la ayudamos, tú sí podrás. Ese muchacho es demasiada opulencia y educación para la mosquitamuerta de mi sobrina.— Y luego, salió y lo invitó a entrar.

—Verá, usted, mi hermano me recomendó bastante a Elinita porque imagínese, una pueblerina, como tirando a campesina, en una ciudad fronteriza, se puede perder fácilmente, y como vive, pelándole la muela a todo el mundo, si usted la viera... así que, si no le incomoda. -y espero que no-, le tengo que enviar una bella dama de compañía.

Su sobrina no lograba concebir que la palabra "altruismo" existiera en el vocabulario de los sentimientos limitados y egoístas de su tía. Pero bueno, si eso era lo que ella quería, no había ningún impedimento. Bárbara, siendo hábil para comprender las insinuaciones de su madre, llamó de inmediato a Palomino, su eterno enamorado, y se sintió afortunada de poder acompañarlos.

—Recuerda, Barbarita,— le dijo su mamá, cual si fuera la mata de la experiencia en el amor. — cuando puedas, intenta abrazarlo fuertemente dominando su cuerpo y verás que cae rendido ante ti. Ah, y de vez en cuando, dale celos a Palomino, para que te hagas deseada. Me lo agradecerás de por vida, y continuaremos manteniendo la distinción que merecemos.

Una vez en la Tertulia, ubicada en la avenida 0 de Cúcuta, Bárbara se sentó con las piernas cruzadas, dirigiendo su rodilla en dirección de Olegario, a quien no le quitaba la mirada; le rosaba el zapato, columpiando sus pies, sin importarle ver las manos empuñadas de su novio, debajo de la mesa.

—Amorcito,— Le murmuraba al oído, Olegario, jocósamente a Elina. —nunca se te dé por salir corriendo y perder el zapato, porque, ¿qué tal que no te encuentren? y yo prefiero que me conviertan en sapo, antes de quedarme con tu prima.

—Ay, mírenlo... el que me tilda de soñadora inventándome historias, y él, igual.— Reía ella con semejantes ocurrencias, y aunque no habían podido tener la privacidad que hubieran querido, estos momentos vividos eran para cada uno, como un regalo hermoso que les estaba obsequiando la vida.

Aparte de la cicatriz en la frente de Palomino, que parecía destacar, iluminada por la llama de la vela de la mesa, no había nada más que hiciera resaltar su presencia; ni su camisa por fuera, ni sus uñas negras.

—¿Te has dado cuenta, cariño, de que durante toda la noche solo ella ha hablado, mientras él parece ser solo su guardaespaldas y no su enamorado? — exclamó Olegario, mientras Elina lo pelliscaba cariñosamente, preocupada de que pudieran escucharlo.

Bárbara lo conoció el día en que pinchó su carro. En ese momento, partida como una galleta, logró persuadirlo para que no le cobrara por cambiar la llanta, ni por cualquier arreglo posterior

en su vehículo y en el de su madre. A pesar de que el muchacho no encajaba en los planes de Maruja, los servicios gratuitos del garaje hacían que ella actuara como un avestruz, evadiendo la realidad.

–Palomino, necesito unas fotocopias,– o –Palo, necesito que me recoja en diez minutos, pero no se demore como la última vez que tanto me perjudicó.– y cuando la necesidad se hacía más apremiante, –Ratoncito, consígueme diez mil pesos urgentemente.– El entonces llamado roedor, a quien parecía importarle poco, los sentimientos caricativos de su amada, dejaba todo lo que estuviera haciendo, para correr a ayudarla. Y así, ya llevaban un tiempo en este ir y venir, que se asemejaba a un juego de Monopolio, pero de demandas y favores.

Hasta que un día, Bárbara le jugó una mala pasada, diciéndole que el hijo de una de sus aventuras ocasionales, que estaba esperando, era suyo. Desde ese momento, no pudo haber existido un futuro padre sustituto más devoto; le compraba frutas, la consentía y no la dejaba sola. Desafortunadamente, para ambos, cuando Bárbara vio su barriga crecer y dañar sus pocas curvas, se dejó apoderar del pánico y, sin importarle los ruegos de su ratoncito, decidió abortarlo.

Sólo cuando tuvo que ir, de urgencia al baño, acompañada de su aparente amor, Elina y Olegario pudieron unir nuevamente sus labios y otorgarse muestras de cariño, que avivaban sus sentimientos afectuosos.

–Como debe ser, mi vida.– Así fuese sólo unos minutos, los vivieron ellos a plenitud.

–Amor, ¿pero qué va a pasar, cuando me tenga que devolver a Salazar? – Aunque se había prometido no arruinar la noche, Elina empezaba a sentir ya, momentos de preocupación por la inminente separación.

–Te visitaré frecuentemente porque no te quiero hacer vivir el calvario de Prados. ¿O es que me piensas excluir del proyecto del campeonato? Además, no sé qué te crees, si yo voy al pueblo, es por las señoritas Delgado, y por nadie más. ¿bueno?

Este comentario le valió otro pellizco, para lo cual, ella era una experta, pues ya había tenido práctica suficiente, durante la crianza de Oscar.

–Mentiras, mi bonita. Oye, y ¿no te gustaría venirte para Cúcuta de forma permanente?

–¿Sí? Y aguantarme a hermanastra y madrastra todo el tiempo? Yo también te quiero, amorcito, ¡gracias!– respondió Elina irónicamente.

–No, mi amor, lo que quiero decir es que...

Pero no pudo continuar, pues ya Bárbara había vuelto toda pintorretiada, pretendiendo sonreír con una mirada sexy, que causaba más bien risa, debido a su posticidad.

–Prima, estábamos diciendo que te ves muy bella hoy.– murmuró Elina.

–Pues tienes razón, prima. –Bárbara se levantó en el acto, y dando media vuelta, para mirarse en los ojos de Palomino le respondió, con mucha convicción. –La verdad, soy muy apetecida en Cúcuta. No sé si son mis labios o el movimiento de mis senos, pero parece que enloquezco al género masculino, cuando camino. Pero a nadie le hago caso, pues soy de un solo hombre, de mi ratoncito.

Palomino, afortunadamente exento de la presencia de molestos insectos en el local, o de lo contrario, hubiera devorado cada uno con su boca entreabierta, experimentó una metamorfosis cromática. Tan ensimismado se encontraba que pasó por alto el gesto de Bárbara al lanzarle una mirada cómplice a Olegario, una sutileza que no escapó a la atenta observación de su prima.

–Ay, novia mía, mejor dicho, estrella de mi vida,– replicó Palomino con la candidez propia de un enamorado ingenuo.. –usted me haces el hombre más dichoso.

–...de todo el universo, me atrevería a decir. – añadió Elina con un toque de humor. Al dirigir su mirada a Olegario, lo encontró tratando de reprimir una risa, cubriéndose la boca con la mano,

para no estallar en carcajadas.

Lamentablemente, los temores de Elina se volvían cada vez más palpables, ya que los días de felicidad en la capital llegaban a su fin, y debían aguardar la concreción del campeonato para volver a reunirse. Aunque, para su sorpresa, Génesis ya los había designado como coordinadores del evento.

–Cosita, no me voy a oponer, – le respondía Olivier, riéndose ante la picardía de su esposa. – porque esa niña me demuestra cada vez, que es la mujer ideal para Ole.

Así Olegario empezaría sus viajes frecuentes al pueblo, acompañando a su novia, en todo lo referente a la organización, y ya había hecho la visita formal a sus padres, quienes no dudaron en acogerlo, como un nuevo miembro de la familia Sanabria Villalta.

Como era de esperarse, fue bien recibido por todos, incluso por Oscar, quien encontró en su nuevo cuñado, un compañero de equipo para los partidos de futbolito en la cancha municipal.

–¡Exactamente! Se agarra la corona con la mano izquierda, la sujeta firmemente, luego arroja la atarraya en silencio y la recoge en forma de aro; eso no tiene ciencia–, le explicaba Ezequiel, mientras todos compadecían al nuevo integrante de los Sanabria al escuchar los esfuerzos de Ezequiel por convertirlo en pescador. –Vale, dígle a Bernarda que le traiga otro café al yerno, que este sí nos salió de los nuestros, bueno... al menos, para la pesca, ¡definitivamente!

–Ay, niño Olegario, tómese lo calientico y discúlpenos el olor a pescado en la sala; está más alborotado desde que le dieron esa clase.

Valentina, quien no perdía la costumbre de hablar con suavidad,, le gustaba caminar muy orgullosa, de brazo de su yerno.

–¿Este es el famoso Inmortal, del compositor salazareño, entonces? Suena muy nostálgico y estilizado, me encanta.– comentaba Olegario, escuchando a Lalo y a Gavelo en los ensayos de la banda municipal en el kiosco.

–Lo único que lamento es que usted no haya podido conocer a su abuela Monserrate; la adoraba y creía en sus sueños de gigante–. expresaba la suegra, ya viendo en él a alguien que respetaría y valoraría a su hija. –Verá usted, Dios la reclamó recientemente para que le hiciera compañía a mi papá Francisco.

Según les habían contado en el Carmen de Nazaret, ella se fue muy contenta y agradecida con la vida. Ezequiel se trajo a Bernarda para que terminara de criarse en la casa, donde retomó sus clases con Elina, quien la prepararía para el próximo año lectivo, en el que iniciaría su educación formal.

Poco a poco, Elina mostraba una notable serenidad, menos ensimismada en sus pensamientos, como si Olegario finalmente le hubiera brindado la realidad que tanto ansiaba. Con la ayuda de Bernarda en las tareas del hogar y en el desmalezado de la calle, ahora podía dedicar más tiempo a su revisión académica. Se levantaba mucho más temprano de lo habitual para abordar la segunda ronda de libros del profesor Salomón y compartía más momentos con Oscar, a quien ayudaba con sus deberes. Su padre no le daba respiro después de que su Corita había perdido tres exámenes bimestrales.

–Repite como un loro todo lo que esté en el libro y anota todo lo que diga el profesor en clase, aunque no entiendas un pito–, le había transmitido las mismas estrategias que usó para aprender inglés, y Oscar ya empezaría a destacarse en el Instituto Agrícola.

–Claro, no se había dado cuenta de que él también era europeo, como su hermana–, comenzaba a repetir el profesor Timo, nombrándolo eventualmente como su monitor.

–¡Buenaas! Suegrita bella, no entiendo qué pasa con tu hijo, que supe que volvió y no me ha contactado. – Apareció intempestivamente Débora, toda bronceada, en la casa de los De la Roche. –Además, lo estuve pensando y decidí que tenemos que empezar el curso de preparación matrimonial; acuérdate que el padre es muy estricto y nos urge asistir a todas las sesiones, incluso las del cuidado de los hijos, o sea, tus futuros nietos. – Su exsuegra la miraba, mordiéndose los labios. –¿O no me digas que la pueblerina olorosa a pescado, se le volvió a meter por los ojos, suegrita? ¡Ay no!

–Discúlpame, Débora. – Génesis no se pudo contener un momento más. –¿Querrás decir, su novia oficial?

En ese momento, Débora le dio una palmada a los fólderes que yacían sobre la mesa, y de pronto, empezó a sentir sus labios temblar, tratando desesperadamente de calmar su cólera.

–¿Cómo así, Suegrita? ¿estás bromeando? No me digas que me lo dejé quitar por el hecho de irme a Cancún unos mesecitos a relajarme. – Ahora eran su voz y sus brazos, los que temblando, parecían estar sincronizados, al formular la pregunta con incertidumbre. –¿Dices que Elina y tu hijo volvieron? – Mientras esperaba su respuesta, Génesis la vio secarse sus manos sudadas en su minifalda.

–¡Así es! – le contestó ella, sonriéndole con sus ojos.

–Pero no puede ser que Olegario sea tan falso, jurándome amor y a vísperas de casarnos y quedarse con esa pescadora de machos. Tu hijo definitivamente es un desgraciado, mejor dicho, ustedes todos lo son.

–La falsa aquí eres tú. – le dijo, respirando fuerte, tratando de fortalecer su débil aguante, que ya veía sus hilos quebrarse. –¿Cómo se te ocurre ser tan baja, para inventar la historia del cáncer, para retenerlo y engañar los sentimientos de una pobre muchacha honesta? Mírate al espejo y pregúntate ¿De qué estás hecha? – Ahora caminaba, tratando de calmar su rabia mala.– ¿Cómo pudimos ser tan ciegos frente a tu astucia? ¿Sabes qué? Mejor, lárgate y aquí no te vuelvas a aparecer.

Débora parecía exhalar rápidamente.

–Pues sí, eso hice porque quise mucho a Ole, y lo volvería a hacer si una pueblerina mequetrefe, se me cruzara en el camino. – Hizo una pausa y en vez de llorar arrepentida, inesperadamente, estalló en carcajadas, con las manos en las caderas. –Pero, ¿qué se puede esperar de una malnacida como tú? ¡Ja! ¡Se aliaron las campesinas! Y no te me hagas la que no me entiendes que por ahí, se comenta que no eras nadie, hasta que Olivier te sacó de la plaza de mercado de La Parada. Igual de verdulera a la otra. Entonces, ahí se explica que la cabra de tu hijo tire p'al monte.

Como una tigre, dispuesta a defender su territorio, Génesis no titubeó en darle una cachetada para hacerle callar su osadía.

–De malas, que la pueblerina se quede con su hijo, yo no quiero sobros de nadie, pero mírame bien, Génesis, que no se te olvide este día, porque lo vas a recordar toda tu vida.

–Y tú, – le dijo Génesis, también temblando. –¡por esa maldad y esas mentiras en las que vives, vas a vivir en penitencia toda tu vida!

–¡Ay, no, qué susto, mira como tiemblo! – Débora le escupió la cara como respuesta. –Me da es lástima, el pensar cómo va a acabar tu hijo; dale un beso de mi parte y aprovéchalo, mientras puedas. – y riéndose aún a carcajadas, tiró la puerta a sus espaldas.

Aunque ofendida, Génesis no dejaba de estremecerse, recordando estas últimas palabras, que anunciaban una venganza ineludible.

–No te preocupes, Cosita, –le aconsejó Olivier por teléfono, sacudiendo la cabeza y frunciendo

las pestañas—, esas son solamente patadas de ahogado, un pensamiento pasajero e impulsivo de alguien herido, a quien lo que le interesa es la infelicidad de su expareja. Recuerda lo que siempre has pregonado de que no hay separación fácil y ya, ese compromiso se había postergado varias veces, así que esa señorita ya llevaba tiempo cocinando su cólera. Además, es mejor que nos haya mostrado el cobre por ambos lados ahora, para que sepamos a qué atenernos. Así que te me tranquilizas.

—No sé, amor, me asaltan muchas dudas.— Génesis se cubría los ojos con una mano. —pero bueno, como siempre, debes tener razón; ¡pensemos positivamente! y doy gracias de que este capítulo se haya terminado; no te imaginas su transformación, teníamos a un demonio, durmiendo en nuestra casa; hubieras visto su mirada, su tono de maldición y su burla todavía me producen escalofrío.

—No te afanes, Cosita, mejor, vente para acá o si lo prefieres, me pido el fin de semana y nos vamos de paseito para una de las cascadas de aquí, donde sea, pero te necesito calmadita. — Sus palabras parecían tranquilizarla, y ahora, lo que estaba pendiente era adelantársele a Débora para disculparse con el sacerdote y explicarle a algunas de sus amigas, los motivos del rompimiento, lo cual la entretendría un poco.

Y tuvo que actuar más rápido de lo que creía, pues Débora, con sus bien calculados escándalos, había vuelto a poner de moda en la ciudad, la noticia del rompimiento.

—Pero Génesis, ¿confírmame si es verdad que fue por una pueblerina? Me paso ya mismo por el Gol de Colombia, para que nos aclares todo esto y, de paso, me pido tres pastelitos de garbanzo con tinto campesino y adelantamos cuaderno.

Ella, con toda la paciencia del mundo, daba explicaciones, incluso a aquellos que no las pedían. Incidentalmente, este escándalo había hecho crecer la popularidad de los eventos del pueblo, pues muchas personas se habían programado, para asistir a los desfiles y aunque querían, de corazón, contribuir con su ayuda a la edificación del hospital y del ancianato, parecían estar muy intrigados por las favorables narraciones de los que habían asistido sobre la pueblerina.

—No se van a arrepentir, se los aseguro. — Génesis, siempre tan perspicaz y con mucha diplomacia, en esto de las promociones de eventos, aprovechaba tanta agitación entre las personas respetables de la capital. —Ay, amor, si supiera esa víbora que lo que anda haciendo y diciendo por ahí, nos está conviniendo, se estaría, ahora mismo, cortando las venas.

—Te lo dije, Cosita, no hay razón para preocuparse, ven aquí y nos relajamos.



2. La recuperación de Inesita

De regreso al presente, las terapias y las oraciones devotas a la Ojona de Belén restauraron el fulgor saludable en las hermanitas Delgado, y sus ansias de vivir resplandecían de manera contagiosa. Sin embargo, más allá de los meticulosos cuidados brindados por el personal de salud, lo que verdaderamente infundía alegría en sus días, eran las visitas frecuentes de Elina, quien ahora no llegaba sola.

—Este muchacho, como que ha logrado hacer maravillas en nuestro tesoro, se ve más bella y mucho más rozagante.— le comentó Ofelia a la enfermera de turno, mientras le tomaban la tensión. —Eso es mi Diosito, que la está premiando por tanta dedicación; figúrese no más, todo lo que ha hecho por nosotras y por el pueblo.

La pareja enamorada paseaba en su silla de ruedas a Inesita, esperando acompañar a Ofelia, mientras cocinaba algunas arepas; con la pequeña pensión que se les había adjudicado, su trabajo se había reducido.

—Doña Ofelia, su presión está excelente, la felicito; sin embargo, le voy a dar sus pastillas porque me imagino que ya aprendió que usted también tiene que cuidarse.

—Sí, señorita, pero rápido, antes de que se vaya el novio, y no podamos tocarle esos cabellos de oro.— respondió ella coquetamente.

—Hágale, doñita, tóquelos que de por sí, mi novia nunca lo hace. —bromeó Olegario, con una sonrisa pícara, que revelaba cierta complicidad con las hermanitas Delgado.

—Venga, Elinita, permítame preguntarle una cosita. — Ofelia se la llevó a un lado, hablándole en tono discreto, mientras que Inesita, con una sonrisa de picardía, no estaba dispuesta a soltarle la melena a Olegario. —¿Son dorados de forma natural, o será que se los tiñe?

—Claro, dorados como el sol, pero no los toques mucho, que me voy a poner celosa. Inesita rió y se preparó para escuchar las historias del joven.

A Olegario le fascinaba visitarlas, ya que para él, estas abuelitas eran la prueba de que la bondad, se podía encontrar todavía virgen. Luego de haberles contado sobre sus estudios, empezaba entonces, a describirles los sitios que había visitado en el extranjero.

—¿Señorito, perdone la pregunta, y usted se piensa llevar para allá a nuestra Elinita?— lo interpelaba tímidamente Ofelia.

—Por supuesto, si el amor de mi vida quiere acompañarme, iremos por todo el mundo. Primero a Europa, porque es su sueño y luego, quiero que conozca a mis abuelos en Rusia.

—¿Ese es el país de capital Mosquito o algo así, cierto?

—Sí, Ofelia, Moscú, esa misma. Te felicito porque tienes muy buena memoria. —le respondió él, mientras ella cambiaba de colores. —Es eso lo que tenemos en mente, cierto, Princesa?

—Me encantaría, —dijo Elina —pero disque hace mucho frío por allá, si o no, amorcito?

Olegario le respondió con un abrazo reconfortante, asegurándole que la protegería tanto de las gélidas temperaturas bajo cero, como de los inmensos montones de nieve que caracterizan el lugar. Seguidamente, les habló de las heladas y de los viajes que este país estaba haciendo al espacio. Lo cual les ponía los pelos de punta a las hermanitas y se les veía hacer gestos con sus manos, como queriendo pintarse el mapa de semejante país tan diferente y tan lejano, de la ropa de los habitantes y del clima de por allá. Inés, de repente, empezó a llorar, pues algo en la historia la ponía así. Olegario, sintiéndose culpable y mirando a su novia sin comprender, paró

el relato completamente.

—No, mijito, no es usted, ni la conversación. —le aseguró Ofelia. —Ya nos había pasado antes. Inesita siempre ha comentado de lo diferente que hubiera sido nuestra suerte, si no hubiéramos nacido con los ojos vacíos. Nos hubieran podido llevar a nosotras también y yo, hasta me hubiera traído de por allá, un chico, buen moso, de cabellos dorados para mí solita.

Olegario no aguantó tanta ternura y la abrazó fuertemente, y Elina, tratando de pelear con sus lágrimas, para que no se dejaran ver, se fue a hacerles un cafecito a todos.

—No, pero qué lujo de cocina, vea no más...— se escuchó a sí misma decir.

A su regreso, se quedó atónita de escuchar a Ofelia, narrando la historia de su vida, algo que ninguna de ellas se había atrevido a confesarle, por el dolor que les producía. Pasándoles, silenciosamente, el café, se sentó igualmente a escuchar la historia y se admiraba de la confianza, que les había inspirado Olegario, para que se atrevieran a compartirles algo, que era tan sagrado para ellas.

Habían heredado de su madre la distrofia de la retina, la cual era una discapacidad que había pasado en su familia, de generación en generación. Los médicos, muy pesimistas, aconsejaban a los portadores de esta enfermedad no procrear, por la fatalidad de la enfermedad, consejo que siguió doña Asunción, su madre, al pie de la letra. No teniendo otro medio para procurarse su manutención, empezó a vender almuerzos y alquilarles sus dos piecitas a los transeúntes de Arboledas y Cucutilla, que venían al pueblo, interesados en acercarse a Cúcuta, para ir a hacer sus compras a Venezuela. Así, había conocido a Salvador, un comerciante cucutillano de productos de aseo, quien aún con sortija de casado, había conseguido enamorarla, jurando llevársela con él, a su tierra. El frío de los días lluviosos de septiembre, le impidieron a Asunción, pronunciarle a Salvador su NO rotundo, que era el único anticonceptivo que conocía; así, dio luz a Ofelia e Inés, quienes con un año de diferencia, tuvieron acceso a su propio papá, mientras él permaneció de inquilino en la pensión.

A pesar de que el malvado tiempo le había dado la razón al pronóstico del médico, Asunción nunca se arrepintió de haber traído al mundo a sus dos hijas, tan ciegas como ella.

—Dios proveerá, mis amores y Labrador nos guiará en este laberinto.

El can se lo había regalado Salvador, luego de que algunos niños del barrio habían logrado entrarse en la noche a la pensión y robarles los pesitos, que tenían de un pago de sus huéspedes. Su dueño parecía haberse borrado del mapa, luego de que su esposa lo había sarandeadado, para que no se le olvidara su anillo. Asunción nunca volvió a saber de él, pues tampoco le interesó el futuro de sus hijas. A medida que iban creciendo, Ofelia e Inés empezaron a ayudar a cuanto oficio había que hacer y, como su madre nunca las mandaba separadas fuera de la casa, aprendieron a hacer todo juntas, formando una empatía propia de unas gemelas.

Al principio, odiaban todo lo exterior a su casa, desanimadas de no poder admirar los colores y las formas, que tanto hablaban sus vecinos; su madre, entonces, les dio una lección que cambiaría su vida para siempre. Un día en que se habían negado a hacer un mandado, en un momento de desesperación por no poder a una corrida de toros, como todas las jovencitas de su edad, ella cogió un poco de cinta pegante y les pegó los labios, para que no pudiesen hablar, durante un día entero. En consecuencia, las dos niñas no habían podido comer nada, pero esta abstinencia obligada no era lo más duro. Al día siguiente y sin anestesia, su madre les destapó la boca y apenas, habían podido decir su primera palabra, ambas cayeron al suelo, como despojándose de un gran peso, que no las dejaba respirar.

—Díganme ahora, ¿qué fue lo que más extrañaron?

—Hablar con mi hermanita. — corrió a decir Inés, sin dejar de acariciarle la cara a Ofelia

–Bueno, ahora que sí lo pueden hacer, quiero que entiendan que todo en ustedes es un tesoro: la voz, la boca, la nariz, las manos, todo. Los ojos no los tenemos, pero sí poseemos otras riquezaspreciadas; así que por no tener un sentido, no vamos a perder los otros cuatro.

Desde ese día, nunca más se volvieron a quejar de su ceguera; al contrario, la consideraban como un privilegio, para no contemplar el mundo a su alrededor, que según la estación matinal de radio, se podía volver horrible y muy peligroso. Con ese ejemplo y otros más, maquinados por su madre, ellas comprendieron que debían valorar lo que tenían.

–Como dice mamá, estamos vivas, y ese es el privilegio más grande de todos.

Empezaron a vivir a plenitud y dejaron los lamentos, para aquellos que de verdad no tenían nada.

–Recuerden, que si no se aman a sí mismas, y no respetan las maravillas del creador, no van a poder mantenerse unidas.– Terminó diciéndoles Asunción, lo cual nunca olvidarían.

–Ofelia, nunca nos separaremos y tampoco, le pasaremos esta incapacidad visual a ningún otro ser inocente.– se habían jurado. –Hilanderas no seremos, como la mayoría de solteronas del pueblo. Pero, ya encontraremos una manera de subsistir.

Mucho tiempo después, comprendieron que su madre, a quien consideraban demasiado drástica, le tocaría padecer un porvenir triste. El día en que Salvador la dejó, aunque no se entregó al alcohol, como muchas mujeres en esa época, sufrió de una angustia inimaginable, que la llevó a comerse diariamente trozos de panela, hasta desarrollar una dependencia fatal. Las infecciones no se hicieron esperar, pues ya empezaba a ser presa del exceso de azúcar.

–Doña Asunción, si no para de ingerirla, se le va a agilizar la muerte celular que, ya está empezando a debilitarla y a causar estragos en su cuerpo.

–¿Tan mal estoy, doctor?– le había preguntado ella, esperando encontrar algo de esperanza.

–Lamentablemente, no lo podemos medir, por no tener los equipos necesarios.

Ofelia e Inés siguieron, como pudieron, las órdenes médicas. En la casa de las cieguitas, ahora se tomaba el café con poquita panela y a pesar de los ruegos de Asunción, nunca la dejaron volver a probar ningún elemento endulzado. Pero aquí no se sabía si el tratamiento había sido peor que la enfermedad, pues la enferma empezó a desarrollar síntomas de hipertensión.

–Esto puede ser debido a la ausencia de azúcar en sus alimentos, pero es preferible.– les decía el doctor. –Ahórrense la platica, y permitamos que la enfermedad haga sus últimos estragos.

Ellas, deseosas de recuperarla, hicieron caso omiso de estas recomendaciones y tuvieron que vender la pensión y algunas cositas para controlarle cada una de las infecciones.

–Y así, niño Olegario y Elinita, yo creo que, de alguna manera, el problema de Inésita debe ser producto de esa adicción de Mamasunción.

Luego de su muerte, el párroco les consiguió un humilde techo y un trabajo de cocineras en casas de señoras ricas; aunque se desarrollaron muy bien, durante 2 años, la separación les producía demasiada soledad.

–Recen dos padrenuestros y una docena de letanías cada día y monten una venta de arepas en su casa.– Les puso de penitencia.

El reverendo les pedía todos los días treinta arepas, dejando cinco para la casa cural y el resto, para repartirlas a algunos pobres del pueblo.

–Mis paisanos, hoy desayuné las arepas más ricas del pueblo, hechas por las hermanitas Delgado. –decía al iniciar el sermón de la misa y como el cumplido venía del cura, empezaron a tener su clientela diaria.

–Y fue así, mis niños, como encontramos lo que estábamos buscando.– Afirmó Ofelia. –

subsistimos juntas, haciendo algo que no nos exigía depender de nuestra incapacidad.

–Amor, durante las fiestas de la Virgen de Belén, si vieras, los cucuteños hacen cola para comprarlas.– añadió Elina orgullosamente.

De repente, Ofelia se le acercó a Olegario y le dijo algo en el oído. –Comprábamos la harina donde el, en ese entonces, joven Adriano.– y ahora sí dijo en voz alta, –y bueno, Elinita, así fue como nos volvimos unas expertas en el amasado de la harina y la redondez de las arepas. Porque la hacemos sin plato, sí o no, Inesita.

Inesita, se puso la mano en la boca y con una bella sonrisa asintió, dándole un beso a Olegario en la mejilla.

–Pero, si es que yo sabía que estas dos me habían secuestrado a mi tesoro.– dijo doña Efigenia, sorprendida de ver a Olegario. –¿Ah, pero es que después de todo, nos resultó hombrecito el mono?

–Pues fíjese usted, Jefa, las vueltas que da la vida.– Le respondió él, riendo y saludándola afectivamente.

–Miren a estos, ¿cuál es el secretico? –replicó Elina, abrazándolo.

–Celosa, sí no, hazme el favor, Tesoro.– le refutó la doñita. –Además, te tienes que perder el chisme porque es un chiste privado entre el churro y yo; pero por favor, continúen, ¿qué me perdí?– alcanzó a ver los pocillos vacíos. –Ay Tesoro, yo también tomo café y traenos porfa unas arepas, que yo brindo hoy.

Olegario se ofreció entonces y le trajo un pocillo, para servirle del termo.

–¿Si ves? lo tengo matado, Y pensándolo bien, me quedo mejor con este, que con el alcalde, porque tiene mejor nalga. Y no me mires con esa cara, Tesoro, que estoy haciendo lectura de lo que veo: dos nalguitas jóvenes, y un lunarcito en la derecha sería la cereza del pastel. – comentó con picardía y dirigiéndose ahora a Olegario, coquetamente, agregó. –¿Está seguro que no le gustan elegantes y viejitas, como yo? Lo invito a que me saque arrugas y que se vuelva latonero. ¿Le parece?

–¡Doñita!– le replicó Elina, ruborizándose. –Por favor, Ofelita, continúa mientras le traigo el pedido de la doñita para que tenga algo diferente en qué pensar.

–No, pues, ¿dónde íbamos?– retomó Ofelia, –el resto ya lo conocen, nunca nos faltó trabajo y luego, nos encontramos un gran tesoro, como le dice Efigenia, que nunca quisiéramos perder; aunque, sabemos que tiene que volar alto, como le dijo su profesor, para que siga triunfando.

Elina poniendo las arepas en la mesa, las abrazó a las tres y entre sollosos les habló.

–Ni crean que se van a liberar de esta cansona, yo a mis amiguitas nunca las dejaré, porque son indispensables en mi vida, son mi familia.

–A ver, pareceremos pendejas, pero ingenuas sí no somos, Tesoro.– le dijo la doñita, –que mi corazón sabe que te irás a la ciudad con tu novio bello; pero eso sí, prométenos que vendrás a visitarnos, cuando vengas a ver a tus padres.

Olegario le ofreció su pañuelo a Elina, para que se secara las lágrimas, que la emoción le provocaba.

–Yo le doy gracias a mi Dios, por concederme la felicidad completa.– expresó dichoso. –¿Y saben qué? les prometo que siempre, la voy a tratar como lo que es, una reina, mi reina.

Al oír estas palabras, Inesita movió su mano izquierda en su dirección, y él entendiendo, se dejó besar la mejilla nuevamente.

–Ay no, Ofelia, ayúdeme a conseguir un nuevo novio porque, entre estas dos igualadas, ya como que me lo quitaron.– bromeó Elina, provocando risas compartidas.

–Bueno, mi reina, no me saques pataleo porque ahora mismo, nos volamos a la Campiña, a

bailar unos merenguitos. Oscar me está haciendo la segunda en la casa.

–¿Verdad? Pero ¿a qué hora, arreglaron eso con mi papito?

–No, es que él no sabe nada; esta salida se la debemos todo a tu hermano. ¿Vamos?

–¿Será, vida? –dijo, ella, mordiéndose el labio.

–Ay, pero, ¿si escuchan a esta rogada? ¡es que me provoca es casarla! váyanse de una vez, o me voy yo con el buen moso, y me lo jamoneo en plena pista.

Las hermanitas Delgado se llevaron la mano a la boca al unísono.

–Bueno, después de este regaño, ¿quien no se va, entonces? Vamos, mi amor.

–Jefa, usted sí es la dueña del pueblo, no mi papá.– le agradeció Olegario.

–Lo oyeron, señoritas Delgado, este pollohermoso sí sabe quién manda en esta mierda –.dijo Efigenia, dando una vuelta elegante, cual si fuera una torera famosa en la arena. –Siempre lo he dicho: ¡La que puede, puede y la que no, que se sobe para que no le arda!

Las tres señoras riendo, aplaudieron la salida de los enamorados en dirección del parque. Ojalá los relojes se hubieran detenido para prolongar tanta dicha en esa noche de merengue en la Campiña. Lamentablemente, el destino, egoísta, decidió que en la fiesta de la felicidad, no habría cama para tanta gente. Un susurro de incertidumbre se posó en el aire, como un presagio que acechaba en las sombras de un futuro aún desconocido.



3. *Aeróbicos con aroma de café*

—Amor, acuérdate que puedes disponer de la beca cuando quieras. — Le propuso Olegario. — total, que por eso luchaste y triunfaste.

—Nada me haría más feliz, Corazón. — le respondió Elina. —De verdad que, en eso me enfoqué durante la organización de las carrozas, porque no dudo de que el estudio es la base para ser alguien en la vida; además, extraño el recorrido académico y la adrenalina que me producían los exámenes bimestrales.

—Entonces, ¿qué esperas? — Insistió él.

—Pues, por ahora, prefiero concentrarme en estos eventos inmediatos. A propósito, estaba escribiendo el modelo de las cartas, para buscar patrocinio para las camisetas y los trofeos. Cuéntame, porfa, ¿qué opinas?

Olegario pudo gozar de sus errores de ortografía.

—Amor, como que en tu colegio, le declararon la guerra a la ‘h’ y a la ‘ll’, veo que todavía no sabes cómo usarlas.— Y sin embargo, estaba fascinado con su progreso tan rápido.

—Corrígemela, porfa, y me das unas clases más luegoito, te amo. Arrégrame porfa el cinturón, que se nos hace tarde.

De la mano, se fueron entonces a La Campiña, donde se iban a ver con Carmen Liliana y otras amigas del pueblo, para festejar el cumpleaños de una de ellas.

—Charlotte, te necesito en Salazar hoy mismo—. anunció Génesis, con determinación. Y no era para menos, de Bogotá, se trajo a su entrenadora personal, marcando el inicio de los ensayos para la noche de clausura en el Club Cínera. La atmósfera se cargó con la anticipación de un espectáculo que prometía deslumbrar.

—Ya Zoila Rosa me cosió el vestido con las nuevas telas que trajo don Ramón Castillo de Cúcuta. —le comentó Carlota a Juanita. — Así que, póngaseme elegante y, con su presencia, callemos a esa primera dama, pa’que deje de estar hablando tanto. Ahora se inventó una vaina, ¿cómo es que les dice? que disque unas tales dietas equilibradas y de un número de horas de sueño. Se le olvida que estamos en Salazar y no en Bogotá.

—Pero mamá, tampoco es que sea tan mala la vaina. Fíjese que nos vamos a ahorrar una platica comiendo de esta manera.

—Ala, verdad, ¿no? Entonces no tendré que ir a fiar carne.

En efecto, la nueva directora de la revista deportiva empezó a dar charlas sobre los alimentos nutritivos requeridos para estar en forma. Así que, los que sí no quedaron muy contentos, fueron los vendedores de carne en la pesa, pues durante las semanas, que duró la preparación, tuvieron sus tiendas menos visitadas.

—Yo al principio no le tenía fe a esa tal Charlota, pero, mire no más, ya me siento mucho más ligera. Esta mañana, incluso, me pesé y bajé 5 kilos. Tóqueme aquí, don Clodomiro, mire que sí es verdad, que se me fueron las llantas.— Le comentaba Carlota a cuanta gente se encontraba, luego de un día, de haber iniciado su dieta.

La mayoría de sus paisanos, por su parte, bajo el pretexto de también querer llevar un estilo de vida saludable, comenzaron a seguir la dieta de frutas, vegetales y té, al pie de la letra.

–Qué cuento de gimnasio, Charlotte, ¿con qué tiempo vamos a construir uno? La invitación es al pueblo, a hacer los aeróbicos en el estadio y bien temprano. – ordenó Génesis.

Efectivamente, a las 6 de la mañana, estaban no solo los participantes de la revista, sino el resto de las familias, e incluso algunos con sus perros, listos para ejercitar sus músculos, gracias a la idea de la Primera Dama.

–Nunca había tenido que dirigir a 63 personas, aunque me aguantaron solamente 20 minutos. – clamó Charlotte, muy satisfecha.

Y es que era todo un espectáculo digno de admirar, no por la estética, ni por el ritmo, sino por un Salazar de las Palmas todo unido, demostrando sus deseos de progreso.

–Ven a verlo tú mismo, Papá. – animó Olegario a Olivier, quien impulsivamente, llamó a Noticias Colombia, para que escribieran su nota de periodismo y al siguiente día, por el puente que llevaba al instituto, se veían pasar cámaras y periodistas, que querían entrevistar nuevamente a Elina, Génesis y a algunos personajes coloridos del pueblo. La nota escrita por Majandra: “Salazar de las Palmas, el Modelo Colombiano para Adelgazar” había tenido tanta popularidad en la región que, otros pueblos como Arboledas, Cucutilla y Chitagá empezaron a organizar eventos en el parque, que posteriormente serían transmitidos por la televisión colombiana, en sus horas de mejor sintonía.

–A ver, ¿cómo les explico?... toda mi vida, he sido vegetariana...como se llame, esa joda, y no entiendo cómo la gente continúa tragando carnes rojas, achicándose la vida. – declaró Carlota, haciendo enojar a los peseros, quienes decidieron no volverle a fiar, anotando su nombre en mayúscula en un tablero con tiza, acosándola de deudora morosa.

–Mamá, ¿no cree que exageró? –le preguntó Juanita, un poco afanada.

–Me da lo mismo que no me quieran ellos, total que ya se les pasará la rabieta. – murmuró ella. –pues yo por salir en la tele, hago eso y mucho más. ¿sí me vio, hija? me veía lo más de delgadita, ¿verdad que sí? – dijo, antes de irse a convencer a don Ramiro, quien no había oído la entrevista, para que le fiara unas menudencias y el marrano de la semana.

El pueblo se preparaba ya para el fin de semana, anticipando la llegada de numerosos visitantes. Desde las veredas, se veía llegar abundante materia prima para abastecer la plaza. Además, ya se habían contratado algunos jóvenes del Instituto Agrícola para desempeñar funciones de botones en La Posada de Juan y Luis, así como para encargarse de la limpieza de las habitaciones.

–Don Ezequiel, tómese una cervecita en mi nombre y agradézcamele a su hija porque al fin, vamos a poder ver crecer los ingresos. – Le comentó Gustavo Alvarez, acompañado de otros comerciantes.

–Uy sí, –aseguró Nicodemos– mi esposa sí había dicho que, incluso si se hubiera vuelto una Chicamocha, Dios tendría que haberle apartado un buen lugar, al lado de San Pedro, porque lo que produce esa niña son bendiciones para todos nojotos.

Valentina apenas se mordió el labio, agarrando del brazo a Ezequiel, pero él estaba tan alentado con esas palabras que prefirió hacer oídos sordos a lo de la emparentada.

–Pues...es que ahora, sí me escucha.– dijo él, inflando el pecho y recordando las palabras proféticas de Génesis, aquella tarde de pastelitos durante la visita premeditada.

–Mis amores, me confirmó Oli que los periodistas estarán filmando la inauguración; así que, me parece que debiéramos hacerles un recibimiento formal a las delegaciones y a los invitados de la capital. –sugirió Génesis. –Porque Salazar va a estar en la mira, y ustedes dos, mis preciosuras sacadas de una postal, van a robar mucha cámara.

–Lee esta invitación, Corazón, y dime si vuelves a ver algún error ortográfico. Me falta es la

despedida.

–Perfecto, Amor, tienes una capacidad de retentiva impresionante.

–¿Y quién no, con semejante bizcochote de profesor?– replicaba ella, para ganarse un beso. – Mejor dicho, esta carita de postal, como dice tu mamá, ya la escrituré, y es muy mía.

Así fue como Elina, bajo la supervisión de Olegario, se encargó de escribirle a Rosalba Castañeda y a Carlos Jaimes, los directores de la escuela de niñas y la Piloto, para que organizaran a los niños en filas ordenadas en las calles, portando cada uno una bandera. Se había pensado en la de Salazar, con sus colores característicos: verde, azul y café, representando las riquezas del pueblo. Es más, se había incluso hablado de que el café fuera el tema principal del desfile, pero como se trataba de construir los edificios para un ancianato y un hospital, entonces se optó por la bandera internacional de la Cruz Roja.

De esta manera, luego de los aeróbicos, se veía a mucha gente en el club Cínera, trabajando en equipo, cortando papel bond blanco, comprado donde Rafael Carrillo y pegando la cruz en rojo, para obtener suficientes banderitas.

Elina entonces aprendió que esta bandera era casi idéntica a la de Suiza, otro país que, según su novio, era muy rico y plurilíngue.

–Amor, entonces, no necesitamos ir a ningún otro país europeo; allá podremos escuchar cuatro lenguas y así no tendríamos que ir a Inglaterra, ni a Francia, ni a Italia.

–No, mi vida, cada país tiene su propio atractivo y encanto particular y cuando estemos allá, te apetecerá ir a todos.

–Qué bien, me conoces, amorcito.

De Suiza, le dijo Olegario que era la tierra de los Alpes, y ella lo asociaba con su infancia.

–Allí creció Heidi, la niña de los cacheticos rosados de la película, que me llevó a ver mi mami, en la casa cural. Y ahora que lo mencionas, el Maternhon aparecía en el Tío Rico, el juego de mesa que Bárbara nunca me permitió jugar, alegando que ese juego no era para brutas... ¡o sea yo!

–Se equivocó entonces, porque la bruta era y, sigue siendo ella. –comentó él, mientras le mostraba el dibujo que había hecho de los Alpes.

Pero más que esto, lo que la había realmente convencido, para agregar otro sueño a su itinerario europeo, era lo que le había dicho sobre la preparación de los mejores chocolates del mundo.

–Ay amor, seremos leñadores como Hansel y Gretel y nos haremos de chocolate. – Ocasión esta que su novio aprovechó, para hablarle de Heinrich Escher, el alcalde, que por primera vez trajo el producto a Suiza, y quien se convirtió en uno de los principales defensores del cultivo del cacao, en este diminuto país. –Amor, ¿es por esto que en el papel que envolvía los chocolates, que le regaló tu mamá a mi papá, se leía un nombre parecido?

–Te refieres a los chocolates que no me dejaron probar a mí, por culpa tuya. –Olegario le dijo en secreto, al ver que su madre se paseaba cerca. –Bueno, creo que sí, pero no te lo puedo asegurar totalmente. ¿Y sabes, quien lo introdujo en España?

–Pues me imagino que Cristóbal Colón, porque sé que el cacao era originario de Méjico. ¿O también le robaron ese descubrimiento?

–Exactamente, pues como cosa rara, cuando Colón lo presentó como producto extranjero a la reina Isabel, ella no le dio la aprobación, que se necesitaba para empezar a cultivarlo en España. Parece ser que, en ese entonces, se ignoraba que había que combinarlo, para quitarle su sabor amargo.

–Aquí lo hubiéramos podido mezclar con panela y ya. –comentó Elina.

–Exacto, amor. Rodando con más suerte, unos años después, el conquistador Hernán Cortés sí gozó de la aprobación general, pues le agregaron leche y azúcar.

–¿Ah, otro Vespucio, entonces? –preguntó ella.

–¿Sabes que nunca lo había visto así, mi reina? Pero, tienes razón.

–Bueno, mis amores lindos, hablan muy bonito, pero es hora ya de empezar a hacer el afiche enorme, que se convertirá en el telón del espectáculo. – los interrumpió Génesis. –Elinita, coméntale tu idea a Ole; tu hermano ya trajo las bolsas de cemento que pediste y por favor, pónganse manos a la obra, ¡o me van a ver infartada!

–Tranquila, mami, ¿cuándo te hemos quedado mal? Ya nos encargamos, es más, el producto final nos va a dejar muchos halagos tuyos.

Más tranquila entonces, se retiró a recibir a José Elio, el electricista del pueblo, quien venía a darles una demostración del juego de luces, que le había encomendado. La idea de Elina era hacer algo muy natural; aunque estaba muy animada porque esta vez no habían tenido que escatimar en gastos, quería que el pueblo le mostrara a sus vecinos su lado reciclable.

Así que, con la ayuda de su hermano Oscar, quien pidió que le compraran bastante chicle, para pegar las bolsas de cemento vacías, que cubrirían la amplitud de la pared, aplicarían, luego, un fondo bermellón claro, con pintura color pastel.

–Amor, el fondo tiene que reflejar las montañas acogedoras, que se ven aparecer, cada vez que se entra a Salazar. – Comentó ella y él aprovechó para darle un beso. –Se verán, igualmente algunas quebradas, platanales y muchos cafetales.

–Me parece genial que se pinte al pueblo, como lo que es, un terreno fértil para el cultivo del café.

–Exacto, y ahí entra Corita, con plantas reales, cual si fuera un cuadro de alto relieve.

–Listo, mi reina, pero menos cháchara y manos a la obra, porque te advierto, no vas a querer ver a mi mami de mal genio.

Y así se inició el largo trabajo que engalanaría nuevamente al Parque Cínera.

En letras grandes, se veían los números 1915, el año en que el café colombiano consiguió el premio al mejor café del mundo, en la Exposición Internacional de San Francisco, en Estados Unidos.

–Amorcito, pinta ahora una pareja de campesinos cogiendo café, pues esos son los verdaderos protagonistas del éxito de las exportaciones y como dices, si se les organizara su trabajo, podrían vivir solamente de eso.

Mientras se sumergían en el proyecto, la conversación giró en torno a la triste realidad que acongojaba a Elina, luego de haber escuchado a Olegario, que se expresaba como todo un catedrático de universidad. Los agricultores, que trabajaban arduamente al aire libre todos los días, apenas recibían el 5% de las ganancias del cultivo, a pesar de ser teóricamente los principales beneficiarios. Detrás de esas exportaciones había toda una maquinaria de personas: publicistas, intermediarios, vendedores, empacadores y demás, que se repartían los dividendos de la explotación.

–Tienes razón, Cielo, pero así es la situación.– Olegario percibió que Elina estaba muy pensativa. –Ay noooo, no me pongas esa carita triste, reina mía, que ahora estamos viviendo tiempos mejores, los dos. Más bien cuéntame más de Salazar.

Y así, su amada le contó sobre las previas fundaciones.

–¿Este es tu mensaje subliminal, amorcito, tú eres una Cinerita, que me va a destruir? –Solo si me haces daño. – Elina lo abrazó fuertemente.

–Y ahí voy yo pegado porque no se lo perdonaría. –lo amenazó Oscar, jocosamente.

–JAMAS– le gritó Olegario, animándola a que siguiera con su relato.

–Pues bien, - continuó ella –y fue hasta el 4 de noviembre de 1583, que el Capitán Español Alonso Esteban Rangel, decidió fundarla en el sitio que todos conocemos hoy.

–¿Le cuentas lo del café tú, o lo hago yo? – la interrumpió repentinamente Olivier, lo cual hizo sonrojar a Elina, pues nadie se había dado cuenta de su presencia.

El, haciendo una mueca de indio, amenazó a Olegario.

–Ahora sí te respondo: si me la maltratas, yo, al igual que Oscar, el cazador, y todo Salazar... voy a ser el que te achicharra, y sin ser Cínera, hijo mío.

Todos rieron y Olivier le contó la historia de la expansión del café.

–Así que mijo, los salazareños deben estar muy, pero muy orgullosos de haber pecado y todo en nombre del café colombiano, pues, así si se peca rico, ¿o no Elina?

–No te dejes, Ole. – Pero fue Génesis, acompañada del ingeniero José, quien respondió en su lugar. –Dile como dice el dicho popular, “Sarna con gusto no pica.”

Su nuera no pudo evitar el sonrojarse.

–Doctora, la luz va a titilar apenas la banda de músicos interprete dos melodías de Victor M. Guerrero. –Había agregado José Elio, aprovechando el buen ambiente del convite.

Y era que Salazar también era cuna de hombres importantes, pues fue de allí que el compositor de la música del famoso pasillo “El Inmortal” era oriundo. Este salazareño, que respiraba melodía por sus cinco sentidos, le entregó al país una mejor versión del Pasillo conocido, al haber experimentado con tanto instrumento, que le llegaba a la mano; fusionando cada sonido existido y por haber, en la escala de las notas, logró crear lo que siempre se había propuesto: una mejor interpretación de un ritmo, que, hasta ese momento, no había tenido tanta trascendencia. Desfilaban luego en su repertorio canciones como “Te extraño”, “el Marco de tu Ventana”, “Qué Importa” y “Llámame”. Y Colombia se lo agradeció, ya que, con sus 600 composiciones, que más tarde adornarían el bello repertorio nacional, entre pasillos, joropos, guabinas y bambucos, el país le otorgaría miles de premios en reconocimiento, por el cambio de la historia musical.

–A mí, definitivamente, es “El Inmortal”, la canción, con que más identifico a Salazar. -afirmó Olivier. –¿Quieres cantarle un pedacito, porfis?

Elina, ya sintiendo un poco más de confianza con su suegro, empezó muy orgullosa y con mucho sentimiento, a interpretar las letras de esta canción, que, aunque triste, describía finamente y con estilo, el dolor de un enamorado apasionado, viviendo un amor imposible.

–Formidable, divina. –Aplaudieron Charlotte y Génesis, quienes venían a ofrecerles masato y unas arepas de trigo, que había preparado Valentina, para los trabajadores.

–Pero dime, Elina, con todo lo que he escuchado de ti, ¿hay algo, en lo que no eres excelente? – le preguntó amigablemente la entrenadora.

Dos horas más tarde, las dos mujeres volvieron con tinto y esta vez, aplaudieron el trabajo del telón.

–Que te coronen como reina de las ideas ecológicas; pienso ahora en tanta plata que se puede dejar de derrochar en cualquier evento cultural.– Charlotte no paraba de admirarlo. –Génesis, y tu hijo, con esa pareja tan real que pintó le va a dar al lugar, un ambiente muy natural y bastante fresco.

Y no era para menos; las plantas de café, una vez ubicadas, daban la impresión de alguna finca vecina; la pareja parecía estar platicando en el cafetal; sus sonrisas reflejaban el gusto en el corte del grano y anticipaban el éxito del proceso de la molienda que, daría como resultado una buena

tasa de tinto.

–Señores, pónganme atención, – diría un orgulloso Olegario. –si no logran ustedes sentir la fragancia y el olor exquisitos de esta tasa, necesitan cambiarse de nacionalidad. En Venezuela los esperan.

–Bien lo afirmaba Charlotte; Hijo, Elina, Oscar, felicitaciones.– intervino Olivier. –De verdad que han logrado plasmar el aroma fresco y la calidad del buen café colombiano en este mural.

Los enamorados, al lado del pequeño cuñado pudieron ya, entonces, ver su trabajo concluido de la mejor manera.

–Amor, no vi pasar el tiempo, ya las 4 y media de la tarde. Corita, cómo estará Papito de afanado. – dijo, Elina, preocupada esta vez.

A Charlotte la había recogido el novio, y se habían ido a jugar Tejo, donde Suárez.

–Amor, todavía no te vayas, saboreemos el olor del potencial triunfo. – la animaba Olegario.

Génesis, ayudada por Olivier, empezó a organizar más cafetos y algunas orquídeas, traídas de Medellín, que colgarían de las esquinas.

–Bueno, mis amores, ustedes váyanse a celebrar a su lugar preferido, que ya hicieron bastante, Preciosos.

Les dio la luz verde, y ellos, felices de obedecerle, les informaron que se irían a comer dulce de leche donde Mechaz y luego, al Chorrocloco, para sentarse en una piedra, a seguir sus conversaciones románticas.

–Amor, ¿qué te parece si cierras la oficina y los acompañamos, que yo también quiero relajarme. – insistía Génesis, mientras empujaba cariñosamente a su esposo.

–Cosita, pero en cinco minutos, me reuno con el jefe del presupuesto del Norte. –respondió él, un poco inquieto.

–Podrías tener a Colón, presentándote el cacao con panela, o a la mismísima Reina Isabel en tu oficina, pero más importante que todo, está tu esposa devota, pidiéndote que la consientas un poco. –añadió ella, no dispuesta a ser contrariada.

Así que, sin pensarlo dos veces, Olivier llamó a Yamile Rojas en el Hotel Juana Naranja, para que le reservaran una habitación al visitante y postergó su reunión para el día siguiente. De gancho, con su esposa, se dirigieron al río Salazar, para encontrarse con la pareja joven y el hermanito. Era hermoso ver el contraste de siluetas y agua que se veía en el Chorrocloco. Por un lado, una pareja añeja, con la experiencia de la vida pintada en sus facciones, que semejaba la parte mansa del río: esas aguas estimulaban recuerdos de luchas pasadas, del compromiso fijado por Ivanoha, o de la Dieta de Pan, contrastando con sus días presentes, de paz y amor añejo. La otra pareja, mucho más joven y más agradable a la vista, queriendo poder realizar un abanico de proyectos; en sus aguas verían los remolinos de un futuro desafiante, pero ya aparentemente, sin una Débora que amenazara con devorarlos. Y un Oscar, lleno de mucho chicle, vida y de tantas cosas por aprender.

Si un buen pintor hubiera podido plasmar esa escena en un lienzo, entonces tendría amplia variedad para elegir; como un Picaso, pintaría todas las formas de esa imagen; como un Matisse, las simplificaría en figuras planas; o como un Botero, las maximizaría, al sentir tanto amor desbordante, en estas cinco figuras protagonistas de un sentimiento sincero y de historias sorprendentes. Desafortunadamente, ese pintor, por muy aficionado o famoso que fuera, no hubiera podido concluir su encargo, pues el destino, causante de estragos, estaba por arrebatarse su inspiración y volver esta escena, que, aunque prometía ser eterna, en algo muy efímero.



4. Intermunicipales

El recibimiento de las delegaciones de los pueblos vecinos fue todo un éxito.

—Así, papito, agite bien esa bandera, y mastique bien este chicle, así se me le ponga duro. Lo arrecho sería que me le diera la pálida en pleno desfile y ahí sí, pondríamos la torta. — Carlota le daba las últimas indicaciones a su nieto, quien, como otros estudiantes del colegio y unos voluntarios, esperaban en la entrada del puesto de salud, portando banderas de la Cruz Roja.

En el segundo ramillete, estaban las familias de los niños y prácticamente, toda alma oriunda de Salazar, decorando la entrada al pueblo, de manera fascinante y pintoresca. Los periodistas habían conseguido captar estas imágenes inolvidables: la hermana Eucaristía junto con otras monjas del hospital organizó una carroza llamativa, en la que aparecía literalmente como toda una flor despampanante, la niña Karina Calderón, con un traje de quinceañera, rodeada de globos de colores. Tras ella, filas de autos estacionados en la puerta del sol respondían con luces y pitidos, saludando con entusiasmo y ondeando banderas. Todo esto quedaría inmortalizado en el documental "Salazar, la Cuna del Café, Unida en un SOS a los Ancianos y Enfermos", que Claudia Maldonado posteriormente organizó.

La mayoría de delegaciones llegaron a las 9 de la mañana y de ahí, partieron a buscar su desayuno al restaurante, que se había improvisado al aire libre, justo donde iba a iniciar el desfile. Los comedores estaban ya arreglados y aprovisionados para responder a tantas ordenes de caldo de costilla, mute santandereano, arepas, papas chorriadas, sopa de ruyas y dulces de leche.

—¿Quién diría que encontraríamos tanta variedad de comida en Salazar? — comentó Luis Francisco Cárdenas Silva, aprovechando para saludar al alcalde y a su comitiva.

Desde allí, todas las delegaciones de Gramalote, Chinácota, Arboledas, Cucutilla, Bochalema y la anfitriona, se organizaron con sus madrinas y mascotas, para recorrer las calles principales; pasarían por la Nasa, el Centro y el Páramo. Posteriormente, finalizarían en la cancha de la Presentación, donde se tenía planeada una carrera de triciclos.

En bastidores, estaba todo listo; la música era variada, desde el Lago de los Cisnes, para darle un toque solemne al evento, hasta ritmos menos Tchaikovskianos como Victor M. Guerrero y Las Hermanitas Calle, para recordar el olor a vereda y cafetales. Estos sonidos ambientarían el espectáculo cafetero colombiano, que se prometía radiante y ecléctico.

El acto inaugural comenzó con el Himno Nacional, el del Norte de Santander y el del deporte, tocados todos armoniosamente por la banda municipal. Seguidamente, las palabras de agradecimiento y el juramento a los deportistas, a cargo del alcalde; luego, a Elina le correspondió hablar sobre la participación de Salazar, en la historia del máximo producto de exportación colombiano.

Había café servido por los meseros, a quienes habían vestido como cafeteros colombianos, que semejaban el tan popular Juan Valdez. Entre ellos estaba Oscar, a quien Elina encontró con los brazos cruzados, mirando al techo.

—A ver, Corita... así nunca vamos a acabar de vender todo el tinto; apúrese, que hay trabajo para rato.

Los ojos de Valentina titilaban al verlo integrarse en el evento, pues en una rabieta, había declarado que ya había colaborado y que no participaría en el desfile de integración.

–Ay mami, desde que sea deporte, no toca rogarle; es más, espera y ya verás. –le había asegurado Elina.

–A ver, Campeona, deje de ser chismosa y vaya y se cambia ya, que me tiene que hacer 10 cestas de 3, todas dedicadas a mí, no se le olvide.

–Claro que sí, Corita, pero deséame suerte.

–Oigan a esta boba, se volvió pendeja.

–A ver, Oscar, que no lo oiga su papá, además, no sea así con la niña. –lo interpelló Valentina.

–Pero Mami, ella sabe que es la mejor en todo, y que se va es a lucir.

Elina lo miró con un afecto que solo ella le podía prodigar.

–Corita, nunca crezcas, porfa. No olvides que te adoro. –Oscar se dejó abrazar y pellizcar al mismo tiempo.

Elina tenía razón. El tiempo que, supuestamente había pasado estudiando para los exámenes de recuperación, lo había dedicado a los ensayos de la pequeña obra teatral con sus compañeros en el instituto.

La señorita Mary Santamaría, bajo la dirección de Fito Pacheco, había organizado una pequeña dramatización, en la que mostraba la aparición de la Virgen de Belén, cuya fiesta había acabado de celebrarse. Oscar era el sacerdote y sus compañeros interpretaban diferentes roles, que iban desde la indiecita Catalina, hasta los misioneros, que llegaron luego. El acto abrió el programa cultural de la noche y había sido muy bien recibido entre la audiencia, que ya conociendo la historia, venían igualmente a pagarle promesas a la virgencita.

Seguidamente, se dio inicio a la revista deportiva, que reunió a cincuenta personas, entre estudiantes de la escuela Piloto, la de Niñas, el colegio la Presentación, el Miguel A torres y el Instituto Agrícola. Su actuación fue muy colorida, pues hicieron figuras bastante llamativas, al ritmo de canciones populares como ‘Colegiala’, de Rodolfo Aicardi, ‘Mambo #5’ de Pérez Prado y ‘La Pirágua’ de José Barros. Seguidamente, se hicieron los sorteos respectivos y empezaron jugando Cucutilla y el equipo anfitrión; el furor de las barras de las alumnas de la Presentación se hizo presente una vez más.

–Pueda ser que ganemos, SI, pueda ser que perdamos, NO, pero estamos seguros que ganaremos en amistad OH OH. – Era el canto que resonaba en la acústica del colegio.

Aunque Elina se lució marcando las máximas anotaciones de los dos equipos, un pase mal entregado de Carmen Liliana, hizo que Salazar perdiera por media canasta.

Luego, tuvo lugar el encuentro entre Arboledas y Gramalote, un reñido partido en el que resultó ganador Gramalote, por diez puntos. Mientras tanto, el pastelero Peña y los heladeros de Rodrigo Botello vendieron tanto, que abandonaron sus termos y se dispusieron a ver el partido, mientras se comían parte de las ganancias.

El día domingo, sorpresivamente, Cucutilla perdió contra Chinácota, que se consideraba la selección menos fuerte; Salazar se recuperó nuevamente, venciendo al resto de sus contendores, y el lunes en la noche, disputarían la final, nuevamente contra Cucutilla. Media hora antes del inicio del encuentro, las barras ardían.

–Profe Guillermo, que dizque van a marcar a Elina y no la van a dejar mover, ¡pilas! – Carlota había hecho bien su papel de espía.

Pero no eran sólo los salazareños, los que la aclamaban.

–Oigame, Navas, necesito los datos de la número diez. – inquirió el árbitro cucuteño, y ya Génesis corría para recomendarla.

–Ole, alégrate, me contó Gabriel que se la quieren llevar para la Selección Norte, pero que tiene que costearse los pasajes a Cúcuta, lo cual no es problema, pues siempre has sido el

conductor elegido.

Olegario se sentía muy orgulloso, pero prefirió guardarse el secreto hasta luego del partido.

—Dame la E, EEEE, dame la L, Eeee, dame la I, iiii, dame la N, eneeee, dame la A, AAAA, ¿qué dice? Elina, Elina, Elina, Elina.— Se oían las barras de los colegios salazareños ahora con más coraje, al final del primer tiempo, pues Salazar iba perdiendo, por una gran diferencia.

Elina, durante un tiempo que pidió su entrenador, miró alrededor suyo para darse cuenta que, una vez más, de su actuación dependía la felicidad de mucha gente. Y ella lo daría todo por hacerlos felices, gracias al apoyo que siempre mostraban cuando se trataba de causas justas.

Empezó entonces, con su serie de cestas de 3, que dejó a más de uno, con la boca abierta.

—Te lo dije, Gabriel, me la llevo para Cúcuta.— Se escuchó al árbitro comentar, mientras le pasaba el balón, para que sacaran de lado, las contricantes.

Sus esfuerzos habían sido vitales para casi igualar el marcador, pero ya el árbitro parecía estar mirando el reloj y el banco de Cucutilla empezaba ya a saltar, clamándose vencedores. De repente, en su equipo, una de las jugadoras cometió una falta técnica, y la capitana de Salazar, tenía derecho a dos lanzamientos de bomba. Si convertía uno, quedaban empatadas y tendrían que jugar cinco minutos más, pero si convertía dos veces, ganaban.

Las barras seguían clamando su nombre, pero ella pidió el silencio del público. Aunque la barra de Salazar se calló instantáneamente, la barra de Cucutilla empezó a gritar más fuerte para azararla. Miró a Olegario y a Génesis; a su lado estaban sus padres, que le sonreían animándola, especialmente Ezequiel, quien parecía hacerse cruces en el acto. El árbitro la vio cerrar los ojos, tomar el balón, y en su interior, quizás encerrada en su burbuja imaginaria, tomó aire. Seguidamente, abrió los ojos y se concentró en el tablero, tomando impulso y lanzando el balón, que con movimiento en curva, dio dos vueltas al aro, para finalmente entrar. El silencio obligado de la barra de su pueblo fue roto y su nombre volvió nuevamente a invadir los coros en la cancha municipal.

Felicitaciones iban y venían, pero ya el árbitro empezó a despartar a sus compañeras de equipo, que no la querían soltar porque ya les había conseguido el empate, ante la mirada desconcertada de las Cucutillanas. El árbitro, sonriéndole esta vez en admiración, le pasó el balón. Ahora, miró al cazador, le sonrió, respiró fuerte, flexionando el codo y lanzó el balón; esta vez, no lo vieron dar vueltas en el aro, sino que, como atraído como un imán por la precisión de su tiro, entró sin tocar ni aro ni tablero, y Elina no supo cómo en un segundo fue levantada por sus compañeras, quienes la pasearon por la cancha, al ritmo de los gritos de una barra desaforada, embriagada por una excitación fraterna de orgullo pueblerino. La alegría invadió la cancha, y todos querían felicitarla. Con sus dos canastas convertidas, Salazar acababa de llevarse el primer campeonato intermunicipal, inaugurando un abanico de posibilidades para estudiar. ¡El baloncesto era su carta mágica hacia el éxito académico!

—Yo veré, ¿no? — Olivier dio las órdenes para que se alistarán los juegos pirotécnicos que había contratado en secreto, para premiar al pueblo por su apoyo y cautivar a su nuera y a su esposa, por ser tan excelentes anfitrionas.

Esta hermosa iluminación del cielo salazareño prometía ser una forma fascinante de entretenimiento para todas las delegaciones. ¡Qué sorpresa les esperaba en el cielo nocturno de Salazar!

—Ya tengo listos los compuestos. cuando usted diga, Patrón.— respondió Pedro Angarita, el polvorero, quien al igual que una cadena de gente, se había beneficiado de esta iniciativa pirotécnica.

En efecto, la misma noche de la final, se veían varios toldos ofreciendo tinto y guarapo caliente; Clodomiro Pacheco contrató a dos ayudantes, que buscaban clientes para retratarlos, acompañándose de las modelos pintadas en un fondo de playa. Las hermanas Ortiz también habían sacado su venta de chuzos y de requesón, que era la venta donde había más cola, antes de que se diera inicio al desplome de luces.

Esta tradición, que tenía sus orígenes en el siglo XIX, era muy popular en los pueblos pequeños, pues asistir a ella, en familia, era toda una ceremonia. Los juegos pirotécnicos se convertían en todo un espectáculo mágico que iluminaba la noche de manera especial, dejando tanto a grandes como pequeños maravillados, llevando en su memoria recuerdos que perdurarían por años. La explosión de colores y destellos en el cielo nocturno se convertía en un vínculo encantador entre generaciones y en un momento de celebración compartido por toda la comunidad.

—¡Que viva el alcalde de Salazar de las Palmas! —. gritaban unos, bebiendo su guarapo caliente.

—¡Que viva! — respondían otros, mientras bebían su aguardientico, y comportándose a la altura.

—Un tintico para el frío, mi campeona. — le ofreció Olegario, consciente de lo efímero que sería el espectáculo.

—Y ¿así, me quieres, toda sudada y sucia?

—Me sacrifico, amor, me sacrifico. —se mofaba él.

Allí, abrazaditos, debajo de una palmera, veían este despliegue de luces y colores, al que ellos trataban de encontrarle forma. Pero tuvieron que ser muy hábiles, pues las formas se desvanecían en un dos por tres, y ellos estallaban en risas, porque más de una vez, coincidieron.

—Parece que fuera año nuevo, como en la televisora.— opinaban algunos, fascinados por los sonidos estrepitantes de estas explosiones de petardos, que irrumpían la tranquilidad de la noche, decorando el cielo a estas altas horas de la noche.

Los que sí parecían sufrir mucho por estos sonidos eran los perros que, ahuyando indefinidamente, parecían bastante perturbados. Días después, se comentaría en la plaza de mercado que, solo ellos quizás, habrían escuchado lo que se cocinaba a unos pocos metros de la celebración. La ceremonia había llegado a su final, y había cerrado con algunos salazareños, paseando en hombros al alcalde, que bien hubiera preferido haberse ido a descansar, antes de semejante ovación. La mayoría de las delegaciones, extenuadas ya, se habían ido a descansar, y los invitados, se marcharon en caravana para Cúcuta y Bogotá, contentos de semejante espectáculo.

El alcalde, ya más animado, mandó a pedir cerveza donde las Monas, para algunos convidados, que querían exprimir un poco la noche de celebración por una buena razón. La celebración hubiese podido durar hasta la madrugada, si no hubieran visto a Elina, de la mano de Olegario, correr desesperados como locos.

—Pero, ¿qué les pasó? — gritaba más de uno, pero ellos los ignoraron.

Sin embargo, el humo que venía de una de las casas vecinas les explicaría la razón de semejante arrebato. Mientras la fiesta seguía en su apogeo, una amenaza invisible crecía en la oscuridad, anunciando un peligro que se avecinaba. Ni siquiera, el recuerdo de las habilidosas cestas de Elina pudo eclipsar el espeso humo, que se propagaba en el aire, oscureciendo el cielo estrellado y anticipando un evento inesperado que lamentablemente alteró el curso de la noche festiva.



5. *La que volvió como un fénix*

Mientras en la cancha de la Presentación, todo había sido celebración y encanto, con una interesante integración entre las jugadoras y comitivas de otros municipios, y se disfrutaba de los juegos pirotécnicos, el fuego, menos artificial y nada invitado, había comenzado a causar estragos. Una vez más, como en eventos pasados organizados por Génesis o Elina, el pueblo se veía obligado a unirse para enfrentar la amenaza que el fuego traía consigo.

—Vecinos, rápido, traigan valdes de agua y miren a ver si consiguen mangueras.— gritaba desesperada, Zoila Rosa.

El daño se mostraba devastador, ya que los pronósticos indicaban que, a pesar de los esfuerzos de vecinos y policías por detener el avance de las llamas, no se lograría salvar ni los bienes materiales de la morada afectada, ni la casa vecina, que alguna vez fue hogar de Genoveva. La falta de un cuerpo de bomberos y las adversas condiciones del viento complicaban aún más la difícil tarea de contener el incendio.

—Doña Efigenia, por favor, salga.— Elina, tratando de hallar esperanza en la fatalidad, continuaba gritando, pero ya Otelo les enseñaba algunos retazos del vestido que él había alcanzado a arrancarle, quizás en su afán desesperado de poder salvarla, minutos antes.

—Parrán de pecadores, dejen esa bulla; debían haberme llevado a mí, que yo si les juego a la pelota de lo lindo.— La había oído gritar Carlota. —Y la vi cerrar la puerta, pero como se la pasaba peliando todo el tiempo, yo no le paré bolas .

Después de escuchar estas palabras, Elina, recordando su rutina, comenzaba a reconstruir los hechos en su cabeza:

Intentando ignorar el ruido de la música y la algarabía que llegaba desde afuera, doña Efigenia se habría encerrado con doble seguro y habría empezado a disfrutar de una de sus galletas favoritas. A medianoche, dejaría los restos de su cena para Otelo y continuaría con su rutina de aseo personal: lavar la chapa, la sumergiría en la infusión de menta y tomillo, que tenía para el blanqueamiento; se peinaría usando el espejito, que le había regalado Edgardo que, aunque ya roto, le seguía provocando sus sonrisas más coquetas.

Satisfecha ya de sus trucos de galantéo, prendería la veladora fatal, para no tener miedo al dormirse y rezaría la Salve, contemplando la estampa de la Virgen de Belén. Luego de haber repetido las alabanzas del día a la hermosa Ojona, y sin poder terminar su minirosario, se habría quedado dormida, con las burusas de las galletas, llamando las hormigas.

—Entonces, lo único que habría alterado la rutina nocturna, era la caída de la veladora, que me imagino, había logrado quemar la estampa, cogido las cortinas y posteriormente, provocar su fallecimiento.— Había concluido Olivier, mientras sacudía la cabeza, luego de haberla escuchado.

—Si me hubiera quedado con ella, como la otra noche, yo le hubiera podido apagar la veladora, una vez que la creyera dormida. —declaró Elina, entre sollozos. —Y nunca hice nada para desmotivarle el uso de esa bendita veladora.

—Cielo, no te culpes,— la abrazó Olegario. —sabes cómo era de terca la abuelita; donde le hubieras prohibido encenderla, solo por el deseo de contrariarte, la hubiera dejado prendida incluso en el día, y así, se hubiera producido el incendio, mucho antes.

—Tienes razón, Amor, —Estas palabras, le produjeron una sonrisa, recordando su terquedad. — me hubieran salido canas, tratando de convencerla, porque ella era la de la última palabra, tan

linda, mi doñita.

También, sabía que doña Efigenia nunca hubiera aceptado irse a vivir a un ancianato, – Primero muerta, hubiera dicho.– Estas reflexiones, en vez de entristecerla, le proporcionaron mucha paz interior. –Doña Efigenia hizo lo que siempre quiso en vida. Lástima que el pueblo no entendió que, de alguna manera, las peleas y disgustos con otros, se habían vuelto una necesidad en su vida.

–Lo importante, Mija,– le habló tiernamente Valentina, mientras le acercaba un tinto– es que usted, como su única confidente y amiga, sí lo supo. Sus indirectazos se los echaba a todo el mundo de frente, como ráfagas sin anestesia, y nunca se sintió aislada porque, quizás, en el fondo, le gustaba la soledad y que no la molestara nadie.

–Tiene razón, mami, lo único que lamento,– prosiguió Elina. –es que la buena actitud, de la gente para con ella, hubiera llegado tan tarde.

–Sí, mi campeona, pero la alcanzó a disfrutar y se gozó cada momento de su vida y a todos, incluido yo. ¿Puedes creer que me trató de marica?– Olegario le contó rápidamente sobre su conversación durante el día, que les anunció la noticia sobre su cautiverio, y Elina no pudo evitar nuevamente sonreír.

–Ya me parezco a Consuelo Cárdenas, declamando “Reir Llorando” –dijo ella riendo, entre sollozos.

–Eso es bueno, Amor, es que así es que hay que recordarla, una traviesa doñita que vivió a sus anchas. Y si en algo te puede ayudar, acuérdate lo que me contaste sobre su actitud frente a la muerte, así que más cremada no pudo finalizar. Donde esté, debe estar feliz de que se le haya cumplido su última voluntad y hasta riéndose de nosotros, por mandarnos un fuego más impresionante que la pirotécnica de mi papá.

Ante estas palabras, la risa colectiva no se hizo esperar.

–O ¿sería, más bien, Genoveva la que la castigó por vivir al lado de don Adriano?– Declaró Carlota, persignándose; y todos, imitándola, prefirieron ignorar su comentario.

Nuevamente, el pueblo se vistió de solidaridad, pues los salazareños, empezando por el alcalde y su comitiva estaban muy temprano al siguiente día, en traje de pelea, para proceder a levantar los escombros que quedaban del incendio. Aparte de la casa, la pequeña veladora había logrado hacer estragos en los alrededores de su morada.

–Doctor, ¿y qué tal que hiciéramos el ancianato aquí, en honor a Efigenia?– propuso Olivier.

–Solo la campeona lo puede decidir.– Contestó Honorio Díaz, el notario del pueblo.

Elina no entendía de qué le hablaban y nuevamente, Olegario secaría sus lágrimas, al mostrarle las escrituras de la casa.

–Su deseo siempre fue que le quedara a su Tesoro, lo poco que ella tenía. –volvió a insistir el notario.

–¿Y cómo no, mija?– intervino Valentina, –si usted fue la única que le atendió sus maluqueras y la soportó durante tanto tiempo.

–Ay, viejita, usted siempre saliéndose con las suyas– declaró Elina.

Para disimular esos sollozos, empezó a sobar a Otelo, mientras entonaba en alta voz la canción ‘Nuestro Juramento’, recordando su deseo de que le cantara cuando muriera. Los presentes sintieron su dolor en su conmovedora interpretación y la acompañaron en el coro. Una vez terminada la emotiva canción, Elina, abrazando a Olegario y suspirando fuertemente, se dirigió al notario.

–Claro que sí, don Honorio, me parece que es el sitio perfecto para hacerla renacer; si se consigue anexas la casa contigua, los terrenos quedan amplios y están muy bien ubicados.

Seguidamente, estrechó las escrituras contra su pecho, mientras se persignaba, como dándole su adios.

–Vivirás por siempre, mi Vieja terca.

–Donde quiera que esté, va a estar orgullosa de su Tesoro.– la abrazó Génesis. –Y si entiendo bien, así sea, a regañadientes al principio, va a descansar en paz, sabiendo que en su morada, está naciendo la esperanza para tantos ancianos.

–Muchachos, si siguen trabajando sin taparse la boca, nos van es a apestar con tanta gripa.– se quejaba Carlota y otros tantos, de la tanta inhalación de ceniza.

–Papito, la señora Carlota tiene razón. ¿para qué se quitó la mascarilla que le prestó el alcalde.– le reclamó Elina al cazador, quien no veía los efectos dañinos de esa limpieza.

–Princesa, ¿va a enseñar a su papá a hacer hijos? Eso no pasa nada.– le respondió él, decidido a no parar su trabajo.

Estos eran los desafíos de vivir en un pueblo aislado, donde no se contaba con personal capacitado para proporcionar información sobre los cuidados necesarios en la manipulación de sustancias tóxicas y dar directrices para una prevención adecuada de desastres. Lo cierto es que, desde ese día, se escucharían con frecuencia tosidos en la casa del cazador, a altas horas de la noche, despertando a todos los Sanabria.

El sepelio de doña Efigenia fue organizado de la mejor manera y, para sorpresa de todos, más de uno fue voluntario para expresar algunas sentidas palabras, en homenaje a la protagonista de tantos hechos que, ahora que se recordaban, habían afectado a los salazareños, más de lo que se creía.

–La matriarca del pueblo, – como la había llamado el alcalde, –se había hecho respetar, a su manera y le tenemos que agradecer el arresto de don Adriano, y otras denuncias importantes, que habían asegurado la paz en la localidad.

Y como era de esperarse, la que mejor la recordaba era Elina, por ser, quizás la única, en vida, que había conocido la dulzura de esta doña, disfrazada con su tono tosco de ermitaña, para protegerse de la maldad.

–En defensa de su honor, quiero decirles que doña Efigenia nunca superó el asesinato de sus padres y que solo actuaba en virtud del nerviosismo, que le provocaba el estar con otros. Pero bien adentro, era como un ángel en vida, y vuelve a acompañarnos, con la futura construcción del ancianato en sus predios.– Sus palabras fueron seguidas de aplausos.

Esperaron entonces a que pasara el novenario, para dar inicios a los trabajos.

–Tenemos suficiente presupuesto, así que no escatimemos en materiales de construcción, ni en mano de obra.– le ordenó Olivier a Mónica, una arquitecta amiga, que había conocido en el Gol de Colombia. –De paso, también quiero que transformemos el puesto de salud, en hospital.

–¿Podemos disponer entonces de toda la manzana, para corresponder a la idea de su diseño?– preguntó Mónica, luego de haber visitado los terrenos.

–Claro que sí; según me comenta el notario, la casa de los difuntos Chicamocha no tenía herederos, así que, déjeme arreglar con él el traspaso, pero desde ya, puede contar con ello.

A los dos días, se procedió a revolver el suelo.

–Señor alcalde, estábamos picando y mire lo que encontramos.– aseguró Diosemel, uno de los obreros persignándose.

Olivier y Génesis no pudieron ocultar su asombro al presenciar la vista de unas morrocotas, encontradas en la guaca, lo que correspondía a las tradiciones milenarias, de enterrar los tesoros

en sus casas.

–Pero eso es lo que nunca entendí; que yo recuerde, Genoveva nunca tuvo plata o parientes que le hayan heredado este tipo de riquezas.– dijo don Jesús Díaz, uno de los ancianos más longevos del pueblo.

–No necesariamente tenía que ser de ella; seguramente, siempre lo supo y juró no contárselo a nadie.– Más vecinos empezaban a persignarse.

–Ahora no se las vengan a dar de sufridos que, –refutó la omnipresente Carlota. –...según contó la misma difunta, que en paz descansa, la maldición de Genoveva terminó con la muerte de los tres Chicamocha.

–Exacto. Ustedes no se van a ver afectados por el mismo maleficio de don Adriano.– Los tranquilizó Oliver, haciendo que el padre José de los Angeles bendijera el tesoro. Además, para conseguir la eterna paz de Genoveva, el día de las ánimas del purgatorio, se hizo una misa en su tumba remodelada.

–Dale Señor el descanso eterno. –clamaba el sacerdote.

–Brille para ella la luz perpetua.– respondían en coro, mientras le ponían flores, para ayudar a ausentar los malos espíritus.

De esta manera, Genoveva, o la Mataniños, como la alcanzaron a llamar, finalmente, pudo encontrar paz en su tumba, y con una lluvia intensa llena de truenos, parecía haberse despedido de su maldición.

Sin preocupaciones, ya monetarias, la arquitecta procedió a describir su proyecto, hablando de excavaciones, rellenos, vigas, columnas de hormigón, paredes, estructuras, mesones e instalaciones hidrosanitarias. Esta jerga de la construcción era casi que, desconocida para todos, pero gracias a Dios que, don Ezequiel parecía aprender rápido y dos maestros de profesión, duchos en la materia, pudieron explicar al resto de contribuyentes, sobre los pormenores de la construcción.

–¿Perdónenme que me adelante, pero ya tienen pensado el nombre que llevará el ancianato?– interrumpió su explicación, Mónica. –Bueno, lo digo porque hay que conseguir permisos, además, para asuntos formales, prefiero que las facturas lleven el nuevo nombre.

Todos miraron mecánicamente a Elina, y ella, guiada por el asentimiento reconfortante de su novio, se escuchó decir a sí misma.

–Efigenia Chicamocha.– De esta manera, conseguiría premiar a las patrocinadoras de las obras, doña Efigenia Velandia de Mosquera y Genoveva Chicamocha, quienes, de alguna manera, habían construido las bases del proyecto.

–Eres un ángel, mi vida.– aseguró su suegra. –Y aunque hasta ahora, estemos en los inicios, hijo tráeme la champañita que tengo helando en la nevera, pues este bautizo, que hará historia en Salazar, hay que celebrarlo.

Elina se disponía a acompañar a su novio, pero Olivier la detuvo en el instante.

–Ingeniero Ivar, quiero que conozca a la verdadera artífice de todo esto, la que nos ha revolucionado el pueblo.

Estas palabras, aunque le llegaban al alma, la hicieron enrojecer. Sin embargo, habiendo aprendido ya a actuar en sociedad, pudo responder con una gran sonrisa, que le daba vida al recinto.

–No me la tiene que presentar, señor alcalde. La señorita ya es famosa en la capital. Es más, el doctor Jairo me la recomendó especialmente.

Y en este ambiente de fraternidad, procedieron entonces a bautizar el terreno, que traería tanta felicidad y abrigo a un gran número de indigentes, no solo de Salazar, sino también de la capital.

Ya que la construcción de este proyecto iba a ser monitoreada desde la gobernación en Cúcuta, se debía entonces ofrecer evidencia, en cada una de sus etapas y por ello, Olegario tomaba algunas fotos que luego enviaría a la prensa.

–Y bien, reina, ¿qué sigue ahora? –le preguntó Génesis.

–Empezar, cuanto antes la construcción del ancianato, y también, coordinar algunos programas relacionados.

–Bravo, mi estrella, – la animó su novio, mientras la levantaba en un abrazo enorme, que hubiera despertado la envidia de cualquier persona, que no tuviera a su media naranja cerca.

–Señora Génesis, –dijo ella un poco agitada y apenada, luego del abrazo– si le parece, podríamos iniciar una campaña de educación, sobre la importancia del buen trato hacia los ancianos.

–Súper, y que se respeten sus diferencias. Con eso contrarrestamos las potenciales anomalías en sus cuerpos cansados. Te va a tocar entonces llevar este mensaje lo más pronto, Oli, ven acá.

Así que, a instancias del rector Carrillo, Elina fue cordialmente invitada a impartir una charla sobre Comportamiento y Salud en el Instituto Técnico Agrícola, ahora con estudiantes de noveno grado. Anticipándose a la ocasión, preparó su intervención con la solemnidad de quien carga la antorcha del tiempo, iluminando con sabiduría los senderos de la experiencia.

En el aula, donde esperaba hallar miradas ansiosas de conocimiento, la realidad le deparó una sorpresa. A pesar de sus expectativas, su discurso se vio abruptamente interrumpido por la intervención de algunos estudiantes.

–Ay Campeona, es que los viejitos ya no soplan y ¿para qué se les va a tener tanta compasión? de por sí que ya, luego de unos añitos, estirarán la pata.

–A ver, muchacho. – inició ella, con tono sereno y pausado, callando algunas risas indiscretas. –Primero, no se les llama así, sino adultos mayores y acordémonos que si Dios nos permite el lujo de llegar a una edad avanzada, por todo aquello de la memoria de vida y el karma, seguramente, en un futuro, vamos a recibir el mismo trato, que les dispensamos hoy; recuerden que hay que sembrar para cosechar.

–Señorita Elina, – la interrumpió una estudiante. –pero es que hay algunos que no son tan buenos, por ejemplo, ese Esmeraldo lo corretea a uno o mire no más, a Irma, que anda pidiendo disque cincuenta centavos y muestra la choza.

Las risas del grupo la hicieron sonrojarse, pero Olegario intervino.

–Ustedes tienen que saber que el tiempo, en su danza incesante, puede llevar consigo el bagaje del deterioro cognitivo, una realidad que se entrelaza con diversos factores como la presión arterial elevada, el alzheimer, la artritis, el parkinson, la demencia y otros capítulos que la existencia nos depara, sin pedir permiso. Estos caprichos del destino, narrados por la pluma de la experiencia, no deberían ser motivo de risas ni de mofas, cuando nos volvemos, lentos, viejos y lerdos. La vida, en su imprevisibilidad, nos invita a la compasión y al entendimiento. Aquello que observamos hoy en otros, puede convertirse en nuestra realidad mañana.

–Gracias, Amor, nadie lo hubiera podido decir mejor. – retomó ella, evocando las palabras del profesor Salomón, en sus cortas intervenciones. –Además, ya el profesor Uribe les va a contar la historia de Auxiliadora y verán que, no hay mucho de qué burlarse.

–Exacto Elina, – les dijo Uribe, escribiendo en su cuaderno quizás el nombre de los estudiantes, que habían intervenido. –entonces, tenemos que comprenderlos y no ser ignorantes burlándonos de ellos y dejando que sus condiciones se compliquen. Así que la idea es que en un ancianato, se les puede alimentar, cuidarlos para que no sufran en la calle, ni pasen necesidades. También debemos adaptar equipos para aquellos que no puedan transportarse o moverse por sí

misimos. Porque, como afirmaba el joven, todos nosotros o nuestros padres podríamos encontrarnos en la misma situación, y ustedes desearían ser protegidos, ¿verdad? ¿O preferirían arriesgarse a ser objeto de burlas por parte del pueblo?

Estas últimas palabras, pronunciadas por el profesor, resonaron en los oídos de los estudiantes como un eco reflexivo. Sus pupilas dilatadas denotaban la comprensión de la necesidad de adoptar una actitud más respetuosa hacia los ancianos de las calles, actitud que rápidamente se propagó por todo el colegio y el pueblo. Desde ese momento, era conmovedor presenciar cómo algunos estudiantes ayudaban a Irma a cruzar la calle, o cómo doña Berta, una de las conductoras de las peseras, acompañaba a Ofelia hasta su hogar. Otro caballero se encargaba de llevarle lo que acababa de comprar.

—Amor, lo estamos logrando, expresaba Elina abrazando a su enamorado con alegría. —De esta manera, ese estigma desaparecerá algún día y se pondrá fin a la exclusión.

—Así es, Cielo. Cuando les recordamos que también llegarán a esa edad, algo hizo clic en ellos. —añadió Olegario. — El mensaje está transmitido, y el ancianato será todo un éxito. Además, el relato del profe sobre Auxiliadora también los impactó. Aunque es curioso que no lo supieran, considerando los años que lleva aquí.

Y tenía razón, pues los adultos del pueblo, por temor a corromperlos, no revelaban a sus hijos la historia de Auxiliadora. Esta mujer, cuya leyenda estaba envuelta en misterio y tragedia, había sido utilizada por el profesor como ejemplo para introducir los casos psiquiátricos a sus estudiantes. En contraste, lo de Esmeraldo era noticia sabida por todos, una historia menos triste y catastrófica, pero que aún resonaba en las conversaciones diarias de la comunidad. De hecho, “Páguele, como a Esmeraldo” se había convertido en el dicho equivalente a no cancelar una deuda en el pueblo.

Auxiliadora, durante el día, era una seductora vendedora de sábanas que había llegado al pueblo, tras el retiro del cura en su cacerío de Carrisal, donde la falta de fondos interrumpió por siempre las visitas del sacerdote. Salazar le había cautivado por ser un remanso de tranquilidad que la invitaba a la meditación, alejado de las urgencias del mundo. Poseía una voz tan encantadora que, de haber sido descubierta por algún cazatalentos, habría podido ganar unas cuantas monedas o incluso ser invitada a algún programa de radio. Sin embargo, su infortunio residía en que, salvo por los celadores, nadie la escuchaba a las 3 de la mañana, y los salazareños no tenían contacto con personas del ámbito artístico.

Viviendo junto a la capilla de Nuestra Señora de Belén, Auxiliadora elevaba discretamente al pueblo, con cánticos gregorianos y aleluyas. En su juventud, siempre se levantaba a rezar a las tres de la mañana cada día. "Libéranos, Señor; para ti nada es imposible". Los celadores del palacio se habían acostumbrado tanto a ella, que su ausencia les resultaba extraña, pues aseguraban que su presencia en las altas horas de la madrugada les servía de compañía y suplantaba la necesidad de la misa.

—Va a dejar dormir ¿o la levanto a pata? — la insultaba Ceferino, su novio, quien estaba harto de sus cánticos y alabanzas, que ella continuaba durante dos horas.

Parecía que lloraba durante estas alabanzas e incluso habían algunos, que juraban que, durante sus éxtasis, se azotaba a sí misma.

—Una santa—. decían algunos.

—¡Qué va! Pantallera de mierda y de doble personalidad. — afirmaban otros, alegando que cuando la veían en las fiestas, con sus vestidos escotados, no se le veía ninguna marca, ni aureola.

Hasta ese punto, la consideraban casi beata, pero cuando probaba algunos tragos, su espíritu se

encendía y, para sorpresa de los presentes, le gustaba despojarse de su ropa, buscando la frescura que tanto ansiaba, según relataba ella misma. Su novio había adoptado la costumbre de llevarla a las fiestas, ofrecerle bebidas y, sin preocuparse por lo que pudiera sucederle, se retiraba por su cuenta, para disfrutar de otras celebraciones más íntimas con distintas mujeres.

—Uy, no, ese muchacho sí es como mi ídolo. —Se les escuchaba decir a algunos de los vividores en el pueblo. — Se porta caballero hasta que la lleva a la fiesta y luego prefiere no llevar leña p' al monte. Que dicte un curso y ahí sí que vuelvo yo al colegio.

Estas rutinas de salidas y escapadas tenían los días contados. Después de que su novio la abandonara en una fiesta organizada por un candidato a concejal, algunos de los asistentes abusaron de ella, resultando en un embarazo.

—¡Perra, usted aquí no vuelve!— Ceferino la acababa de dejar sin hogar.

Se reveló más tarde que el político en cuestión le había entregado una considerable suma de dinero por aceptar ser el obsequio de la fiesta. Recolectando algunos billetes que él le había dejado en su cartera, alquiló una modesta vivienda en el barrio La Puerta del Sol, a las afueras del pueblo, donde pasaría el resto de sus días. Desconocía a quién reclamarle por su bebé, pues solo recordaba que, tras ofrecerle unos tragos, le habían prometido más y la habían llevado al tercer piso, donde le pidieron que se recostara para superar la borrachera.

No le quedó otra opción que sumergirse en el alcohol y el café hervido para afrontar su depresión, angustia y, lo más lamentable, el futuro de su bebé. No solo estaba perjudicando su propia vida, sino que el pobre feto sufría la carencia de agua que la cafeína y el alcohol le arrebatában para su subsistencia. A diario, el consumo de diez pocillos de café se volvía una rutina obligada, para mantenerse despierta durante noches enteras. En cuanto al alcohol, aunque no disponía de recursos para adquirir una botella de aguardiente, ingeniosamente preparaba guarapo con panela y piña, hallando así su fórmula secreta para evadir las penas del presente. No comprendía por qué se sentía fatigada casi todo el tiempo, y esta fatiga la confinaba a su habitación, sin ganas de salir y con temor a que la gente la observara. Si alguien llamaba a su puerta, su rostro mecánicamente se tornaba rojo, y la sensación de ser juzgada actuaba como una barrera que le impedía asomarse a abrir. Su ventana se transformó en su pantalla de televisión, tanto de día como de noche. Improvisó la decoración con unas persianas de privacidad que encontró en el baúl de la dueña de la casa, las cuales habían sido la sensación en los días de gloria de su abuela.

De esta manera, resguardada de los comentarios perjudiciales de los habitantes del pueblo, se había convertido en una voyeur consumada, todo desde la confinada intimidad de su habitación. Había presenciado a don Cirilo instigar un altercado con su novia Carlota, simplemente porque la vio conversando con el cartero, sin sospechar que sus charlas eran inocentes chismes barriales. También, había descubierto que doña Lilia Ananías recibía la visita diaria del hijo de su mejor amiga, cada vez que su esposo se dirigía a trabajar al cementerio. Pero la mirada que anhelaba captar era la de Fulgencio, el celador de la alcaldía, que pasaba con regularidad, vestido con atuendo deportivo, cerca de su casa, cada fin de semana. Desde el principio, le había atraído, pero sabía que él ya debía conocer su trágica historia, por lo que no albergaba ninguna esperanza.

Aunque el bebé logró llegar al mundo, no pudo sobrevivir más allá de la segunda noche, lo cual no la sorprendió, pues comprendía que su propia falta de disciplina le había negado al recién nacido, las oportunidades esenciales para su subsistencia. Aunque no pudo superar que él fuera la razón de su ruptura con Ceferino, cuando el niño no despertó al segundo día, su dolor físico y emocional fue abrumador. Los vómitos, dolores de cabeza y la amargura se intensificaron. Tras algunos días de caridad en el hospital, su vida se convirtió en un tormento como mendiga por el

resto de sus días. Respecto a su novio, solo se supo que se había involucrado en política y se había trasladado a la capital en busca de fortuna.

El caso de Esmeraldo resultó ser una historia singular; un hombre oriundo de Quipama, Boyacá, quien gozó de la fortuna de trabajar como obrero en la construcción de carreteras. En un día especial de los tantos festivos de Colombia, en el que ninguno de sus compañeros se animó a trabajar por querer disfrutar de un partido del tricolor nacional, él se aventuró temprano a su faena diaria. Para su asombro, se topó con unas esmeraldas que, a pesar de augurar riqueza, se transformaron en su perdición. Haciendo caso omiso del principio de ‘comer callado’ cuando se tiene dinero’, convocó a cinco de sus mejores compañeros, quienes intentaron mantener todo en secreto. Sin embargo, la opulencia propició la rápida propagación de esta noticia, gracias a la repentina ostentación de aquellos menos preparados para semejante riqueza, y pronto, la mitad del pueblo se hallaba colmada de esmeraldas. En consecuencia, este boyacense se vio obligado a huir con muchas piedras preciosas hacia Medellín, donde su vida llena de excesos y derroche en alcohol y mujeres menguó su fortuna en un 80 por ciento.

Finalmente, pagó un pasaje solo de ida hacia Cúcuta, con la esperanza de buscar suerte en Venezuela, pero al llegar, se sintió más atraído por el calor del pequeño pueblo cafetero, decidiendo quedarse en Salazar. Llegó como un adinerado caballero y, cuando Efigenia le preguntó en la pensión Rosedal sobre su profesión, solicitó que anotaran "Prestador de plata, paga diario". La noticia corrió rápidamente por el pueblo y comenzaron los préstamos del recién apodado doctor Esmeraldo, cuyos intereses al 2% le beneficiaban. El problema radicaba en que su avaricia le otorgaba tanta ventaja en el negocio que, al encontrarse con personas poco organizadas, después de que estas saldaban sus deudas, él las volvía a registrar como deudores morosos en su cuaderno cuadriculado de pasta dura, que parecía una biblia. Aquellos que, absorbidos por la lucha diaria por la subsistencia, no tenían la capacidad de cuestionar sus prácticas, terminaban abonándole dos, e incluso hasta cinco veces, la misma cuenta.

La hija de Zoila Rosa, en sus años jóvenes, le había solicitado un préstamo modesto para saldar algunas facturas de luz. Desafortunadamente, al revisar sus registros, don Esmeraldo se quedó dormido y, al despertar, sin recordar dónde se había quedado, agregó dos ceros adicionales a su deuda. Cuando ella llegó para realizar el pago, se sintió estafada y, sin tener con qué responderle, su cobrador le embargó la máquina de coser, que le había legado su madre como herencia.

Esto desató la furia del pueblo, que, desde ese día, tenía un solo objetivo: destruir ese cuaderno maldito, como algunos lo llamaban. Así que, en una conspiración en la que participaban desde Apolinar, el pesero, hasta la peluquera Leo, lograron destruirlo. La mitad del pueblo se regocijaba al ver que esas deudas con el aparecido foraneo estaban canceladas. Al darse cuenta, Esmeraldo declaró guerra contra todos, pero terminaron arrojándole piedras para expulsarlo del pueblo. Cuenta la leyenda que, el previamente llamado doctor había logrado escapar solo con la ropa que llevaba puesta a la capital, donde se autodenominó "Embellecedor de calzado", aunque todos sabían que su oficio de lustrador de zapatos no tenía nada de elegante.

Sin riqueza, ni respeto ya, vagó por las calles de Cúcuta, trabajando a ratos en el terminal de transportes, y luego de tres años, regresó nuevamente al pueblo. Algunos salazareños, especialmente aquellos que habían sido deudores morosos, fueron compasivos y, quizás, guiados por un complejo de culpa, se turnaron para darle alojamiento en sus casas. Con el tiempo, la gente pensó que ya, con tanto arroz, papa y huevo gratis, le habían saldado la deuda y lo dejaron deambular por las calles, con su cabello ceniciento, al igual que Auxiliadora.

Con respeto y consideración, los habitantes de Salazar, al percatarse de las precarias circunstancias de Esmeraldo y Auxiliadora, desarrollaron la costumbre de brindarles algunas monedas para facilitar su alimentación. Aunque nunca compartieron abiertamente sus pensamientos, estos, al ser informados sobre el proyecto del ancianato, una expresión de esperanza y felicidad iluminó sus rostros.

–La vejez y la soledad pueden arrebatarnos los deseos de vivir y carcomer lo que queda de felicidad, cada día más.– Dijo Génesis en su discurso, en La Laguna, un corregimiento aledaño. –pero, gracias a este renacer de Efigenia, cuyas cenizas la han hecho revivir, tendrán un bienestar asegurado, y serán cuidados por un equipo de trabajo, listo para actuar en cualquier eventualidad, que se presente.

La tarea de reclutar a otros ancianos continuaba.

–Con todo respeto, yo no necesito esto. –protestó la mamá de Carlota. – Primero, porque cuando joven, hice un curso de primeros auxilios, y me puedo cuidar sola; segundo porque la plata no me falta; mi hijo, que vive en Bogotá, con un salario fijo, me paga terapias de espalda y yo, feliz. Ni loca usaría el ancianato, ¿se imaginan lo que dirán mis vecinos, si me ven allí?

Elina, como era de prever, fue convocada para expresar su perspectiva sobre la decoración del ancianato.

–Para rendirle homenaje a doña Efigenia, el recinto debe ser tan vibrante como ella, muy colorido. – Sintió la risa de algunos de los presentes, y su rostro comenzó a enrojecerse debido al acelerado latido de su corazón. – Confíen en mí, creo haberla conocido bien. No seamos ingratos, especialmente ahora que ha trascendido al más allá.

En sus siguientes palabras, Elina evocó la notable habilidad de Efigenia para explorar situaciones, combinada con su obsesión por la investigación, lo que le confería una personalidad chispeante.

–Solo era luz, pero al parecer, fueron ustedes quienes eligieron verla en la oscuridad. Permítanme decirles que se perdieron mucho: su bondad, altruismo y habilidad práctica para sortear las dificultades y limitaciones impuestas.

Algunos de los presentes bajaron la mirada, quizás recordando los maltratos y cuánto la habían marginado.

–Te felicito, Sardina. –le habló el doctor Jairo desde el otro lado de la cabina, informado por uno de los ingenieros sobre la elección de colores. Consideraba que la presencia de tantos tonos proporcionaría a los pacientes la sensación de una vida agradable y amena. – Y voy a seguir tu ejemplo, pues ya puedo imaginar las ventajas de utilizar esos colores como terapia para el beneficio de muchos pacientes, incluso en casos de enfermedad terminal.

Quería compartir algunas ideas con Elina, pero esta se disculpó agradeciéndole, consciente de que sus humildes aportes tal vez no fueran útiles, para alguien que conocía a fondo las influencias de los colores en los estados de ánimo de las personas.

–Pues yo insisto, porque esa cabecita llena de ideas es inspiradora. Te entiendo que no sea por teléfono, así que te buscaré en dos semanas y, de paso, saludo a Génesis.

El arquitecto tenía la intención de diseñar un salón para conferencias con una acústica excepcional, lo cual Génesis consideraba de gran importancia.

–Déjeme ver...–Rascándose la barbilla, Génesis se atrevió a proponer. –¿Será posible construir una especie de escenario en forma de teatro para que los ancianos puedan participar en actividades, tales como bailes y actuaciones organizadas?

Expuso igualmente que esto los mantendría ocupados mientras prepararan sus escenas para, por ejemplo, tardes llenas de risas, que según ella, serían tan saludables. Su sugerencia fue aprobada y, con todo listo, se comenzaron los trabajos. Olegario y Elina ayudarían a Olivier a coordinar las funciones del personal.

Aunque la construcción del lugar tomaría al menos unos seis meses, era crucial comenzar a gestionar los contratos del personal que atendería a los ancianos. Génesis propuso escribir al obispo de Pamplona para agilizar la colaboración de algunas monjas de la Caridad, quienes, según había escuchado, estaban interesadas en todo el proyecto, gracias a la propaganda transmitida en Radio Cariongo de la ciudad mitrada. A Elina le preocupaba la ausencia de un cuerpo de bomberos, pero no consideró prudente comentarlo ahora que ya había suficiente trabajo con el ancianato.

Luego, era cuestión de diagnosticar el número de ancianos que podrían clasificar para ser atendidos. Aparte de Esmeraldo y Auxiliadora de la Laguna, enviarían a Vejucó, quien también pasaba temporadas de hambre, al pelearse con su hermana y ser corrido de la casa. Esta le daba solo las sobras de comida cuando estaba de amores con su esposo, pero en tiempos de pelea, que eran muy frecuentes, tenía que mendigar en la calle o hurgar en las basuras para encontrar algo que revender y comer.

—Yo no sé, mamá. Sé que allí se le podría mejorar la comodidad del tratamiento de Inés, pero no quiero, por ningún motivo, ofender a Ofelia, quien siempre ha valorado su independencia—, le respondió Elina a Valentina.

—Sí, hija, pero allá no va a tener que trabajar y se va a poder dedicar completamente a Inesita.

En teoría, se pensaba que las limitaciones de Inesita serían temporales, ya que se le estaba prestando un cuidado bastante oportuno; por lo tanto, la posibilidad de que recuperara algunas de sus funciones cerebrales era inminentes.

—Usa tus encantos para convencerla, —intervino Génesis. —Así, la enfermera suministrada podría igualmente cuidar a otros ancianos durante el día. Además, como dice tu mamá, ellas ya se merecen otro tipo de vida; ¡ya la lucharon demasiado!

—Sin embargo, no nos preocupemos tanto por la falta de habitantes de la calle en estos momentos—, prosiguió Olivier. —Las noticias hablan de que el envejecimiento demográfico en Colombia está arrojando cifras alarmantes. En algunos años, pronostican muchos más ancianos que adolescentes en la región, así que tu ideota no se te podría haber ocurrido en mejor momento; fíjate no más, que mi colega de Cúcuta ya nos pidió ayuda para cubrir las necesidades agobiantes de la capital.

—¿Ves, amor? Hiciste que el pueblo fuera pionero en esta construcción, y el recinto va a quedar con todas las de la ley—, dijo Olegario, y ahora, se dirigió a su padre. —Pero supongo que debemos tener cifras exactas para saber con qué porcentaje se puede ayudar a la capital.

—Exactamente—, respondió Olivier. —Eso lo están investigando.

Charlotte diseñaría un programa para empezar a educar a la gente de edad hacia la actividad física, ya que era parte de la cultura regional creer que, por ser mayor, se debía adoptar una actitud pasiva para conservarse y no malgastar lo que quedaba de las funciones cerebrales y físicas. Por eso, habitualmente, los adultos mayores eran relegados a sus mecedoras, sin mayor ejercicio.

—Ahora que lo pienso, Charlotte—, concluyó Elina, —incluso mi papá no hubiera tenido que pensar tanto en matar animales, si hubiera existido algo concreto con actividades que lo hubieran distraído.

Bajo el título de “Apadríname Cuando Sea Anciano”, se programó el taller dictado por la doctora Zuly Marquez, con el objetivo de preparar a los salazareños para una vejez más saludable y fomentar el respeto por estas personas que, como en China, debían ser consideradas honorables.

–Vamos a incluir ejercicios para estimular los dos hemisferios cerebrales, ya que la no utilización de uno de ellos conduce a enfermedades cerebrales como alzheimer y parkinson–, proseguía la doctora. –El hemisferio derecho es el responsable de los procesos visuales, intuitivos y el procesamiento de ideas simultáneamente. De forma inversa, el izquierdo se ocupa de procesos analíticos, procesa cada etapa y se orienta verbalmente–. Oscar le ayudaba con el proyector.

–Imagínense al cerebro como si fuera una planta a la que, si no se riega, pierde las funciones vitales y se muere. Lo mismo le sucede, y tenemos que proporcionarle ejercicios programados para estimular las partes que no se utilizan regularmente–. Así, propuso tareas específicas, como la pintura, que estimularía la creación de imágenes necesarias, contribuyendo a la utilización del hemisferio derecho. Estos ejercicios también podrían incluir actividades que necesitan de nuestra lógica, creatividad y rapidez para realizar multitareas.

–Es más, para responderle a Filomena, ustedes se pueden proveer de una memoria fotográfica si la trabajan coordinadamente en la consecución de ese objetivo.

A partir de ese taller, comenzó a observarse un curioso fenómeno entre los salazareños: algunos intentaban comer con la mano menos dominante o colocaban el reloj en la muñeca opuesta a la habitual. Incluso Génesis, conocida por su indiferencia ante las opiniones ajenas, adoptó la peculiar costumbre de caminar hacia atrás. Aunque inicialmente fue objeto de burlas por parte de algunas señoras, no pasó mucho tiempo antes de que estas la invitaran a unirse a ellas en sus paseos, emulando los movimientos de un cangrejo. De esta manera, el taller, al ser tan innovador, fue todo un éxito.

–Antes de quedarse dormidos, mantengan cada pie levantado durante un minuto, lo cual les ayudará a estimular el equilibrio cerebral–. dijo Sara, colega de Zuly.

Y ya se estaban empezando a ver los resultados en los salazareños, quienes, guiados por el caso de doña Inés Delgado, estaban empeñados en realizar multitareas, para asegurarse de estar usando los dos hemisferios y no dejar morir su cerebro. Antes de terminar el taller, las doctoras le dieron un certificado especial a Oscar, por haber sido tan asiduo y haberse ofrecido como voluntario en todas las sesiones. Elina comprendía su interés, pues meses atrás, había ocurrido un incidente, que lo había empezado a motivar hacia el área de la salud: el día que tuvo que cuidar a Ezequiel, que había sufrido una caída, ella le compró una solución salina, para que le hiciera los lavados, mientras se ocupaba de doña Efigenia. Él, viendo este producto por primera vez, le pareció que tenía que introducir la jeringa por la parte del protector. Desafortunadamente, le aplicó mucha fuerza y la aguja de la jeringa le entró profundamente en el pulgar, produciendo mucha sangre y manchando las sábanas de la cama y la ropa que llevaba puesta. Así que, cuando su hermana volvió a casa, tenía dos enfermos que curar..

–Ay hijo,– En medio de su dolor, don Ezequiel soltó una carcajada. – conviértete en una estrella: canta, baila, juega fútbol, pero la salud, te prohíbo que la toques.

–Familia–, apeló Oscar, intespestivamente –.juro que voy a contradecir las palabras de mi papá y decidí que quiero estudiar enfermería.

Parecía haberlo dicho con tanta convicción, que ni el discurso de su padre, acerca de lo mal remunerada que estaba la salud, lograba amilanarlo.

–No lo puedo creer. –comentó Valentina un poco perpleja por el incidente. – Sin faltarle al

respecto, Ezequiel, creo que ha sido una forma muy rara de crear una vocación para nuestro benjamín.

–Si estás seguro de ello y terminas haciéndolo, Corita, ahí no más te empleo en el ancianato cuando termines la carrera–. le dijo su hermana, motivándolo igualmente.

El levantamiento de cejas de Ezequiel no los dejó tan convencidos de que su proposición fuera posible.

Después de haber organizado y coordinado los asuntos relacionados con el ancianato, Olegario y Elina se encontraban en casa de ella, deleitándose una vez más con los deliciosos buñuelos caseros, mientras Ezequiel se divertía con su juego de tejo junto a sus amigos. A pesar de que el ambiente estaba impregnado de optimismo, un susurro de incertidumbre se apoderó de los enamorados después de una pregunta inquisitiva de Oscar.

–Bueno, ¿y ahora qué?

–Oscar, deje de estar preguntando cosas que no hay que preguntar. –lo reprimió Valentina en vano, pues ya él no era un chiquillo que se dejaba fácilmente callar.

–Pero mamita, ¿es que usted piensa que Elinita se nos va a quedar ahora siempre en Salazar? Su lugar no es aquí. Ella tiene que seguir triunfando, salir y estudiar y si no, nunca va a volar como dice el profe Salomón, y no creo que él quiera decir que coja un avión, es más bien...

–Sí, Oscar, todos sabemos lo que quiere decir el profe. –comentó Valentina, resignada, pero un poco asertiva. –Pues sí, mis muchachos, Osquitar tiene razón, ¿y ahora qué?

Los enamorados sintieron que finalmente, les había llegado el momento crucial para discutir los estudios de Elina, ya que no estaba su padre. En ese instante, ella, segura de que su amor por Olegario superaba cualquier aventura juvenil y que este sentimiento era recíproco, compartió una mirada cómplice con Olegario. Parecían coincidir en querer empezar a pensar seriamente en su futuro juntos. La conversación se centró entonces en la posibilidad de mudarse a la capital para iniciar sus estudios universitarios, pero los cuatro sabían que convencer a Ezequiel sería harina de otro costal. Con expectación en el aire, apelarían a las mujeres de ambas familias, confiando en que la complicidad femenina pudiera ser la llave para desbloquear un futuro lleno de desafíos y sueños compartidos.

–Elinita, entiéndame, no es que te queramos correr de la casa.

–Yo sé, Corita. Ven, dame un abrazo.

Olegario y Valentina se miraron instintivamente y sin pensarlo dos veces, se unieron al abrazo familiar, sin notar siquiera que la puerta de la sala se había abierto.

–¿En qué iban? –preguntó Ezequiel, alzando las cejas al verlos tan cerca.

–En que estamos seguros de que va a llover hoy–.respondió Oscar.

–Como no, moñito, por eso es que tiene la nariz tan larga. –refutó Ezequiel no muy convencido. –vaya mejor a ver si la gallina puso, y Vale, yo también tomo café. Mejor dicho, tráigamele de paso un cafecito al yerno, mientras voy a colocarle estas pilas nuevas al radio.

–Gracias, don Ezequiel.–comentó Olegario, contento de ser aceptado en la informalidad familiar. –¿Le hablo entonces? – le susurró a Elina.

–Ni se te ocurra hoy, amor. Con ese comentario hacia mi hermano, veo que no está de genio.

–Listo, pero ya tocará pronto, porque el momento se está acercando.

–Yo sé, amor, yo sé. – respondió Elina pensativa, mordiéndose los labios, quizás añorando su ingreso a la universidad. Introduzca aquí el texto del capítulo seis.



6. *La redención de Ezequiel*

En el universo de limitaciones económicas que siempre acechó a los Sanabria Villalta, la mera idea de que alguno de los hijos del cazador pudiera adentrarse en las aulas universitarias era tan solo una quimera, que siempre había habitado en los sueños de Elina. Sin embargo, hoy, gracias a su inquebrantable empeño, sus destrezas deportivas y su dedicación incansable, Elina se encontraba al borde de un nuevo capítulo de su vida: el comienzo de sus estudios universitarios con una beca que garantizaba su ingreso a la universidad, con todos los gastos de sostenimiento cubiertos.

—No crean que estoy muy contento. —declaró Ezequiel, rompiendo el momento de celebración, que incluía mantecada y chocolate caliente, preparados por Valentina. —Yo sé que todos le pusimos ganas a tanto concurso y ahora, esa joda del campeonato... ese de introcolegios, y logramos ganarlo.

—Intercolegiados, Papá, Introcolegios no existe, aunque no suena del todo mal. —lo interrumpió Oscar, con su cara de ponqué, haciendo sonreír a Valentina.

—Como sea, ustedes me entendieron y no me interrumpa, que están hablando los mayores. — lo regañó Ezequiel. —Pero me pregunto, hija, ¿no sería mejor que nos dieran la plata de la beca en lugar de la tal matrícula? Podríamos como dar las primeras cuotas para una casa mucho mejor, como la de Belén Montes, que siempre le ha gustado a usted, Princesa. ¿no le parece?

Sus palabras cayeron como una losa sobre el ambiente de entusiasmo y expectativas, generando un silencio sepulcral en la sala, impregnado de angustia y desilusión. Elina apenas pudo sostener la mirada y, en cambio, buscó los ojos de su madre, como implorándole que interviniera, para hacerlo entrar en razón.

—Mija, piénselo. ¿Por qué no se queda aquí para que nos acompañe? he oído que mucha gente en la capital se pierde debido a la libertad que tienen. Además, yo oí por allá en la radio de Bogotá que están creando una tal universidad a distancia, ¿qué tal, que se pueda quedar y desde aquí estudie, mire que uno se hace viejo y luego, pues, no sé, qué tal que se arrepienta de tanto alboroto y se quiera venir al mes entrante. Los pasajes en la Trasán están recaros para estar yendo y viniendo.

—A ver, Ezequiel, no me le va a dañar la ilusión a la niña, que ya ella se ha esforzado bastante y le ha costado lágrimas para lograr todo esto. —Valentina tosió, sosteniendo una mirada firme, decidida a disipar cualquier insistencia en esa dirección.

—Bueno, ustedes las dos verán entonces, hagan lo que se les venga en gana, ¡sinceramente! — dijo, sacando la bicicleta. —Me voy mejor donde Carlos Jaimes, que ese sí me entiende.

Una vez que salió, Valentina le puso la tranca a la puerta y abrazó a su hija. La alegría, parcialmente esfumada, volvió a decorar la sala de la casa.

—Ay, hija, ya tiene el permiso y no me le haga caso, que ya se le pasará. Tienes que entender que va a ser un golpe duro para nosotros.

—Yo sé, mami, los voy a extrañar mucho. Pero es que estoy tan ilusionada de ser alguien en la vida.

—Y es que no le voy a perdonar que no lo sea. Además, me tienes que animar a Osquitar, para que él también, llegado el momento, piense en su futuro. Ya te veo, abriéndole la puerta de la experiencia, así toda grandota, uy, mira como se me pone la piel de gallina.

–Bueno, mami, acuérdate que él ahora como que quiere estudiar enfermería.

–Y ¿sí piensas que estaría hablando en serio, o sería más bien, solo una pataleta del momento? Yo siempre creí que sería bueno para que estudiara algo así como comer chicle. ¿Si será que de eso se pueden graduar ahora los muchachos, o se quedarán pegados? –Las dos rieron y volvieron a abrazarse. – Pero de verdad, es que como inventan tanto, no ves con lo que salió tu papá ahora, dizque universidad a distancia.

– Mami, y dime, ¿dónde voy a quedarme al final? – preguntó Elina, algo nerviosa. –Estoy segura de que no me dejará quedarme donde Olegario.

Tres días después, Ezequiel se dirigió a la cocina para sacar tinto ya que Valentina estaba afuera, trayendo la leche en las Brisas. Encontró a Elina de espaldas, haciendo las arepas de la comida; sin decirle nada, se quedó contemplándola un momento, con un nudo en la garganta, trataba de contener la marea de emociones que amenazaba desbordarse.

–Mija, no me malentienda, no es que no quiera que vaya a la universidad o mucho menos, pero... es que, no se imagina cuánto duele dejarla ir, mi chiquita, mi grande, mi hija mayor. – Elina dejó la masa en la mesa y se lavaba ahora las manos, para poder escucharlo bien. –Hace tiempo que sabía que el momento tenía que llegar, desde aquel día con Génesis y los pastelitos, o yo queriéndola casar pronto, para que tuviera un buen futuro; mija, todo eso lo hacía con el temor de que verdaderamente pasara, y mire de lo que nos salvamos, de esa maldición de los Chicamocha.

–Tómeselo calientico, papito. –Elina le pasó un pocillo de café con su platito untado esta vez, de harina amasada.

–Ese día, mija, de lo del alcalde, yo sabía que me la querían arrancar de mis brazos, pero que yo lo podía controlar todavía, entonces no era tan dura la vaina; ahora es distinto, es un hecho, una realidad, mi princesa se va de la casa, y luego...ay, mija, ¿usted por qué no nos salió bruta, como su prima Bárbara? Así, no tendría que irse.

–Ay, Papito. –Elina soltó una risa tímida que la hizo toser.

–En serio, Princesa; fíjese bien lo que le voy a decir: si usted hubiera sacado los genes Sanabria en vez de los de su abuelo Francisco, aquí estuviera viviendo hasta los cuarenta o cincuenta con nosotros como toda una bombrita, y habría tocado es que correrla de la casa, para que se fuera. Pero, con lo inteligente que nos salió, eso seguro se irá luego para otros lados, por allá para uno de esos países que están en ese mapamundi, ¿es que le dicen? yo sé que eso va a pasar –. Sus lágrimas fluían sin restricciones, –No quiero perderla, mija. Estos días, he pensado en cuánto quisiera que el tiempo regresara a cuando usted era toda chiquita, una sute, mejor dicho, y corría hacia mis brazos toda cariñosa; o cuando nos traía tintico en las mañanas, uy sí, de eso, nunca me podré olvidar.

–Todavía, les traigo, Papito, trabaje esa memoria, que me hace sentir mal –. Elina se mordió los labios, tal vez sintiéndose culpable por no haber repetido ese hábito de llevarles café permanentemente. –¿pero no era que me quería casar con un policía? Yo me acuerdo bien, o con don Emérito, usted estaba todo insistido. Jum, si me descuido, me caza hasta con Osquitar.

–Pendejo que es uno, mija, y la hubiera cagado, yo sé. Porque yo sé que he hecho pendejadas en la vida. Pero bueno, ya Dios me las habrá perdonado. Dígame más bien, ¿y qué piensa hacer si se va, mija? ¿nos vendrá a visitar cada semana, o cada mes? La plata no importa, mi amor, eso de algún lado la sacamos; venderé más queso, madrugaré más temprano si es necesario, pero no quiero perderla por allá. Cuídese mucho, mija. Estará rodeada de malas influencias, marihuaneros, prostitución, drogas, mucha perdición por allá en el terminal; hay tanto peligro allá afuera, como esos casinos que me perdieron a mí, ni se le ocurra aparecerse por allá, húyale,

mija, ¡pegue carrera! –Ahora, bebió un largo sorbo de tinto –. Pero, también, como dice Vale, sé que hay cosas buenas. Así que, por favor, cúideseme mucho, y no nos olvide. Llámenos, aunque sea para escuchar su voz, diga “Papito bendición” y cuelgue, así no gasta la moneda de esos teléfonos, que creo que los llaman públicos, eso no más nos hará bien. Y ojalá nos venga a ver cuando pueda, así, toda linda, saludable, mi reina, no se le olvide, hagame el favor y se me cuida y no nos olvida.

–Ay, Papito, usted sí, con eso que me dice. –Elina lloraba a mares, pues nunca había escuchado a su papá en tal monólogo.

–No sea toche, no llore, que no la estoy regañando. –dijo él, abrazándola. –En las mañanas, cuando su mamá me sirva el cafecito, la mencionaré, le hablaré del silencio que usted hacía para no despertarnos, cuando se levantaba temprano a poner el aguamiel. Y ¿quiere que le diga algo que no sabe? –Ezequiel soltó una carcajada. – Yo siempre estaba despierto, mija, me daba risa oírle caminar en puntillas, pero yo me hacía el dormido cuando llegaba el café. No le cuente a su mamá, ¿sí? Aunque aquí entre nos, yo creo que ella también estaba despierta, ¿sí o qué, mija?

–Yo también lo creo, papito. –dijo ella, gimiendo.

–Pero lo mejor eran esos cafecitos juntos, de los mejores recuerdos, mija, ¡con eso le digo todo! Y eso, mi princesa, es lo que me hará vivir y esperar los sábados, aunque no pueda venir, no importa, ¿oye, mija? Usted concéntrese en esos libros y se me aprende hasta los puntos y comas, que aquí la imaginaremos toda sigilosa, y nos reiremos con su mamá, pues también estará ya despierta esperándola.

Elina fingió volver al amasado de arepas y se secó las lágrimas, preocupada porque no le cayeran a la harina.

–Pero, mija, me tranquiliza saber...mejor dicho, eso me da como un cosquilleo, que ese muchacho con el que anda es buena gente, y su familia también. Nos vamos a emparentar bien, no solo económicamente, sino como personas. Así que, vaya y haga sus cosas, y no le cuente a su mamá todo esto, porque me da pena. Sea fuerte, mija, siempre demuestre fortaleza, aunque se esté muriendo de dolor. ¡Ábrazeme, mija! Y luego, vaya a hacer sus cosas, que yo necesito una siestita. Te quiero... digo, la quiero, mija, nunca supe hacer eso del tuteo, ni toda esa mierda de ahora, así que no quiero meter la pata ahora, y que me recuerde de mala manera.

–Papito, yo lo quiero mucho, lo amo. Nunca se me vaya. –Elina lo abrazó, apretando sus brazos, su espalda.

–Ay, mija, eso no me lo pida, porque usted sabe que eso no es elección de uno, sino del que está arriba y que todo lo ve. Ahora, váyase que ya va a llegar su mamá y nos va a encontrar así y ¡qué oso!, como dicen ustedes.

–No, Papito, no importa, ¿sabe qué., mi rey? si usted quiere, yo no me voy, me quedo, Papito, aquí con ustedes, y le prometo que les traigo tintico bien calientico, sin olor a arepa, todos los días, ¿le parece?

–Ay, mijita, qué más quisiera yo, me haría el hombre más feliz, ¡pero no! usted tiene que volar, ¿se le olvidó que usted es un arcoíris, y los arcoíris nunca viven en pueblos pequeños como este? Ellos vuelan, ellos saltan, ellos están en las grandes ciudades, llevando color a las gentes de ciudad, llevando la naturaleza de los campos, para embellecer las metropo... como se llame. Y usted tiene que brillar, mija, cuando no llueva en Cúcuta, refrésquelos con su ternura, con sus sueños, que tanto critiqué tiempo atrás; tiene que llevar su alegría, su fuerza, porque usted es una verraca, mi verraca, mija, sí, mi verraca.

La puerta se oyó sonar, y su papito rápidamente se escabuyó.

–Que me suelte, mija, le dijo, y dígale a su mamá que me lleve tinto más tarde.

Elina quedó sola, estallando en lágrimas, pero sabía que tenía que ser fuerte, así que dejó la masa y se lavó la cara en el lavaplatos. Esperó un minuto, esperando que entrara Valentina, pero ella nunca llegó, así que se imaginó que era Oscar, el que había abierto la puerta. Se sentía como si estuviera levitando, como le había dicho varias veces doña Efigenia. Su suspiro profundo le informó que había llegado el verdadero momento, en que su vida le cambiaría, y ella tenía que estar lista para enfrentar lo que venía.

—Hola, hija, ¿y su papá, todavía está durmiendo? —le preguntó Valentina, que llegaba sudando con la leche traída de las Brisas.

—Ay, yo no sé, mamita, yo no tengo que estar pendiente de él todo el día, pues también tengo cosas que hacer—. Dijo, sin mirarla, para evitar que su mamá le viera los ojos llorosos. —Mami, termine las arepas porfa, que tengo que ir con Oscar, a llevarle una plata al padre.

—¿Al padre? ¿Y eso para qué? ¿Había que dar limosna hoy? —Valentina, empezó a sacar un billete de su cartera. —Tome, llévele esto también.

Pero ya su hija se había marchado, buscando como loca a su hermano.

—Corita, vámonos para el Juana Naranja, hoy quiero que nos vayamos de neumático—, dijo con determinación.

—¿Y eso qué bicho le picó? ¿usted, Elinita, en esas? —respondió él, asombrado.

—Sí, Corita, mi papi me acaba de dar tanta libertad y tanto poder, que me siento que puedo alcanzar la cima de una montaña; vámonos, hermanito, que pa'mañana es tarde.

—Pero ¿qué le dijo o qué? Cuente, o mejor, espere y traigo la pantaloneta y la gorra y me va contando. Coja los neumáticos que están detrás del armario del corredor.

Y ambos salieron de la mano. Tan ensimismada en sus pensamientos estaba que parecía no distinguir a la gente que veía pasar; se sentía como si estuviera levitando, tal y como le había dicho varias veces doña Efigenia. La vida cambiaba, y ella por fin, tenía el permiso del Cazador para alcanzar sus sueños.

Génesis le había extendido la invitación para alojarla en su casa, pero todos eran conscientes de la naturaleza conservadora de su padre. Aunque este había finalmente dado su aprobación para que continuara con sus estudios, compartir vivienda con su novio era un terreno demasiado delicado para ser explorado. Ni siquiera el sonido de la tos de su esposa habría sido suficiente para modificar su pensamiento inflexible. Su tía Maruja, al percatarse de que Olegario no había respondido positivamente a los avances tan directos de Bárbara, ya había le insinuado a su cuñado que, con los trabajos pendientes en la casa, que nunca comenzaron, no había espacio para alojar a nadie más. Elina recordó el ofrecimiento de Charlotte y decidió llamarla.

—Con mucho gusto. —respondió Charlotte, resolviendo así la cuestión del alojamiento, al menos por unas semanas.

Su padre mantuvo una actitud seria durante tres días, casi no les hablaba, únicamente, se dirigía a ellas para que le trajeran tinto, o le ayudaran a buscar la ropa que se iba a poner. Eventualmente, gracias a las llamadas de Génesis y las constantes visitas de Olegario, gradualmente fue cediendo, hasta que finalmente dejó de recordar las reprimendas y se avanzó hacia la decisión definitiva.

—Me hace el favor y le colabora, Princesa, a la señora, en los quehaceres de la casa. Y no me le llegue tarde, que casa ajena se respeta.

—Sí, papito, como ordene.

—Ay, hija, usted...nos va a...hacer una falta. —le habló desde el fondo de su alma, con el

corazón arrugado. –Pero, quien la va a poder detener, si usted es el sol mismo. Se me cuida mucho, ¿me oye?

–Ay, Papito, no me haga llorar otra vez, porfa. –repitió ella, luchando con sus lágrimas. –y yo los voy a extrañar eternidades, pero estamos solo a dos horas de carretera y voy a poder venir de vez en cuando, cada vez que pueda.

–Sí, mijo, con la beca, le alcanza para la Trasán o la Peralonso, no se preocupe. –intervino Valentina. –O podemos ir a verla nosotros. ¿No me diga que, no me va a llevar a visitar la capital?

–¿Sabe que sí? Que esto sea una oportunidad para salir un poco del pueblo, que, de verdad, ya me hace falta. O vamos todos a Pamplona, para que Elinita visite a su abuela.

–Bueno, mijo, nada de lágrimas, que Elinita lo que va es a triunfar en Cúcuta, así que es más bien momento de celebrar. Entonces, hagamos los hayacos de mazorca en familia para que se lleve unos cuantos, y le lleve a los suegros, que se les prometieron.

–Exacto, vamos es a trabajar. Oscar, vaya sáqueme el queso de la nevera. Elinita, ábrame las mazorcas, que yo estoy que me empiezo con la molida de maíz. Y usted, Vale, háganos un tinto bien cargadito y nos lo sirve con los buñuelos, que nos mandó doña Celina. Ala, a propósito, y no ha vuelto el cansón ese del Moncho.

–Damas y caballeros de Salazar, se les avisa que el Proyecto Sanabria Villalta de boyos o hayacos a domicilio, que hacen crecer el pelo está en pleno progreso. –exclamó Oscar, mientras le entregaba el queso a su mamá y partía la panela para el tinto. –El remedio fue tan bueno que los cabellos del señor Ezequiel, alias el Cazador, rastrean el piso cada vez que mi papá camina descalzo por el patio. Claro que cuando está en zapatos, el efecto termina, como ahora y se le pueden ver los piojos haciendo fiesta en su cabeza.

–Ay, Corita, no cambies nunca. –Lo abrazó su hermana, agradecida con él quizás, al ver la sonrisa tímida de su papá, mientras se pasaba la mano por su cabeza, ya un poco calva.

–No importa, mija, deje a ese zurrón que mame gallo, que hoy nadie me saca la piedra. Ría ahora, vergajo, pero que no se le olvide, que la calvicie se hereda, ya lo verán ustedes.

Oscar quedó como achantado.

–Pero, vengan aquí los dos y sepan que yo a ustedes los quiero mucho, carajo. Son mi orgullo. –Ezequiel, de manera excepcional, los abrazó como si fueran sus hijos pequeños, gesto que raramente solía hacer.

–Vayan, vayan, que de esto como que no dan mucho en esta casa. –los alentó Valentina de manera juguetona.

–Venga usted también, mija. – la animó su marido.

Y así, los cuatro parecían la familia ejemplar, depositando todas sus expectativas para el viaje de Elina en ese abrazo.

–Los Sanabria, como siempre, llegando tarde a todo. –exclamó doña Sofía, al ver que la Trasán se había detenido en la esquina de don Ismael Velandia, para que entrara la hija del cazador al bus.

–Mija, tome, lleve esta imagen de la virgen de Belén con usted todo el tiempo, para que me la proteja. –le dijo, Valentina.

–Claro que sí, mamita, la bendición.

–Dios me la bendiga y me la cuide, mi niña linda.

–Nos está llamando, Princesa. –le pidió Ezequiel.

–Sí, Papito, están pendientes del teléfono.

–Cómo será esa besuqueadera con su novio, uy, uy. –dijo Oscar, simulando abrazarse a él

mismo.

Valentina le dio un coscorrón bien pegado, preocupada que lo oyera Ezequiel.

–Y cuando vuelva, no venga hablando, ni caminando diferente, que usted es de estas tierras. – la molestaba su hermano.

–Ay, Corita...–ya no pudo contener sus lágrimas.

–Bueno, ¿y es que se van a ir todos, o qué? –los interrumpió Maximino, el chofer del bus.

–Un momento, por favor. –Ahora, se dirigió a ellos gimiendo, mientras buscaba el puesto número 10 del bus y despidiéndose de adioses, con sus manos a través de las ventanas del bus.– Claro que sí, los quiero mucho.

–Ay, ¿tantas recomendaciones, para qué? Ni que se fuera para Bogotá o p'al extranjero, como mi hija Magaly, que esa sí ya lleva 3 años en España. –se oyó a la hermana de la juez murmurar.

–Y ya habla inglés, ¡pa'que se piquen!

–Exacto, el mes pasado, el hijo de Ernesto González se fue para Inglaterra y esos sí no hicieron tanto show. –le respondió Bruno, el ayudante de la Trasán, que estaba malhumorado, porque tenía que llegar con urgencia a Cúcuta. – Tanta vaina y es allí no más, donde se va la reina, ¡jum!

–Yo también les deseo un excelente viaje a todos, gracias. –respondió Elina irónicamente, no queriendo ignorar el comentario.

Y así, después de derramar varias lágrimas en diferentes etapas del viaje, al tener que dejar atrás a su familia y a su pueblo, Elina ya empezaba a imaginar el ambiente universitario. En “la Francisco” o “la Pacho”, como se le conoce popularmente a la universidad cucuteña, el ver pasar a tantos jóvenes discutiendo sobre libros, clases y trabajos en grupo la tenían fascinada. Su horario de clases le convenía, pues podía pasar suficiente tiempo en la biblioteca investigando, mientras Olegario la esperaba en la cafetería en sus pausas activas. Para completar, empezaba a destacarse entre las nuevas integrantes de la selección Norte, durante los entrenamientos y pronto, empezaría el primer campeonato del año, en el que sabía, no iba a ser fácil.

Otra ventaja notable de la beca era la libertad de elección en cuanto a la carrera a seguir, dada la amplia gama de opciones que ofrecía la Pacho. Desde ingenierías y lenguas, hasta Derecho, Política, Arte, y concluyendo con Salud y Zootecnia, las posibilidades eran vastas. Olegario, respetando su autonomía, se abstuvo de influenciarla.

–Amor, estoy indecisa entre Relaciones Públicas, Hotelería y Turismo e Historia del Arte–. le confesó ella, mientras disfrutaba de una limonada que Olegario le preparó en su casa. –La primera tiene un gran potencial; el turismo me...nos abriría las puertas para conocer Europa, y la tercera me permitiría profundizar en lo aprendido con el profesor Salomón y esos fascinantes retratos de sus libros. Ay, de verdad que no sé, Cielo.

En respuesta, Olegario le entregó algunos folletos detallados, animándola a examinar con mayor atención las descripciones de las carreras y los perfiles de los egresados. Mientras tanto, él seguía preparando con esmero más crispetas.

–¿Y entonces, ya tenemos a la futura relacionista, o a una gerente de un 5 estrellas; o quizás, a mi mejor historiadora de arte? – Le preguntó, luego de un rato.

–Lo último, amor. –contestó fascinada, mientras lo besaba amorosamente. – Tenías razón, los folletos fueron de gran ayuda.

–Déjame ver, entonces...este, mi querida historiadora, va a ser tu plan de estudios.

–Amor, te lo juro, fíjate que no pude haber elegido mejor –. respondió, mientras escudriñaba los nombres de materias como Historia, Cultura y Sociedad de la Edad Antigua, de la Edad Media, Literatura y Filosofía del pensamiento, las cuales, parecían producirle cierto escalofrío. –

Eso sí, me vas a tener que enseñar, pues, me fascina ese pensum ¿y sabes qué? Ya tenemos la excusa para viajar y visitar muchos museos y sitios antiguos.

–Claro que sí, Vida, pero espera, percibo que estás temblando, ¿qué sucede?

– Es que...te confieso que, –le dijo ella, a punto de derramar lágrimas. –son tantas cosas logradas; no sé, a veces pienso que el tenerte a ti, el dejar a mi papá ha sido tan duro, lo hubiera visto, estaba tan triste, igual que la semana pasada; y ahora, la realidad de mis estudios, todo esto me abruma.

–No seas bobita, te lo mereces por ser tan de buen corazón, y te entiendo; son varias cosas que necesitas organizar en tu cabecita. Pero deja la angustia para los trimestrales...–la sintió suspirar aún más. –Mentiras...te estaba molestando, pero sí, vamos paso a paso, guardemos todo esto y ahora a celebrar. –aprovechó para volver a poner la mesa en orden.

–Gracias, amor.

–Concéntrate en poder disfrutar de los mejores pasteles de garganzo de Cúcuta, pues te llevaré al lugar preferido de la familia; llevemos las crispetas y las comemos en el camino.

Fueron entonces al Gol de Colombia, el cual encontraron lleno como siempre, conservando la popularidad, que habían dejado los patrones tiempo atrás.

–Señorito, como que se la sacó de un cuento de hadas, hermosa, interesante y muy sencilla. – Lo felicitó Gertrudis.

Elina les cayó bien a todos. La historia de la Dieta del Pan de sus papás le había fascinado y le producía cierta incredulidad pensar que sus queridos suegros hubieran tenido alguna necesidad en la vida.

–¿Si ves, Belleza, que no somos muy diferentes? – empezó Génesis. –Y me alegra tu decisión, pues ya estaba cansada de tener politólogos y abogados en la familia, ¿sabes? hablan demasiado.

Olegario le respondió con un pisotón suave, por debajo de la mesa.

–Mentiras, yo adoro esos discursos, pero... el arte me interesa más, y, quiero que luego, me enseñes sobre todas esas corrientes culturales de Europa.

–Mami, ya, la vas a poner nerviosa. –le reclamó él.

–Qué cuento de nervios, si esto todo es en familia. –Y miró coquetamente a Olegario. –A propósito, Ole, ya tenemos que empezar a programar viajes al viejo continente.

–¿Tenemos, mamá? ¿Oí bien... tenemos?

–Pues Ole, no pensarás que me van a dejar, “Oh lala, Paris, ¡je t’aime!”–dijo ahora, elegantemente. – Acuérdate que soy experta en caber en la maleta.

En medio de risas, procedieron a degustar los deliciosos pasteles, servidos con esmero por Domingo, ya convertido en todo un caballero, y su esposa Catalina, radiantes de tener a los patrones en su establecimiento.

–¿Ya le dieron su primera clase, señorita? – le preguntó Berenice.

–No, propiamente, señora; pero, según el pensum, nos espera un viaje en tiempo y espacio, en el cual, conoceremos miles de obras de arte, analizando los motivos que han inspirado a generaciones de artistas, a crear sus obras.

–Fascinante. –exclamaron algunos de los presentes.

–Y les cuento que solo lo leyó una vez y ya se lo aprendió.

–Eso es motivación y vocación temprana por la carrera, lo cual es un gran comienzo. –gritó Berenice, muy motivada.

–¿y eso cómo la hace sentir? – le preguntó Gertrudis.

–La verdad, –Elina apretó la mano a Olegario. –por ahora, como una cucaracha en un baile de gallinas.

–Y les cuento que mi cielo va a aprender ruso. – Exclamó Olegario, mientras la abrazaba tiernamente.

–Felicitaciones, vamos a poder practicar juntas, porque yo ya olvidé lo poquito que había aprendido. – Le dijo Berenice.

–Con mucho gusto. – aceptó Elina. –Es que como en el primer semestre, tengo horas libres entre clases, me dejé convencer por un pajarito, para mejor disfrutar los viajes.

Todos miraron mecánicamente a Olegario, quien se escondía, detrás del cabello de su amada.

–A mí que me esculquen. –exclamó él, coquetamente.

Génesis sonreía al ver que su relación estaba afianzándose; el rostro de su nuera reflejaba un profundo aprecio por la familia y los recién conocidos; su hijo, por su parte, gozaba contemplándola, dejando en claro que la tenía en cuenta en sus planes.

– Oh, Dios, gracias por ayudarnos a superar todos los obstáculos. –dijo Génesis entre sollozos, mientras la feliz pareja la abrazaba ahora para consolarla.

–Suegrita, sí, –le respondió Elina, mientras la besaba en la mejilla. –y gracias a usted también por haber traído al mundo un ser, con el que me siento realizada y que me quiere tal y como soy.

–Estupendo, Belleza, y te pido que me lo cuides mucho.– le dijo Génesis orgullosa. –Y para empezar a recuperar el tiempo perdido, se me preparan para el fin de semana entrante, porque nos vamos los tres para Bogotá, y no me digan que no, que ya hoy compré los tiquetes. Pero eso sí, para no infartar a tu papá, nos venimos el domingo.

Para Elina, este viaje significaba la oportunidad de visitar uno de los museos, donde encontraría información sobre uno de los temas que había leído en su plan de estudios.

–Y bien, muy, pero muy delicioso todo, y la compañía súper, pero estos prójimos se van a mover la colita en el Club Cazadores.

–¿Y eso por qué no invitaron a la parranda, Ole? ¿Quiénes tocan? –inquirió Génesis.

–Los Melódicos, mami, era una sorpresa para mi reina.

–Váyanse, entonces, mis enamorados y me embellecen esa tarima.

–Amor, me parece todo esto un sueño. –exclamó Elina, extasiada. –Gracias, Vida por ser tan especial y hacerme tan, pero tan feliz.

En apariencia, todo lo funesto había quedado en su retrovisor: el dramático secuestro de don Adriano, la tejida red de engaños urdida por Débora, y la sombra de desconfianza, que se cernía sobre su relación con Olegario. O al menos eso creía ella, ajena al inminente resurgir de la figura que, en un momento dado, había arrojado sombras sobre su felicidad, amenazando con desmoronar su vida irreversiblemente.

En una apacible jornada de su vida universitaria, al salir de una de sus clases, la divisó conversando animadamente con tres compañeras en la cafetería. Apenas Débora la percibió, empezó a tañer sus llaves con gracia, como si intentara desviar la atención hacia algo más intrascendente. No obstante, incapaz de contenerse, se aproximó para dirigirle la palabra. Un torbellino de emociones revoloteó en Elina, mientras el recuerdo de su previa ingenuidad, la hizo sentir como una ignorante, culpándose de haber dudado de la lealtad de Olegario. En un despliegue de insensibilidad, Débora no mostró ni un ápice de remordimiento al ser descubierta en su propia maraña de mentiras, sino que exhibió con desdén emociones saturadas de odio y ansias de venganza.

–¿Pero qué tenemos aquí? – espetó sin soltar sus libros y rodando los ojos con desdén. –Ya Olegario no hará su estudio práctico de sociología en el pueblo; me imagino que escribirá su tesis, investigando el comportamiento de una pueblerina en la ciudad. Vaya, un tremendo caso práctico que, seguramente, será laureado. Pero, espera, –dijo mirando a su alrededor. –no veo las

cámaras.

Elina, decidida a mantener su compostura, se disponía a retirarse, pero pronto se vio acorralada por las miradas acusadoras de las cuatro mujeres. Comprendió que debía ser firme para no ser pisoteada durante el resto de sus estudios.

—Así es, aunque creo más bien que su tesis debería titularse "El comportamiento de una pueblerina", es decir, yo, super orgullosa de ser Salazareña para la información de tus amigas, "frente a una impostora", es decir, tú, "quien, al no tener más con qué retenerlo, tuvo que inventarse que estaba padeciendo una enfermedad terminal". Hasta yo, la engañada en todo ese terrorismo emocional que montaste, me siento conmovida por este drama; qué buena actriz fuiste, seguro que vas para los premios Catalina, ¡amiga mía!

Y dio unos cuantos pasos para alejarse, pues no quería ensuciarse las manos con alguien que no valía la pena. Sin embargo, Débora, esquivando las miradas acusadoras de sus amigas, mostraba su rostro enrojecido y una determinación implacable.

—Tranquilas, amigas, esta pueblerina nunca comprenderá que aunque el piso es plano, siempre hay niveles y a ella ni siquiera le da para pisar esta universidad. —Ahora, se dirigió a Elina, con una sonrisa macabra. — ¿Vea, y se trajo a toda la gentuza del pueblo a ensuciarnos con su presencia?

Que la ofendiera a ella lo soportaba, pero que se metiera con los suyos era intolerable.

—No, ellos se quedaron disfrutando del buen trato y la honestidad de nuestra gente salazareña. Luego de conocerte, quedaron con miedo de contagiarse de tu falsedad. Ay, pero no pierdas tu tiempo conmigo; si te quedan pocos días de vida, como afirmaste, mejor disfrútalos, armando más telarañas. Oigan, — y dirigiéndose a sus amigas les preguntó. —¿A ustedes también les contó que se estaba muriendo de cáncer? Pílas que esta mujer es capaz de todo por lograr sus objetivos; valórense un poquito ¿o también, son como ella?

Y así, dejándola perpleja y ante la mirada inquisitiva de sus amigas, prosiguió su marcha.

—¿Pero no fuiste tú la que dejaste a Olegario? —escuchó de lejos a sus amigas preguntar.

—No hagan caso que a esta pueblerina le fascinan las enculebradas de las novelas mexicanas; vámonos mejor que les voy a invitar a un capuccino con brownie.

Sus compañeras, con sus cabezas agachadas, respondieron a este comentario con una risa fingida.

Elina no consideró apropiado compartir con Olegario el incómodo encuentro, ya que no quería preocuparlo. Habían esperado tanto por su felicidad, que pensó que revivir un momento penoso solo empañaría su bienestar.

—Amor, tengo algunas preguntas de gramática, estas declinaciones están volviéndome loca. Me pregunto por qué un idioma tiene que ser tan difícil, incluso el inglés, que aunque no lo hablo, me parece un poco más llevadero. Pero esto de cambiar las terminaciones según el sentido que se quiera dar a la oración, me tiene en ascuas.

—Te ves linda cuando te pones así, Princesa, toda curiosa.

—En serio, amor; es que debiera ser como el español, que es tan fácil, donde todo se pronuncia como se escribe y no hay declinaciones.

—Cielo, para nosotros es así porque ya lo hablamos, pero imagínate a los extranjeros tratando de aprender tantos sinónimos que usamos. Sin contar los hablantes que no tienen conjugaciones en su lengua materna; créeme que les queda casi imposible recordar que para cada persona, hay una terminación diferente.

—Ah, sí, por eso es que los gringos, a veces, hablan como los indios. —Y acercándose bastante a Olegario, quizás recordando las palabras de su Corita, sonrió y se colocó algunos de sus cabellos

rubios en su frente. –Gringa querer besito de su novio, pero nada que se lo dan, es todo un problema.

Él quedaba, como de costumbre, embelesado con tremenda actuación.

–Me gané a la mujer más preciosa del planeta. –Y ella, en medio de carcajadas, se dejaba premiar con besitos.

–Todo lo que tiene que hacer una por esa besuqueadera. –rio ella, en plena dicha.

–Bueno, y ¿que tal si tu gringuito te da clases particulares, a condición de que tú compartas con él, lo que vayas aprendiendo de tus clases de arte?

–Pues me apunto, porque fíjate que el profesor nos dijo hoy, que el enseñar a otros lo que se aprende, es la mejor manera de fijar esos conocimientos, en nuestra memoria a largo plazo.

–¿O sea que me vas a utilizar? – Le preguntó él, de manera jocosa. –No importa, úsame, mi vida, que yo me dejo instruir para tu beneficio.

Así que, con un chocolatico caliente, un queso de cuajada enviado por su papá y unos palitroques, se había sellado su compromiso y ambos empezaban, entonces, a compartir sus conocimientos.

El viaje a Bogotá fue una auténtica travesía de deleite. Elina, con sus labios tensamente comprimidos, aguardaba con expectación su virginal incursión en la metrópoli, la cual se le antojó intensamente vibrante y sumamente fascinante. Olegario y Génesis la guiaron hacia el Museo de Arte Moderno, más conocido como Mambo, donde se sumergió en la contemplación de las obras maestras de pintores de finales del siglo XIX. Cada lienzo la embriagaba, generando en ella un deseo ardiente de prolongar su estancia más allá de lo inicialmente presupuestado.

–Belleza, esto apenas es un preludio; en poco tiempo, podrás familiarizarte con innumerables artistas en tus clases, convirtiéndote en una erudita del arte.

–¡Qué encantadora sorpresa, Suegrita! Como diría mi papá: ¡Sinceramente!

Y para añadir un toque de calidez, decidieron regalarse un momento de solaz en la zona de café del museo, ideada por la visionaria española Marta Traba.

Al retornar a Salazar y recordar su primera visita al barrio Chapinero, Génesis y su esposo tocaban con entusiasmo la puerta de la morada del cazador.

–Buenos días, discúlpenme si esta vez no escuché la puerta antes. –Les dio la bienvenida Valentina, antes de poner manos a la obra para preparar su característico cafecito y sus empanadas deliciosas.

Al ver que don Ezequiel los recibía con una sonrisa de oreja a oreja, Génesis les comentó sobre la felicidad que su hija había experimentado en Bogotá.

–Ella siempre ha sido una mujer echada pa' lante, –intervino él. –pero, dígame, alcaldesa, y aquí entre nos, que ya somos de confianza. ¿si se nos portaron bien? Usted sabe de qué le hablo... –Valentina miró hacia el techo.

–Claro, don Ezequiel, yo no los perdí de vista ni un minuto, le cuento. –respondió Génesis, obteniendo como respuesta la iluminación de los ojos de su interlocutor. –Les comunico que se ven muy enamorados, y yo creo que pronto nos van a sorprender con su deseo de casarse, así que va a tocar alistarnos.

–Me lo suponía. –agregó Ezequiel un poco melancólico. –Pero bueno, sinceramente, yo no me puedo sentir más orgulloso que sea con un muchacho de tan buena familia. –Luego, se dirigió a Bernarda, quien estaba tratando de leer una revista. –Tráiganos la botellita de whisky que está en mi pieza, debajo de la mesita de noche.

–¿Y usted nos va a dejar solos? –le preguntó Olivier, al ver que el cazador no se había servido

su copa.

—No se preocupen, tomen ustedes, que son los invitados; además, es que con las pastillas para la tensión y las pasadas recaídas, el doctor le tiene prohibido hasta oler trago. —intervino Valentina. —Mijo, ya le traigo la manzanilla.

Génesis rebosaba de alegría, y no dudó en abrazar la ocasión de regodearse con el trago, dispuesta a saborear una doble ración de café y empanadas que se presentaban ante sus ojos.

—Bueno, yo empiezo con esta empanadita, porque ya... que digan lo que digan de mi dieta en el pueblo, me importa un pito. Y bien, ya que Ezequiel nos recuerda la confianza que debe haber entre nosotros, les quiero comentar que tenemos en mente orquestar un majestuoso tour por Europa para la feliz pareja, donde podrán explorar durante quince días al final del semestre—. reveló con entusiasmo.

—Amor, avísame con tiempo. —le contestó Olivier, levantándose de la silla. — ¿te imaginas a ese par de tórtolos en Europa y nosotros, como un par de sirios a su lado? Ese tour va a ser inolvidable. Ya vengo, Cazador, le ocupo el baño.

—Vamos, Oli, yo necesito lavarme las manos primero. —dijo Génesis.

—Ay, Vale, no sabes lo feliz que me siento. —dijo Ezequiel, quien parecía más radiante que nunca. —Pronto, la tendremos casada y me le van a dar lo que yo le arrebaté. Eso y más.

Y no era para menos. Su hija estaba al borde del matrimonio con un hombre que poseía todas las cualidades para hacer feliz a cualquier mujer: respetuoso, amoroso y de nobles sentimientos.

Al volver, Olivier, alcanzando a percibir los ojos rojos de Ezequiel, le hizo señas a su esposa.

—Cosita, ven y me acompaña a la oficina, que me quedó pendiente una información para enviar a Bogotá justo hoy. Pero, pasemos antes por las llaves a la casa, también las olvidé.

Valentina apenas alzó las cejas, recordando quizás el episodio de la cárcel.

—Le creo porque yo también digo mentiras. — Narrándoles la escena de su pelea con el policía y su corto encierro, la pequeña visita terminó en risas.

—Les va a tocar ponerse a estudiar inglés, porque de pronto y nos los llevamos también a ustedes. —dijo una animada Génesis. —Yo veré.

—Gracias por devolverme las llaves, que se me habían perdido. —les dijo inesperadamente el cazador, abrazándolos uno a uno, al despedirlos.

—Las llaves, ¿qué llaves? ¿las mías o las tuyas? — Olivier levantó las cejas, pero su esposa no le prestó atención.

—Deje así, que yo me entiendo solo. —dijo, un dichoso Ezequiel.

—¿Seguro que está bien, señora Valentina? —le susurró Olivier al oído.

—Sí, señor, no se preocupe, es solo la emoción por la idea del futuro matrimonio de Elinita. Son demasiados sentimientos encontrados.

—Yo estaría igual. —dijo Génesis conmovida, mientras Ezequiel parecía tener la mirada vacía. — Bueno, los dejamos, para que sigan celebrando y yo me llevo otra empanadita para el camino.

—Me la volvió glotona, sra Valentina. Bueno, yo también, me llevo otra, la verdad es que están exquisitas.

—Tome, llévense estas, porfa y me le dan una a mi chinita, porfa.

Una vez que se marcharon, Ezequiel parecía no dar crédito a sus propias palabras, repitiéndolas una y otra vez, como si quisiera asegurarse de que las había pronunciado:

—Sí, la felicidad que yo les arrebaté.

De él, emanaba una liberación palpable, como si hubiera descargado un pesado lastre que

llevaba a cuestas durante tantos años. Finalmente, dejó que sus emociones fluyeran libremente, derramando lágrimas como un niño en el patio, mientras el peso de su confesión se desvanecía en el aire.

Cuando Valentina se acercó, él se apresuró a volver a la sala, secándose los ojos con disimulo.

—Ala, y nuestros amigos casi no tomaron, y no pudimos celebrar como se debía; bueno, la voy a guardar entonces. ¡Que no me molesten, Valentina!

Así, se llevó la botella de whisky a su habitación. Aunque su esposa estaba habituada a verlo, en ocasiones, sumido en la soledad de sus recuerdos, lo de hoy la dejaba un poco inquieta.

—¿Y si le llevamos algo de tomar para ver como está, mamá? ¿Una aguita aromática o un cafecito? —preguntó Oscar luego de un rato, pero Valentina lo conocía demasiado bien.

—No, en serio, miijo, hoy no vale la pena. — Valentina estaba segura que su esposo no le aceptaría ni las aguas de menta, ni las de manzanilla, que en otras ocasiones le habían proporcionado algún alivio, como esas madrugadas en las que lo escuchaba caminar por el patio, después de tomarse varios pocillos de café. — Vaya mejor, Osquitar, y descansa usted que mañana tiene que madrugar.

—Bendición, mamita. —se despidió de ella, dejándose abrazar y echarse la bendición. —y usted tampoco transnoche, acuérdesse que a Elinita tampoco le gustaría verla preocupada.

—Dios me lo bendiga, amor de mi vida. Yo me voy a recostar un rato en el mueble.

El cazador, estratégicamente oculto detrás de la puerta, había dispuesto una silla como su escondite, donde se encontraba absorto en el álbum familiar. Las fotografías de Pamplona le susurraban al oído, evocando episodios que habían esculpido su destino con tintes de fortuna cambiante.

—Ay, Princesa, ahora todo vuelve a ser como tenía que ser, vivirás con comodidades, y mire como es la vida, fueron sus suegros los que indirectamente, me ayudaron finalmente a enmendar mi error.

Envuelto en una vorágine de emociones tumultuosas, se vio enfrentado a un cambio tan radical que decidió refugiarse en la penumbra de su habitación, buscando consuelo y confrontación con los recuerdos amargos de un pasado lleno de errores. El peso de sus acciones malogradas, especialmente hacia su esposa e hijos, se manifestaba como un remordimiento insoportable que lo instaba a buscar redención. El silencio de la habitación se volvió un eco de sus pensamientos tumultuosos, mientras las sombras danzaban en las paredes como fantasmas del ayer.

El encuentro con los De la Roche había marcado un antes y un después en la vida de Ezequiel. La primera visita, con sus complejas dinámicas familiares, había traído consigo la frustración de un matrimonio con Eleonidas, al tiempo que catapultaba el éxito de Elina en el concurso de carrozas. La segunda, en cambio, se presentaba como la puerta hacia su ansiada redención, ahuyentando los espectros que siempre lo habían acosado. La habitación, ahora convertida en su santuario personal, se llenó de una atmósfera densa y trascendental, donde cada rincón resonaba con sus reflexiones y la necesidad urgente de reconciliarse consigo mismo.

Ezequiel, sumido en la introspección, se encontraba en un momento crucial de su existencia. La luz tenue que se filtraba por las cortinas entreabiertas iluminaba apenas sus pensamientos oscilantes entre el arrepentimiento y la esperanza de un nuevo comienzo. En la quietud de su retiro autoimpuesto, se abría ante él la oportunidad de enfrentar sus demonios internos, de desentrañar los nudos de su pasado turbio y tejido de malas decisiones. Cada sorbo de introspección era como una pócima amarga que, sin embargo, prometía la cura de las heridas que había infligido a quienes más amaba.

Así, en la soledad de su encierro, Ezequiel se hallaba en el epicentro de una transformación interior, donde los destellos de redención se entretejían con los lamentos del pasado. Este momento trascendental se convertiría en la piedra angular de su renacimiento, un capítulo ineludible en la narrativa de su vida que determinaría su destino y el de aquellos a quienes había herido con sus acciones.

—Esto merece una celebración. Lástima que yo no pueda. —Volvió a contemplar la botella de whisky, que parecía llamarlo. —¡Yaquijueputas, hoy renací de nuevo!

Con la música de Nelson Pinedo y la Sonora Matancera a todo volumen en su transistor, tal vez para tranquilizar a su esposa, Ezequiel se entregó a la mitad de la botella. La melodía del porro lo transportaba a la infancia, recordando la serenidad de su hogar. La alegría de su padre por la cosecha de uva en los vastos viñedos pamploneses de su propiedad era incomparable.

—Ay, mi Valentina bella. —despegó con cuidado la foto de su matrimonio en la iglesia del Carmen. —Tengo que consentirla para reivindicarme totalmente, porque esa pobre sí que me ha aguantado y se merece que yo le dé lo mejor. A ella le gustaba mucho la lectura ¿por qué no se me dio por pasar más tiempo leyendo con ella, u oyendo sus poemas? Todo se lo entregué a la cacería. — En dos sorbos, se tomó lo que le quedaba de la botella y se sintió eufórico. —Pero qué importa, para mañana es tarde; lo que me queda de vida, se lo dedicaré a ella. Estoy feliz, y esta vez, sin casinos, sin escrituras y sin comprometer a mi familia. Esta es la auténtica felicidad.

De repente, sintió un temblor en su interior; quería quitar la silla y abrir la puerta, pero sus últimas fuerzas parecían haberse desvanecido en la botella. Su cuerpo no le respondía, y aunque se sentía consciente, parecía alejarse poco a poco, como si un disparo de su propia carabina lo estuviera borrando de su propio hogar, desvaneciéndose lentamente en el horizonte.

Afuera, Oscar, que no había podido dormirse, atormentado por el persistente silencio que envolvía la habitación, insistía con su madre para llevarle algo a su padre.

—Esperemos, hijo —lo sosegó Valentina—. Necesitaba un momento a solas y se lo permitimos, pero sí, puede que tenga razón, vamos.

Cuando lo llamaron y no hubo respuesta, Oscar abrió la puerta con ímpetu. Al encontrarse con la desgarradora escena de su padre delirando y postrado en el suelo, salió disparado en busca del doctor Jaime. Sin embargo, este se encontraba ausente, y solo logró dar con su reemplazo, un médico ya entrado en años. Al regresar con el facultativo, se encontraron con una escena conmovedora: don Ezequiel, entre los brazos de su esposa, intentaba comunicar algo, pero sus palabras se desvanecían en el aire. No obstante, eso no importaba; Valentina intuía el mensaje y se lo susurró al oído:

—Mija, perdóneme, yo le fallé; usted debió vivir como una reina y yo me encargué de cambiarle el cielo por la inmundicia. Pero mire, que se ha reparado, no le faltará nada a nuestros hijos.

Apenas pudo asentir con la cabeza, liberando un suspiro de júbilo. Parecía buscar entre todos a Elina, quien se encontraba en la capital en esos momentos y quería hacerle señas a Oscar para que la llamara, pero su exhausto cuerpo no le permitía expresarse.

—Sé que quiere ver a Elina, hijo, pero no alcanzaría a venir; no se preocupe que ella estará bien, trate de salvarse para que viva más con nosotros, que lo necesitamos, mijooo.

—Déjenme solo con él, por favor. —Pidió el anciano doctor.

Valentina interrumpió su silencio, mostrándole las pastillas que le había estado dando.

—Ay, no, señor mío, la cagada fue mortal. —exclamó al ver la botella vacía; quiso intervenir, pero la mirada del paciente clamaba piedad y un final tranquilo. —Entiendo caballero, lo entiendo

muy bien; yo también me hubiera pegado una borrachera bien buena antes de irme. ¡Váyase tranquilo, buen cazador!

—Nada que hacer. —Valentina ya había entendido su mirada y solo agachó su cabeza, cerrándole los ojos a Ezequiel. —Si le sirve de consolación, señora, menos mal que se fue, porque si no, hubiera quedado como un vegetal; una carga para usted, mejor dicho, y usted sabe lo que eso significa, no más mire a la cieguita, como le ha tocado con la hermana. Ala, a propósito, tengo que pasar a pedir unas arepas, usted no necesitará este pedazo de periódico, déjeme anotar por aquí, porque luego paso y se me olvida pedir las, y mi mujer está de malas pulgas hoy.

—Aquí tiene, doctor.

—Feliz día...perdón, buen día. —Luego de cobrar sus honorarios, se despidió quitándose el sombrero, donde puso su anotación de “comprar arepas”.

—Hasta luego, doctor. —contestó tristemente Valentina.

—Ese médico se veía deprimido, cansado y no inspiraba esperanza. —Así le contaría Valentina a su hija más tarde. —Ay, hija, menos mal que este no le toco como médico de cabecera, porque estoy segura que se nos hubiera ido mucho antes.

Los De La Roche quedaron consternados ante la noticia. Olivier no podía creer la frialdad del doctor al comunicar la trágica noticia de la muerte de Ezequiel. Se miraron entre ellos, compartiendo un gesto de desaprobación. Mientras Oscar ayudaba a su madre con el café en la cocina, Olivier comentó en voz baja:

—Por eso es que se les debería agregar al menos un semestre más en sus estudios de medicina. ¿No crees, Cosita? —dijo con una expresión de descontento. —Es fundamental que los médicos comprendan los estados de ánimo de sus pacientes, que no sean tan fríos y distantes en momentos tan delicados. No es solo el conocimiento y el acierto lo que se necesita en estos casos; ayuda mucho más una actitud discreta y comprensiva, empatizando con las familias, para que ellas logren apaciguar su dolor.

—Sí y no, amor. Porque un médico a su edad, ya hubiera olvidado esas enseñanzas. Habría que motivar una formación permanente durante el ejercicio de la práctica médica. —Génesis asintió con gesto serio.

Ambos compartían la convicción de que la empatía y la sensibilidad son habilidades cruciales para cualquier médico, especialmente al lidiar con situaciones tan sensibles como la pérdida de un ser querido. Olivier lo comentaría luego en la gobernación, pues sentían que, además del duelo por la muerte de Ezequiel, también había lugar para la reflexión sobre la importancia de la humanidad en la práctica médica.

El eco de las condolencias resonó en la habitación, envolviendo a Elina en una atmósfera cargada de pesar. Las palabras de Olegario, cálidas y compasivas, la abrazaron como un refugio momentáneo en medio de la tormenta emocional. Incapaz de contener el torrente de emociones, se dejó abrazar por él, encontrando consuelo en ese gesto silencioso de apoyo.

Agradeció a los De La Roche con un susurro entrecortado, su voz apenas audible entre sollozos contenidos. Sin embargo, su corazón se llenaba de una pena que iba más allá de las palabras de agradecimiento. La ausencia pesaba en su alma, especialmente al no haber podido despedirse de su padre como hubiera deseado.

—Mamá, perdona mi tardanza y mi ausencia. — le habló con los ojos enrojecidos, y, con la mano sobre el pecho, elevó plegarias silenciosas, buscando consuelo en lo más profundo de su ser. —Pobrecito mi papito, solito y sin que yo lo pudiera abrazar para despedirlo, ay, mami, la

vida es a veces tan inesperada.

–Ay, hija, como decía mi mamá, yo creo que ellos saben cuando se van a ir. –Elina la abrazó fuerte. –Cuando me pidió que lo dejáramos solos, yo en ese momento no lo sentí así, pero me atrevo a decir que él se quería ir encontrándose solo, despidiéndose de la vida.

–Pero me contó Corita, que él le quería decir algo.

–Y lo dijo, hija, no hubo necesidad de palabras, se despidió de ti, de tu hermano, de todos, en esa mirada, de alguna manera, veo ahora que se fue satisfecho.

–Ay, mami, no sabes cuánta tranquilidad me da oír la decir eso. –Elina desvió la mirada –. Mira, mami, alistémonos porque ahí está la quinchita.

–Raro, porque nadie ha llamado para decir que vienen hoy. Seguro es Gladys Rincón, que nos va a colaborar con el rezo del novenario, hija. ¿Sabes donde está la novena?

–Tranquila, mami, que normalmente, ella la trae. Sigamos entonces mientras llega. ¿Sabes? nunca te conté, pero unos días antes de irme para la universidad, tuvimos una conversación larga con papito, aquí en la cocina; bueno, más bien, él conversó, yo gemí todo el tiempo. Y cuando Olegario me trajo de Cúcuta, yo apenas le crucé palabra; mirando el paisaje, estuve asimilando cada gesto, cada sílaba de papito, no por nada, ustedes me dieron esta memoria, y entendí, mamita linda, que ese día, se estaba despidiendo de mí.

–Ay, niña hermosa, ¿si ves? Ese era el único remordimiento que tenía, que no le hubiera dicho adios a su consentida.

–No, mami, para nada, lo hizo, y sabes, yo vi al fin en mi papito, a un ser humano, un poco débil, pero muy fuerte al mismo tiempo. Te amo papito. –dijo ella, alzando los ojos al cielo.

–Tome hermanita. –Oscar le alargó la toalla de la cara. –Para que se seque las lágrimas y se ponga bonita, que llegaron sus suegros.

–Gracias, Corita.

–Sí, pero luego me cuenta lo que hablaron con mamita, que la vi también llorosa.

–Claro que sí, mi amor, claro que sí. –Elina se secó los ojos. –Pero, ¿qué veo yo? se me está poniendo bueno el hermano mío. Todo un Papacito.

–Ay, deje de molestar, cansona. –Dijo, mientras miraba de reojo el espejo del corredor. – ¿Verdad, Elinita? ¿No me está mamando gallo ?

Elina ya se había ido al baño.

–Ya voy. –gritó él, mientras Valentina se había ido a poner la olla para la aguapanela.

La propuesta de los De La Roche de encargarse de los funerales resonó como un bálsamo en medio del dolor. Olivier, con su voz serena y decidida, ofreció su apoyo, reconociendo que en esos momentos difíciles, las palabras no eran suficientes. La carga de la pérdida era compartida, y la idea de que se ocuparan de los detalles prácticos permitió que Elina se centrara en su duelo.

–Querida, quédate con ellos. Ole, nos vamos. – Olivier, con gesto solidario, le indicó a su hijo que lo acompañara, dejando a Elina en manos de su familia y de la comprensión empática de Génesis.

El novenario se desplegó en la residencia, convocando a toda la comunidad en un tributo sorprendentemente concurrido a don Ezequiel, un hombre respetado y querido por todos en el pueblo. Durante el tiempo que duró, el duelo se manifestaba en cada rincón, y la familia se veía envuelta en una marea de consuelo y apoyo.

–Corita, no puedo volver a la ciudad ahora. Me quedaré con ustedes, y ya veré cuándo retomo los estudios. – Elina, decidida a cumplir su deber filial, expresó su firme decisión de quedarse junto a su madre.

–Pero, Elinita, ¿está segura? y ¿piensa dejar todo por nosotros, ahora que ya va adelantada? No creo que sea lo correcto.

Aunque estaba disfrutando al máximo de su vida universitaria, sentía un deber ineludible de estar al lado de los suyos durante al menos un año, especialmente ahora que la ausencia de su padre dejaba un vacío palpable en la familia.

Oscar, testigo de la determinación de Elina, compartió sus preocupaciones con Valentina, la matriarca de la familia. La respuesta maternal fue sabia y afectuosa.

–Hija, es prudente que lo consultes con tus suegros. No sé si esto te ayude, pero tu papá estaba muy feliz y orgulloso de tus estudios; lo hubieras visto, parecía un niño, cuando veía el noticiero, diciendo que seguramente, tú conocerías todos esos lugares que veíamos en la tele. –Valentina aconsejó a Elina, reconociendo la importancia de considerar todas las perspectivas antes de tomar una decisión tan impactante.

Olivier, siempre pragmático y paternal, se sumó al consejo.

– Exacto. No creo que tu papá estuviera de acuerdo en que abandones esa beca. Más bien, hazlo sentir orgulloso, desde donde esté. – Con un abrazo reconfortante, Olivier compartió con Elina la responsabilidad de honrar la memoria de su padre, instándola a regresar a la capital y seguir con sus estudios.

A pesar de la firmeza con la que Elina tuvo que refutar su decisión previamente tomada de quedarse junto a su madre, el paso del tiempo no haría más que desvelar las capas más profundas de su alma, marcando el inicio de una travesía emocional más intensa de lo que jamás hubiera imaginado. La oscuridad que se cernía sobre su corazón, al recordar la pena de haber perdido a su padre, revelaría secretos ocultos y desenterraría preguntas sin respuesta que la perseguirían en cada sombra de su existencia.

Sumida en el peso de su elección final, se encontró atrapada entre la necesidad de cumplir con su deber filial y la urgencia de perseguir sus sueños, una travesía que ya había comenzado, junto al amor de su vida. En su viaje, sabía que debía enfrentarse a desafíos inesperados, desvelando recuerdos y debilidades tras la máscara de la aparente fortaleza que Oscar y Valentina esperaban de ella. Además de eso, en tanto que estos lazos familiares se extendían hasta sus límites, el encuentro con Débora le indicaba claramente que se adentraba en un territorio desconocido. Aquí, sus falacias y engaños seguramente entrelazarían una red de intrigas capaz de perturbar el delicado equilibrio de su vida.

A medida que la travesía emocional de Elina se volvía más intensa, Valentina, ahora sin Ezequiel, quedaba inmersa en un laberinto de emociones y misterios. Anhelaba descubrir los giros que el destino tenía reservados para su hija en este enigma entrelazado con el destino; un enigma en el que siempre había imaginado que el cazador sería una parte vital.

–Ánimo, mi querida hija. Siempre hacia adelante, verraca has sido siempre, y verraca seguirás siendo. –le dijo al despedirla frente a su casa. –Muchacho, cuidala mucho, esta princesa vale su peso en oro.

–Si no, mire lo que se le viene encima. –Oscar le mostró su puño amenazándolo jocosamente y su cuñado respondió a esa amenaza con un abrazo.

–¿Y me lo dice a mí, suegra encantadora? –respondió Olegario con efusividad. –Ahora cúidese usted mucho, porque ella la necesita más que nunca.

–Dame la bendición, mami linda. Chao, Corita, cúdemela montones.

Así que, desde la acera de su casa, Valentina observó cómo el Toyota de su yerno se alejaba por la calle quinta y giraba a la derecha donde Gonzalo Leal. Los vio decirle adiós a Ninfa

Becerra y a Ana Rangel, sentadas conversando en la barda de Héctor Díaz. Contempló igualmente los destinos de su hija y de su yerno convertirse en un intrigante rompecabezas donde cada pieza añadía profundidad al misterio. Esa imagen los llevaba a un punto sin retorno, donde las decisiones del pasado se entrelazaban con las sombras del presente, forjando un futuro incierto que Ezequiel, desde lo alto, velaría con atención. Parecía percibir cierta duda, que se cernía sobre ellos como la neblina sobre Pamplona, velando los caminos por venir y sembrando la intriga que solo el tiempo y sus elecciones podrían despejar.



7. *Sus clases de Historia del Arte*

—Y ahora, quiero introducirlos en el poder del arte.

Al dar sus primeros pasos en la travesía de su nueva vida sin la presencia de su padre, Elina se sumergió por completo en el dinámico universo universitario. En este entorno, el arte dejó de ser simplemente una expresión de belleza para transformarse en una ventana que se abría hacia dimensiones desconocidas. Aunque siempre lo había apreciado por su estética, la noción de su poder intrínseco y su capacidad para ejercer influencia le resultaban aún desconcertantes y ajenas.

—¿Poder? —se cuestionaba, mientras reflexionaba sobre su naturaleza. Para ella, era una cualidad que cualquier persona podía disfrutar y admirar, pero la noción de que también poseía un poder transformador la dejaba perpleja.

—Veo que estás confusa, Salazareña—. le interrumpió sus pensamientos su profesor Alfredo, con su peculiar manera de expresarse, haciéndola sonrojar. —pero gracias Dios, que no eres la única que está dejando caer su mandíbula. Aprovecho para recordarles a todos que, en 1821, Grecia se liberó de sus opresores, guiada por la influencia, que la fuerza de su ingenio tenía en otros países, lo cual los llenó de confianza, para luchar contra esa opresión, transformando su arte en libertad. Así que bienvenidos a la perfección griega.

Tras la clase magistral, una mesa redonda brindó la oportunidad de explorar las motivaciones detrás del estudio del arte. ¿Era por la influencia familiar, el gusto personal o alguna motivación más profunda? La diversidad de respuestas resonó en el aire, cada estudiante llevando consigo una historia única que se entrelazaba con el arte y sus misterios.

En esta asignada reflexión, Elina descartó de inmediato la posibilidad de que su familia hubiera sido una fuente inspiradora en el ámbito artístico. Los modales refinados de su madre, que podrían clasificarla como alguien de mundo, contrastaban con su escaso interés cultural. Respecto a su padre, bastaba con mirarlo cerca para darse cuenta de que siempre había sido un obstáculo, no solo para su crecimiento intelectual, sino para el de todos en la casa. En sus recuerdos de infancia, recordaba cómo reprendía a su madre por leer algunos poemas de Mario Benedetti, que a ella le fascinaban.

—Mija, la mujer es pa'la cocina y no para dárselas de literada. Vaya mejor a poner la olla pa'la aguapanela.

Por temor a un sermón, Valentina terminaba ocultando su lectura y esperaba a que su esposo comenzara a roncar para retomar su libro y suspirar ante tantos versos de este genio uruguayo. Elina presenciaba cómo su esposo le borraba su lado intelectual, tan defendido por su abuelo Francisco, según le habían contado; imaginaba entonces que, si su padre se hubiera inspirado en la lectura, ella misma se habría enriquecido intelectualmente y se habría convertido en una mujer culta desde niña, devorando los clásicos, eso hubiera escogido. Desafortunadamente, esta sensibilización habría sido casi imposible, ya que ella creía que su padre nunca había leído un libro.

Recordaba igualmente el día en que, mientras veía un documental sobre esculturas famosas en la televisión, su padre la trató de vulgar al ver la escultura de David en pantalla. Más que una grosería, le cambió el canal porque quería ver por Venezolana de Televisión, un programa sobre castración de cerdos.

En las comidas, nunca se podía hablar. "Cállense, que no me dejan oír las noticias", les gritaba. Con su hermano, tenían que inventar excusas para terminar rápidamente de comer y poder intercambiar ideas, aunque nunca fueran académicas. En su mundo de niños, al no leer nada, su creatividad y reflexión eran prácticamente inexistentes. En contraste, Olegario la maravilló al contarle cómo los europeos estaban acostumbrados a leer cosas interesantes desde temprana edad y cómo los niños participaban libremente en conversaciones con adultos sobre temas de interés general, sin escuchar el grito de sus padres de "No te metas, esto es conversación de mayores".

De vuelta en espíritu y pensamiento en el salón de clases, al escuchar las diversas razones bien justificadas de otros estudiantes, Elina percibía un marcado contraste en la formación de sus compañeros. Entre las opiniones más recurrentes, destacaban la contribución al mundo artístico mediante la expresión de su originalidad; otros señalaban las falencias en la formación integral, respecto a las nuevas corrientes artísticas. Había algunos que, a pesar de su corta edad, ya habían descubierto que el arte era su pasión, pero ninguno coincidía con la singularidad de lo que ella expresó: "Deseo viajar y conocer las pinturas y esculturas originales de cada época." Aunque su respuesta pareció recibir menos admiración, ella estaba feliz de haber tenido algo concreto que decir. Solo dos semanas atrás, no hubiera dado pie con bola, y esto ya era un buen comienzo en su viaje de descubrimiento artístico.

A pesar de la felicidad que le brindaba su nueva vida, Elina se hallaba sumida en la abrumadora tarea de ponerse a la par del nivel académico de sus compañeros. Estos, con una vasta experiencia en el mundo del arte y un sólido bagaje académico, constituían un desafío constante para la salazareña. Al compartir en una charla de inducción, sus puntajes en las pruebas del Icfes, se enfrentó a la dura realidad de que el suyo fue el más bajo del grupo, erigiéndose como una barrera psicológica que debía superar.

La primera semana de estudios no hizo más que añadir a su carga cognitiva, inundándola con nombres, eventos y fechas que debía recordar. Su anhelo de poseer una memoria prodigiosa, al menos a corto plazo, la llevaba a desear la capacidad de aprender todo de un solo vistazo a sus apuntes. Escuchar al profesor de psicología hablar sobre la neuroplasticidad y la memoria fotográfica solo intensificaba su sensación de desventaja. A diferencia de algunos niños privilegiados que nacían con esta habilidad, sentía que, en las ramas de su propio árbol genealógico, las hojas no habían abrigado tal posibilidad.

Aunque ya no repetía como lora como en el colegio, y sin las antiguas imágenes salomónicas recordadoras de contenidos, ahora se veía obligada a escribir meticulosamente lo que debía memorizar, una estrategia que evidenciaba sus receptores bloqueados. Sin comprender totalmente las consecuencias de su pasividad y falta de asociación, Elina se encaminaba hacia un futuro académico incierto, donde las sombras de estas elecciones resonarían en sus estudios superiores.

Los primeros días de trabajo en grupo resultaron ser un verdadero desafío; algunos de sus compañeros le hablaban sobre mapas mentales para organizar exposiciones y se burlaban de ella por la poca experiencia que mostraba en ese campo.

—Nosotras solíamos hacer mapas en papel calcante y en el cuaderno. —confesó. —Nunca nos enseñaron a dibujar el mapa de Colombia o de algún otro país en nuestra mente.

—Espere, ¿no conoce a Buzán, el inglés? o sea... —preguntó Claudia, la gramalotera.

—Déjela, amiga, esta niña es un caso perdido; mano, ojalá y no nos toque con ella para las

exposiciones finales de Arte 2 porque si no, se nos va a bajar la nota –.remarcó Belkirene.

Custodia, una de las menos crueles, la abrazó en un momento muy efímero, y Elina pensó que la iba a apoyar, pero prefirió unirse a las burlas.

–Lo que más me gusta de su espontaneidad es que, si tenemos que ayudarla, no vamos a gastar un peso en gimnasio, niña. Lo que necesita es ejercicio mental, y ahí sí podemos colaborarle; no necesita ni sudadera, ¿verdad, muchachas?

Esto no hizo más que intensificar las burlas y su malestar al sentirse que no pertenecía al grupo.

–Es verdad, realmente, necesita ejercitar esos músculos –. volvió a recalcar Claudia.

–Oigan ya, vamos. –dijo tímidamente Belkirene, sonriéndole a Elina.

“¿Músculos en el cerebro? Que yo sepa, son puros tejidos, o me engañó mi profe Burgos”, se preguntaba ella, tragándose su inquietud, pues no quería darles el gusto de ridiculizarla nuevamente.

En la Mansión de los De la Roche, pudo compartir las desafiantes interacciones que había tenido con sus compañeros.

–Son tan desagradables y carentes de madurez, pero lo positivo es que, con tu dedicación, pronto estarás a su altura. Recuerda el enorme progreso que ya has logrado. –la alentó Olegario, desglosándole las críticas de sus compañeros. –Ya hago que te traigan un tinto.

A pesar de las palabras motivadoras de su novio, Elina soltó sus libros en la mesa de la sala con desánimo, recordando las veces que doña Efigenia y su papá la habían llamado torpe, y tal vez, pensó, tenían razón.

–Reina, esto es solo el comienzo; estoy convencido de que, si te lo propones, puedes superarlos y dejarlos sin palabras. –añadió él, con una mueca divertida que siempre la hacía reír.

–Amor, nunca me abandones; siempre eres mi refugio, capaz de hacerme olvidar cualquier angustia. –dijo ella más calmada.

–Esa sonrisa es la que amo ver. Voy a prepararte ahora un té de manzanilla, el mismo que mi mamá le hace a papá para relajarse.

Permaneció inmersa en la lectura de uno de sus libros, consciente de que su novio tenía razón y que, con el tiempo, comenzaría a dominar esos tan mencionados mapas mentales.

–Aquí lo tienes, Cielo. –dijo Olegario, mientras le daba un tierno masaje en la espalda. –Primero, disfruta lo que haces; mantén una mente y un cuerpo sanos para asimilar conocimientos.

Las caricias, que al principio eran solo masajes, se volvieron una danza sensual que ninguno de los dos quiso interrumpir. Después de una media hora, con el deseo aún palpable en el aire, decidieron que era el momento de cambiar de enfoque y empezar a sumergirse en los métodos de estudio. Olegario, con la pasión de un amante que comparte sus secretos más íntimos, la guió a través de los intrincados caminos del aprendizaje.

–Es un cambio de mentalidad, amor. Alimentas tu espíritu y tu cerebro al mismo tiempo. ¡Esa es la clave! —Olegario pronunció las palabras con la autoridad de un profeta compartiendo un secreto ancestral.

Aunque no se había olvidado de las humillaciones de sus compañeras, Elina reconocía que su fuerza residía en dos poderosas armas, y con ellas lucharía: su disposición inquebrantable y el amor de Olegario, su guía en este viaje de transformación.

–Mi amor, contigo, las humillaciones de mis compañeras no son nada porque ya empiezo a ver, los inicios de mi futura transformación. Pero volviendo al comentario de tu padre, debe haber una solución. ¿Es muy diferente la educación en Europa, por ejemplo?

–Claro, Cielo, nos llevan años luz.– Le dijo él, con convicción, como un defensor de verdades incuestionables.

–Bueno, entonces se me ocurre pensar que, para mejorar las cosas por acá, algún gobernador debería visitar esos países, investigar sus métodos y tratar de implementar un sistema similar en Colombia. No puede ser que, siendo tan hábiles para copiar formatos de televisión extranjeros, no podamos importar excelentes sistemas educativos.

–Coincidimos en eso, Cielo, – le respondió él. –el problema es saber si están dispuestos. Acuérdate lo que dice papá, que muchas veces, no les interesa porque es mejor mantener a una población poco educada, para que, en su oscuridad, no proteste mucho.

–Pues esa no es excusa porque a largo plazo, ganarían ellos mismos. –le dijo ella, frunciendo las cejas.

–Cielo, no me malinterpretes, no los estoy aplaudiendo, es sólo que la política envuelve muchos intereses personales y compromisos para volver a ser elegidos, que priman, ante todo.

–Amor, me preocupa profundamente la carencia de programas que incentiven la cultura general. –la voz de Elina resonó con un deje de melancolía, mientras compartía sus reflexiones sobre el panorama televisivo. –Imagina concursos que despierten el interés por conocer las capitales del mundo, las del país, los ríos, las riquezas mundiales. Podríamos explorar un sinnúmero de posibilidades educativas que fomenten una sed insaciable por el aprendizaje. En lugar de ello, leí una crítica en el diario de tu papá, que parece indicar que, en la mayoría de países latinoamericanos, estamos inmersos en una regresión educativa, donde se promueven mensajes cargados de violencia, inmoralidad y crimen, como si fueran lo más atractivo para la audiencia.

El asintió con pesar ante la cruda realidad.

–Y eso no es todo –, murmuró en un tono sombrío que teñía sus palabras con un aire de desencanto. –decía el periodista que la falta de censura permite que lo peor se infiltre sin restricciones. –y así continuó ella, resumiendo lo que había leído: Los más afectados por esta vorágine son los niños, quienes, debido a las extenuantes jornadas laborales de sus padres, quedan atrapados frente al televisor durante horas. Terminan imitando lo malo que ven, absorbiendo como esponjas la negatividad que emana de la pantalla. Es una tragedia que se perpetúa por la falta de regulación y la búsqueda desmedida de ratings.

La conversación de los enamorados se transformó en un llamado a la reflexión, señalando la urgencia de un cambio en la programación televisiva para proteger a las generaciones futuras de la toxicidad visual que las rodea. Era evidente que la paradoja de señalar a los docentes por los bajos resultados en las pruebas internacionales, sin un respaldo familiar sólido y sin esfuerzos para mejorar la educación mediante los medios de comunicación, pesaba en la conciencia de ambos.

–Mira que, trayendo buenos modelos de otros países, se le podría cambiar el destino a mucha gente. –Elina cogió el periódico El Tiempo, que llevaba el nombre de Olivier. –No más en Salazar, hay muchas personas que, como yo, tienen un deseo inconfundible de triunfar, de ser alguien en la vida.

–Totalmente de acuerdo, – le dijo Olegario. –a la gente sólo hay que mostrarles las ventajas de una buena educación, para que se despierten y la vean como una oportunidad para crecer.

–De pronto, – le dijo ella, frotándose las manos. –lo hacemos nosotros. Nos vamos a Finlandia que, como dice en esta columna, allí el problema de la educación dio un giro de 180 grados, pasando de resultados muy bochornosos, al compararse con otros países europeos, a obtener las mejores notas en los rankings. ¿Cómo harían? ¿Sería posible hacerlo en Colombia, amor?

Olegario fue a contestar el teléfono.

La duda no cruzó la mente de Elina. Creía en la verraquera de su gente, en el orgullo de ser colombiana, y visualizaba rápidos triunfos para sus compatriotas, con un gobierno que, sin buscar intereses personales o de partido, invirtiera ampliamente en la educación.

–Princesa, pregunta mamá, si quieres comer el fin de semana con nosotros.

–Claro que sí, amor. Me cuentas qué debo traer, porfa.

–No te preocupes, tu presencia es más que suficiente. Voy a la tienda un momento.

Inspirada por esta ráfaga de pensamientos, sabía que no podía contentarse, con solamente quejarse como maldoliente.

–Cruzada de brazos, no voy a llegar a ningún Pereira . – se oyó decir a sí misma.

Decidida a adoptar una nueva estrategia de ofrecer soluciones a sus desafíos, se dispuso a identificar sus debilidades y a trabajar el doble que sus compañeros. Después de la conversación con su novio, ahora entendía quién era ese tal Buzán y la importancia de crear sus propios mapas mentales. Estos descubrimientos, junto con el optimismo que él insuflaba en cada palabra, se convertirían en elementos fundamentales para su integración en la vida universitaria.

Observó a su alrededor y divisó algunos libros que decoraban la biblioteca de la sala, en la casa de los De la Roche. Fue entonces cuando se percató de que en ellos encontraría la clave para resolver sus dilemas. Sin querer incomodar a Olegario, anotó los nombres en una hoja y pensó en utilizar parte de los ahorros de la beca, para dirigirse al Parque Colón, donde se hallaba la única tienda de libros usados en Cúcuta. Allí descubriría material que resumía los conocimientos preuniversitarios, una herramienta esencial, ya que había olvidado gran parte de lo aprendido en su colegio.

Como su pecado no era la dejadez, desde ese día, puso su despertador a las 4 de la mañana y, habiendo planeado tres meses de revisiones eficientes de dos horas, que se constituyeron en la columna vertebral de su aprendizaje, repasaba sus conocimientos. En cuanto a las materias que le habían faltado por ver en su bachillerado, como Cálculo y Química Avanzada, entre otras, su novio, le colaboraba con explicaciones, que ella afianzaba, con mapas mentales.

–Cielo, me gustan esos libros, luego me prestas estos dos, que no creo poderlos conseguir en otra parte.

–Los termino la semana entrante y claro, te los regalo.– Le dijo él, certificándole que lo suyo era de ellos. –Princesa, tienes tiempo, ¿cierto?

Luego de un sorbete de maracuyá, preparado gustosamente por la hija de Morantes, le preguntó muy seriamente, si estaba dispuesta a sobresalir en sus estudios. Su pregunta le recordó su susceptibilidad tergiversada con doña Efigénia, quien le había enseñado que había que comerse el mundo, sin tanto blablablá.

–Es que no voy sólo a tratar, amor; ponle la firma que yo voy a brillar; como me decía doña Efigénia, tengo que aspirar a ser Papa para llegar a Obispo.

–Excelente la doñita, siempre me gustaron sus apuntes. Enfin, el verte así de segura me invita a mostrarte la fórmula del éxito, ven aquí.

Bajaron entonces las escaleras y entraron en un pequeño sótano, donde se encontraba el estudio de Olivier, descrito por Olegario como su santuario personal. A pesar de la escasa iluminación que emanaba de dos lámparas tailandesas en forma de elefantes, el resplandor dorado de las enciclopedias y la impecable disposición de los libros creaban una atmósfera clara, mágica y envolvente. Elina dirigió una mirada fugaz a las estanterías, donde predominaban obras de Derecho e Historia Universal, y en dos altos gabinetes, reposaban miles de casos legales ganados y perdidos por su suegro. Reproducciones de famosos edificios alrededor del mundo y algunas reliquias europeas otorgaban al lugar un aura intelectual.

–Ya sé lo que vas a decir, y déjame decirte que así va a ser la nuestra, sólo que no con tantos libros de derecho, más bien, de arte, para darle gusto a mi princesa.

–Me siento la novia más suertuda del mundo. – Elina supo premiar su ofrecimiento con un beso enorme.

–Bien, y ahora, la caja de Pandora. –Olegario, como si se tratara de una caja fuerte, que estaba rodeada de un juego de ajedrez con piezas de mármol talladas a mano, inspiradas, según él, en la guerra de Troya, extrajo dos agendas. El color amarillo desgastado de sus páginas indicaba que se habían utilizado al máximo tiempo atrás.

–En este momento, vas a ingresar al club de los inteligentes.– como lo llamaba su papá. – Observa la estatuilla del Pensador de Rodin, que está aquí a tu lado e imita esa pose, para poder empezar el rito.

Elina, totalmente entregada, empezó a seguir las instrucciones, al pie de la letra.

–¿Juras renunciar a la mediocridad y abstenerte de considerarte igual al resto de la población? Interesada en aprender, había respondido con su mística ingenuidad.

–¡Sí juro!

–Pero dilo con firmeza, que se vea que lo juras. – Ella entonces inclinándose más como el pensador y cerrando los ojos, repitió dos veces con convicción,

–Sí, juro, sí, juro.

Y los juramentos hubieran seguido, durante un tiempo, si la risa de Olivier no hubiera llenado el recinto, al salir de detrás de las escaleras.

–Ala, no jodás, deja de burlarte de la china. –dijo, frunciendo las cejas.

–Ay, papá, – lo interrumpió Olegario. –la tenías que embarrar, ya me estaba empezando a divertir.

Elina se levantó un poco furiosa y lo golpeó con la agenda.

–Yo no soy payasa de nadie, a burlarte de tus patas, yo mejor me voy de aquí.

–Ay, ya, mi amor, no te enojas que ahora sí es en serio. – Y calmándola con un beso en la mejilla empezó, a mostrarle su secreto, enseñado por su padre, mientras éste se escabullía de la biblioteca, presintiendo una peleita de pareja.

El sistema de toma de notas comprendía, en principio, un esquema compuesto por una serie de códigos, que relacionaban objetos de la vida real con verbos y palabras básicas. Las preposiciones no se tenían en cuenta. De esta manera, las frases escritas como notas resultarían ilegibles y sin sentido para alguien que no conociera el código, lo cual seguramente provocaría risas. Sin embargo, ese era el código compartido por padre e hijo, que le ahorraría mucho tiempo, permitiéndole concentrarse en la conferencia del expositor y transformando sus revisiones en algo más dinámico que la monótona repetición a la que estaba acostumbrada.

Luego de varias semanas y tras intensa práctica, se gestó la transformación tan anhelada. Sus compañeros, quienes antes se burlaban de ella, ahora la consideraban increíblemente inteligente, sin conocer su técnica, ni el tesón que empleaba en su apartamento. El brillo de sus altas calificaciones y su participación activa en clase, sin necesidad de tomar extensas notas como los demás, marcaron un antes y un después. Después de instalar las palabras básicas del sistema en su cerebro, Olegario le enseñó aquellas transmitidas por su abuelo a su padre y las que él mismo había creado. Finalmente, Elina contaba con un sistema simplificado completo que utilizó a lo largo de sus estudios.

No solo destacaba en lo académico, sino que también evidenciaba su evolución personal. Aquella niña humilde e ingenua, que solía aceptar todo sin cuestionar, estaba desapareciendo. El profesor Meléndez le encomendó a la clase un análisis de una obra de arte, y aunque ella tenía

una noción vaga de cómo abordar la tarea, nunca antes había realizado un análisis formal. Al recibir una calificación decepcionante, no dudó en dirigirse directamente al profesor para buscar explicaciones.

–No es mi culpa si usted no siguió las instrucciones de la actividad. –, fue la respuesta del profesor.

–Con el debido respeto, las instrucciones simplemente dicen: 'Hacer un análisis de esta pieza de arte', no hay más indicaciones–, argumentó Elina.

–Exactamente, ¿qué entiende usted por eso? – preguntó el profesor con escepticismo.

Elina, entonces, le dio su definición.

–¡Jum! La manzana de Newton, pues. – El profesor, con expresiones de incredulidad, intentaba burlarse de esos conocimientos. –Esto se aprende en bachillerado, que lo haya olvidado es otra cosa.

La risa y el sarcasmo del catedrático resonaron en el aire, despertando la indignación que bullía dentro de ella. Ya menos susceptible, estaba lista para desafiar las expectativas; sin importarle que se encontraba en la sagrada sala de profesores, liberó toda la frustración que le significaba sus estudios universitarios en una posición tan desfavorecida respecto a sus compañeros.

–Es injusto que me penalicen por no haber estudiado en un colegio para genios, por no haber tenido a nadie que me hablara de ello. Le recuerdo, profesor, que el arte no es una materia obligatoria en la educación secundaria. Estoy poniendo todo de mí; no se imagina los esfuerzos que hago por pertenecer aquí, pero su actitud de guía me desconcierta–. expresó con determinación.

Al percatarse de que otros profesores la habían rodeado, apretó fuertemente los dientes para contener las lágrimas que amenazaban con escapar.

–Ahora me coloca un cero, y luego vendrá otro de ustedes con instrucciones incompletas. Terminaré llenándome de malas calificaciones, mientras ustedes seguirán dictando clases, siendo los profesores cuchilla, y algunos de nosotros, sin aprender, volveremos a casa, con el título marcado en la frente y en mayúscula, de ser fracasados de universidad. –se alistó para salir de la sala, pero optó por dar marcha atrás.

–Sin faltarle al respeto que se merece, –continuó, con un tono que reflejaba su determinación, –Profesor, le agradecería que fuera más preciso con las instrucciones o, al menos, que me proporcionara un modelo de lo que espera que hagamos. De lo contrario, yo, como muchos otros pueblerinos, nunca podremos surgir debido a la desventaja que enfrentamos, por no haber asistido a un colegio de secundaria que siga el currículo obligatorio, que requiere esta universidad. Supongo que debería existir uno para los futuros estudiantes de Historia del Arte. O si, en definitiva, no nos quieren en estas universidades, niéguenos la entrada desde un principio, por favor, pero no nos hagan perder el tiempo, ni la motivación de ser alguien en la vida, y trataremos entonces de ingresar a la educación a distancia, al menos.

El profesor Meléndez quedó atónito al escuchar esas palabras pronunciadas por una alumna; nunca antes, alguien se le había enfrentado de manera tan sentida y precisa. En realidad, nunca nadie había tenido el valor de cuestionarle nada, siguiendo la norma tácita de respeto hacia los profesores universitarios. Hoy, esta primípara le había dado una lección que lo desafiaba a ejercer verdaderamente su profesión.

–¿Cómo estamos contribuyendo a superar la falta de conocimientos y la alta deserción? – se preguntó a sí mismo en voz alta.

–Frustrándolos, sintiéndose mejores profesores por hacer un barrido en algunas clases y rajar

a diez estudiantes de sus grupos—, respondió el coordinador, quien luego de haber escuchado los reclamos de su estudiante, había invitado a todos los docentes de la Facultad de Arte, a una reunión extraordinaria. —Gracias, señorita...

—Elina... Elina Sanabria, señor coordinador.

—Elina, el docente Meléndez la contactará eventualmente para ofrecerle una oportunidad, ¿no es así, profesor?

—Claro, sí, sí. Y de verdad, gracias, Elina.

—Puede entonces retirarse, señorita.

—Gracias a ustedes y disculpen mi atrevimiento.

—Al contrario, señorita, le agradezco su iniciativa. —le respondió el coordinador. —Feliz tarde.

Ya más calmada, buscó un teléfono público y le pidió a Olegario que la recogiera en la universidad, pues no quería estar sola. Entró a esperarlo en un café.

—Al menos a mí, se me quedan cinco cada semestre—, agregó el coordinador. —Sé que muchos de ustedes se jactan de decirlo, los he escuchado en conversaciones prepotentes con sus colegas, como si necesitaran tranquilizar sus conciencias.

Todos se miraron en silencio, desconcertados aquellos que no estuvieron presentes en la discusión.

—Hoy, algunos de ustedes escucharon a una principiante, que, en cinco minutos, nos dijo algunas verdades crudas, en las que debemos reflexionar. Nos habló de proporcionar modelos de los ensayos que les asignamos y de verdad, que debemos cerciorarnos, de que todos entiendan de lo que les están hablando. Se me ocurre que quizás, esta sea una oportunidad para que reinventen su forma de asignar trabajos. ¿Por qué no dan ustedes, en lo posible, una retroalimentación de la nota, por medio de un nuevo trabajo en el que los estudiantes, verdaderamente, demuestren que comprendieron en qué están fallando?

Luego, vendría el mea culpa colectiva de varios docentes, recapacitando sobre sus maneras de evaluar.

—Ser docente no es simplemente dictar clases magistrales, asignar tareas y poner ceros despiadadamente. —continuó el coordinador—. Ser un buen docente significa ayudar al estudiante, explicarle cómo hacer las cosas sin dar por sentado que comprenden los conceptos. "Es que no saben redactar, parece que el colegio les pasó por encima y ni siquiera se dieron cuenta", recuerden sus comentarios mordaces en clase o en esta sala. La reflexión, mis queridos docentes, está en marcha, y el cambio debe vislumbrarse en el horizonte educativo.

Para su asombro, dos días después, Meléndez la convocó a su despacho, donde le brindó una segunda oportunidad para redactar el ensayo y expresó su agradecimiento por sus palabras.

—Si no estuvieras tan apasionada por el arte, te sugeriría que estudiaras derecho; habrías ganado tu primer caso—. le comentó.

La vicerrectora, quien había escuchado parte de la conversación tras la puerta, le dio un golpecito en la espalda:

—Me estoy dando cuenta de que tenemos un verdadero tesoro este semestre, y es algo que debemos cultivar. Buen trabajo, Alfredo.

Olegario lo comentó durante la cena del fin de semana en casa, y Olivier no podía creerlo.

—Tiene razón el docente, resultarías ser una gran abogada, porque ese caso yo lo hubiera perdido, con aquello de los estándares de la educación.

—Ay, es que yo escogí bien. —Murmuró Olegario con modestia. —Y ahora, ¿quién será mi

asesora en las entrevistas con empresas? –añadió, dándole un cariñoso sacudón a su novia.

Ella, inicialmente sorprendida, pronto se dejó consentir, al darse cuenta de que, lo que inicialmente había considerado una falta de respeto hacia su profesor, se convirtió en una valiosa oportunidad de aprendizaje y en una renovación de su confianza ante las demás estudiantes.

–Amor, con las técnicas de toma de notas que me enseñaste, estoy ganando mucho tiempo para dedicar a mis cursos opcionales –confesó, revelando cómo había aplicado lo aprendido en su vida académica.

Desde aquel día, el profesor Meléndez buscaba inconscientemente la aprobación de Elina durante las charlas, y ella, consciente de las expectativas creadas a su alrededor, se esforzaba en cada ensayo, obteniendo las mejores calificaciones, para orgullo de ambos.

Las clases de Historia del Arte ya habían comenzado a toda máquina, y cada cátedra se volvía un fascinante viaje en el tiempo, que mantenía a Elina al filo de su asiento. Su interés crecía exponencialmente con cada palabra de su profesor, Melvin, quien compartía con el profesor Salomón una pasión desbordante por su materia. Cada explicación parecía emanar de un conocimiento tan íntimo, que sugería que Melvin había nacido en cada rincón que describía, o había sido testigo de la creación de cada escultura y el proceso de cada pincelada en las pinturas.

El docente detallaba con una precisión asombrosa cada cincelado, abrasión y brochazo de esas obras maestras artísticas. Elina, completamente absorta, admiraba su capacidad para transportar a sus estudiantes a esos momentos cruciales de la historia del arte. La materia no solo se volvió su favorita desde el principio, sino que despertó en ella un deseo ferviente de alcanzar el nivel de erudición de su maestro, y de explorar tantos lugares como estaba segura de que él había visitado.

Melvin, con la maestría de un narrador experto, llevaba a sus estudiantes en un apasionante viaje a través de la historia, desentrañando las distintas manifestaciones culturales desde el amanecer de los tiempos. El Renacimiento, el Barroco, el Gótico y otros movimientos desfilaron ante ellos, pero fue el Renacimiento el que capturó completamente la fascinación de Elina. Su profesor lo pintó como una época maravillosa de descubrimientos, una era en la que él mismo hubiera deseado nacer. Gracias a las imágenes de las pinturas y las majestuosas cúpulas que proyectaba, Florencia se coló en la lista de destinos que Elina compartiría con su amorcito.

La idea de este renacer del pensamiento, donde el individuo se desvinculaba un poco de la colectividad para explorar su propia individualidad, resonaba fuertemente en ella. Donatello había sabido capturar esta esencia a la perfección con su escultura de mármol de estatura real. "Amor", confesaría después a Olegario, "el perfeccionismo de Miguel Ángel me abrumba, y contemplar su Juicio Final en la Capilla Sixtina me eriza la piel".

Le impactaba saber que en este nuevo renacer de pensamiento, el individuo olvidándose un poco de la colectividad, empezaba a explorar su individualidad, para centrarse en el humanismo. Donatello había sabido plasmarla, construyendo su escultura de mármol de estatura real.

–Amor, – le diría luego a Olegario, –el perfeccionismo de Miguel Ángel me abrumba y mirar su Juicio Final, para la cúpula de la Capilla Sixtina, me produce escalofríos.

Mientras Melvin proyectaba esta obra maestra, Elina se sumía en meditaciones sobre en qué parte de la pintura se encontraría ella, si el juicio se llevara a cabo en ese mismo instante. No creía haber sido tan mala como para ser condenada. Mientras sus compañeras se entretenían reemplazando las caras en el dibujo de la escultura de David, de Miguel Ángel, por la del propio Melvin, realizada con risas por la mejor dibujante del grupo, Elina se sumía en el asombro.

–Y ahora pasemos a Rafael, otro maestro renacentista–. anunció él, llevándolos a la siguiente

etapa de su viaje artístico. –Tan prodigioso y emprendedor, a quien le fue encargado nada menos que decorar la biblioteca privada del Vaticano. Su obra, influenciada por Miguel Ángel, revelaría su predilección por el Clasicismo Griego.

Pero entre todos estos maestros italianos, ninguno logró conmoverla tanto como el genio renacentista Leonardo da Vinci. La anticipación de su mente hacia el futuro le parecía nada menos que formidable.

–¡Qué cerebro, qué imaginación, qué genio! – exclamaba Elina, completamente absorta en el relato de su profesor.

Sí, Elina, y si el mundo hubiera tomado en serio sus ideas vanguardistas, se hubieran ganado muchos años de progreso. No más, admiren sus diseños de aviones, o fíjense en los cuerpos que diseccionó para estudiarlos.

Mientras hablaba de las técnicas revolucionarias, que Da Vinci había empleado, como la escritura invertida, trasladada a su arte, no pudo evitar pensar en cómo este método podría haber mejorado su propio proceso de toma de notas.

A diferencia de su profesor, quien se sumía en los enigmas relacionados con los posibles ataques al catolicismo, a Elina le intrigaba más lo que había leído. La idea de que estas técnicas pudieran haber dejado mensajes subliminales le parecía impactante.

–Tienes razón. –le diría Olegario mas tarde. –Hoy en día, estos mensajes son aún temas de controversia, y muchos pretenden descubrir secretos ocultos en las obras de Da Vinci.

Este comentario la invitaba a seguir sumergiéndose aún más en la fascinante historia del genio renacentista.

El Barroco la dejó un tanto menos impresionado, percibiéndolo como más controversial, quizás una crítica a la pomposidad de los adornos o una burla de la iglesia hacia la ciencia. A pesar de esto, le intrigaba la elección de materiales poco suntuosos que contrastaban con la majestuosidad de los edificios que Melvin les había mostrado. La clase tomó un giro serio cuando el profesor habló sobre los Castrati, futuros cantantes que se castraban antes de la pubertad para preservar sus voces. Melvin decidió cambiar la dinámica:

–Geniales sus manifestaciones de orangutanes, mis queridos estudiantes. En consecuencia, no les hablaré de la pintura de Velázquez; investiguen ustedes el tema.

Para Elina, esto no fue una tarea, ya que con Olegario habían explorado la pintura y la encontraba espectacular.

–Desde Francia nos llega el Gótico, que se expandirá posteriormente a España e Inglaterra. – proclamaba su profesor, –Aquí debemos admirar el empirismo, que no había logrado florecer en movimientos anteriores, debido a que la mayoría se inclinaba por un estilo que obedecía formas regulares. Aunque este arte fue un tanto repudiado por los Renacentistas, tuvo una gran influencia en los estilos de vida.

–¿Estilos de vida? – preguntó con interés Orlando, uno de sus compañeros. Jocosamente, Melvin les mostró fotos de adolescentes que, influenciados por este arte, vestían ropa negra y accesorios que contrastaban con sus rostros pálidos.

–Pregunto porque me parece mágico que el arte no solo tenga influencia en el poder y el orgullo de una nación, sino también en la personalidad de la gente.

Para su pesar, la campana sonó y no hubo tiempo para explorar este comentario. Seguramente lo comentaría con Olegario, ya que estaba intrigada por conocer su opinión al respecto.

En su clase de Creación Literaria, el profesor les entregó un lienzo en blanco y algunos pinceles, desafiándolos a plasmar lo que su imaginación les dictara, con la condición de que tenían que justificar su obra después. A pesar de nunca haber destacado en el dibujo, las instrucciones del profesor le sugirieron que no era tanto la destreza artística lo que buscaba, sino una justificación coherente. Aunque su mente estaba inicialmente vacía, de repente sintió que sus dedos se movían, y comenzó a pintar agua. Lo que al principio era un arroyo tímido se transformó en un río, y finalmente, el dibujo reveló un vasto mar, reflejando la naturaleza de sus sueños. A continuación, surgieron dos barcas moviéndose en direcciones opuestas, y en el horizonte, se vislumbraban casas y personas.

Entonces, Elina explicaría que el primer hombre, interpretado quizás como un espíritu aventurero similar al suyo, se sentía agobiado por sus experiencias actuales y anhelaba explorar lo desconocido en otro pueblo. Al interrogar al ocupante de la otra barca, este le reveló que venía precisamente de ese lugar, pero que también enfrentaba una rutina monótona, que ya no le ofrecía nada nuevo. Decidido a buscar nuevas oportunidades en un pueblo vecino, el primer hombre titubeó ante la idea de regresar a lo familiar, ya que todos apreciamos la comodidad de lo conocido. Sin embargo, una fuerza interna lo impulsaba a volar, a descubrir qué más había más allá de la monotonía. Sin dudarlo, decidió que solo viviendo plenamente en su nuevo destino, podría formarse un juicio justo sobre su calidad de vida.

El grupo quedó cautivado por este intrigante bosquejo, y la explicación de Elina resultó no solo apropiada, sino también enriquecedora. Con su discreción y humildad características, Elina se sintió sorprendida cuando el profesor, días después, se refirió a esta historia, como una parábola que inconscientemente resuena en cada paso de nuestras vidas.

—En el ámbito del arte, esto se relaciona mucho con la exploración de ideas, con encontrarnos a nosotros mismos para poder crear algo significativo. Gracias a esta parábola creada por su compañera, les recuerdo que, más que depender de las apreciaciones externas, es esencial que basen sus estudios en sus propias percepciones, vayan, juzguen, pero por ustedes mismos, no dejen que se los cuenten. Al ser originales, podrán ofrecer al mundo algo nuevo, algo que les permitirá dejar un legado, en lugar de pasar por este planeta sin establecer referentes propios, como tantos hacen.

La celebración del Día del Idioma la dejó completamente impactada. Jamás había imaginado que, además de conmemorar el aniversario del fallecimiento de Miguel de Cervantes Saavedra, el más grande escritor en lengua castellana, este día coincidiera con el nacimiento del legendario autor inglés, William Shakespeare. La universidad organizó una serie de eventos culturales, para establecer un interesante paralelo entre estos dos titanes de la literatura.

Elina, emocionada por participar, se ofreció como voluntaria para pronunciar unas palabras acerca del Manco de Lepanto.

—Debo admitir, compañera, que la sacaste del estadio. —la felicitó Claudia, pues su intervención había resonado en la facultad, recibiendo elogios que la dejaron boquiabierta.

La sorpresa continuó en su segundo semestre cuando Socorro, la secretaria del coordinador, la convocó para sugerirle que aplicara como monitora. El trabajo consistía en orientar a los estudiantes de primer semestre en sus tareas y actividades de inducción. A medida que avanzara en sus estudios, tendría la oportunidad de ofrecer tutorías sobre aspectos más avanzados del arte y otros temas sugeridos por sus profesores.

—Dale, mi reina, tienes mi apoyo. —Olegario, quien ya había sido monitor en su carrera, estaba encantado con la noticia, pues, durante el proceso, había disfrutado mucho de la relación cercana que había establecido con sus profesores.

El proceso de selección, aunque no la favoreció, pues decidieron seleccionar a dos repitentes del grupo, fue una valiosa lección. En lugar de desanimarse, Elina utilizó la experiencia para reflexionar sobre sus áreas de mejora y cómo podía prepararse mejor para desempeñar este rol de responsabilidad en el futuro.

Sin embargo, Elina ya era una figura destacada en el departamento de Arte, no solo por su dedicación, sino también por los elogios entusiastas de los profesores. Socorro, quien le había tomado cariño, compartió un secreto con ella.

—Mira, en las reuniones de profesores, comentan que la pasión con la que abor das cada actividad es algo que se encuentra en muy pocos estudiantes. Eres única y auténtica.

Aunque Elina no estaba segura de qué exactamente le había valido ese comentario, decidió desde ese día, no defraudar a nadie. Esa determinación no le resultaba difícil, ya que su pasión por la carrera la impulsaba a poner empeño y dedicación en cada aprendizaje. Además, el deseo de Olegario de aprender con ella, también la motivaba a superarse cada día.

Sin embargo, la universidad le depararía no solo pasión en su camino académico. A la salida de una de sus clases, Elina se encontró con un momento desagradable. Orlando, uno de sus compañeros, le informó que había sorprendido a una chica en el baño de hombres, una estudiante de colegio bajita y rechoncha, escribiendo diatribas humorísticas sobre ella. En esos escritos, la mencionaban con nombre y apellido, calificándola como una prepago. No le llevó más de treinta segundos, luego de escuchar la descripción física, para darse cuenta de que se trataba de su querida prima, que con su odio desaforado, había vuelto al ataque.

—Oye, ¡qué familia! Probablemente, se acaba de inscribir justo ahora que la universidad está ofreciendo los cursos preuniversitarios para estudiantes de colegio.

Agradeciéndole a Orlando por borrar los letreros, Elina se dirigió casi corriendo a la facultad de Educación, donde se dictaban los cursos. Mientras buscaba en cada salón, Orlando intentó calmarla.

—Sí, esto se trata de una guerra cazada que ella me ha declarado desde niña, pero ya no soy la misma desprotegida de antes. —le dijo Elina, mientras caminaban. —Ha llegado el momento de enfrentarla. Lo que sí te pido es disculpas de antemano, si escuchas alguna palabrota, de su parte, claro.

—Sí, esa es,— confirmó Orlando.

La encontraron con sus compinches en la cafetería y Bárbara no tardó mucho en notar su presencia; sintiendo que Elina ya estaba enterada y temiendo lo peor, se alistó para saludarla con un beso.

—Qué linda estás, primita. No pudimos hablar sobre la muerte de mi tío Ezequiel, de verdad que lo siento.

Sin embargo, Elina rechazó el gesto de plano:

—Primero, no estoy aquí para buscar piropos y segundo, si piensas convertirte en Judas, ni lo intentes, porque eso sería un irrespeto para el apóstol, y menos, que menciones a mi padre.

Sacando valor de donde no lo tenía, ya que le temblaba la voz al principio, atrajo la atención de toda la cafetería:

—Escuchen, yo soy Elina, prima de esta colegiala, con la que lidié cuando era pequeña. La cuidaba, le lavaba los pañales llenos de desechos y tuve que soportar sus travesuras de loca, casi todos los días. Ella era la prima rica y yo la humillada, aunque, claro, de eso no ha cambiado nada.

Los que estaban afuera de la cafetería se acercaron para escuchar la escena. Y recordando sus sesiones de oradora con las hermanitas Delgado, prosiguió con firmeza:

—Ahora que somos adultas, en lugar de agradecerme por mi ayuda y cuidados en el pasado, fue al edificio de Arte a manchar las paredes, escribiendo que soy una prepagó.

Su prima la miraba con ojos de angustia, quizás rogándole que se callara.

—Qué pena, primita, solo te estaba jugando una broma—, intentó justificarse, pero su temblor delataba la falsedad de esas palabras.

Elina recordaba la maldad de su prima hacia su familia y no estaba dispuesta a aceptar disculpas vacías.

—¿Jugando? —Elina recuperó su tranquilidad. —¿En los colegios, se juega a escribir grafitis obscenos de otros estudiantes en los baños? Me pregunto qué diría el director de tu colegio, si supiera que no te están preparando para las pruebas de ingreso, sino para ser pintora de desnudos.

—Se detuvo un momento y Orlando le pasó una botella de agua.

Después de tomar dos sorbos cortos, para recuperar la compostura, como si estuviera transportada por la ira, le dio el estocada final:

—En tu lugar, me matricularía en alguna materia que se llame Empatía, Compasión o Estudio de Valores, para que aprendas a ser responsable y dejes de ser analfabeta en convivencia. Buscando siempre una felicidad estéril, de lo contrario, vas a repetir el patrón de tu familia disfuncional y todo será culpa tuya. ¿Bárbara, es así como planeas pasar el resto de tus días? Reflexiona, mamita —. Sin esperar respuesta, la dejó. —Ahora, hazte a un lado, porque con tu presencia, todo apesta.

Los que la habían estado escuchando, incluyendo algunos de sus compañeros, aplaudieron. Bárbara, sintiendo cada palabra, no tuvo más remedio que salir corriendo con los ojos enjutos, cubiertos de lágrimas. Elina, incrédula de lo que acababa de hacer, se dejó abrazar por Orlando y le pidió que se sentaran a revisar un rato, para olvidarse de ese momento bochornoso.

Se sumía con devoción en las clases de Filosofía del Arte, un refugio donde la reflexión sobre grandes figuras, que habían marcado generaciones, costumbres y formas de pensar la llenaban de admiración. El maestro Nicolás, encargado de impartir la materia, poseía una sabiduría y elocuencia, que imponían respeto en todo el salón, desde el momento en que cruzaba la puerta. Sus talleres, captivadores de principio a fin, invitaban a los estudiantes a reflexionar sobre frases impactantes y eventos trascendentales, seguidos de videos atractivos que desencadenaban apasionantes discusiones.

—¿No recuerdan que todo inició la revolución con las religiones? Buda, como el primer revolucionario, nos instaba a ser como él—, expresaba con elegante retórica al cerrar sus presentaciones.

No sorprendía entonces que muchos estudiantes anhelaran viajar a Nepal, a pesar de la distancia, para sumergirse en la filosofía budista y comprender el lugar de nacimiento del iluminado. Leopoldina, una de las estudiantes más perspicaces, contribuía con comentarios intrigantes que le permitían a la Salazareña conectar las similitudes en las historias religiosas y sus respectivas creencias.

Bautizado como el príncipe Siddharta Gotama, cuyo significado era "aquél que se realiza en la verdad", Buda había nacido en circunstancias paralelas a las de nuestro Señor Jesús. Elina pudo entender su soñar, tachado como pérdida de tiempo por algunos conocidos, como una especie de premonición álgida de eventos que cambiarían el curso de la historia humana. Después de explorar las conjeturas en torno a su nacimiento, las circunstancias de Buda, al igual que las de Jesús, se desarrollaron en un viaje por caminos extenuantes.

En el enigmático salón de Filosofía del Arte, el profesor Nicolás desafió a Belkirene con una pregunta intrigante:

—¿Pecas, y tú qué piensas de la connotación de los números usados en las religiones?

Con la familiaridad del profesor, Belkirene se vio envuelta en una paleta de colores, incapaz de articular una respuesta. Sin titubear, Elina, sin temor al ridículo, intervino.

—Doctor, siempre he sabido que los números tienen una importancia y un significado especial en muchas religiones. Me viene a la mente un tarareo de una canción popular de Lisandro Meza, creo, cantada por mi papá, cada vez que le pagaban sus quesos en el pueblo. Decía algo así como 'Siete son las mujeres para uno, Siete los pecados capitales'.

Algunos compañeros se miraron con aprensión, pero la atmósfera cambió cuando Nicolás celebró el comentario.

—Exactamente, todos esos presagios se vuelven infalibles para la gente, que, como en tu ejemplo, contribuyen a popularizarlos.

La mofa tímida se disipó, dando paso a expresiones de seriedad y curiosidad en los rostros de los estudiantes. El profesor continuó, revelando la riqueza simbólica del número siete en diversas religiones, desde los pasos que daría Buda cuando era bebé hasta las últimas palabras de Jesucristo en la cruz.

El espíritu jovial de los estudiantes al final de la clase denotaba el éxito de la lección. Sin embargo, Belkirene, que había salido apresuradamente del salón, dejaba entrever una insatisfacción, que seguramente sería abordada en las futuras tutorías con el profesor Nicolás.

En las cautivadoras clases de Nicolás, los estudiantes se sumergían con fervor, absorbiendo cada palabra de sus charlas que, más que clases, parecían amenas conversaciones. Aunque Elina no siempre podía aportar datos curiosos a las discusiones, sentía una gratificación inigualable al percatarse de que su ejemplo había servido al profesor, para introducir información que de otro modo, hubiera talvez pasado desapercibida. Sin embargo, no podía olvidarse de las caras de mofa de sus compañeros.

—¿Cómo puedes pensar eso, si tu ejemplo contribuyó de manera significativa? ¡No seas tan dura contigo misma!

Se consideraba afortunada de contar con Olegario, cuyos conocimientos variados enriquecían constantemente su aprendizaje. Su influencia la impulsaba a mejorar su vocabulario y modales día a día. Además, estaba desarrollando el hábito de convertirse en una auténtica ratona de biblioteca. En ese santuario de conocimiento, afianzaba sus teorías y complementaba sus lecciones.

—Si continuó así, pronto estaré más segura en mis intervenciones —, se repetía a sí misma, sintiendo cómo su confianza y competencia se fortalecían con cada página que absorbía.

Para su charla espontánea, abordó un tema que había evitado en el colegio por temor a represalias de sus compañeros, a quienes les fascinaba todo lo taurino: las corridas de toros, arraigadas en su región. Con palabras elocuentes, describió el sufrimiento angustiante infligido a animales indefensos, cuyas vidas llegaban a su fin entre el frenesí de un público eufórico de cerveza, el sonido del cuchillo penetrando la piel y la adrenalina que emanaba de la cantidad de sangre derramada. Relacionó su repulsión con los sentimientos, que podría haber experimentado Buda, defensor de la No Violencia, la Igualdad y la erradicación del Dolor de la Condición Humana.

En su exposición, conectó estos horrores con las cuatro razones, que llevaron al príncipe Sidarta a renunciar a la riqueza y la vida familiar otorgadas por su padre. Gracias a su dominio de los mapas conceptuales y la práctica en su ensayo frente a Olegario, expuso con autoridad los resultados de su investigación durante diez minutos.

—El príncipe se oponía a los bramantes, quienes, sin trabajar, vivían en riqueza, controlando la

sociedad—. declaró con firmeza. —Abandonó la comodidad familiar para sumergirse en la veneración de sus antepasados y encontrar respuestas a las cuestiones de la enfermedad, la vejez, la muerte, el deseo y la avaricia.

La aplicada alumna narró con pasión las penurias del príncipe, su mendicidad y la casi fatal decisión de sobrevivir solo con agua y pan. Continuó su relato con las tentaciones del demonio durante 40 días, el entendimiento de la ley de causa y efecto, y la destrucción de los cuatro pecados de la vida en su tercera vigilia. Mostró imágenes de personas esclavizadas por estos defectos, ilustrando de manera viva su exposición.

—Finalmente, alcanzó el despertar, su Nirvana, el cese completo del deseo, comprendiendo que el no tener miedo era la base de la verdadera felicidad, capaz de liberarlo totalmente del sufrimiento—, concluyó con una impactante reflexión sobre el camino hacia la iluminación.

Con asombrosas imágenes en tercera dimensión, creadas de la mano de Olegario, Elina cautivó a la audiencia, llevándola a un viaje fascinante a través de la vida de Buda.

—Se convirtió en Buda, el iluminado, poseedor del conocimiento supremo—, anunció con un tono, que dejaba entrever la magnitud de la transformación. —Con sus cuatro primeros discípulos, erigió su obra maestra: la Sanga, una comunidad budista destinada a ser el refugio curativo para otros.

El relato tomó un giro emocional cuando Elina compartió el episodio de la enfermedad, que afectó a Buda a los 80 años.

—Sin embargo, antes de su partida, logró desentrañar un enigma ancestral que ha inquietado a la humanidad durante siglos: el misterio de la muerte. Y, como él mismo afirmaba, así como una nube se transforma en lluvia, nieve o hielo, la persona se convierte en una continuación—, expresó con profundidad, dejando que la resonancia de sus palabras impregnara la sala. Concluyó su exposición recordando los fundamentos del budismo, delineando los principios, que han guiado a tantos en su búsqueda de significado:

—Aceptar el sufrimiento. Descubrir su origen. Transformarlo. Aprender a vencerlo—. Cerró su presentación con un toque de sabiduría, dejando a la audiencia sumida en una reflexión, que resonaría mucho después de que las imágenes en tercera dimensión se desvanecieran.

Su desempeño en la exposición le valió una calificación excelente y un aplauso unánime de sus compañeros, quienes elogiaron la claridad didáctica y la facilidad para recordar cada detalle, vislumbrando un promisorio futuro.

A pesar de sus logros académicos, la sombra ominosa de la malicia se cernía sobre ella anunciando un oscuro presagio. Sus enemigas, tejedoras de intrigas venenosas, parecían conspirar en las sombras para desencadenar un evento que cambiaría drásticamente el curso de su vida. Lo que se gestaba tras bastidores amenazaba con desvelar secretos ocultos y sumergirla en un torbellino de desafíos inesperados. La batalla intelectual ganada no era más que el preludio de un enfrentamiento mucho más peligroso, que amenazaba con despojarla de su paz y seguridad. ¿Qué oscuros designios aguardaban a Elina en las sombras? La respuesta se escondía en los giros inesperados, que el destino había decidido orquestrar, y lo que se avecinaba prometía llevarla al límite de su resistencia emocional y mental...



8. *Su primera vez, y el triunfo del mal*

En el dinámico escenario universitario, Elina navegaba por el emocionante torbellino de su tercer semestre, ya plenamente adaptada al ritmo de las clases y habiendo colmado numerosas lagunas en sus conocimientos fundamentales. Impulsada por su apasionado amor por el arte, se postuló para una codiciada beca que prometía abrir las puertas de Europa ante sus ojos ávidos de descubrimiento. Fue la diligente asistente de decanatura, Socorro, quien le entregó los documentos de aplicación con una sonrisa alentadora, resaltando no solo su destacado rendimiento académico, sino también su incansable devoción hacia la carrera.

–Debes sentirte muy optimista, pues tus notas son altas y al igual que otras compañeras, siempre has sobresalido por una motivación enorme–. La animó, al recibirle sus papeles para la aplicación. –Tu corta experiencia como monitorea este semestre, también cuenta mucho, pues eso hace parte de tu integración en la universidad; es más, casi me atrevería a aconsejarte que empieces a preparar tu viaje.

Bien comprendía el entusiasmo de la asistente, pues habían tres plazas disponibles para la beca y ya había podido consolidarse entre las mejores del curso, así que mirando hacia el cielo, recibió la aceptación de su candidatura. Ya, parte de la familia De la Roche, tuvo su celebración formal en el Gol de Colombia.

–Oli, ¿ya viste? esta vez, el pan sólo acompaña el menú, pero de aperitivo. –comentó Génesis, quien nunca pudo dejar de bromear sobre su época compartida de vacas flacas.

–Sí, Cosita, qué diferencia. Pero, no me vas a negar que lo disfrutaste.

–Bien sabes que fue uno de los mejores momentos de mi vida–. afirmó Génesis, mientras distribuía el pan en la mesa, causando asombro entre los nuevos convidados, que compartían la comida y solo habían oído una parte de la dieta del pan. –Tranquilos todos, que nosotros nos entendemos.

Ambos rieron, recordando esos pasados días.

–Luego, te cuento más detalles, Princesa, porque solo conoces la mitad; o mejor, ellos te cuentan toda la historia –.comentó Olegario.

–Que tu papá se encargue de eso, tiene un talento innato para las historias con gracia. – objetó Génesis. – En lo que sí me comprometo es a asegurarme de que ustedes, mis amores, no tengan que enfrentar ninguna dieta, a menos que así lo decidan, porque ambos están en perfecta forma. Y hablando de eso, Oli, me doy cuenta de que la nuera no nos salió cara, nos hizo ahorrar el pasaje a Europa, que les había comprado.

–No te preocupes, Cosita, lo guardas para cuando decidan viajar, quizás para su fiesta de compromiso, por ejemplo...

Elina y Olegario parecían sonrojados, sin saber cómo responder.

–Gracias, suegrita, –dijo su nuera, tosiendo un poco –. de verdad que se lo hubiera aceptado de mil amores, pero el tour organizado por la universidad es algo, que no me quiero perder.

–Te entiendo, Elinita, es tu oportunidad también de complementar todo lo aprendido en la universidad. Sin embargo, insisto en que, para el próximo año, sí tienen que irse los dos y nosotros nos encargaremos de los gastos.

–Prometido, madre. – Ahora, Olegario le susurró al oído con una pizca de picardía. – Señora D, y no por De La Roche, sino por Dañasorpresas, yo gastaré el mío en una semana, así que

prepárense ustedes, o podrían perderse el espectáculo de nuestro matrimonio civil en España. Recuerden que nos quedaremos un año en Inglaterra, pero shh...

—Ma... — Génesis pareció elevarse a las nubes y regresar, pero las señales serias de su hijo le impidieron incluso mirar a Olivier, para no delatarlo. No tuvo más remedio que detener su frase y devorar dos chocolates suizos, satisfaciendo los deseos de su boca y ocupándola, ya que estaba a punto de revelarlo todo. Mientras se discutían los detalles de los boletos, Elina, inmersa en las expectativas de su viaje, no se percató de las miradas cómplices entre su novio y su madre.

Ya Olivier había hecho las averiguaciones en la universidad. Justificando sus estudios de inglés, logró que le aceptaran congelar dos semestres.

Las clases terminarían pronto y Elina ya estaba a punto de lograr el sueño, quizás, más importante de su vida. ¿Qué diría el profesor Salomón, si supiera que su europea, resultaría visitando el viejo continente? Había pensado más de una vez. Pronto tendría la oportunidad de conocer todos esos museos, que eran tan bien descritos por sus profesores, y admiraría las principales pinturas y esculturas, que ya hacían parte de sus desvelos; recorrería igualmente las calles, descritas por su novio como algo irreal, una aventura más que soñada. Esta vez, sola, pero en algunos años, Olegario la guiaría por esos lugares deslumbrantes. Él sería su instructor preferido, juntos recorrerían los lugares más asombrosos y fortalecerían su amor en esta primera experiencia. No sería novedad para él, pues ya lo había hecho con Débora, pero eso no le preocupaba a Elina.

El también compartía su felicidad de primípara.

—Te imagino como una niña, recorriendo todo y tomando fotos, porque eso sí, esa cámara no va a aguantar tanto, y yo no te la voy a cargar.

—¿Pero no tendrás que hacerlo, porque...

—Ayyy.— Génesis sintió la pisada de su hijo por debajo de la mesa, así que luego de un beso rápido de despedida, se dispuso a retirarse con su esposo, a una recepción de su comité de caridad.

Los jóvenes enamorados retomaron su conversación, caminando por la avenida Cero. Ella sabía que Olegario tenía razón; su ilusión de conocer Europa la llevaría a querer grabar cada calle que visitara, cada pintura que admirara y sin memoria fotográfica, tenía que poner a negrear a su pobre cámara.

—Amor, bueno, en vez de molestarme, mejor asegúrate de comprar rollos suficientes en FotoJapón, porque así, como dices, le tomaré fotos hasta los perros y gatos que vea, porque a pesar de que tengan cuatro patas, esos serán animales europeos, con un ladrar y un maular raros.

Olegario reía con encanto ante estas ocurrencias y la envolvía en un beso y un abrazo en cada rincón de la Cero, agradeciendo cada día de haberla encontrado.

—Ay, amor, quisiera plasmar nuestra felicidad en este mismo instante.— Le dijo él, llevándole su mano a su pecho. —Siente mi corazón, nuevamente latiendo, que no me deja despegar de tu mirada.

Caminando ahora por el malecón, presenciaba cómo la brisa acariciaba el rostro y el cabello de su amada, lo cual la hacía ver mucho más esplendorosa.

—Ciudadanos cucuteños, — Comenzó él a elevar la voz, sin importarle las miradas curiosas de los transeúntes ni la iluminación de los faros de los coches, que parecían enfocarlos como a dos actores de teatro. — Declaro que no soy un ser racional, sino un ser que estará al servicio de Elina por el resto de mis días, o al menos, hasta que ella me abandone para irse a Europa. Oh, voy a llorar lágrimas de dolor.

Y cuando se disponía a arrodillarse para simular llorar, su novia, entre risas, lo empujó

fuertemente para que se levantara, y ella, con su experiencia de soñadora con su Corita, retomó.

–Y yo, Ama del mar y de toda criatura de Estudios Políticos presente, condeno a este caballero ilustre a amarme por siempre y autorizo a cualquier pasante, para que le corten la cabeza si llega a olvidarme o me causa alguna injuria.

–Qué pareja tan linda–. le decía una anciana a una chica, que seguramente debería ser su nieta. –Así era ella yo con Casimiro, hasta que él terminó mirando a mi hermana y me dejó sola, bueno... casi, porque me quedé con el vecino, que nos fiaba lo del mercado.

Y los dos reían de alegría, caminando abrazados hasta que Olegario se detuvo, de repente, adoptando un gesto de seriedad.

–Cielo, sellemos nuestro destino, hagamos un trato solemnemente en este momento: juremos que pase lo que pase, nunca nos abandonaremos.

Anticipando que la estancia en Inglaterra durante un año podría volverse, en ocasiones, un tanto desafiante, le había expresado:

–Aunque enfrentemos la pobreza más absoluta, ya sea en Europa, Rusia o Suramérica, donde quiera que estemos.

–Uy, vida, ¡me asustas!

–Claro que no, Princesa. Es solo que tengo la certeza de que contigo no necesito más. Quiero entregarme a ti en cuerpo y alma. Ni siquiera mencioné nada en la mesa, porque no necesito una boda, para saber que tú eres mi todo, el motivo de mi existencia, y que, contigo quiero envejecer.

–Ay, vida, estás leyendo mis pensamientos, igual me pasa a mí.– Y adoptando ese aire de realeza que tanto fascinaba a su amado, pronunciaría palabras que se grabarían profundamente en ambos. –Yo, Elina, princesa blahblahblah, juro que siempre amaré a mi Olegario, me daré solo a él, estudiaré solo por él y seré una profesional... gracias a él.

Este último comentario provocó la risa de los dos y se sentaron en el prado.

–¿Cielo, de verdad, crees que me viste en tus sueños?– Ella se reclinó suavemente en sus hombros.

–Pues no, físicamente, porque no tenía mi bola de cristal en esos momentos, pero...déjame ver...No, el tipo era más alto, jum, morenito, diría yo.– y ya sintiendo el empujón de su novio, lo abrazó nuevamente y prosiguió. –No, en serio, no te vi literal, pero a mi príncipe, me lo imaginaba así como tú eres, lindo, bello, por dentro y por fuera y por eso te seguí a la botica y a la iglesia, me acuerdo y...¡qué oso !.

–No, para nada. –dijo él. –Eso fue lo más tierno, y no olvides las baterías.

Ambos rieron un rato, cayendo en el prado.

–Y ahora que te he conquistado, o perdón, que me has conquistado..– nuevamente, se escuchaban sus risas y Olegario le dio un beso apasionado.

–Ríe amor, que tu risa es la banda sonora de mi alma.– comentó él maravillado,

–...no me interrumpas, mi príncipe, ¿dónde iba?...ah ya...nuestro compromiso es llegar hasta la cúspide de nuestros sueños, juntos, porque ahora, ya no vivo de quimeras, tú eres real, amor y llegaremos muy lejos los dos.

–Claro, Cielo,– le dijo él, –contigo a mi lado, siempre es más fácil. Oye, ¿y no te gustaría quedarte en Europa, al menos un año? Porque es que verdaderamente, si quieres aprender una lengua, ese es el tiempo mínimo que se necesita.

–Uy, claro, mi vida, yo feliz, pero contigo.

–Ah, bueno, pues en algunos años lo haremos, es una promesa. Y ahora, lo más importante.

–¿Y cómo, hay más? Me muero, este es el mejor día de mi vida. – agregó ella.

–¡Es que nunca te voy a dejar ir!

La guió por un área más exuberante hasta llegar a unas escalinatas, donde sus murmullos de amor solo eran interrumpidos por los trinos de los pájaros, que cambiaban de árbol, entonando himnos alegres, como queriendo acompañar a estos tórtolos. Las palmeras y guaduas aprobaban estas melodías, de tal manera que danzaban, de acuerdo a los ritmos escuchados. Nuestra pareja amorosa parecía participar igualmente de este encanto y luego de caminar abrazados hacia el área, donde se encontraba una bella sabana, Olegario recostado en sus piernas, le recitaba algunos apartes de María, de Jorge Isaacs:

—Nunca las auroras del Cauca fueron tan bellas como estaba María...— Seguidamente, Elina lo sorprendió entonando, con su dulce voz, “Toda Una Vida” del cubano Antonio Machín, que era la forma de sellar el pacto de su amor eterno. Cualquiera que los hubiera visto en este atardecer, hubiera deseado seguir viendo la película de su amor, pues se diría que habían alcanzado la meta inmortal del noviazgo perfecto; a otros, quizá, siguiendo sólo apariencias, esta escena les hubiera parecido un poco cursi, pero definitivamente, esta promesa de amor de estos amantes, quedaría grabada en los árboles del malecón y en sus corazones, pues se había hecho en un tiempo, que no se avecinaba muy llevadero para ambos.

Y la escena, en lugar de llegar a su conclusión, continuaba en su apogeo. Al principio, las caricias eran suaves y juveniles, acompañadas de besos breves en los labios. Pero ahora, Olegario sentía cómo la pasión se apoderaba de él, de una manera que le instaba a immortalizar este instante para siempre. Sus manos delicadas parecían recibir la respuesta perfecta a cada cambio de movimiento, entrelazando los dedos de su amada y llevándoselos a la boca, uno por uno.

Su respiración acelerada y sus jadeos entrecortados eran correspondidos por ella, quien, en cuestión de segundos, se dejaba envolver por esta experiencia tan nueva, pero tan necesaria. El nerviosismo, intensificado con cada contacto de sus cuerpos y su piel erizada, le indicaban que la modestia y la castidad pasaban a segundo plano, pues su príncipe elegido finalmente había llegado en un momento providencial.

Y así, su libertad interior primaba sobre cualquier conveniencia social; con él, sentía su compromiso absoluto y esto lo hacía digno de su más bello tesoro; sus hombros anchos, tal y como ella, los había imaginado, parecían ser el puerto esperado para sus delicadas formas, para recordarle que sus sueños irreales parecían transformarse hoy, en el fin de su adolescencia, y que ella ya estaba preparada para recibirlo. Tanto esperar este delicado momento, en el que su desnudez, no sólo sería una condición de estética personal, sino una actividad de intimidad compartida.

Los árboles los observaban apresurarse, para enseñarse sus partes más íntimas, y para tocarse, mutuamente, sin reservas, como lo mandaban las leyes naturales, justo ahora que sus cuerpos se habían transformado en violoncelos, y no podían contenerse, un instante más; ¡sí! Esos árboles, que conservarían el secreto de la primera vez de Elina, y del pleno éxtasis de Olegario; la compenetración perfecta de sus almas y el emanar del volcán de sus emociones más profundas provocaban sobresaltos, que desnudaban su timidez mutua y que, convertidos en gritos triunfales, aclamaban, con codicia de ávaros, que este amor fuera eterno.

Para Olegario, hoy había sido el día, para celebrar la fiesta de su epifanía amorosa, que partía su edad erótica en dos, un antes y un ahora; saber que en sus anteriores relaciones, se había equivocado, pues sólo había encontrado profusas imitadoras del amor; hoy, durante esta caminata, en un jardín poco visitado, había encontrado lo genuino de una dama, con la que quería pasar el resto de su vida; también, había descubierto que habían otras maneras de hacer el amor, podían ser los mismos movimientos, la misma forma de curiosear, en las partes íntimas de

la otra persona, pero hoy, habían existido miles de leguas de diferencia, que le indicaban, que siempre había permanecido en el polo opuesto. Antes, su acto sexual había sido como jugar un partido de ajedrez y darle jaque mate, al contendor rápidamente, pues la fogosidad y las sensaciones de su cuerpo habían estado como encadenadas. Pero hoy, Elina le había ayudado a rescatar el erotismo de su cuerpo, su gimnasia perfecta, que había parecido un acto mecánico y monótono, había vuelto a ser un malabarismo esplendoroso y ágil.

Antes de irse a Europa, Elina se tomó un fin de semana para estar con su madre en Salazar y alistar su viaje. Al mirar por la ventana del bus, traía los recuerdos de esa tarde de amor cristalizados a su mente, idealizando su ritual amoroso, que no había sido raquíutico en sensaciones, sino que, al contrario, les había dado sazón a su pasión. Su inocencia había quedado en ese extenso malecón permisivo, que había sido el escenario para su verdadero paso de niña a mujer, y esto no lo cambiaría por nada en el mundo; hasta la vegetación, hoy le parecía más profusa y más verde; cada árbol, mucho más exuberante y las flores, como organizadas en una gama cromática, que le daba color a la carretera pavimentada a medias, refrescándole su vista.

No podía contener la radiante sonrisa que iluminaba su rostro, y veía a Olegario en cada persona, con quien se cruzaba: en el conductor del bus, en el pasajero que subía, en aquel que descendía. Cada uno llevaba consigo un destello de él, una presencia plena y resplandeciente.

Al llegar, percibía a Salazar bajo una luz diferente; doña Carlota, siempre avizora de chismes desde su posición en el segundo piso del palacio municipal, adoptaba una actitud altiva y regordeta. Las gemelas Rincón, asomándose por su ventana, que daba al pintoresco parque, parecían dos damas extraídas de una postal, rodeadas por las palomas, que habían convertido el parque Cínera y los tejados de las casas en su residencia permanente. En medio de este cuadro pintoresco, Elina irradiaba sonrisas a todos, y ellos, a su vez, le respondían con gestos enternecedores y agradecidos, reconociendo su contribución al cambio positivo que estaba experimentando el pueblo. Cada paso de Elina marcaba una huella luminosa en el corazón de aquel rincón, transformando no solo su propia realidad, sino también la de quienes tenían la fortuna de cruzarse en su camino.

Su primera parada, antes de llegar a casa, fue lógicamente el ancianato, aquel proyecto que había nacido como su "bebé" hacía ya un par de años. Allí la aguardaban con los brazos abiertos, pues Salazar no olvidaba el bazar, el campeonato de baloncesto, ni todos los esfuerzos invertidos para lograr su construcción. Al avistarla, algunas de las trabajadoras ya habían dejado sus quehaceres para darle la bienvenida con entusiasmo.

—¡Sorpresa, nos visita nuestro ángel!—, exclamaron, revelando cuánta alegría colmaba aquel recinto.

Las ancianas, coquetas como siempre, pedían que las peinaran y maquillaran para sentirse hermosas; las hermanitas Delgado, nerviosas pero radiantes, resplandecían bajo una luz especial. Al ingresar, Elina hubiera deseado dividirse en varias personas para acoger tanto cariño y gratitud. No resultaba sencillo resistirse a la emoción, y en cuestión de minutos, su rostro se veía bañado en lágrimas de felicidad. Era un instante donde el amor y la devoción convergían, tejiendo un vínculo indescriptible entre su yo interior y aquel lugar, que ella había ayudado a convertir en un refugio de afecto y esperanza.

El momento álgido de esta visita fue cuando la hicieron sentarse en el salón teatro, que Génesis había sugerido construir, para que escuchara las notas del Inmortal, tocado con pequeñas imperfecciones y a un ritmo muy lento. Tres de los ancianos cubrían deliberadamente el pequeño escenario donde estaba el piano. Elina imaginó que lo hacían porque querían admirar de cerca al

músico, algo que no le parecía extraño, ya que ella también habría querido estar allí, disfrutando de cerca, cada nota. Al terminar la interpretación, salió de cerca del piano, uno de los ancianos de La Laguna, quien había sido músico, en su juventud, y la invitó a acercarse, tomándola del brazo. Ella no podía creer lo que estaba viendo, allí, con una sonrisa de oreja a oreja, estaban las hermanitas Delgado, esperándola, pues ellas, querían darle esta sorpresa.

–Me pidieron, hace 6 meses, que las enseñara a acompañar una melodía, para cuando usted viniera, y trabajaron como locas, todos los días.

–Ay, mi Ofelia y mi Inés,– sin dejar de aplaudir, –ustedes son lo mejor que me ha pasado en la vida.

–Elinita,– le había contestado la primera, –queríamos premiarle, con esta canción, todas esas historias que nos compartió y que llenaron de alegría, cada uno de nuestros días.

Elina aplaudió al verlas tan radiantes; Inés había recuperado casi todas sus funciones motoras, caminaba sola y se le entendía un poco más al hablar. Aquello era algo que jamás habría imaginado, cuando su amiga sufrió el accidente cardiovascular. Se sentaron un rato y compartieron todas sus noticias.

–Te lo mereces, mi niña,– le dijo Ofelia, –por ser tan perseverante, yo siempre supe que usted tenía estrella y sé que va a poder conquistar todos sus sueños; pero eso sí, no se nos vaya a quedar por allá, porque así como aprendimos a medio tararear esta melodía, nos iremos al otro continente y la traeremos de las mechas.

Tuvo igualmente tiempo de hablar con algunos de los ancianos, quienes no terminaban de agradecerle por darles casa.

–Ay, Campeona, mis nietos la quieren conocer, lástima que hoy no sea día de visita, pero yo voy a estar pendiente, déjeme tocarle, nuevamente, ese pelo tan lindo, usted es una santa, mi cielo.

Si no hubiera estado tan impaciente por ver a su madre, seguramente se habría quedado allí con ellos toda la tarde. No obstante, sabía que el fin de semana se le pasaría volando y tenía muchas cosas que arreglar, así que, disculpándose y prometiendo volver tan pronto pudiera, se despidió de todos. Era evidente que la conexión que había forjado con aquel lugar era tan fuerte, como la gratitud que recibía a cambio.

Encontró a su madre de vuelta de la tienda, con una mala postura, que denotaba el cansancio acumulado.

–Ay hija, tuve que ser tan dura contigo para no contradecir a tu papá, y mírate ahora, dejada atrás tu adolescencia, hoy me traes una noticia que me hace olvidar un poco la ausencia de Ezequiel. Mira lo que encontré esta mañana –le mostró una foto suya cargando a Oscar, unos días después de su nacimiento–. ¿Quién pudiera retroceder el tiempo para tenerlos aquí a los dos, que no se me fueran? Pero bueno, tú ya estás encaminada, y tu hermano, poco a poco, irá surgiendo. ¿Cómo te parece? Disque enamorado ahora –se levantó para mirar por la ventana y volvió a sentarse–. Mírenmela a usted, carajo, noviendo con todo un verdadero príncipe, como lo soñó. ¿Quién iba a pensar que todo iba a terminar en tu compromiso? Las cosas de mi Diosito suceden al pie de la letra.

–Ay, mami, no te pongas sentimental que hay demasiada alegría para empañarla con lágrimas de nosotras. Además, nadie está hablando todavía de matrimonio. ¡Ven aquí! –Y juntas, se dieron un abrazo, algo inusual, ya que su relación no había sido tan cercana como el vínculo promedio de madre e hija colombiana, pero este gesto le hizo mucho bien a Valentina. Era un abrazo que sellaba una nueva etapa en su relación, marcada por la comprensión y el apoyo mutuo.

—Además, no puedo creer lo que me cuenta, Corita siempre ha sido muy serio, y no pensé que tan rápido se consiguiera novia el culicagao ese.

Después de brindar innumerables recomendaciones a Oscar y Bernarda, quien ya ingresaba a su adolescencia, Elina partió hacia Cúcuta. Olegario la esperaba en el terminal, y juntos recogieron sus cosas donde Charlotte, para llevarla directamente a la universidad, donde se encontró con el grupo de estudiantes y profesoras, con los que viajaría.

La sorpresa la invadió al ver a su prima Bárbara, esta vez de la mano de Palomino, quienes habían venido a despedirla, como si no hubiera pasado nada.

—Las palabras que me dijo me han hecho pensar, prima, y todos merecemos una segunda oportunidad, ¿o no?— expresó Bárbara.

—Claro que sí, todos; quizás usted no sea tan mala como pretende ser, y si tengo razón, póngase las pilas para que atrapemos tanto tiempo perdido por un odio irracional.—le respondió Elina.

—Yo sé que sí, prima bella, y mil gracias. De pronto, hasta le sigo los pasos con la beca que usted se ganó; quién sabe, tal vez, me gane una en unos años. Están promocionando ahora en mi colegio, pues se podrán hacer intercambios en unos años.

Este segundo abrazo le pareció muy extraño, viniendo de ella, pero como su madre le había inculcado el perdón, decidió corresponderle de igual manera. Era un gesto que aecía marcar el inicio de una nueva etapa, cargada de reconciliación y segundas oportunidades.

La despedida de Olegario resultó un tanto conmovedora, ya que de repente, a Elina se le acumularon las ganas de llorar, emociones que había evitado durante el abrazo con su mamá y que ahora no pudo contener. Olegario la abrazó fuerte, brindándole consuelo. Por otro lado, él no estaba triste, pues sabía que en una semana le daría la sorpresa, llegándole allá.

—Cielo, solo te vas por un mes. Concéntrate bien para aprender mucho, porque recuerda nuestro compromiso de seguir puliéndome cuando regreses, porque hace tiempo que no me enseñas mucho—, bromeó Olegario, intentando aligerar el ambiente.

—Abrázame, fuerte, porfa. —Elina deseaba decirle muchas cosas, pero al sentir un extraño sinsabor, le costaba articular palabras. Sí, sabía que era solo un mes, pero algo como un imán parecía atraerla de manera inexplicable hacia él.

Sin querer soltarlo, sintió un impulso urgente de tocarle el corazón, sin saber por qué, pero deseaba escuchar sus latidos, sentir que latía por ella. Quería haberlos grabado, transformarlos en una obra de arte para admirarlos en su ausencia.

—Cuídate mucho, vida, cuídate para que podamos vernos y amarnos mucho a mi regreso—, expresó ella.

—Así será, Cielo—, respondió Olegario, sellando la despedida con una promesa de reencuentro y amor.

De ahí partieron, junto con el grupo, hacia el aeropuerto en el autobús de la universidad. Por ser una de las últimas en abordar, le tocó sentarse en los puestos de atrás, sola, lo cual le caía muy bien ya que no estaba de humor para socializar con nadie. Al recordar la escena de despedida, notó que Bárbara, sin parar de observarlos durante todo el adiós, aún no se había ido y la miró con una expresión de felicidad, como si la vida la estuviera invitando a renacer.

—¿Me lleva, primo? —le preguntó Bárbara, luego de haber despedido a Palomino. —Es que mi carro está estacionado en casa, por unos problemas del carburador, que Palo no me ha arreglado aún.

–Claro, sobre todo ahora que ya se aclararon las cosas con Elina. –Olegario, siempre tan amable, accedió y en el camino, siendo abordado con tantas preguntas, terminó comentándole sobre la gran sorpresa de su viaje a Europa, que le tenía reservada.

–Eso me alegra muchísimo porque a la pobre, la hemos tratado muy mal.– dijo ella, rompiendo en mil pedazos, un pedacito de papel que había encontrado en su bolsillo del pantalón.

–Y ahora, se me ocurre algo para empezar a enmendarme, ¿qué tal te parece si le devuelvo el aventón, llevándolo al aeropuerto el lunes?

–Pues me caería como anillo al dedo, para no molestar a mi madre. Hágale.

Así que, una vez más, Bárbara tuvo que recurrir a su incondicional Palomino, su eterno enamorado, dispuesto a convertir sus caprichos en mandatos. Él se encargaría de recoger su carro, revisar el carburador y, al alba del próximo lunes, lo dejaría estacionado frente a su casa para que su amiga pudiera llevar a su novio al aeropuerto. Se reunió con Débora, quien la llamó de inmediato, para enterarse de todos los detalles del viaje y le pidió que la dejara acompañarlos.

–No hay problema, pero trata de llegar temprano a mi casa, para que podamos tomarnos un café todos juntos en el aeropuerto–, sugirió Bárbara.

–Tú, ¿realmente, crees que Olegario sí la quiera?– preguntó Débora con fingida benevolencia.

–Amiga, creo que están hechos el uno para el otro–, respondió Bárbara, y como queriendo dejar las cosas claras, agregó. –Estoy feliz por ellos. Cuando pienso en que me empecé en separarlos, siento un poco de pena.

–Ahórrate esas palabras, que a mí no me engañas. –le advirtió entre murmullos su amiga, escéptica ante la súbita buena actitud de Bárbara. –Aunque parezcas pueril e indefensa, siempre la has odiado. Así que esta buena actitud no te va a durar mucho tiempo.

–No creas, amiga; con la muerte de mi tío y mi anterior ataque...–

–¿A qué te refieres con "ataque"? – preguntó, provocando que la tensión se cerniera en el aire como un inminente presagio de sombras.

–Algo sin importancia, una humillación que me hizo pasar en la universidad, lo cual me hizo replantearme ciertas cosas.

La risa incrédula de Débora la hizo acortar la explicación.

–Enfin, trata de estar temprano en mi casa, para que podamos alcanzar a tomarnos todos un café, en el aeropuerto.

Estas palabras, en vez de desanimarla, parecían haber enardecido su sed de venganza y desprecio, que tenía que tomar doble, para aprovechar esta coyuntura.

–Escúchame, – insistió Débora. –si no fuera porque tengo sentimientos todavía por Olegario, aquí entre nos, de purita maldad, me gustaría que muriera, para que la pueblerina se quedara llorándolo el resto de sus días, sólo así pagaría su altivez y su osadía, de querer ser gente como nosotras.

Bárbara simplemente pareció sonreírle por educación. Aunque juntas llevarían a Olegario al aeropuerto, cada una, en su mente, estaba urdiendo un plan diferente.

–En fin, ya que estás en esa posición tan rara, te cuento que Olegario puede hacer el viaje a Europa si quiere, pero luego de que yo me haya saciado nuevamente del placer de su cuerpo. – añadió Débora con una sonrisa macabra–. Quizás, aprovechemos, Barbie, y tú hasta podrías prestarme el carro un par de días. Así me lo llevaré a Pamplona, para no tener que complicarme con Génesis, y otra vez, volverá a ser mío. ¿Me entiendes?

Tan ilusionada estaba con la idea repentina de tenerlo a su disposición que no prestó atención a la respuesta irónica de Bárbara.

—¡Sí, claro!

Cualquier observador, viéndolas despedirse con un abrazo aliado, podría haber pensado que entre ellas existía una amistad antigua, con una sororidad profunda, sin saber que ninguna sentía el más mínimo afecto por la otra. Su encuentro estaba lleno de un intercambio de miradas desaprobadoras, mientras recibían con desagrado los comentarios de la otra; en realidad, solo su personalidad oportunista las obligaba a mantener esa formalidad. Ambas sabían que, tan pronto como cada una obtuviera lo que quería, no tenían planes de volver a verse. O si lo hacían, simplemente voltearían la mirada, evitando recordar estos momentos de repudio, disfrazados de complicidad. Sin embargo, el destino les tenía preparada una sorpresa, ya que no les daría la oportunidad de encontrarse después de todo este drama.

Bárbara decidió tomar un momento para sí misma en la Tertulia, pidió un café y se sumergió en sus pensamientos. Agradecía haber tenido la oportunidad de reflexionar sobre sus acciones y no terminar como Débora, quien, a pesar de creer que amaba realmente a Olegario, estaba atrapada en un odio total hacia la felicidad ajena. Ella también había actuado de manera similar, sin entender completamente la ley de la retribución, con su madre, haciéndole la vida imposible a su prima, simplemente porque no podía aceptar que alguien de tan humilde origen y de un pueblo pudiera triunfar, o peor aún, obtener cosas que le eran inalcanzables.

No podía comprender qué tenía Elina que hacía que todos le sonrieran y la quisieran conquistar. No le parecía que fuera una belleza arrebatadora, pero estaba muy consciente de sus atractivos físicos y de su personalidad sobresaliente. Recordaba haber intentado imitarla, siendo su sombra durante un tiempo, copiando su estilo de vestir campesino y fingiendo ser una monja sacrificada y vulnerable para llamar la atención, pero estos intentos no parecían encajar con la imagen de una chica de ciudad.

La revelación de que Olegario se había fijado en su prima despertó en Bárbara un sentimiento que creía genuino. Durante sus citas dobles, se había hecho creer a sí misma que él luchaba por ocultarle su amor, aunque lo escuchaba hablarle de una manera especial. Pero, claro, ¿cómo podría hacer algo con ella de por medio? Aunque se había inscrito en el preuniversitario para encontrarlo en la universidad, siempre los veía juntos, esperándola y caminando de la mano como dos tórtolos. Atribuía esto al hecho de que probablemente estudiaban juntos, pero ella también podría ingresar a una carrera interesante y conquistarlo. No entendía por qué, después de tantos años, no lograba que ningún pretendiente la esperara después de clases, para ayudarla con los trabajos o al menos, le dijera que estaba buena. En cambio, la suerte de su prima siempre había sido diferente.

Bárbara se encontraba en una situación desconocida para ella; nunca había tenido un novio formal, lo que la hacía sentirse marginada al observar las relaciones duraderas de sus compañeras. Quizás los muchachos con los que solía relacionarse no la consideraban lo suficientemente atractiva como para tomarla en serio, atreverse a cortejarla o establecer una relación más profunda. O tal vez, aquellos que lo intentaron solo la vieron como el juguete momentáneo del que podían aprovecharse, y a ella, eso nunca le disgustó.

Recordaba con horror un incidente del colegio en el que su nombre había sido grafitado en las paredes de los baños de hombres, junto a un pocillo de agua, porque, según sus compañeros, no se le negaba a nadie. Esta experiencia desagradable la había marcado profundamente, y quizás, en un intento de cambiar su suerte, había querido replicar ese comportamiento malévolos con su prima.

Solo había experimentado el calor de un hombre verdadero, o más bien dos, cuando un par de policías cerca de su casa le lanzaron silbidos, mientras pasaba cerca de la estación. Muy

obediente, ella se dio la vuelta para unirse a ellos. Aunque sabía que no era algo serio, ya que uno de ellos estaba casado, sentía que también tenía derecho a amar y ser amada. Posteriormente, se involucró con otros policías y universitarios que conoció durante lo que todos llamaban "el resago de las discotecas", y que, si tenía suerte, se convertirían en la aventura de un par de noches. Finalmente, apareció Palomino, quien actuó como un novio fiel y que podría haberla llevado al altar para ofrecerle una vida en pareja. Desafortunadamente, llegó demasiado tarde, cuando su corazón ya estaba fragmentado por tantas relaciones efímeras y encuentros casuales.

—Otro café, por favor.

Las palabras de su prima resonaban en sus oídos, ya que no quería acabar como Débora, más solitaria y desdichada. Pensaba que merecía algo mejor y que todo era cuestión de tiempo. Aunque no pudiera tener a Olegario para ella, veía ahora que talvez, relacionándose con ambos de buena manera, tendría más posibilidades de conocer a alguien que se fijara en ella y la hiciera experimentar el amor.

Entendiendo que su prima no la habría buscado voluntariamente, Barbara había tenido que forzar las cosas. Tras averiguar con Valentina, se enteró de que se iría al extranjero, y con su reciente acceso a la universidad, fue fácil descubrir dónde encontrarla.

—Perfecto, Ole, me llamas cuando llegues. — Génesis quedó tranquila al saber que una familiar de Elina lo llevaría al aeropuerto.

Así, podía seguir acompañando a su esposo en algunos asuntos de gastos de gerencia y presupuesto, que marcarían el final de su mandato como alcalde en Salazar. Se despidieron un día antes, no sin los miles de consejos sobre el cuidado de su pasaporte, la recomendación de llamarla frecuentemente y algunas miniaturas de la Torre Eiffel de París para repartir entre sus amistades.

—Me parece terrible pensar que voy a perderme la cara de mi nuera cuando te vea, pero bueno, tú me traerás detalle por detalle, porque recuerda, pilluelo, que yo los uní.— Con un aire muy elegante, tomó a su hijo y lo hizo acompañarla en dos giros, que parecían un vals. —Ay, el teatro, los cafés, Notre Dame... ay, no sabes cuánto los envidio. Lo más seguro es que les caigamos pronto; por eso, voy a ayudarle a tu papá a que culmine unas obras y luego, después de unos días de playa, haremos nuestros planes para visitar a mi rey y a mi reina de Buckingham. Ole, llama de vez en cuando a Valentina, que la pobre quedó muy triste.

Después de varios gestos cariñosos, se dejó llevar del brazo de Olivier, que iba tarde para la gobernación.

El lunes, desafortunadamente, llegó rápido y sin misericordia, un acto tan rutinario después de un domingo tranquilo. Olegario, luego de completar su rutina diaria, se encaminó a la casa de Bárbara con la perspectiva de su viaje. Al colocar las maletas en su carro, sintió la sombra de algo inusual, al observar la espalda de Débora ocupando el asiento del conductor. Imaginó lo que pensaría Elina al verlo en ese peculiar trío, titubeando antes de subirse al vehículo. Bárbara, intuyendo su desconcierto, se apresuró a ocupar el asiento trasero.

—Vamos, que no queremos llegar tarde—, instó Débora, sonriendo y arrancando de inmediato, como si quisiera evitar cualquier atisbo de arrepentimiento.

—Pero no tan rápido, amiga. Nadie nos está persiguiendo y todavía nos quedan tres horas para su vuelo—. gritó Bárbara, al ver que las calles estaban desiertas debido a la temprana hora.

Aunque Débora era hábil al volante, se encontró en aprietos al intentar frenar y, como pudo, ingresó a la avenida Cero, perdiendo rápidamente el control. No habían recorrido allí ni 100 metros cuando el automóvil chocó violentamente contra un camión de carga. Dos varillas de

hierro atravesaron el cuerpo de Bárbara, dejándola prácticamente dividida en dos partes. Débora quedó gravemente herida, con las piernas aprisionadas en la parte delantera del automóvil. Olegario no mostraba signos vitales cuando llegaron los paramédicos. Sus padres fueron llamados de inmediato, y Génesis, en un estado de frenesí, gritaba a cuánto doctor o enfermera se cruzaba en su camino. La tragedia se apoderó del escenario, tejiendo un giro inesperado que cambiaría el destino de todos los involucrados.

Uno de los dedicados médicos del hospital Erasmo Meoz de Cúcuta se esforzaba al máximo para evaluar todos los signos vitales del paciente. Después de medir la presión arterial, tomar la frecuencia cardíaca y respiratoria, ahora se adentraba en la complejidad de interpretar los resultados de la tomografía. Los datos no auguraban nada alentador; aunque Olegario mantenía funciones vitales como el sueño y la respiración, la exploración no revelaba zonas que indicaran una pronta recuperación, sino más bien lo contrario.

Dos horas después, los padres de Olegario recibieron el diagnóstico reservado sobre la condición de su hijo.

–Hemos logrado salvarlo, pero ha sufrido un accidente cerebrovascular isquémico, que le ha dejado en un estado vegetativo. –El doctor vio que Génesis acababa de rechazar el café, que los paramédicos le habían ofrecido y continuó con el diagnóstico. –Estará en observación durante algunos días y, dependiendo de su evolución, consideraremos trasladarlo a casa, o dejarlo en la clínica durante unas semanas.

–Doctor, por favor, permítame llevarlo a casa de inmediato, donde recibirá cuidados privados y estaremos muy pendientes de él. –Pidió Olivier, frunciendo las cejas, preocupado por el estado de salud de su esposa y el temor a posibles complicaciones.

El médico, comprensivo, pero consciente de la delicada situación, le recordó la total dependencia de Olegario en esta etapa y sugirió la atención de una enfermera con experiencia en pacientes en situaciones similares.

Después de instruirlos sobre la importancia de la hiperventilación y la oxigenación para la supervivencia de Olegario, les ofreció un teléfono para llamar al doctor Pedro Mauricio, hijo de un antiguo amigo suyo, que lideraba el servicio de Neurología en la capital y podría brindar asesoramiento especializado. La incertidumbre y la angustia se apoderaban de la familia mientras enfrentaban la difícil realidad, que la vida les había presentado.

El traslado a la mansión De la Roche resultó trágico. En silencio, nadie se atrevía a hablar, y Morantes evitaba hacer preguntas. Únicamente se percibía el gemir de Génesis, cuyos ojos se perdían en el horizonte. Olivier, con una mirada más aguda, permanecía alerta ante cualquier comportamiento inesperado de su esposa, o la posibilidad de que su hijo despertara.

Aparte de los periodos de vigilia en los que Olegario abría los ojos, no se vislumbraba ninguna otra esperanza de movimiento. Génesis, con su instinto maternal agudo, buscaba con desesperación cualquier indicio que le señalara un futuro despertar de su hijo. Intentaba girarle la cabeza en busca de un movimiento ocular voluntario, pero Olegario permanecía ajeno a todo lo que ocurría a su alrededor. Desafortunadamente, el médico, en su siguiente visita, confirmaría que este estado vegetativo perduraría más de lo que ella hubiera esperado.

–Su hijo acaba de entrar en estado de coma, que podría ser permanente debido a los golpes en la zona cercana al cerebro y su inflamación, que le está impidiendo cualquier irrigación,– explicó el doctor.

Génesis, presintiendo lo peor, le preguntó sobre las expectativas de que su hijo despertara.

–La probabilidad es muy mínima, – murmuró el médico, tomando aire. –Sin embargo, la herida fue cerrada y focal, y el tronco encefálico está intacto. Dependiendo de otros exámenes

complementarios, podríamos atrevernos a prever un buen estado del muchacho.— Les pidió que lo devolvieran a la clínica en un par de semanas, para seguir monitoreando su evolución y alimentarlo artificialmente.

Génesis continuó desesperadamente bombardeándolo con preguntas, esperando que el médico le confirmara que se trataba solo de unos meses. Sin embargo, en su explicación, el médico utilizó términos como secuelas y desconexión, palabras que resultaron ser un fatal error.

—Si contamos con suerte, este estado puede ser transitorio ya que...— comenzó a decir el médico, pero Génesis ya no lo escuchaba. Había perdido el conocimiento y tuvo que ser intervenida de inmediato. La noticia la había abrumado hasta el punto de afectar su salud.

Nadie se tomaría la tarea de informarle a Elina sobre lo ocurrido. Después de una semana en Europa, recorriendo algunas ciudades del viejo continente, se sentía dichosa de cumplir con sus objetivos. Aunque la realidad colombiana no se desvanecía por completo, su rostro irradiaba felicidad.

La ausencia de su profesor Salomón, con quien le hubiera encantado compartir su entusiasmo y lo que iba aprendiendo, era una lástima. Durante el vuelo, Belkirene, una de las mejores alumnas, físicamente atractiva con pecas, que resaltaban en su piel dorada, notó que Elina frecuentemente lloraba. Esto fue la oportunidad perfecta para romper el hielo y compartir historias de amor.

—Lo siento mucho, no pude evitar verte despidiéndote de tu novio. Por cierto, te felicito, es guapo y se nota que tiene muy buenos modales.

Pecas, por su parte, también extrañaba a su novio y se sintió tan compenetrada con Elina, que tuvo el valor de confesarle lo que nadie en el grupo sabía. Llevaba dos meses saliendo con Nicolás, el profesor de Historia del Arte, uno de los favoritos de casi todos. Aunque tenían casi 20 años de diferencia, se comprendían muy bien, según ella.

Elina la felicitó también por ser tan discreta, ya que nunca se había escuchado ningún comentario sospechoso sobre su relación.

—¿Indiscreta, querrás decir? ¿O no te acuerdas del día de la discusión sobre los números?— Su interlocutora necesitó unos minutos para caer en cuenta. — Mientras te acuerdas, déjame agradecerte porque estuve a un minuto de embarrarla frente a toda la clase, y me salvaste con tu valioso aporte.

Para sorpresa de Pecas, ese día se habían peleado con el profesor, y Nico, como ella afectuosamente lo llamaba, tratando de conciliar las cosas, había buscado un acercamiento. Tan sorprendida estaba de que lo hubiera hecho en clase, que no pudo articular palabra.

—Oye, y fue un super ejemplo, y no lo digo yo, Nico dice que eres muy acertada.

—¿De verdad? Pues, si vieras, yo creí que mi ejemplo había sido muy pueril. Pero fue lo único en lo que pude pensar para sacarte de esa.

—Nada de pueril, — le dijo Pecas. — Marcaste un buen punto con él y con la clase.

Charlaron largo rato sobre las clases y los compañeros y, sin más, empezaron a cantar juntas la canción del músico y compositor colombiano Lisando Meza. “Siete son los pecados capitales, siete son las mujeres para uno...” Con un beso en la mejilla, sellaron su pacto de amistad, descubriendo que tenían varias cosas en común.

Ya habiendo vuelto en sí, Génesis se había calmado y ahora estaba acompañada por sus suegros, quienes volaron tan pronto los llamó Olivier. Ellos no podían creer lo que veían.

—Bueno, Pedrito,— preguntó ella, tratando de encontrar sosiego. —¿Y cuánto es lo máximo que

una persona puede durar en coma?

El titubeaba, mirando a Olivier.

–Está bien, doctor, es nuestro hijo, díganoslo, que tenemos el derecho de saber.

–Pues, verán ustedes... hubo un caso en el que el paciente duró cuarenta años, pero hay que considerar que el hecho de que los otros órganos de su hijo estén en buen estado es un buen signo de que eso no va a ocurrir.

Ivanoha se aproximó para sostenerla, pues parecía que Génesis iba nuevamente a desmayarse y, sacando fuerzas, preguntó exhalando rápidamente.

–¿Dígame, por lo menos, si está sintiendo algún dolor ahora?

El doctor, contento de que al menos una respuesta positiva sí le podía dar, le indicó muy detalladamente su estado y le aseguró que afortunadamente, no sentía ningún dolor.

–Verá, en un estado de coma, el paciente está considerado como...– sintiendo la señal de Olivier, detuvo el relato, pues tampoco quería causarles más agonía de la que estaban viviendo ya.

Luego de observar a Génesis, sintió que se había detenido en el momento indicado pues ella parecía no poder escuchar más, su periodo de atención era ahora muy corto, habiendo perdido su interés en todo a su alrededor. Se pasaba horas mirando a su hijo y de vez en cuando, lágrimas brotaban de sus ojos, pero lamentablemente, no podía responder a las preguntas o a los cuidados de sus suegros.

–Nuerita, – trataba de alentarla Roberto Aurelio, –al menos, Olegario no está sintiendo dolor alguno, así que esto es sólo un periodo pasajero de sueño, que eventualmente llegará a su final.

–Mientras haya vida, hay esperanza. – lo apoyaba Ivanoha, a quien los años y la situación presente, habían cambiado mucho.

–Es una depresión propia del dolor de una madre, – le aseguró Pedro Mauricio a Olivier, viendo lo preocupado que estaba, por el futuro de su esposa. –muy normal, luego de un accidente de este género.

Los días pasaban, y cada individuo estaba aprendiendo a adaptarse a la nueva situación. Algunos, sin perder su esencia, encontraban justificaciones para no asumir la culpa de acciones pasadas. Débora y Maruja, aunque no se encontraron para discutir lo ocurrido juntas, luchaban cada una, a su manera, para encontrar razones para vivir y justificar su proceder. Parecía increíble que, ante tanto dolor, una invalidez y una muerte, tuvieran coraza de acero y solo hiel en su sangre, para pensar en futuras venganzas.

Débora, sin poder caminar, tuvo que suspender sus estudios, ya que debía estar en continuas visitas a la clínica, y además, los medicamentos que estaba tomando le producían mucho sueño. Al no tener quien la contradijera, una vez que supo que Bárbara había muerto y que Olegario estaba en coma, creó su propia versión de los hechos, en la que ella salía como víctima, y así, la narró a la policía. Para Olivier, esta versión era muy sospechosa, ya que era muy raro, que justo ese día se encontrara en el mismo coche que su hijo. Además, con la amenaza que le había promulgado a Génesis, sospechaba que había gato encerrado, pero se encontraba impotente para averiguarlo, mientras su hijo no despertara.

Aunque los hechos anteriores lo impulsaban a levantar cargos contra ella para iniciar una investigación, al informarse sobre su mal estado, le pareció más prudente esperar a que la justicia divina se encargara de hacer lo suyo. Lo que sí hacía diariamente, era pedirle a Dios la pronta recuperación de Olegario, especialmente, para que su esposa encontrara paz.

Maruja, por su parte, estaba inconsolable, y luego de darle la noticia a su cuñada, acusó a

Elina de todo lo ocurrido.

—Oficial, yo la conozco bien desde niña, es mi sobrina y todo, pero le juro que es la única capaz de haber maquinado tal patraña.

Valentina, tratando de comprender su dolor, desestimaba sus palabras acusativas, que no encontraba extrañas, dado su odio eterno hacia su hija. Junto con Oscar, había viajado oportunamente a la capital para acompañarla en el entierro y quedarse algunos días para los funerales.

—Y no canten victoria ustedes dos,— les dijo Maruja dos días después. —que su querido yernito y cuñado quedó como un vegetal.

Valentina, mordiéndose los labios, se dirigió de una vez con Oscar, a la casa de los De la Roche para visitarlos y recibir más información, pues no encontraba ninguna conexión entre los hechos ocurridos y las personas tan cercanas a Elina. Sintió mucho pesar al ver el estado de Génesis, quien apenas pudo saludarla formalmente, pero al ver a Olegario y comprobar que Maruja estaba diciendo la verdad sobre su estado, sintió que era el fin de la felicidad de su hija.

—Ay, hija mía, a tu regreso, qué enorme viacrucis el que nuevamente te espera, virgencita de Belén, ¡ilumínanos!

—Sí, — le dijo Oscar, mientras le tomaba el pulso. —mamita, ¿cuánto le vamos que Elina se va a echar la culpa de todo, por no haber estado presente para haber evitado el accidente?

No podían avisarle, pues como el pequeño grupo universitario estaba viajando en diferentes países, nadie tenía un número para contactarla y solo quedaba esperar a su regreso. Estuvo media hora con ellos, tratando de ocultar sus lágrimas, pues no quería causarles más sufrimiento a los padres.

—Mijo, — le dijo al oído a Oscar. —no los mire ahora, pero estoy segura que sus suegros me la van a culpar también de todo.

Lo sintió especialmente cuando Olivier le había comentado sobre los planes de su hijo para reunirse en Londres con ella. Su sacudida de cabeza y su fruncir de cejas, que todos conocían en el pueblo, eran señales de acusación y sabía a quién iba dirigida.

—Ya nos contactó la policía y están haciendo las averiguaciones respectivas, — le dijo Roberto Aurelio, quien era el único en la habitación, que no parecía estar trabajando de verdugo.

Pronto, la policía, revisando las placas del carro, vino con un reporte que parecía cerrar el caso.

—Pues yo revisé el carburador y el aceite, y los encontré normales—, declaró Palomino, cuyos ojos estaban rojos de dolor y cansancio. —Bárbarita me pidió el favor de que la acompañara al aeropuerto a llevar al novio de su prima, pero no pude porque estaba trabajando, como ustedes lo pueden constatar.

Maruja no solo les corroboró dicha versión. Fiel a su mala costumbre de hablar con la boca llena, también les mostró la empanada de pollo, que estaba masticando en ese momento, para la mala suerte de los que recibieron la declaración.

—De Débora no tengo la menor sospecha; es amiga de la casa y es de mi total confianza, y quería mucho a mi Barbie. Eran como hermanitas.

Aunque sabía que esto no era así, debía asegurarse de que contaría con una aliada que, aunque discapacitada, le sería útil para preparar su venganza.

Elina, por su parte, había tratado de comunicarse varias veces con la casa de los De la Roche, pero nunca obtuvo respuesta. Esto le preocupaba mucho, pero como su viaje llegaba a su final,

Pecas la tranquilizaba.

—Oye, ¿tú no quisieras que cuando terminemos la universidad, y claro está, si Nico aguanta...—
Se reía solo de pensarlo.

—Ay, qué pecado, Pecas, no seas así—. le contestó Elina, mirando al suelo.

—Perdona, pero en serio, ¿podríamos salir los cuatro de vez en cuando al cine o tomarnos un café y conversar? Me caes súper bien y de verdad, por lo que vi, creo que tu novio es muy chévere.

—¿O sea que vas a seguir manteniendo tu relación en secreto? — le preguntó Elina, inclinándose un poco hacia ella.

—Claro, el asunto es que, aunque Nico está separado, todavía es un hombre casado. —

Elina bajó los ojos y la hizo sonrojar —. Bueno, me dice que en algunos años se va a divorciar, y yo le creo...lo único es que... pues, tengo que esperar.

—Mira, no sé...piensa que ese tiempo te va a servir para madurar un poco y luego podrás decidir si de verdad quieres seguir con él.

Y era que, aunque no podía decirlo abiertamente, pues no eran tan íntimas, pensaba que su nueva amiga estaba siendo un poco ingenua.

—Pero si deciden avanzar en su relación, claro, me encantaría la idea. Aparte de cuando estuvimos con mi prima y de mis suegros, nunca hemos tenido una cita doble, y esto podría ser nuestra prueba de fuego. Pero te confieso que, no voy a estar muy cómoda, teniendo a mi profesor en la misma mesa y en un ambiente diferente al salón de clase.

—Ya somos dos—, le dijo jocosamente Pecas.

Pero en verdad, ahora que lo pensaba, no se imaginaba a ningún profesor de la universidad en una escena diferente a la de su jerarquía en el aula. De todos modos, pensó que El y Olegario tendrían mucho de qué hablar sobre el mundo y tal vez encontrarían alguna pasión común.

No obstante, ignoraba que esta situación resultaría más que inalcanzable, pues la imagen actual que conservaba de su novio no correspondía a su verdadero estado. Tenía escasa percepción de que la realidad la sumergiría en un torbellino de emociones. Conocer el estado actual de Olegario en Colombia habría desencadenado un temor abrumador a perder al ser amado, acompañado de la incertidumbre respecto al futuro y la melancolía por los sueños compartidos que ahora colgaban de un hilo frágil. No podía prever que, al pisar tierra colombiana, sus ojos se inundarían de lágrimas y su corazón se llenaría de pesadumbre. Tampoco imaginaba que la vida le depararía un giro inesperado en su historia, uno que ni ella ni Olegario hubieran podido anticipar en aquel bello y romántico atardecer en el Malecón, cuando sus cuerpos vibrantes conocieron el éxtasis de la felicidad.



9. *El sueño de Olegario*

Las muchas millas que la separaban de su país natal y de su pasada felicidad, las viajaría sin ningún contratiempo y aunque no se había comunicado con su novio, estaba casi segura que él le daría la sorpresa de recogerla en el aeropuerto. Los padres de Belkirene le ofrecieron darle un aventón hasta su casa, pero ella, confiando en que Olegario se apareciera, agradeciéndoles, rechazó el ofrecimiento.

—Tómame un cafecito mientras lo esperas. Tal vez se tarde un poco, por esto de la congestión. Bueno, Linda novia de pollohermoso, nos vemos entonces en la U.

—Listo, cúdate, ¡BelkiNico!

—Oye, que te pueden oír. ¡Pero suena guau!

Y como en ambas reinaba el mismo entusiasmo, se empujaban graciosamente, fingiendo una guerra amigable. Y de verdad, que al verlos alejarse, sintió gran alegría, pues ahora tendría una confidente, que reemplazaría a sus antiguas hermanitas Delgado y a Efigenia.

Luego de tres cafés y ya, cuando se había dado vuelta, para buscar transporte, sintió que la llamaron y su cara, entonces, no experimentó dificultades para dibujar una sonrisa en sus labios, al pensar que su amado no se había olvidado de su promesa. Pero qué sorprendida estuvo cuando vio que era Oscar, quien corría a su encuentro y entonces, tuvo un mal presagio

—¿Qué le pasó a mi mamá, Corita?

—Nada, ¡no sea pendeja!

—Pero, entonces, ¿usted por qué está acá? ¿qué pasa? ¿Y Olegario?

—Oigan a esta, no, pues, me agarró de cartero. Mejor, deme de una vez lo que me trajo. —su hermano la cortó secamente, e incluso, la dejó con los brazos abiertos para abrazarlo, por irse tras las maletas de una vez. —Y apure súbase, hija, que estoy que me meo.

Cogieron un taxi y cuando Oscar le dio la dirección de su novio al taxista, entonces, se tranquilizó un poco.

—Corita, ¿será alguna caída que me tienen?

—Me imagino que sí. —contestó su hermano, sin mirarla. —Yo solo sigo órdenes, ah, y qué pena que sea solamente yo, y no su novio el que la recoge.

Frente a la imperturbabilidad de su hermano, Elina se sumergió en la atmósfera vibrante de Cúcuta con una intensidad renovada en cada rincón de sus sentidos. La salida del aeropuerto se desplegaba un poco ajetreada ante ella, con una avenida bulliciosa impregnada de colores y sonidos que componían la sinfonía cotidiana de la ciudad. Las bocinas de los carros resonaban en el aire, impacientes los conductores por ganar unos valiosos segundos en su frenético trayecto. Algunos, con sus vehículos abarrotados, ansiaban llegar a casa para reunirse con sus seres queridos, mientras que otros habían optado por alquilar chivas, creando un ambiente festivo, para recibir a sus familiares.

La danza caótica de automóviles y motocicletas trazaba un cuadro animado de movimiento constante. Cada vehículo, cada conductor, contribuía a la coreografía urbana, que hacía palpar el corazón de la ciudad. Las calles rebosaban de historias, de reencuentros y despedidas, todo ello tejido en el tapiz de la vida cotidiana de la ciudad de Cúcuta.

—¿Y qué? ¿Cómo va con su novia?, ya llevan tiempo, ¿no? —preguntó Elina. —¿Está muy enamorado, Corita? Cuente...

–Uy, si habla paja, ¿eso fue lo que aprendió por allá, mija? –respondió su acompañante con una mezcla de picardía y sarcasmo.

No era tanto el chisme de su relación lo que esperaba de su hermano, sino su abrazo, pero solo el bullicio, los colores y el palpitante constante de la ciudad la abrazaron, envolviéndola en la familiaridad de su entorno. La energía caótica de la metrópoli le recordaba que estaba de vuelta en casa, aunque la misteriosa actitud de su hermano seguía siendo un enigma, que se desvanecía en la maraña urbana cucuteña. A los lados de la avenida, un desfile de jóvenes se agolpaba en los semáforos, ansiosos por demostrar sus habilidades circenses o limpiar los parabrisas de los vehículos, todo ello a cambio de unas cuantas monedas que tintineaban en sus bolsillos. Cada gesto, cada malabarismo, contribuía al telón de fondo de la vida urbana de la capital nortesantandereana.

El sofocante calor de Cúcuta abrazaba cada rincón, mientras entre la bulliciosa multitud destacaba una vendedora de tintos con su carrito humeante. El embriagador aroma del café recién preparado se mezclaba con la fragancia de la ciudad. Sin embargo, ella sabía que no podría conciliar el sueño esa noche, después de haber ansiosamente tomado tres pocillos, escudriñando entre los transeúntes del terminal en busca de Olegario, que nunca llegó a recibirla. Se dejó envolver por la familiaridad de esos detalles, una sensación de hogar que había extrañado intensamente.

No obstante, en este día particular, la Libertadores, aunque siempre llena de vida, parecía un escenario de frenesí inusual. El flujo constante de transeúntes y vehículos se multiplicaba, como si la energía de la ciudad hubiera alcanzado un punto álgido. Los sonidos urbanos se amalgamaban en una sinfonía bulliciosa, resonando en las paredes de los edificios mientras Cúcuta pulsaba con vitalidad. De esta manera, la urbe, con sus matices únicos, se abría ante Elina como un lienzo vívido esperando ser explorado. Cada rincón, cada callejón, parecía querer susurrarle historias ocultas y secretos. Sus ojos contemplaron románticamente el Malecón, que parecía brindar vistas de postales y por unos momentos, se perdió en el recuerdo de su primera vez.

En medio de esos pensamientos que iluminaban su rostro con una sonrisa, la conversación entre Elina y su acompañante languidecía. Ella, ávida de conocer detalles sobre su vida y especialmente sobre su novia, volvió a lanzar la pregunta con un tono de complicidad. La respuesta de Oscar, en cambio, no fue tan reveladora como esperaba. Permanecía impassible, con los brazos cruzados sobre el pecho y sin emitir palabra. Su respiración, algo peculiar, y el constante movimiento de su cabeza, creaban una inquietud palpable en su hermana. Aunque Elina intentaba atribuirlo a la timidez, dada la larga separación entre ellos, una creciente sensación de que algo más oscuro, se escondía detrás de la aparente reserva de su hermano, se apoderaba de ella.

–Uych, no le voy a dar nada de lo que le traje, ¡Interesado!

Y así, le volteó la cara y ya no insistió más. El chofer del taxi apenas los miraba por el retrovisor y movía la cabeza en señal de poca aceptación, pero seguía muy pendiente de la actitud de los dos.

Elina no tenía idea del tormento que Oscar estaba atravesando en su interior. A pesar del intenso dolor que le causaba, él se esforzaba por contener las lágrimas y concentrarse en sus exámenes finales para obtener su bachillerato. Las matemáticas nunca habían sido su fuerte, pero desde hacía dos años, que le había pedido a su madre, que le comprara unos cuadernos de resortes donde doña Marina Contreras, prometiéndole que sacaría los mejores puestos, entonces practicaba mucho, para recordar las ecuaciones, que tanto le costaban entender. Sin embargo, a

pesar de sus esfuerzos de traer pensamientos académicos a su cabeza, en lo más profundo de su ser, se sentía terriblemente angustiado al pensar en la mala suerte que había tenido su hermana.

“En pocos momentos, estarás que quieres que te trague el mundo, mi consentida, mi reina bella, y yo no te puedo ayudar... nadie te puede ayudar.” Fingiéndolo que dirigía su mirada hacia uno de los restaurantes a su izquierda, se secó una lágrima, tratando de lidiar con sus propios dilemas. Aunque se esforzó por disimular esa lágrima furtiva que, sin permiso, alcanzó a deslizarse por su mejilla, el chofer del taxi, curioso, no pasó por alto ese gesto revelador. En el silencio compartido del vehículo, las emociones de los hermanos fluían en una danza sutil, invisible pero palpable. El chofer, un testigo inadvertido de ese intercambio silencioso, continuaba su ruta mientras las complejidades no dichas flotaban en el aire del automóvil.

Por otro lado, Elina, en su rincón, estaba furiosa. Había dejado a su familia por tres semanas, y la aparente indiferencia de su hermano le resultaba dolorosa. Su madre, menos expresiva, posiblemente tampoco la extrañaría tanto. La idea de ir al pueblo el fin de semana se esfumó, reemplazada por la decisión de quedarse a estudiar para ponerse al día con sus clases. La tristeza la invadió al recordar la complicidad habitual que compartía con su familia.

En un momento de reflexión, Elina observó a su hermano con ternura y sintió una oleada de culpa al percatarse de su semblante ojeroso y fatigado. Comprendió que, al igual que ella, él también enfrentaba sus propias dificultades, mientras se acercaba a tomar decisiones cruciales en su vida. A pesar de todo, sabía que no podría odiar a su hermano, incluso recordando situaciones pasadas que podrían haberlo avergonzado. La complicidad y los lazos familiares siempre prevalecían, incluso en medio de las emociones encontradas y las aparentes distancias.

Resignada, optó por no intervenir, reconociendo la necesidad de aceptar lo inevitable: Oscar, a punto de graduarse de bachiller, ya no era el chico esmirriado que compartía risas y juegos en la etapa dorada de la niñez. Estaba atravesando la tormenta de la adolescencia, enfrentando dudas sobre su pertenencia, cuestionando su identidad y encaminándose hacia posibles estudios universitarios. Valentina ya le había informado sobre su novia y le había advertido sobre el inminente momento en que seguiría sus propios sueños, dejándolos atrás. —¿Dios, por qué no detienes el tiempo y nos permites disfrutar un poco más de la familia? ¿Por qué no suavizas nuestro camino y nos liberas de las obligaciones, para que podamos pasar más tiempo con nuestros seres queridos? — reflexionó, añorando las peleas con su Cora por la limpieza de la sala, la cocina o los baños. Deseaba regresar a aquellos días en los que podía pagarle con una colombina o un chicle, para evitar que la siguiera como un perrito faldero, o la ayudara a subirse a la ventana del Club Cínera, para poder disfrutar de los bailes de las niñas de quince años, una experiencia que a ella le había sido negada.

El intento de tocar la mano de Oscar fue rechazado, y Elina se resignó, diciéndose a sí misma que ya no intentaría más. En su interior, Oscar agradeció silenciosamente por no ser sometido a más intentos, sabiendo que sus lágrimas lo delatarían por completo. La realidad de la transformación de su hermano, aunque inevitable, no dejaba de causarle un dolor silencioso y añoranzas de tiempos más simples y compartidos. Para colmo, el chofer, que no les había salido muy tolerante, conducía por la Libertadores, a una lentitud a más no poder.

—Oiga señor, ¡colabórenos!

—Pues si están de afán, ¿por qué no se van en un árbol? Miren que van más rápido.

—Si vé, le dieron para los dulces, ¡por boquisuelto! —Elina recurrió al sarcasmo en su dirección, buscando romper su frialdad.

Y pareció funcionarle. Oscar le tapó la cara dulcemente con su mano, como tantas veces solía hacer, entonces, ella se cubrió para evitar las cosquillas que era lo acostumbrado, pero esta vez,

se quedó esperando.

Ella volvió entonces a sus pensamientos. Quizás, sí había una celebración en su casa, aunque no fuera para ella, de las muchas que Génesis solía organizar, y había dejado encargado a Olegario de coordinar todo y por eso, no había podido venir a recogerla. De alguna manera, le alegró el hecho de que no se había equivocado y que sí había estado pendiente de su regreso, seguramente, él era el que le había avisado a su hermano.

Al llegar, Oscar se ocupó de las maletas, le pagó al chofer.

—Está buena la hembra, cuidela o me la deja a mí. —le dijo, sin mirarlo.

En otra ocasión, Oscar pensó que lo hubiera golpeado, pero hoy, su dolor era demasiado grande para ello.

—Claro, cuñado. — le dijo, sorprendiendo a Elina, quien solo atisbó a arrugar la cara.

La mujer de Morantes abrió la puerta con una solemnidad, que auguraba una noticia diferente a las acostumbradas bienvenidas. No había la efusividad habitual, ni rastro de los globos, serpentinas y señales de fiesta, que Elina había imaginado encontrar.

—Buenos días, señorita—, la saludó, evitando su mirada. —La esperan en la alcoba.

Al ingresar, Elina notó a Génesis sentada en un asiento, sostenía la muñeca de Olegario, pero parecía estar ausente con la mirada baja, y a Olivier absorto en unos papeles frente a ella. El silencio pesaba en el aire, y Elina, sin comprender aún la razón de ese mutismo, volvió la mirada hacia la cama. Fue entonces cuando empezó a conectar los puntos, a asociar el extraño comportamiento de Oscar con la gravedad del asunto.

—¿Qué pasó aquí? — preguntó con voz temblorosa. —¿Por qué está durmiendo mi amor a esta hora?

Olivier, sacudiendo la cabeza, la condujo al cuarto contiguo, donde le narró brevemente lo sucedido. Cada palabra parecía descender como una losa sobre su corazón, sintiendo que el suelo se desvanecía bajo sus pies.

—No siga, se lo ruego—, murmuró ella, interrumpiéndolo.

Enseguida, regresó al cuarto y, arrodillada, se entregó a un llanto desgarrador que parecía eterno. Sus lágrimas, ahora liberadas en una tormenta de dolor, resonaban en la habitación como una sinfonía melancólica. El aroma a residuos de hospital, mezclado con la fragancia tenue de las flores frescas, se volvía casi asfixiante. Cada rincón de la estancia parecía impregnado de la pesadumbre que flotaba en el aire. La realidad la había golpeado con fuerza, llevándola a un abismo emocional, del cual no sabía cómo salir. En ese momento, la alcoba se transformó en un reflejo tangible de la tragedia que envolvía a su amado, dejándola arrodillada en la penumbra de la incertidumbre.

Tratando de convencerse de que lo que acababa de escuchar era solo una pesadilla amarga, tocó la mano inerte de Olegario, y acariciaba sin cesar su rostro, su corazón.

—Mi amor, soy yo, tu Elina, despierta—, murmuraba con desesperación. —Te vengo a hablar de nuestra tarde bella en el malecón. Pero despierta, príncipe bello, o si no, no te cuento.

Sin embargo, todos sus esfuerzos resultaban inútiles; no había respuesta a ninguna estimulación. Olegario parecía ajeno a su voz y presencia, sin mostrar ningún signo de vida en su cuerpo, lo que aumentaba su angustia.

Oscar, que hasta ese momento no se había atrevido a entrar, al escuchar los gemidos de su hermana, finalmente la abrazó, proporcionándole el consuelo, que tanto ansiaba.

—Hermanita, perdóneme...— murmuró él.

Elina encontró en ese abrazo un anclaje para su desesperación, aferrándose a él con fuerza.

—Ahora comprendo tu silencio, pobrecito, mi hermanito bello, dime, ¿qué voy a hacer, Corita? de por Dios. — Exhaló un poco de aire y más lágrimas bañaron sus ojos. —Corita, en serio, ¿qué hago?

Génesis, aunque parecía tener la mirada fija en el suelo, apenas la miraba de reojo y le pidió a su esposo que la sacara. Salieron a caminar, dejando a los dos hermanos en el cuarto, para enfrentar su dolor.

—Todo estará bien, Elinita, se va a despertar, yo te lo aseguro, se va a despertar—, intentó consolarla Oscar.

Ella cerraba los ojos, alternando entre abrirlos y cerrarlos rápidamente, como si estuviera atrapada en la esperanza de despertar de una pesadilla. Ansiaba encontrar consuelo en la idea de que aún estaba en Europa, en la comodidad de su hotel, queriendo pensar que le bastaba solamente rebobinar su cassette para encontrar a Olegario, esperándola en el aeropuerto, con unos globos de bienvenida. O, quizás, que pronto le informarían que todo estaba normal, exactamente como lo dejó antes de su partida. Pero la realidad, despiadada y cruel, le recordaba que el peor desenlace de su vida ya la había alcanzado, y no había escapatoria.

Allí estaba su Corita, apoyándola; y se encontraban rodeados de toda la parafernalia necesaria en la majestuosa mansión De la Roche, para huir de la inmediata realidad; con tesoros que se imaginaban más allá de los ajos: collares exquisitos y diademas enchapadas en oro. En lugar de un simple molinillo de la vieja cocina en Salazar, ostentaban un verdadero cetro. Y en lugar de la bicicleta vieja de su papito, tenía a su disposición un espléndido carruaje, si lo deseaba. Poseía todos los tesoros para fingir ser una princesa dueña de todo el reino, como en su infancia, y siempre a su lado, su vasallo Corita. Sin embargo, a diferencia de sus sueños, donde hubiera podido refugiarse del mundo exterior, ahora se encontraba en un abismo profundo, golpeada por la cruda realidad.

La tragedia de su amado acababa de arrebatárle la ilusión de tornarse nuevamente en oradora, contándoles a todos lo bella que era Europa; su prometedora felicidad se había acabado de desmoronar ante sus ojos, como un castillo de naipes. La magnificencia de su entorno se volvía insignificante en comparación con el vacío abrumador que la envolvía. En ese momento oscuro y desgarrador, Elina enfrentaba el cruel contraste entre el esplendor aparente y la devastación real, en una batalla interna entre sus sueños desvanecidos y la dolorosa realidad, que la confrontaba sin piedad.

De repente, caminando hacia la ventana para mirar al horizonte, se secó las lágrimas y le habló a Oscar con determinación.

—Todo es muy raro, digo... lo que me alcanzó a contar don Olivier, pero ya me imagino lo que ocurrió. De Débora me esperaba cualquier cosa, pero ingenua como siempre, creí que en la cabeza y el corazón de Bárbara, las diferencias ya habían pasado al olvido. No debí haberme ido, Corita, ¿por qué no me detuviste? Ay, virgencita, ¿qué hago?

Oscar la miraba con esos grandes ojos, característicos de la Ojona linda de su pueblo, y anhelaba escuchar todos los detalles para entender lo ocurrido y poder contarle a su mamá sin tergiversar la información.

—Pero ¿qué le contó don Olivier entonces? Dígame, porque no se sabe nada y nadie dice nada y no hay a quien preguntarle.

—No hay necesidad, pues no es difícil atar cabos cuando se vive inmerso en tanto odio y maldad. Corita, ven acá. — Elina lo abrazó tiernamente, como si fuera una mariposa madre protectora, intentando envolverlo en su capullo. —Solo espero que ahora que empiezas a asumir responsabilidades, no te encuentres con gente tan despiadada. La vida, Cora, duele tanto a veces,

que cobra cada error y saca lo peor de nosotros. Pero hay que controlarse, o si no, uno se vuelve psicópata, deseando hacerle daño a aquellos que te maltratan.

Las palabras aterraban a Oscar, y Elina, al percibir su malestar, le habló dulcemente mientras miraba por la ventana hacia la calle.

—Mira esos niños allá, recién comienzan a descubrir sus juegos, así éramos nosotros. Esos son sus padres, cuidándolos y protegiéndolos ahora que pueden. Pero luego, con la amarga vida, crecerán sin su amparo, expuestos a la intemperie y al odio de terceras personas. Ellos preferirán que este valioso tiempo no pase, para tenerlos así, todos alegres y festivos, y que esta imagen les dure toda su existencia.

—Hágame un favor—, Oscar la apretó fuertemente—. no olvide que la quiero, Elinita, ¡no lo olvide! Usted no está sola en esta pesadilla.

Y era cierto, en un abrir y cerrar de ojos, después del recuento de su suegro, ella sintió que caía en un trance del cual aparentemente emergió, intuyendo lo que había sucedido. Conocía el odio de su prima y de Débora, dos volcanes en erupción, dos bestias salvajes acechando, esperando su presa para devorarla. Sabía que no se conformarían con las dos pasadas humillaciones; sin embargo, habría preferido que hubieran dirigido su venganza hacia ella y no hacia Olegario, que no las había enfrentado. No lo había prevenido para no causarle preocupaciones, y ahí también había fallado, pues tal vez le habría dado las herramientas necesarias para no subirse a ese maldito carro. Pero la culpa residía en la candidez de sus sueños, por nunca haber considerado tener personas tan malévolas en su vida, ya que siempre había soñado con cosas positivas.

—Los pensamientos atraen energía, buena salud y mucha felicidad—, le había dicho alguna vez la hermana Omaira, encargada del grupo juvenil del colegio. De esta manera, Elina se había negado a atraer energía negativa a sus fantasías. Sin embargo, Bárbara y Débora le estaban mostrando que había fallado en esos sueños adolescentes. Estaban haciéndola pagar por menospreciar la maldad y no haberlas incluido en su guion de soñadora. La realidad, cruel e inesperada, le recordaba que, incluso los sueños más optimistas podían desmoronarse ante la presencia de la maldad y la envidia.

—¿Qué hacemos ahora? — fue su hermano quien preguntó, buscando una respuesta que, aunque no despejara sus dudas, le devolviera un poco de esperanza para verla bien.

—Ay, Corita, ahora, en esta situación que me afixia, no encuentro cabeza para pensar. Lo único sano que se me ocurre es cuidarlo, y sé que con mi amor y nuestra fe inquebrantable, se va a sanar.

Los esposos De la Roche no regresaron durante una hora, y ella aprovechó para contemplar a Olegario. Trataba de tragarse su aliento, mientras lo tocaba por todos lados, temiendo haber pasado por alto alguno de sus movimientos o reflejos.

—Y ¿cómo está mamita? — preguntó.

—Pues, solo estábamos esperando que usted regresara, para devolvernos al pueblo. ¿No piensas regresar unos días con nosotros?— Su hermano continuó mientras hacía líneas con su chicle.

Pero para Elina estaba claro que permanecería allí, si los suegros se lo permitían. Había incluso considerado que, si ellos no aceptaban, entonces se quedaría un tiempo más en casa de Charlotte.

Así se llenó de valor para proponérselo a Olivier.

—Morantes, necesito que me le arreglen el cuarto de huéspedes.

Elina les hizo partícipes de su teoría, y su suegro solo asintió con la cabeza; de alguna manera, él coincidía con ella.

—Oli, esperemos y tengamos fe en que nuestro Olegario va a despertar y nos va a disipar todas estas dudas—, dijo Génesis, poniendo las puntas de los dedos de sus manos juntas, en forma de oración.

Ella solo la miraba directamente a los ojos, y su nuera sentía su mirada acusativa. Por lo poco que había visto, adivinó que estaba bajo los efectos de medicamentos, así que trató de ignorar cualquier sensación de odio de su parte. Su mente estaba ahora en otro lugar, tratando de meterse en su burbuja imaginaria, que había usado tantas veces en su adolescencia para protegerse de su prima. Ahora lo hacía para traer a su novio de vuelta, imaginando los detalles del accidente, rebobinando el cassette, para que su amado saliera incólume, pero al abrir los ojos, él seguía durmiendo su sueño profundo.

Elina solicitó ver al médico para copiar sus instrucciones y asegurarse de que todo se estaba llevando a cabo con el máximo cuidado. Después de realizar todas las preguntas pertinentes y tomar notas meticulosas, utilizando el método enseñado por Olegario, se sintió un poco más calmada. Olivier le presentó a la enfermera, y ella pidió amablemente que la dejaran acompañarla para aprender todo lo necesario para el cuidado de su novio, solicitud que fue concedida. Amanda la instruyó, y entre las dos, cuidaron de Olegario durante la semana que le faltaba a Elina para retomar sus clases.

Siguiendo las recomendaciones médicas, era esencial mantener una cuidadosa atención a la ventilación, asegurarse de facilitar un adecuado flujo sanguíneo cerebral y garantizar que Olegario respirara constantemente. La siguiente tarea sería el aseo, en la cual Elina participó sin dificultades. A primera vista, el proceso parecía directo y podría ser llevado a cabo por alguien sin experiencia. Sin embargo, la presencia de Amanda para supervisar era apreciada por ella, ya que implicaba seguir instrucciones específicas; cualquier falta de precisión podría tener consecuencias graves. Su amor y disciplina aseguraban un cuidado eficiente, y Olivier agradecía que su hijo estuviera en las mejores manos.

En la penumbra de la habitación, continuaba su vigilia constante, como una guardiana devota frente al lecho de Olegario. La luz parpadeante de las máquinas médicas pintaba sombras en las paredes, creando un paisaje surrealista que reflejaba la incertidumbre que envolvía la sala. La conexión entre ellos, una vez llena de risas, besos y complicidad, ahora yacía en el silencio frío de un coma persistente. El murmullo constante de las máquinas se convertía en una banda sonora melancólica, acompañando sus suaves susurros, mientras trataba de animar a su amado.

—Despierta, mi amor, que hoy es jueves, y quiero que salgamos al parque—, sus dedos acariciaban su mano inmóvil con la esperanza de despertar algo más que su piel.

El aroma a desinfectante impregnaba el aire, y el tintineo metálico de los equipos médicos competía con el latir ansioso de su propio corazón. Aunque el término "ingestión nasogástrica" se había vuelto común en sus labios, no podía acostumbrarse al frío tacto del tubo que llevaba vida a Olegario. La presión intracraneana, una realidad ineludible, se manifestaba como una sombra que oscurecía cualquier esperanza de recuperación.

La presencia esporádica de Génesis, con su actitud distante y mirada recelosa, añadía un toque de tensión a la atmósfera ya de por sí, cargada. Elina, a pesar de la distancia emocional, encontraba compasión en su corazón y le ofrecía masajes en un intento de aliviar la carga que su suegra llevaba consigo.

El telón del semestre seguía deslizándose ante ella, llevándola entre las dos corrientes más

importantes de su vida: el incansable cuidado de su amado y su inmersión apasionada en los estudios de arte, un refugio de expresión creativa que aún encendía su curiosidad.

Su amistad con Belkirene se había solidificado como un robusto pilar de apoyo. En esos días de ajetreo entre el hogar y la universidad, su compañera de uni se transformó en una aliada indispensable, extendiendo sus brazos para cubrir las brechas cuando Elina debía ausentarse para atender a Génesis o reemplazar a Amanda. En estos momentos de fragilidad, la presencia constante de Pecas se volvía reconfortante.

En este torbellino de responsabilidades, Elina reflexionaba sobre el tiempo, ese ente inmutable que, para algunos, volaba como hojas arrastradas por el viento. Pero para ella, cada segundo se convertía en un grano de arena en el reloj del destino, que era muy incierto. ¿Qué significaba el tiempo sino otro adversario en la compleja danza de la vida?

—Esta vez, sí que se fueron los meses volando, colega—. repetían a menudo sus profesores. Sin embargo, para ella, cada momento sin él se estiraba, volviendo cada día más eterno, y en su realidad alterada por la incertidumbre, la noción del tiempo se desdibujaba en la espera interminable.

Mientras revisaba sus cursos, la pintura se volvía un medio para recordarle a Olegario que la vida aún bullía a su alrededor.

—Hoy sábado, te amo más, amor; mira esta pintura, ¿qué piensas de sus colores? Es un atardecer...

La conexión a través del arte siempre había sido una especie de lazo entre ellos, y ella lo tomaba como un recordatorio constante de la vitalidad, que aún albergaba su ser querido.

Amanda, encantada, se sumía en sus descripciones apasionadas sobre las obras, adoptando una perspectiva renovada hacia el arte. Olivier esperaba ansioso para oír sobre las discusiones en la clase de Historia del Arte, aportando comentarios valiosos que contribuirían a su formación crítica y moldearían su futura carrera profesional.

Paulatinamente, Génesis, emergiendo de la penumbra de su depresión, comenzaba a irradiar sonrisas y a cambiar su actitud distante. Empezaba a extrañar la presencia de su nuera cuando no estaba en casa, pendiente de sus cosas, deseándole las buenas noches y compartiendo amenas mañanas de desayuno.

—Cariño, espera un momento, ponte esta blusa, combina mejor con esos pantalones. Tenemos que pasar por el almacén, para comprarte unos nuevos atuendos.

De esta manera, la reconstrucción lenta, pero perceptible del núcleo familiar, comenzaba a hacer más llevadero su viacrucis.

Las visitas semanales al Gol de Colombia igualmente se volvieron una tradición, y, de vez en cuando, se sumaba un nuevo rostro: Oscar. Su afición por el fútbol encontraba deleite en el ambiente decorado con fotos de famosos futbolistas colombianos, a quienes admiraba. Con el inicio de su preuniversitario, financiado por su hermana, gracias a lo que le quedaba de sus ahorros de la beca, Oscar se volvía un asiduo al lugar. Sin embargo, las notas en ciencias no le habían permitido ingresar directamente a enfermería, y la universidad privada estaba fuera de su alcance económico.

Elina notaba más allá de los cambios físicos en su hermano; su mentalidad y espíritu apacibles habían evolucionado hacia una actitud más dinámica, propia de un joven universitario dedicado plenamente a sus estudios. La única sombra en el panorama era que, por consentimiento de Valentina, le había tocado quedarse en casa de su tía, quien, a regañadientes, aceptó tenerlo sin

verdadero interés de hacerle un favor, más bien aprovechándose de tenerlo como mandadero.

Cuando Oscar visitaba la mansión De la Roche, quedaba maravillado al observar la dedicación con la que su hermana cuidaba a su novio. Su fascinación por la enfermería creció a tal punto que se interesó por que ella le compartiera todos sus conocimientos, especialmente el manejo de las funciones vitales y algunas técnicas para prevenir lesiones por presión, brindándole así una base sólida para sus futuros estudios. En días festivos, cuando Amanda no estaba disponible, Oscar tomaba la iniciativa de cuidarlo, mientras Elina y sus suegros asistían a misa o salían a caminar por el malecón. A través de estos cuidados, que también aplicaba a otros pacientes conocidos a través de sus compañeros, Oscar empezó a generar ingresos con la meta de ahorrar lo suficiente, para vivir de manera independiente.

A pesar de que su horario académico era agotador, comenzando a las 7 a. m. y regresando a casa a las 6 p. m., Oscar demostró tener la disciplina y tenacidad necesarias para sus estudios preuniversitarios. Su interés y dedicación eran tan notables que solo enfrentó un castigo durante los cuatro meses, que duraron sus estudios: lavar los baños, una tarea común en la institución preuniversitaria. Este castigo se originó cuando su tía Maruja lo envió a comprar esmalte para uñas a las 6 de la mañana, sabiendo que las tiendas abrían a las 7.

—Y no me vuelvas sin él porque lo echo de la casa.

Desesperado, tuvo que despertar a la dueña de la tienda, que a regañadientes le vendió el producto. Lamentablemente, al llegar tarde al instituto, no pudo ingresar a su primer bloque de dos horas y, como consecuencia, tuvo que limpiar por completo uno de los salones de conferencias del instituto. Desde ese día, se hizo la promesa de iniciar su primer semestre, viviendo en una habitación de arrendatario.

A pesar de la retórica negativa de su tía Maruja, Oscar mantenía en secreto los detalles más desafiantes vividos como arrendatario y aguantaba en silencio, ya que cualquier queja podría dejarlo sin techo, dada la naturaleza impulsiva del régimen Mabrujista. En ocasiones, para escapar de las quejas persistentes de su tía, se paraba en la avenida cerca al terminal para pedir cola y visitar a su madre en el pueblo.

Valentina, con la invaluable ayuda de Bernarda en las tardes, se embarcó en la elaboración de sus empanadas para la venta, causando sensación en Salazar. Incluso el colegio, a través de Carmen Ramirez, le encargaba semanalmente 100 para la cafetería, y los empleados del palacio municipal le compraban 20 unidades de forma regular. Esta vez, sí decidió cobrar antes de que le pidieran que las donara, dándole un nuevo enfoque a su negocio.

Con esta iniciativa, encontró el pretexto perfecto, para no depender más de la generosidad de Olivier, luego de la muerte de Ezequiel, ya que se sentía más que apenada por todo lo que estaban enfrentando con el crítico estado de su hijo. Además, el éxito del negocio le permitió compensar económicamente a Bernarda por su apoyo constante.

—Ay, Bernardita, ¡usted es una bendición! — Valentina le expresó su gratitud y así se lo expresó a su hija por teléfono—. Ahora puedo tomar decisiones por mí misma, comprar ingredientes, promocionar el negocio, y más. Es como una nueva fuerza interior que trae esperanza a mi vida. Mija, por primera vez, empiezo a sentirme importante e independiente.

Así transcurrían los días para todos, cada uno esforzándose por hacer limonada con los limones que les caían del cielo. El único que permanecía inactivo y dependiente era Olegario. Sin embargo, incluso él, inmerso en su mundo intangible, se veía un poco mejor, o al menos, así lo percibían sus seres queridos. En contraste, el Pedro Mauricio no mencionaba que el paciente mostrara cambios notables.

Elina había establecido una especie de estudio al lado de la cama de Olegario, donde compartía con él sus escritos, interpretaciones de pinturas y noches de insomnio, mientras se preparaba para los exámenes. Su conocimiento se consolidaba, ahora en el ciclo intermedio, no solo estudiaba generalidades de diversos movimientos artísticos, sino que también exploraba el arte colombiano y su influencia latinoamericana.

Para celebrar su cumpleaños, sus suegros le habían regalado, con mucho acierto, una réplica de una pintura del Museo de Antioquia: "La Monalisa a los 12 Años" de Botero, obra adquirida por el Museo de Arte Moderno de Nueva York. La pintura, inspirada en los trabajos de Goya y Velázquez, la había estudiado en clase. Quedó fascinada, no solo por la obra en sí, sino también por el marco que imitaba acabados profundos con elementos florales, característicos de la época del reinado de Luis XIV, según le comentó Olivier. Sin dudarlo, decidió colocarlo en la habitación de Olegario, donde pasaba la mayor parte de su tiempo, con miras a que tanto él, como sus suegros pudieran disfrutarlo igualmente.

Fernando Botero, el destacado pintor y escultor colombiano nacido en Medellín en los años 30, se erigía como el artista principal de este semestre. Su arte, que abarcaba dos vastas áreas ya estudiadas, el Renacimiento y el Expresionismo, parecía reflejar su enfoque irónico hacia la vida y la conducta de las personas a lo largo de las épocas. Se cuenta que, aunque no le gustaba que lo tildaran de "pintor de gordas", reconocía que su obra exploraba el volumen en plena expansión. A Elina le fascinaban sus cuadros, y, además, Botero había llevado el nombre de Colombia a lo más alto. Olivier le había contado sobre la escultura de la Pareja Danzante que vio en uno de sus viajes al extranjero, lo cual la llenaba de felicidad y de orgullo de ser colombiana.

En clase, habían estudiado sus principales obras, que más tarde se expondrían en numerosos países alrededor del mundo. También habían visto videos que mostraban extractos de homenajes internacionales en su honor. La piel se le crispó cuando Nicolás, como ahora lo llamaba, les mostró fragmentos de exposiciones de sus obras en diversas galerías del mundo. Se lo imaginaba, viviendo uno de los días más preciados, con esa sonrisa tan suya que mostraba su orgullo evidente en cada gesto. A diferencia de otros artistas de renombre mundial, que eran homenajeados después de muertos, Botero podía disfrutar de este reconocimiento en plena juventud masiva.

Nicolás resaltó las dificultades iniciales en su carrera, comparándolo con grandes pintores como Gauguin, quien tuvo que pintar para subsistir. García Márquez también fue mencionado, recordando sus años de pobreza en París, al cerrar *El Espectador*. Así, el profe enfatizó que Botero, igualmente, no fue aceptado fácilmente, siendo expulsado del colegio debido a consideraciones sobre la obscenidad de sus dibujos. A pesar de tantas exposiciones alrededor del mundo, las discusiones sobre si su arte debía ser catalogado como tal persistían. Sin embargo, con sus obras cotizadas a precios elevados internacionalmente, Botero se había ganado su lugar entre los artistas mejor reconocidos, siendo un fenómeno universal y un embajador de gran calibre para Colombia.

—¡Ese es otro de mis sueños! —, comentó ella emocionada en clase. —Quiero mostrar estas maravillas al mundo; que vean que aquí tenemos nuestra propia versión de obras mundiales. Somos más que cocaína y narcotráfico. Hay mucho talento en Colombia, y podemos contribuir de manera positiva al arte mundial, si se nos permite mostrarnos.

—Pues parece que tu sueño se está haciendo realidad, sardina. — Su profesor la miró de reojo y le respondió. —Esta obra original va a gozar de una protección única en La Gran Manzana, y los millones de visitantes del museo sabrán que, en el país, tenemos mucho material para exportar. Así como él lo hizo, ustedes, mis queridos proyectos de artistas, también pueden producir obras

similares si se lo proponen.

Al concluir la jornada académica, Belkirene y Elina se encaminaron juntas, una costumbre arraigada desde su viaje a Inglaterra. Cuando los padres de Pecas se retrasaban, se refugiaban en una acogedora cafetería frente a la universidad. Allí, sumergían sus angustias y alegrías en infusiones aromáticas y más, compartiendo comentarios sobre las partes fascinantes de la clase, debatiendo nuevas ideas y explorando sus asuntos más íntimos. En estas sesiones, el estado de Olegario se imponía en la conversación, sumiéndola en una profunda melancolía, que parecía ser el sentimiento que perduraría por siempre en su vida. Sin embargo, junto a Pecas, se encontraría frente a una perturbadora revelación: un acto homicida que amenazaba con arrancarla de la escena de forma permanente...



10. *Maruja impulsando sueños*

Residiendo bajo el techo de su tía Maruja, la mejora en la timidez de Oscar era prácticamente inexistente, ya que la dinámica de su relación tía-sobrino no promovía en lo más mínimo la comunicación. Las horas transcurrían con ambos sentados frente a frente en la mesa del comedor, mientras su mutuo interés apenas rozaba la superficie.

—¡Déjelo ahí! primero, no es suyo y segundo, lo que hace es ensuciarlo. — Le espetaba ella, retirándole el salero.

Bajo el influjo de su introversión acentuada, quizás el muchacho intentaba concentrarse en algo más allá de observar cómo comía su tía, ya que no había perdido la costumbre de hablar con la boca llena y jugueteaba con su comida. Sin embargo, hoy, esa peculiaridad le servía a ella para obtener la información que necesitaba.

—Bueno, al menos, no eres igual de antipático a tu hermana. A propósito, ¿dónde está ella hoy?

—En la universidad, como siempre, tiene clase casi todo el día.

—Ah, ya. —respondió desinteresadamente, y dejándolo solo, nunca permitiéndole levantarse antes, Maruja se retiró apresuradamente a bañarse.

Cinco minutos más tarde, después de haber cumplido con la incómoda tarea de acompañar a su tía, Oscar aprovecharía para refugiarse en su habitación, buscando en sus libros un respiro ante tan ingrata compañía.

Su tía, por su parte, preparaba su venganza inminente; independientemente de las razones del accidente, la muerte de Bárbara no podía quedar impune. Le llevó varias semanas y preguntas a su sobrino, para tomar la decisión, pero solo unos diez minutos para hallar, entre el desorden de su neceser, los teléfonos de los contactos que frecuentaban a su difunta hija. Encontró una fotografía de Bárbara y Palomino, pero al analizar su personalidad, sabía que este último carecía del valor para dañar a alguien, mucho menos, cometer un crimen.

—Pedazo de mecánico igualado, tanto tiempo enamorado de Bárbarita y, al final de cuentas, era el único que tal vez hubiera podido hacerla feliz, pero no. ¡Mejor no! ¿Quién lo mandó a nacer como un muerto de hambre? —Luego sintió cómo sus orificios nasales se abrían y la comisura de sus labios se levantaba, mientras rompía la foto en cuatro partes. —Mejor dicho, nos hubiera llevado a todos a la mismísima ruina. Piérdase mejor, sanguijuela.

Sabía que elegiría a Diógenes, el joven que había visitado su casa en un par de ocasiones y que se había involucrado en trabajos algo turbios. Recortó una foto de Elina de su álbum de recuerdos, para que él pudiera reconocerla y le ofreció una suma atractiva, segura de que no la rechazaría, incluso si estaba ocupado.

—No lo olvide. Si cae, caemos los dos. Sea profesional. —lo amenazó al otro lado del teléfono.

Efectivamente él no se negó, pues hacía ya diez años que la necesidad y el deseo de obtener dinero fácil lo habían graduado como mercader de la muerte. Una vez superada su primera experiencia, el resto era pura práctica para Diógenes; mataba sin escrúpulos y dejaba los lugares impecables para evitar implicar a los clientes que habían solicitado el encargo.

Sin embargo, hoy no parecía ser un buen día para Maruja. Por la mañana, notó que el mensajero que le entregó el recibo del gas la saludó de manera extraña. Después, el cartero la hizo firmar en el lado equivocado, donde siempre lo hacía. Inmediatamente, sintió miradas

acusatorias de las personas que se cruzaban en su camino. Incapaz de aguantar más, fue en busca del padre Quintero, su confesor espiritual. Aunque él la saludó como de costumbre, al verla tan agitada, la invitó a un café, que ella enfrió con una que otra lágrima, resultado seguramente de la mezcla de dolor por la muerte de su hija y la angustia por las posibles repercusiones de su venganza.

—Padre, ¿se puede uno condenar, incluso yendo a misa?

Al presentir que algo oscuro ocurría en su alma, el padre Quintero no le respondió de inmediato. Luego, como inspirado por su vocación, empezó a hablarle de las maravillas que le esperaban en el cielo. Recordando la muerte de su hija, le habló del temor de Dios y de la inmensidad de su venganza.

—Él solo quiere la paz en la tierra, que nos amemos unos a otros, para gozar del paraíso. Pero recuerda, para él nada está oculto y eso sí, ¡castiga doble!

Al ver la mirada perdida de Maruja y el morder de sus labios, señales de un desastre espiritual, el sacerdote supo que había tocado un punto sensible y se preparó para continuar con su enseñanza. Sin hacerle comentarios adicionales, Maruja sintió de repente que la voz de su Dios le hablaba a través de la figura de su confesor. Creía que la había llevado hasta allí para permitirle rectificar su mala acción. Santiguándose con premura una y otra vez, y despidiéndose con un beso en la mano del cura, salió en busca del asesino, decidida a evitar la muerte de su sobrina y liberarse de la carga psicológica, que la había atormentado toda la mañana.

—Diógenes, mire, quédese con la plata, no me importa, pero ya no mate a nadie. — Al llegar a su casa, marcó su número y sintió un alivio enorme al escuchar su voz.

—Ay, Cucha, hubiera llamado media hora antes; le pedí a Graciniano que le hiciera la vuelta, y él, luego de llevar a su hermana al banco, se iba para la universidad.

Dada la vida llena de contradicciones y paradojas, esta nueva angustia, le produjo una ternura, nueva y salvaje hacia su sobrina, a quien, toda la vida, había odiado a muerte,. Sin esperar a escuchar cualquier detalle de cómo encontrarlo, salió como loca, en un taxi amarillo, directamente a la Pacho, donde sabía por Oscar, que Elina salía a mediodía. Esas casi dos horas, que tuvo que esperar sentada en el café, enfrente de la universidad, le sirvieron para recordar rápidamente su vida; sentía que no se le había ofrecido la clave, para solucionar sus problemas y vivir como lo había planeado.

Arturo, su primer esposo y padre de Bárbara, había sido un error. Su cobardía al dejarla le enseñó que de amor no se vivía y que ese sentimiento, que causaba tantas emociones pueriles, era solo una cortina de humo para dejarse preñar y justificar mundos de fantasía.

—Negra, te bajaré la luna si me das la pruebita de amor.

Puros pretextos pensados para que gente ingenua, como ella, -que caía por segunda vez-, consiguiera halagar el amor propio y se pintara un mundo inexistente. Bueno, ingenua no tanto, porque ya Leopoldo en su adolescencia le había mostrado la otra cara de lo que creyó que era amor. Fría y calculadora como era, había caído en la telaraña de un cupido drogado; creyéndose la dueña del mundo y con su relación perfecta, se había ilusionado nuevamente para aprender, de la manera más dolorosa, que el amor no existía.

Y así como ese amor, confundido entre afecto, admiración y pertenencia, la había hecho sufrir, siempre había tomado las relaciones como espirales de venganzas, donde se pagaban, o se hacían pagar los actos buenos y malos, de acuerdo a la conveniencia; la vida estaba, al fin de cuentas, dominada por su efecto dominó. Y esto se explicaba en el hecho de que el mismo destino le había puesto en el camino a Gumersindo, un hombre ingenuo que tenía que pagar por las faltas de Arturo.

Para ello, lo empapó de mentiras prácticas y encontrarlo no le fue difícil, ya que él le había hecho ojitos en la capilla de Tasajero, mientras colaboraba pasando la alcancía de la colecta. Luego, al averiguar que era un vendecaña con plata, recién llegado a la ciudad, a quien era fácil explotar, inició el plan de su obra maestra; un matrimonio convertido en su mina de oro, acabado solamente, cuando su ambición por guardarse todo su capital, los separó.

Sin embargo, el solo recuerdo de la convivencia le causaba indignación; le había tenido que aguantar, durante tanto tiempo, su ropa olorosa a sudor, su orinada por fuera de la taza del inodoro y su poca clase. Había tenido que esconder a Bárbara donde su mamá, para poder hacerle creer lo de su supuesta virginidad y hacerle firmar los papeles, para quedarse con todo lo suyo. Pero la larga espera y estos sacrificios, que eran parte de su plan macabro, habían sido necesarios. Pronto le había comprado una casa en Atalaya y le había colocado todos los bienes, a su nombre. Y como “todo indio comido, es indio ido”, ya se ideó un plan para desaparecerlo y el pobre viejo a su manera contribuyó para tal fin.

—Déjeme el cuerito frito, Marujita. — Se acordaba de sus cándidas palabras, cada vez que comían pollo y marrano frito.

—Claro, mi pajarito. —le respondía ella, irónicamente, recordando quizás su niñez.

Luego de descubrir sus niveles altos de colesterol en los resultados de sus exámenes de sangre y tras diversas visitas a la farmacia, decidió diseñar meticulosamente la dieta más propicia, para precipitar su ansiado infarto cardiaco. Lo hizo de manera sutil pero efectiva, incorporando al menú todos los elementos que el farmacéutico le había prohibido. Este oscuro régimen alimenticio no solo desafiaba las advertencias médicas, sino que duplicaba los riesgos de su propia muerte: caldos grasosos, harinas, natas de leche y abundante gaseosa negra se convirtieron en sus aliados mortales. Mientras tanto, ella deleitaba su paladar con una dieta vegetariana, burlándose internamente del analfabetismo nutricional del pobre Gumersindo. Lo comparaba con las miradas ingenuas de los polluelos listos para volar en su infancia, que imploraban clemencia. Él, creyendo que la tenía por una virgen benevolente, la recompensaba con regalos costosos. Las aves, por su parte, ingenuamente pensaban que su único propósito era presenciarlas volar. ¡Qué ilusos todos!

—Para él nada está oculto y eso sí, ¡castiga doble! —recordaba las palabras del sacerdote, como centellas que atacaban su conciencia. Dios también había sido testigo del crimen de su esposo, pero debía perdonarla. En su peculiar interpretación, la Biblia afirmaba que el Creador se ocupaba solo de los pecadores, ya que el resto ya estaba salvado. Por esta razón, tenía la Sagrada Escritura abierta en su sala, confiando en que barrería con sus malas acciones. Aún tenía la oportunidad de enmendar lo relacionado con su sobrina y buscar la redención para alcanzar el paraíso. Por eso, seguía atenta a todas las motocicletas que pasaban, tratando de identificar al sospechoso sicario y detenerlo.

El problema radicaba en que la baja tarifa de transporte de los mototaxis los convertía en el medio de transporte preferido de los universitarios. Varios vehículos ya se habían estacionado, esperando a los estudiantes para llevarlos a sus hogares. Finalmente, sintió que su corazón se desvanecía al ver salir a Elina, acompañada de otra universitaria. Viendo en todos los motorizados a un posible asesino, corrió hacia ellas, empujando a los conductores y cubriendo completamente a su sobrina, para protegerla. Su amiga también había caído al suelo debido a la fuerza del impacto.

La valentía de Maruja resultó acertada, ya que el asesino acababa de llegar y estaba a punto de disparar.

—¡No la mateeeeeeeeeennnnnnnn!— gritó, captando la atención de los vigilantes, y de

algunos estudiantes y motorizados. Confundidos todos, empezaron a moverse formando inconscientemente una pared humana que separaba al sicario de su víctima. Graciniano, pistola en mano y la foto de su objetivo, intentaba identificarla en medio del tumulto de motociclistas.

–Nos pillaron, marica, perdámonos. –gritó uno de los sicarios, al percatarse de que estaba siendo observado por uno de los celadores de la universidad, que estaba hablando por radio.

En un arranque de valentía y furia, uno de los estudiantes, que había salido de una de las tiendas de fotocopias de la Pacho, aprovechó que el asesino estaba distraído mirando al policía y lo empujó de tal manera, que ambos tripulantes cayeron en la acera, arrojando ellos la foto de Elina y el revólver, y el estudiante, sus fotocopias. La escena se volvió un caos, pero al menos, las dos universitarias estaban momentáneamente a salvo.

Rápidamente, los vigilantes tomaron posesión de los objetos y los policías que llegaron al recinto apresaron a los dos sujetos, quienes confesaron de inmediato el nombre de quien les había hecho el encargo. Sin esperar mucho, encontraron en el respaldo de la foto los detalles escritos por el cómplice: “Elina Sanabria, octavo semestre de Historia del Arte.” Y en letras más pequeñas, añadidas por Graciniano: “La Cucha Maruja, pagado.” junto con su número telefónico, el cual leyeron en voz alta.

–¿Pero cómo, Tía, no le bastó la muerte de mi papito y la de Bárbara?– Elina estaba nuevamente en shock, gritando desesperada. –¿Hasta cuándo me va a odiar por existir?

Maruja apenas bajó los ojos sin mirarla. Los policías entonces la apresaron, y padres y estudiantes, entre cuchicheos, se aglomeraron alrededor de las dos universitarias.

–Al menos, tráiganle agua para que se recupere.– Pecas tuvo que gritarles que las dejaran solas.

Los motorizados fueron muy amables y ofrecieron llevarla a casa, pero ella solo quería estar bajo la protección de su amiga y Nico, que había salido corriendo de una de sus clases; tenía tanto qué contarles...

A raíz de este episodio doloroso y el haber visto la muerte tan de cerca, Elina quedó demasiado impresionada, pero había acumulado tanto sufrimiento que su corazón estaba blindado como en una coraza de acero, que no le permitía acobardarse.

–Ay, amiga, estoy super confundida, pero rehusó a dejarme tocar por esos sentimientos de angustia. Mi prioridad es ser fuerte, para poder sacar a Olegario de su sueño mortal.

A pesar de todo, el arrepentimiento de su tía en el último momento era, de alguna manera, una forma de retribuirle tantos malos tratos, y esto, tenía que agradecérselo a Dios. De otra manera, en ese preciso momento, estaría ella muerta, tirada en el suelo o, gracias a la virgencita de Belén, –como contaría Valentina, tiempo después–, siendo revivida en cuidados intensivos. Cerró los ojos y pidió perdón por su tía y por su hija, porque Bárbara ya estaría en el juicio divino. Nunca había tenido la estructura emocional para perdonarlas al tenerlas de frente, y sin embargo, ellas eran familia, y por eso, debía intentar amortiguar la pena que estarían padeciendo, la una en vida y la otra en el más allá.

–Señor, dame el valor de acabar con todo resentimiento, para poder concentrar mi energía en luchar por el regreso de Olegario y así, traer la normalidad a nuestras vidas–, oró en la pequeña capilla de la Pacho, cerrando los ojos y de la mano de Pecas, con quien rezó unas letanías por el alma de su prima y el perdón de Maruja.

El poder desahogarse con su amiga, y la discreción de Nicolás, quien las había dejado luego solas en el mismo café, donde su tía la había esperado para evitar su muerte, le habían significado una bendición. No le quiso avisar a sus suegros o su madre todavía, pues ahora solo

quería disfrutar de la paz de este refugio.

Para su sorpresa, sintió un toque en el hombro y al voltear, se encontró con el profesor Nicolás, junto al mismo rector de la universidad, que había venido precisamente a invitarla a su oficina. Ella codeó amigablemente a Pecas, quien trataba de tranquilizarla.

—Fresca amiga, te acompaño, que estoy segura será por tu bien.

En la majestuosidad de la sala de reuniones, iluminada por candelabros centelleantes, que proyectaban sombras danzantes en las paredes impregnadas de historia, Elina se encontró con el grupo de profesores, cuyas miradas parecían converger como estrellas en una noche inquieta. El director, convocando a un consejo extraordinario, había traído consigo la solemnidad de una ceremonia antigua.

Los catedráticos, rostros tallados por la experiencia y la erudición, se acomodaron alrededor de una imponente mesa de caoba. La tensión se palpaba en el aire, y Elina, temblando y apretando sus labios, se vio obligada a relatar los traumáticos eventos, que la habían sacudido hasta lo más profundo de su ser: parte de su infancia y adolescencia, el accidente de Olegario, sus planes narrados por Génesis, la trágica muerte de su prima y el desgarrador ataque perpetrado por su propia tía Maruja.

Las cabezas de los profesores se inclinaban, y sus frentes, marcadas por las huellas del tiempo, se arrugaban con la gravedad del momento. Como una sinfonía de suspiros colectivos, la sala resonaba con la importancia del consejo, que estaba por llevarse a cabo.

Gracias a los detalles proporcionados por Pecas, Nico había tejido un relato, que llenaba las lagunas de la historia, uniendo cada pieza del rompecabezas con la destreza de un narrador hábil. La atmósfera se cargaba de expectación, mientras los docentes deliberaban entre ellos, como dioses del Olimpo, decididos a moldear el destino de Elina.

Al finalizar su reunión, la dejaron sola con su amiga Belkirene en una habitación colmada de la misma solemnidad, que impregnaba la sala de profesores. Los ecos de sus pasos resonaban en los corredores, y Socorro, la secretaria, en su trajín, parecía portadora de noticias cruciales.

—Ay, Pecas, estoy temblando de miedo. No entiendo qué van a deliberar, ni qué consecuencias enfrentaré por traer este escándalo a la universidad. ¿Será posible que me expulsen?

—Tranquila, amiga, es imposible que tomen una decisión tan extrema. Mejor esperemos — confortaba Belkirene, su rostro reflejando igual terror, cada vez que la secretaria entraba y salía del salón, sin siquiera cruzarles la mirada. En ese momento de suspenso, el destino de su amiga pendía nuevamente en la balanza de la incertidumbre.

A los cuarenta minutos, la misma secretaria la invitó nuevamente al salón, para comunicarle su decisión. Elina miró a Belkirene con ojos suplicantes: Nooo, por favor, sus estudios eran lo único que tenía para lidiar un poco, con su estado de ánimo, fuera del silencio mortuario de la habitación de su novio; solo quería que la dejaran terminar lo que faltaba de la carrera, y como pudo, disfrazó su procesión y conjuró su miedo, para escuchar el veredicto. Su amiga, a quien no habían permitido entrar, rezaba afuera, rogando porque la decisión de la universidad le conviniera.

—Señorita Sanabria, — Con su voz muy aguda, la vicerrectora inició su discurso —ante tan agravantes hechos y habiendo reflexionado sobre su recorrido en la universidad, ahora que entrevistamos a los profesores, sentimos que no es prudente que usted continúe sus estudios por el momento, dadas las condiciones por las que está atravesando, en su vida personal.

Elina con lágrimas en los ojos, rápidamente, se tomó tres sorbos de agua, que acabaron la botella que, muy gentilmente le habían ofrecido en la rectoría. Había que ser fuerte si Dios lo

quería así. La vicerrectora súbitamente había dibujado en su cara una sonrisa, expresión esta, que le quitaba un poco de severidad a su rostro; al igual que todos los convocados, sentía que sus palabras y su tono rígido le habían dado la impresión a la estudiante, que sus noticias eran catastróficas y supo que tenía que proseguir inmediatamente.

—El Consejo directivo le propone congelar un año de estudios. — Elina inmediatamente hizo señas negativas y su mirada se dirigía hacia la puerta, donde vio por las rendijas, a su amiga tratando desesperadamente de oír algo. No obstante, controlando sus impulsos y reflexionando sobre la seriedad del asunto, se acordó que ella estaba siendo juzgada y que ya la invitarían a expresarse, se llevó las manos a la cara, esperando lo peor.

—Sentimos que es deber nuestro proteger el amor inmarcesible al arte de nuestros mejores estudiantes y velar por su bienestar para que, en mejores condiciones, puedan terminar sus estudios en el futuro. Así que, dadas sus notas brillantes, su destacada participación en el tour de arte en Europa, y la información obtenida por uno de sus profesores, decidimos unánimemente costearle su viaje de ida y regreso a Londres y los gastos correspondientes a su visa. Se quedará un tiempo allí, podremos ayudarla durante 3 meses para que practique el idioma, y eventualmente, podrá compartir sus conocimientos adquiridos en la universidad, uniéndose al claustro de nuestros catedráticos, si así lo desea. — Ahora, fue la vicerrectora la que bebió de su botella. —Los patrocinadores de la Selección Norte me informan, igualmente, que le entregarán una suma interesante para su estadía. Melvin, coordíneme lo de su llegada a Londres.

Elina, en un estado de asombro y regocijo, se pellizcaba los brazos para asegurarse de que no estaba sumida en un sueño. Solo dos horas atrás, había enfrentado la amenaza de un posible asesinato, luego, la posibilidad de una expulsión, y ahora, la universidad le presentaba un proyecto que abría ante ella un nuevo horizonte, alineado perfectamente con los anhelos de su novio. Sin embargo, el mundo a su alrededor ya no era el mismo, y cuestionaba la conveniencia de embarcarse en esta nueva aventura.

—¿Qué debo hacer, virgencita linda? Oriéntame, dulce madre. —susurró.

Al dirigir su mirada hacia el cuerpo de profesores, percibía en ellos señales de aprecio y admiración. No pudo contener una sonrisa de gratitud y un torrente de lágrimas que brotaban de su corazón atribulado.

—Le aconsejamos que no se precipite al comunicarnos su decisión, pero no espere más de una semana, ya que tenemos que hacer los trámites para la visa y algunos ajustes presupuestarios—, le indicó la vicerrectora con prudencia.

La sugerencia resonaba en sus oídos, mientras asimilaba la magnitud de lo que se le ofrecía. Un mundo nuevo se presentaba ante ella, lleno de oportunidades y desafíos. La incertidumbre del futuro se mezclaba con la esperanza, y las lágrimas que caían no solo expresaban gratitud, sino también la superación de momentos difíciles. Con la cabeza llena de sueños y el corazón lleno de emociones, sabía que, dentro de una semana, debería tomar una decisión, que determinaría el próximo capítulo de su vida.

Con su característica espontaneidad, Elina abandonó su asiento y se dirigió directamente hacia la vicerrectora, no para estrecharle la mano, sino para abrazarla como a una madre. La vicerrectora, sorprendida pero también conmovida por tantas emociones, correspondió al gesto de la misma manera. Frente a la audiencia, Elina, con voz entrecortada y ojos brillantes, apenas pudo articular unas palabras:

—No saben cuánto significa...— Tomó un sorbo de agua, esta vez de la botella que la vicerrectora le ofrecía, y continuó, con determinación en su voz. —Esta es una de las pocas veces en sus vidas, que verán cómo el odio y la putrefacción de las almas de algunos seres provocan la

felicidad de una simple estudiante de arte. Dios los bendiga a todos por tanta generosidad.

En respuesta, todos los profesores y miembros del Consejo Académico aplaudieron al unísono, sumándose al reconocimiento de un logro frente a las adversidades.

—¡Ay, Salazareña, una vez más me dejas sin palabras! No muchos logran sorprenderme como tú lo haces. —le dijo la vicerrectora con una sonrisa amplia, llena de admiración y emoción contenida.

Su partida de la sala estuvo acompañada por gritos de "¡Bravo, adelante!" que resonaban como si estuvieran aplaudiendo el emocionante final de una obra en el teatro Zulima de la ciudad. Para ella, resultaba extraño que la voz que resonaba más fuerte y significativa en su interior fuera la de su antiguo profesor Salomón, alentándola a seguir adelante. Al abrir la puerta, su amiga casi cae dentro del salón, completamente inmersa en la escena y agachada para escuchar mejor.

—Oye, pero es que hablaban tan bajito,— exclamó.

Después de compartir la noticia con su amiga, ambas se abrazaron fuertemente, permitiendo que las lágrimas de alegría y profunda amistad fluyeran libremente por sus hermosos rostros.

La reunión extraordinaria del consejo llegaba a su fin y, tras la salida de la vicerrectora y los directivos, los profesores abandonaban la sala con sus comentarios sobre la musa de su colega. A Nicolás no le importaban mucho las burlas, y con firmeza sugirió:

—Dejen de molestar y mejor presentemos un proyecto, para mejorar la acústica del salón. ¿Qué les parece, Pecas?

Belkirene, cambiando de colores, cogió de la mano a su amiga, apresurando su salida.

—Haz lo que te diga el corazón. —exclamó Olivier, frunciendo las cejas, aprovechando que Génesis estaba dormida, y sin más, no se volvió a tocar el tema.

Luego de esas cortas palabras, pronunciadas en la mansión De la Roche, Elina sentía que las cartas ya estaban echadas; contemplando a Olegario, se encontraba en una encrucijada, enfrentada a la difícil elección entre dos caminos cruciales para su felicidad. Sabía que las seis noches siguientes serían de desvelo, con mariposas frustrantes y confusas revoloteando en su estómago, alimentadas por los recuerdos de esta tarde lúgubre y la angustia de la decisión que debía tomar. Antes, era tan fácil encontrar claridad al alejarse de su entorno habitual, ya fuera visitando a las hermanitas Delgado o, en su defecto, a doña Efigenia, cuyos regaños siempre le habían traído claridad a su mente.

—Hoy domingo, me desperté por ti, amor, y aquí te sigo esperando.

Sin embargo, como en un juego de ruleta, las circunstancias habían cambiado; las hermanitas ahora descansaban en el ancianato, y doña Efigenia, con toda su conflictividad, probablemente estaría ocupada, criticando la organización celestial, poniendo a ángeles y querubines en su lugar. Elina se sentía sola en su dilema, sin la guía y la sabiduría que estas figuras solían ofrecerle. En su habitación, se enfrentaba a la decisión que cambiaría su destino, preguntándose qué dirección tomar y si algún ser celestial se preocuparía por el rumbo de sus pasos.

—Dígamele por favor, que se venga cuanto antes, si puede, claro, y que se acueste en el piso de su tierra salazareña, — le dijo Ofelia a Valentina, quien no paraba de lamentarse por lo ocurrido. — que no piense en nada y que deje que la tierra le hable, para que le pregunte lo que debe hacer, y ahí encontrará la respuesta. Pobresita, mi niña, la imagino preocupada.

Elina, en el teléfono, agradeció el consejo, que le pareció sabio, pero sabía que una pequeña estancia en Salazar, le retardaría el poco tiempo, que tenía para comunicar su decisión.

—Mija, — continuaba su madre, desde su casa. —lo que sí te digo es que esta es otra prueba de

mi Diosito, para hacerte una mejor persona. Tu tía, que siempre ha sido como una alimaña, tratando por envidia de hacerle daño, se convirtió en un instrumento, para que te sigas superando. Y mi amor, ella no será talvez la única, pues tienes estrella y eso despierta muchos celos, así que la próxima vez, con una sonrisa, míralos hacer y demuéstales que ni siquiera la tocaron. Eso sí, en tu corazón, perdónalos, que ya serán juzgados y lo pagarán.

Elina reflexionó sobre las palabras de su madre y la conexión profunda que la tierra de Salazar tenía con su ser. Aunque apreciaba la sabiduría de los consejos, sentía que el tiempo apremiaba y necesitaba tomar una decisión inmediata. Agradeció a su madre por las palabras reconfortantes y colgó el teléfono, con el corazón lleno de dudas y determinación. ¿Cómo reconciliaría su necesidad de tomar un rumbo en su vida con las expectativas y presiones que la rodeaban? La respuesta parecía esquiva, y la tierra salazareña, por más sabia que fuera, no le revelaría sus secretos tan fácilmente.

En un lunes lluvioso, Elina se envolvía en el frío y la carga de decisiones pendía sobre sus hombros como una sombra persistente. No había tenido la oportunidad de reflexionar sobre Bárbara, y aunque siempre había mantenido la seguridad en su culpabilidad, le resultaba difícil afirmarlo frente a otros. Sin embargo, debido quizás a la oscuridad del día, recordó la mirada maquiavélica y la expresión de malicia y destrucción, que siempre había percibido en el rostro de su tía; con su odio latente hacia todos, se alineaba junto con Débora, como compañeras perfectas en el dúo de escorias, listas para atacar como panteras y destruir su felicidad.

Cuánto anhelaba volver a esos días en los que podría haber alejado a los suyos de tanto peligro, o al menos haber pedido a su madre que huyeran lejos de tanta malicia. Chinácota, con su abuela Monserrate hubiera sido talvez la destinación perfecta para el inicio de una nueva vida, pero Ezequiel no hubiera aceptado hacer vida allí. Tampoco, hubiera podido entonces conocer a Olegario. Apretando el pocillo de café contra su pecho, concluyó que esos deseos reprimidos ya eran solo paisaje, por lo que era más sabio comenzar a pensar en cosas buenas, para no permitirles a esas dos disfrutar de su tristeza.

Oh, Dios, qué feliz había sido siendo esa soñadora que tanto quería volar, que tanto anhelaba con su Corita ver el tiempo pasar, para poder al fin tomar sus propias decisiones. Ahora, de cara a una de las más importantes de su vida, se sentía acobardada y muy frustrada. Podía quedarse, demostrándole a la familia De La Roche que sabía ser amiga, novia, fiel y leal, siempre dispuesta a estar con él, como proclamaba el sermón del matrimonio. Pero más que eso, estaría con él libremente, en la salud y en la enfermedad, en la prosperidad y la adversidad. El otro camino era partir, llegar a un mundo que apenas había palpado y con el que, muchas veces, había soñado estar, pero siempre con Olegario.

Las lágrimas caían en silencio mientras luchaba con sus propios sentimientos y las expectativas que la rodeaban. La encrucijada en la que se encontraba parecía no tener una salida clara, y la necesidad de tomar una decisión se volvía más urgente con cada latido de su corazón.

—Hoy es un miércoles maravilloso y me faltas tú, amor. —se acercó a darle un beso en la mejilla.
— ¿Sabes? No he olvidado cada sensación, cada beso de esa bella tarde en el Malecón. Te amo, vida.

Acariciándose la barbilla, apartó el libro sobre las distintas corrientes de Arte Moderno y Contemporáneo Global. Se preguntaba si, en ese mismo momento, otras personas estarían bombardeando sus propias neuronas con decisiones tan difíciles como la suya, nublando su razón y su entendimiento. Se respondía a sí misma que, como lo único constante en el mundo era el cambio, éste, así como las aguas del mar, no se detendría para ayudarla a pensar.

Esa misma noche, algunas vírgenes, como decía doña Efigenia, recibirían su primer beso físico y, tal vez, perderían su más precioso tesoro. Igualmente, muchos se graduarían de bachiller, de profesionales; millones de niños vendrían al mundo, con o sin el consentimiento de sus engendrados, y mañana sería un nuevo día. Todo continuaría para el resto del mundo como si nada.

Todos estos cambios afectarían el futuro de los involucrados, quienes tendrían simplemente que asumirlos para continuar su ciclo de entes vivientes, mientras cumplían sus años en la tierra. Sin embargo, en ese preciso momento, sentía que todas esas decisiones no eran tan pesadas como la suya. Por más que lo intentara, no encontraba algo que la ayudara a despejar sus incógnitas. Su músculo de la decisión, debido a su corta vida, siempre había permanecido en medio desarrollo, pero hoy, lanzada al ruedo, lo sentía atrofiado. Y, sin embargo, aunque se sintiera agobiada por la responsabilidad de esa decisión, sabía que tenía que vivir su propia vida, fuera del mundo de Oscar y de su madre. Era necesario sufrir por sí misma para experimentar el ciclo de su propio crecimiento.

—Cuéntame algo interesante hoy, jueves, amor. —le pidió a Olegario, con la esperanza de que él le respondiera, algo que ya había tomado como rutina y esto la hacía sentir mejor.

—Porque yo te cuento, sí, como se dice popularmente, la vida es una cajita llena de sorpresas. ¿Quién iba a pensar que serían justo la universidad y el deporte, los que se convertirían en mis celestinos en este cambio radical de vida? —pausó un momento, para tomar su café. —¿qué dices, Bello? ¿Que si me acuerdo de lo que me decía mi profe Salomón?

"Vuela ya", resonaban las palabras de Salomón en la sabiduría de sus profesores, quienes le recordaban, con todo el dolor en el alma, que tenía que irse para continuar sus sueños. Tocando la cara de su amado, supo que debía adelantarse a Olegario para que, fiel a su promesa, comprendiera que no podía quedarse estático y pasivo de por vida. Ella le estaba marcando la pauta; él tenía que seguir. La vida, como la habían concebido juntos, era posible aquí y allá. Recordando su juramento, hubiera querido volver a tener los mismos árboles del malecón como testigos, para sentir la presencia de Olegario.

—Mi amor, no te apures. Yéndome, te espero, y quedándote, te vas preparando. Llegaremos a tiempo para iniciar nuestra felicidad real. Nuestro amor es más grande que todo, y no nos vamos a rendir.

Al posar sus ojos sobre la fotografía de Olivier y Génesis, de cuando eran jóvenes, no pudo evitar recordar que su decisión sería malinterpretada. Las escenas del primer beso con Olegario resurgieron en su mente, y nuevamente concluyó que la sociedad de doble moral, representada esta vez en sus suegros, la juzgaría injustamente. Sabía que se avecinaba mucha incompreensión y que todo volvería al cataclismo desencadenado en su nombre al principio de su regreso. Seguramente, la acusarían de ser injusta, malagradecida y egoísta, pero solo ellos dos sabían que era todo lo contrario. Ese secreto se lo llevaría en su corazón y se reirían de todo en el futuro, gozando de su agradable compañía y viviendo juntos cada minuto de todos sus proyectos.

Así que, conjurando su miedo, le dio prioridad al equilibrio que necesitaba tener en su vida, sintiendo que, a pesar de las potenciales murmuraciones indirectas que se hacían muy directas, se sentía bien consigo misma. Para ello, solo necesitaba estar en paz con su amor.

—Señor, cuánto no daría por poder llevarme su sueño enfermo en el equipaje y, desde el avión, arrojarlo todo al vacío; solo así, podría él despertar, aunque yo estuviera sola en mi viaje.— Porque sí, ella ya sabía cuán diferente sería su experiencia sin su presencia, para explicarle la leyenda detrás de las formas europeas, su elegancia y la succulenta cocina, su adelanto en el tiempo y en civilización.

–Amor, yo seré nosotros dos, seré tus ojos, tu olfato, tu oído, tus manos; todo lo que viva, lo viviremos los dos y así, nuestro juramento se habría cumplido.

Esta compenetración, aunque pareciera irreal no era difícil en su caso, pues ella conocía cualquier gusto pequeño de su amado, cualquier pensamiento frente a situaciones particulares; tomaría su té preferido, reaccionaría como él, y así, evitaría que se perdiera en el limbo de sus sueños. En ocasiones especiales, se pondría el traje que a él le encantaba, para sacarlo a pasear, bailar de la forma que tanto le fascinaba, miraría las estrellas y se perdería en ese recorrido, que a él tanto le gustaba. De por sí que él había sido muy claro en su deseo e incluso, la había hecho prometerle que progresaría en el extranjero. “Juro, mi Olegario,” dijo, imaginando el mismo árbol, en el que él se había apoyado. “que nunca te olvidaré, mientras esté tan lejos.” Y para lograrlo, lo llamaría frecuentemente para comunicarle sus andanzas, para que él pudiera seguir su itinerario de aprendizaje, lo cual les permitiría realizarse a los dos. Tenían tanta historia juntos, que su amor lo mantendría tan vivo y presente como siempre, tocaría mentalmente sus neuronas, para sensibilizar sus órganos de escucha; se habían dado tanto para recordar, que era imposible que la palabra olvido se interpusiera entre los dos.

Y al tiempo le bastó, sólo dos cortos días para mostrarle, que no se había equivocado en sus incontables reflexiones... Aunque trató de mil maneras de explicarle algunos de estos sentimientos a su suegra y su intensa necesidad de controlarlos, parecía que Génesis se había vuelto demasiado adicta a su amor propio, y el estado de su hijo se había convertido en una barrera para su aceptación; luego de su entrevista con ella, supo que nunca la entendería.

–El lo dejó todo por ti, pero así es la vida de desagradecida.

Se animaba pensando que esta actitud no sería permanente y que, con el tiempo, aunque tal vez no pudiera aceptar su decisión, Génesis finalizaría por entenderla. El despertar de Olegario les haría el milagro, solo él entendería la complicidad de su mismo lenguaje, sólo él le contaría de lo importante que era para los dos, que ella realizara este viaje.

Génesis preferió encerrarse como en un palacio de ladrillo sin salida, bañada en el dolor de su hijo, que no le daba fuerzas para entender a nadie más.

–Que me entiendan a mí, si alguien puede, – le dijo entre sollosos a Olivier. –que comprendan mi temor de madre de que nunca despierte.

–Yo sé, Cosita, albergamos muchas dudas sobre el proceder de Elina, pero entendamos que no debe ser fácil para ella tampoco.

Pero ella no podía ocultar la rancuna que su partida le producía.

–Abandono e ingratitud, es justamente eso; sentimientos difíciles de entender y de perdonar. – declaró ya en voz baja.

Y a pesar de su actitud combativa, Olivier trataba de conciliar con ella, por el bienestar de todos, pero inútilmente; Génesis estaba inconsolable y no había querido, ni siquiera, despedirla. Su nuera, consciente de que, por ahora, su actitud era una barrera indestructible, sabía que forzar las cosas era peor, así que tendría que darle tiempo al tiempo.

–Mija, la gente no nos entiende algunas veces, pero no quiere decir que nos hayan dejado de querer. –afirmó Valentina, dejando su hermetismo a un lado. –Trata de comprenderla; ella adora a su hijo y cree, equivocadamente, que tu amor ya no es sincero. –les alcanzó ahora, sus tinticos con canela, mientras se volvía a sentar. –Tómense esto. En donde iba...eso, así que, de nada sirve que te esfuerces por ahora en demostrarle lo contrario.

–Mamita, ¿y seguro que vas a estar bien, solita? – Su hija permaneció expectante, mordiéndose el labio, para no llorar, pero sabía que ya estaba a punto de dejarse derrumbar por

su impotencia; Valentina lo entendió y supo que tenía que terminar rápidamente.

—Claro que sí, y ahora, váyanse, hija, yo te encomiendo a Dios. Triunfa que en los ojos de Dios, lo bueno se multiplica y lo malo se diluye, así que ábrete a las posibilidades del universo, haciendo lo que consideres oportuno por allá y cuando regreses, Olegario seguramente estará un poco mejor. —Ahora, le acarició el cabello, como cuando niña. —Ya en las Europas, descansarás de estos días difíciles, de esos intentos fallidos de tu tía por mermar tu existencia, porque cada vez, te destacas más. Y si por algún motivo, te sientes desfallecer, reza, hija, encomiéndate a la Ojona linda, que te dará la fuerza suficiente para continuar. Tu papá también estará muy orgulloso de ti, acuérdate que, a su manera, él te quería ver triunfar.

—¡Definitivamente! —dijeron los tres en unísono y se echaron a reír, recordándolo.

—Una cosa es una cosa y otra cosa es otra cosa. —acabó Oscar, añadiendo otra frase célebre del cazador, invitando más risas y colocando la cereza en el pastel. —Ala, Vale, ¿si nota que cuando me muevo, ¿cómo se me alborota el pelo nuevo?

—¿Si ves, hija? Te puedes ir tranquila, que, con las ocurrencias de este muchacho, que nunca cambiará, me basta y me sobra para no aburrirme. Y Bernardita estará pendiente de mí. — Enseguida, la abrazó como nunca lo había hecho, sin quererla soltar. —Hija, todos aquí sabemos que eres echada para delante y que siempre vas a lograr lo que te propones. Síguenos demostrando que eres la mejor, ¿me lo prometes?

Su hija asintió con la cabeza, dejándose dar un beso en la mejilla.

—No, ¿pues ahora qué? estas dos viejas, en escena de novela. Prendamos Venevisión entonces. —Oscar tuvo que intervenir, limpiándose los ojos. —Mami, Elinita va a perder el vuelo si no la deja ir ahora. Y esos buses para Cúcuta están más lentos, con ese arreglo de la carretera en el Alto de los Compadres, que ni pa'qué le cuento.

—Ay, mis dos tesoros, no todos los días, se le va a una su hija para Europa. — le respondió ella, buscando risas y al fin, la retiró fuertemente de sus brazos. —Bueno, y ahora, mi cocina me espera, váyanse ya.

Valentina siempre supo que los hijos eran prestados y, como le había dicho a Monserrate, temía que el día en que uno de ellos tuviera que irse de la casa, sentiría como si le arrancaran el corazón. Sin embargo, esa era la ley de la vida y no se podía hacer nada en contra de este principio de la naturaleza. En lugar de dirigirse a la cocina, se fue al cancel de la ventana para ver cómo descendían hasta donde don Alfonso Gambóia, antes de cruzar hacia la esquina de don Ismael para esperar la Trasán. Observó entonces a las Hermanitas Delgado, acompañadas de la enfermera, entregándole un pequeño paquete que ella rápidamente identificó como arepas para el camino.

—A mi niña, nunca le faltará nada, se merece el manjar del cielo. —Se escuchó decir entre sollozos.

Luego, supuso que tendría visita y se dispuso a recibir a las Hermanitas Delgado. Elina acababa de ver a su madre de otra manera; sus palabras la habían tocado de una forma, que nunca olvidaría en su vida. Por un momento, le entraron ganas de cambiar su decisión, pues le preocupaba su hipersensibilidad, ya que nunca la había visto mostrando sus fuertes emociones; hubiera querido que su padre estuviera ahí, para abrazarlo y decirle que al fin lo habían logrado.

—Corita, había algo raro en mami, su actitud parecía traicionar sus palabras de bienestar y de entusiasmo. Cúdemela bien, porfis.

—Ay, no se ponga sentimental ahora, hermanita. — la cortó él nuevamente. —Más bien, le cuento que a la tía Mabruja le dieron seis meses de cárcel, pues, aunque fue intento de homicidio, como no hubo lesiones, pues así la arreglaron.

–Bueno, Corita, esperemos que ese tiempo la componga un poquito.

–¿Y a usted no le da miedo que vuelva a intentar algo? – le preguntó su hermano.

–Ay, Corita, y ¿cómo? No creo que le den visa tan pronto, como para irse a buscarme a Inglaterra.

Los dos soltaron una risa tímida, mientras se abrazaban.

–Con Olegario no se puede meter, así que confiemos que su decisión de no terminar lo que había planeado, es ya seña de que su arrepentimiento está en pie. Además, imagínese allí en la cárcel, con la mala vida que va a tener, si eso no la hace cambiar, no creo que nada entonces. –le pidió el favor a su hermano para que le ayudara a abrir la ventana del puesto—. De verdad que la que sí me preocupa es mamita, no sé, tengo una corazonada. No me la abandone, Corita, ahí le dejé suficiente, para que se venga todos los fines de semana.

Y era que, tanto hija como madre se conocían muy bien; Valentina no había querido confesarle lo que ya sabía medio pueblo, pues desafortunadamente, las historias clínicas en el hospital San Juan de Dios eran otra de las fuentes de información, a la que tenía acceso doña Carlota; coincidentalmente, su hija Juanita, era otra de las asistentes del médico, que estaba haciéndole una licencia a la secretaria, que estaba embarazada en ese tiempo. Así, cada vez que llegaba un paciente, ella muy organizadamente, estudiaba su historia clínica y le pasaba el dato y Carlota se iba de casa en casa, pregonando el chisme, con su traducción vulgar, tan habitual.

–Ala, quien ve a don Casimiro, tan risueño que saluda y le quedan pocos días. – O –Betulia tendrá que confesarle a su esposo, que el hijo no es de él, pues ya le hicieron la prueba al chino y le salió negativo.

De esta manera, ya sabían que, desde hacía un año, le habían diagnosticado a Valentina un cáncer de pulmón, inexplicable, pero cáncer, de todas maneras. No fumaba, no inhalaba sustancias que pudieran perjudicar sus pulmones y sin embargo, estaba ahí, comiéndole la vida, quitándole, día a día, un pedazo de ella misma. Lo había intuido desde hacía ya tiempo, pues se sentía muy débil y, el espejo no le mentía. Como había podido, se las había ingeniado, para aliviarse con el jugo de fresa y el hervido de herradura de caballo, una receta de Monserrate, para ingerir hierro, en emergencias de debilidad y de vacío. Así, se había sentido lo suficientemente fuerte para alejarse del doctor y de las pastillas, que le recortarían aún más la vida. Pero cuando ya sus uñas se volvían azuladas y su respiración se hacía más difícil, entonces, tuvo que sacar su cita y confirmar lo que ya presentía.

Si por ella fuera, le hubiera suplicado a su hija que no se fuera, que se quedara porque no dejaba solamente a un moribundo, sino a dos. De pronto, cuando volviera ya no los encontraría, pero se negaba a arruinar sus proyectos y era su misión de mamá vivir este sacrificio, soportando las batallas diarias de extrañar a su hija, a sabiendas que se le estaban apagando sus días. Esto le ahogaba el alma, más que su cuerpo consumido, porque tenía que soportarlo sola, pues ni a Oscar le había comentado y ese secreto la asaltaba día y noche.

–Ay, hija, ¿por qué no me prestaste tu cabeza de soñadora, para olvidarme de nuestra realidad triste y poder cumplir mis aspiraciones, así fuera en la mente?

A pesar de la acertada premonición de su diagnóstico, luchaba entonces, tratando de aferrarse a un inconquistable optimismo, para cuando el duro momento llegara; su proyecto era dejar todo organizado, para poderse ir calladamente y sin remordimientos por cosas interminadas. Siempre le había pedido a la virgen, que la ayudara a no tener que acabar en una cama, toda desahuciada, esperando la paulatina invasión de la muerte; pero, al contemplar su cuerpo y sintiendo la desintegración de sus funciones, parecía que sus ruegos no habían sido escuchados y se le tenía dispuesto vivir, lo que más temía en la vida.

–Que se haga tu santa voluntad. – exclamó arrodillada, tocando con su mano temblorosa, el crucifijo que colgaba de una puntilla oxidada de la habitación.

Sabía que el dolor era propio del género humano e igualmente, necesario para formarnos en el concepto de que la vida no la tiene uno comprada.

–Siempre lo sabemos, pero creyéndonos más astutos que la misma muerte, tratamos de evitarla, de querer engañarla, pero no, ella está allí siempre, carcomiendo nuestra sangre, nuestra piel, todo nuestro ser.– Luego, tomó un poco más de aire y sonrió abiertamente. –Ay Ezequiel, qué injusta es la vida; usted, en cambio, se fue calladamente y luego de ese momento eufórico, con sus canciones y su trago, como que le dio, incluso, su calurosa bienvenida a esta morbosa visitante.

Trataba de pensar en los sermones de los domingos del sacerdote, de las enseñanzas de sus papás, que decían que había que buscar en el sufrimiento, algo de esperanza, algo de unión. Y esto la reconfortaba un poco, porque a pesar de sus frustraciones, por no haber vivido su vida intensamente, el saber que sus retoños estaban prácticamente encaminados, la dejaba tranquila.

Oscar, que era ahora el más cercano de su familia, ya se estaba convirtiendo en un adulto y era en él, en quien debía concentrar su energía, que aunque quería extinguirse, ella luchaba por canalizar. Su negocio de empanadas era próspero y ya, junto con el dinero que le había dejado Elina, pudo ayudarle a pagarle un cuarto, para que tuviera su propia independencia en la capital, pues se lo merecía: Sonrió orgullosamente al recordar que esos cuadernos fiados donde doña Marina lo habían convertido en un muchacho asiduo en sus estudios; parecía que le iba bien en la universidad, y gracias a Dios, había encontrado bastante gente, a quienes cuidar en la capital, para seguirse solventando mientras culminaba su carrera.

Elina, con un futuro brillante, estaba salvada del peligro; pensaba que, con la muerte de su prima y el encarcelamiento de su tía, ya el odio y la envidia, que la habían perseguido desde niña, habían desaparecido

–Dios mío, ¿sería que yo misma le labré ese futuro? – ¿Sería talvez que las experiencias de sus errores amorosos habían sido transmitidas por herencia? Si era así, el de ella, había sido solamente un vaivén de emociones vacías. Ezequiel había aparecido en la escena, para emperorar su situación amorosa y sólo en sus hijos, había llegado a olvidar un poco su infelicidad. Definitivamente, desde que había creído en el amor, toda su vida se había vuelto un caos, y miren ahora, como su hija había terminado pagando sus faltas.

Aunque Maruja le había parecido siempre medio rara, nunca pensó que ella o su hija llegaran a realizar acciones de tal calaña. Odiar a su sobrina de esta manera era algo inexplicable, si Elinita siempre atraía el cariño de quienes la conocían y además, su tía, más que ninguna otra persona, debería estarle agradecida, por haberla tenido de mucama en la niñez de Bárbara. Debido a sus regaños y a los de Ezequiel, terminaba renunciando a sus gustos para complacer la vanidad de su prima, y hacerle los mandados a su tía, al igual que Oscar. Sus visitas siempre eran inoportunas y de verdad, que siempre habían sido un estorbo para el buen funcionamiento de su casa, pero nunca se lo hubiera podido insinuar a Ezequiel, pues ya conocía su respuesta anticipadamente. “Sí, claro, como es mi familia, entonces no tienen derecho a nada, todo lo que hagan, le cae mal a usted, ¡sinceramente!”

Así, una vez más, se vio obligada a retener sus sentimientos, aceptando con la resignación propia de los derrotados, la constante confabulación entre Ezequiel y Maruja para criticar a sus propios hijos. El acto maestro consistía en poner a Elina en evidencia, haciéndola víctima de la crítica y propiciando que su padre la castigara. Valentina, lejos de defender a sus descendientes, se erigía como cómplice de las artimañas de las dos mujeres, pidiéndoles que colaboraran y

complacieran los caprichos orquestados. Esta situación se transformaba en su tormento incesante, mientras Maruja, en lugar de reconocer tanta devoción, retribuía con una cuenta interminable de quejas dirigidas a su hermano, exacerbando su ya constante irritación. Él, por su parte, parecía alimentar las falacias de Bárbara, transformándose indirectamente en su aliado en esta cruel danza. Las insinuaciones de Valentina, manifestando que Ezequiel la prefería a ella, por encima de su esposa e hijos, ya habían sido lanzadas. Sin embargo, pensó que ya era demasiado tarde para tales recriminaciones.



11. *Su llegada a Londres*

Su segundo viaje a Europa se revelaba como una odisea completamente distinta de su primera travesía, y en su mente, anhelaba atraer tiempos mejores, con el fin de encarar cada circunstancia cambiada. La ausencia de Pecas, su amiga confidente, marcaba una diferencia abismal; las 24 horas de los tres vuelos con escalas no fueron suficientes para desahogar todo lo que la turbaba en estos momentos. Aunque se sentía feliz por la posibilidad de alcanzar sus objetivos, cargaba un peso en sus espaldas y en su corazón que parecía demasiado abrumador.

Intentó dormir en el avión, pero la mirada acusadora de Génesis y la expresión triste de su madre la perseguían en cada movimiento turbulento del vuelo. La pasividad de Olegario le provocaba cierto temor en los momentos de calma y tranquilidad. Siguiendo el consejo de su profesor, quien siempre le instaba a vivir alegremente con lo que se tenía y dejar las preocupaciones en manos del tiempo, cerraba mentalmente la puerta de la habitación del cuarto de su amado, e imaginaba a sus suegros caminando alegres.

Consciente de la necesidad de encontrar tranquilidad, optó por asumir el control de sus pensamientos. Visualizaba a su madre siendo cuidada por Bernarda, depositando su confianza en la bondad de esta, para hallarle serenidad. Al acercarse a su novio, buscaba refugio en su presencia. Se recostaba junto a él, recordándole en qué día estaban y entrelazaba sus dedos, experimentando cada respuesta táctil.

En gestos cargados de afecto, besaba los ojos de su novio y limpiaba con ternura las gotas de sudor en su frente, a pesar de la presencia del aire acondicionado, que intentaba aliviar el calor sofocante de Cúcuta. Cada pequeño acto y pensamiento, interrumpido por el andar torpe de una de las azafatas, reflejaban su desesperado intento por encontrar consuelo en medio de las complejas emociones, que marcaban este viaje. Más que la comida de la noche, anhelaba recibir de la tripulación, un respiro emocional en un entorno lleno de incertidumbre, que la ayudara a enfrentar la dificultad del momento con amor y cuidado.

Durante la larga espera del vuelo, logró hacer que el tiempo pasara más rápido al sumergirse en breves momentos de sueño. Al despertar, no perdía la oportunidad de expresar su amor a su novio con un beso en la mejilla, antes de volver a cerrar los ojos. El sueño se hizo tan profundo que tuvo que ser despertada por la azafata, indicándole que era el momento de completar los formularios de inmigración y prepararse para su entrada en el país de Shakespeare.

Al enfrentarse a la tarea de llenar los formularios, sin la compañía de Olegario, Elina se sintió más sola que nunca, oyendo algunas charlas informales de pasajeros que, al igual que ella, declaraban no tener objetos comprometedores, ni cifras exorbitantes de dinero. Además del hecho de que la fila de inmigración resultó ser más pequeña de lo que imaginaba, tuvo la suerte de encontrarse con un oficial que hablaba algo de español, lo que facilitó explicar los motivos de su viaje. Después de aproximadamente media hora de una fila perfectamente organizada, finalmente se encontraba en el aeropuerto internacional de Heathrow, lista para comenzar esta nueva etapa en un país desconocido.

A pesar de las preocupaciones que cualquier persona, —especialmente una pueblerina—, podría sentir al enfrentarse a la vida en otro continente, ella se juró no dejarse abrumar por el miedo. Ni el bullicio de la multitud apresurada en el aeropuerto, ni las voces en un inglés, mejor que el de su profesor Timoteo, la detendrían porque la salazareña estaba decidida a enfrentar cualquier

desafío, que la nueva etapa de su vida le depararían.

Afortunadamente, la bondad de su profesor Mel hizo que su primer día no fuera tan angustiante. Fue recogida por compatriotas colombianos que ya vivían en la bulliciosa capital londinense. Estos paisanos, los esposos Orozco, habían establecido su hogar en Elephant and Castle, un barrio al sur de la ciudad, en una casa de dos pisos, proporcionada por el gobierno debido a su condición de exiliados políticos. Originarios de la región araucana en Colombia, los Orozco llevaban cuarenta años en el país, habiendo huido de persecuciones políticas.

La conexión con los Orozco se convirtió en un ancla importante para Elina en su nuevo entorno. Siguiendo el acuerdo, los compatriotas colombianos la orientarían durante la primera semana, permitiéndole descansar y organizar sus cosas en su nueva casa en la zona 2 del metro londinense. La noche se convirtió en un momento especial, donde el cafecito no solo era una bebida, sino una excusa para traer a la casa británica el calor y la familiaridad de las colombianadas en todos los aspectos, algo que la señora Nury recibió con alegría.

Durante estas reuniones, Elina compartió con entusiasmo sus últimas experiencias y su telenovela "Semáforo en Rojo" con Carlos Muñoz. La anfitriona, receptiva y conmovida, escuchó los detalles de la historia triste de la salazareña, que resonaba con la situación de su hija Iraida, ahora en Estados Unidos, junto a su hermano Zehir. La conexión entre las historias creó un lazo emocional que fortaleció aún más el sentido de pertenencia y apoyo que Elina encontró en los Orozco y en su nuevo hogar en Londres. Con valentía y determinación, la joven se preparaba para enfrentar los desafíos de su vida en otro continente, respaldada por la solidaridad y la comprensión de sus compatriotas.

Congeniaron tanto en esa pequeña entrevista que Nury le pidió a Baltazar, su esposo que la dejara quedar con ellos, al menos un mes. Este, quien también había estado conmovido por lo que le habían contado Mel, no dudó en aceptar la solicitud. Elina, cansada como estaba, tuvo tiempo para hacer su viaje interior, rezarle a la Ojona, y darle las buenas noches a su Olegario y finalmente dormir como una bebé, a pesar de la diferencia horaria que inicialmente la tenía consternada. En la mañana, ya exploró toda la casa, le llamó mucho la atención, el estudio de Baltazar, con sus tantos libros sobre política e historia.

—Mi novio y mi suegro aquí le devorarían todo esto en un segundo, y organizarían una buena tertulia con usted, estoy segura.

—Y yo estaría feliz de ser su guía, — le dijo él. —en todo este piso aburridor, según la señora que ves ahí.

—Ay, Elina, no le dé cuerda —agregó jocosamente Nury. —o si no, le va a dar sopa y seco, con eso de las Constituciones colombianas y su teoría en el arreglo del país.

—Óyeme bien. — Ante estas risas, Baltazar agregó. — Cuando quieras, te culturizo en ese sentido, para no sentirme frustrado porque mi Nury está más pendiente de Rafael Escalona, que de nuestros presidentes.

Lo primero que hicieron fue llevarla a conocer los sitios más hermosos de Londres, para empezar a adaptarla a las costumbres de esta vida acelerada de los ingleses. Así que con un sandwich en su bolso para el almuerzo, entendería Elina que los ingleses no habían sido los más famosos por su gastronomía.

—En esta isla británica, la comida no es precisamente su punto fuerte, —dijo Nury — así que, dado que el tiempo escasea, adoptaron la práctica de utilizar dos rebanadas de pan como plato y añadir ingredientes nutritivos y naturales, como lechuga, jamón y queso. Fácil para nosotras la que nos toca la cocina todos los días.

—Y dile amor, que le agradecemos a los inmigrantes hindúes por introducir variedad, porque

de lo contrario, creo que el pescado y las papas fritas habrían sido la versión británica del arroz para nosotros, ¡imagínate!" –agregó de manera humorística Baltazar.

Seguidamente, la llevaron al sitio por excelencia, para conocer de la capital Londinense: el Palacio de Westminster, cuya arquitectura, ya había estudiado ella en la universidad. Así que allí, tuvo la oportunidad de admirar ejemplos del arte gótico Victoriano. La buena conservación de estos edificios le daban la impresión de haber sido construídos el día anterior, cosa que no le extrañaría luego de unos meses de vivir allí, ya que la disciplina de los ingleses era algo digno de imitar. Le correspondió a Patricia explicarle como tomar el metro, que había empezado a funcionar desde 1863.

–Nena, tendrás que comprar una travelcard, que es esta tarjeta, que te va a permitir desplazarte por las diversas zonas, en que están divididos los recorridos en el metro.

Compraría solamente las zonas 1 y 2 que era donde se desplazaría, pues tanto su casa como su escuela estaban en esas áreas específicas.

A Elina le resultó curioso que, al conocer a alguien por primera vez, antes de dar su nombre y presentarse, la conversación se centrara más en el clima del día. Ya fuera que lloviera, algo común en Londres, o que hiciera sol, parecía más atractivo que descubrir la ocupación del interlocutor, fuera panadero, profesor o pintor. En retrospectiva, aunque nunca lo había considerado de esta manera, encontraba esta actitud bastante discreta. No pudo evitar pensar que doña Carlota, con su costumbre de hacer preguntas sobre el estado civil y salario de los recién llegados a Salazar, nunca hubiera encajado en la sutilidad londinense.

Apreciaba ver a la gente leyendo libros en el metro o discutiendo noticias del periódico que recogían gratuitamente a la salida de los principales medios de transporte. Observaba cómo lucían tan inteligentes y cultos, al igual que Olivier y su Olegario. Estaría encantada de entablar un diálogo con ellos y contarles las maravillas de su Historia del Arte. Encontrar personas interesadas en la cultura y el conocimiento le resultaba gratificante, y pensaba en la posibilidad de compartir sus pasiones en el entorno intelectual de Londres.

Más tarde, escribiría en su diario: "Inglaterra, un país que despliega ante el visitante una encrucijada de experiencias culturales y artísticas, con sus museos, edificios milenarios y su rica historia". Luego, explicaría que encontraba a su gente dotada de una individualidad única, marcada por un perfeccionismo palpable en cada aspecto de sus vidas. Los proyectos eran abordados con minucioso detalle, la pulcritud se reflejaba en su presentación y sus vestimentas impecables. Concluiría su nota afirmando que eran apasionados por la pintura y la lectura, cualidades que los convertían en conversadores agradables.

–Por ahora no entenderás su humor, que es bien trabajado,– continuaba el anfitrión. –pero cuando ya te acostumbres a su lengua, te darás cuenta que son bastante joviales.

–Y sarcásticos, querrás decir. –agregó Nury.

Mientras los escuchaba, Elina se preguntaba si todos habían asistido a la misma "universidad del humor". Meses después, descubrió la serie británica "Esa Era la Semana que Era", disfrutando de un humor que generaba sonrisas inteligentes, con una libertad de expresión que desafiaba las convenciones sociales y la corrección política.

–Y hablando de excentricidad, nos vamos a Camden Town, a ver los punks, –dijo Nury –, así que, mientras me como este delicioso cortado que me trajiste con tantica agua, alístate entonces para admirar diversidad de peinados y maneras de vestir tan singulares que no verás en Cúcuta.

Le fascinaba la amabilidad de los conductores de buses y carros en Londres. Observaba cómo se detenían respetuosamente en los cruces peatonales, un contraste notable con el caos que

experimentaba al entrar al terminal de pasajeros en Cúcuta. Recordaba un día en el que, yendo tarde a “Franklish”, la academia de lenguas en la que estudiaba, se dispuso a cruzar la calle al no ver ningún carro, como solía hacer en Colombia.

—¿Usted qué ejemplo le está dando a mi nieta? — fue interceptada por una abuelita que en cólera le gritó.

Dicha interrupción estuvo acompañada de miradas acusadoras de las personas que esperaban en el semáforo. Desde ese momento, juró no pasarse un semáforo, incluso estando en su país.

Otro aspecto que encontró extraordinario fue la honestidad de la gente al recibir servicios. Le parecía inusual que los lecheros dejaran las botellas llenas afuera de las casas sin que nadie las robara. En su colegio, durante los descansos, se vendía café con galletas en el corredor. En lugar de tener a alguien cobrando, había un letrero que indicaba: "Café: 10 peniques, Galletas: 5p.". Al lado, una canasta bellamente adornada, donde los compradores debían colocar el dinero correspondiente. Admiraba cómo algunos de sus compañeros pagaban con billetes de 5 libras y se daban el cambio ellos mismos, con total honestidad.

—Si el dueño del negocio hiciera eso en Colombia, quebraría porque los compradores sacarían la plata y no pagarían nada—, comentó una paisana con humor, mientras disfrutaban del café. Para Elina, estaba claro que los ingleses llevaban siglos de civilización.

—Qué hermoso enseñar esa cultura, que la gente aprenda que hay que ser honestos y que, aunque no nos vean, debemos actuar correctamente—, respondió Elina, recordando sus conversaciones con Olegario, con sueños de cambiar tantas cosas en su país.

El encanto y la perfección de los eventos organizados, como el cambio de guardia de 45 minutos y las exhibiciones en el Museo Británico, la deslumbraron. Más allá de la elegancia y la armonía del relevo de la guardia inglesa, el esplendor del Palacio de Buckingham, actual residencia de la Familia Real, era un testigo pasivo que, comenzando como hotel, había guardado fielmente tantas angustias a lo largo de las guerras y los años.

Según el guía, el desfile del cambio de guardia se realizaba desde 1660 y contaba con una popularidad enorme, convirtiéndolo en uno de los eventos más majestuosos del turismo inglés. Elina lo había comprobado personalmente. Desde las 9 de la mañana, ya había gente tratando de encontrar un lugar cómodo desde donde presenciar tan impresionante muestra de organización.

Todo en el evento estaba hecho con una precisión que confería solemnidad al relevo de la guardia vieja por la nueva. Los enormes sombreros de los soldados acompañaban cada movimiento, agregando un aire serio a la diversidad de ritmos de las marchas marciales. Para ella, estas experiencias ofrecían una visión privilegiada de la rica historia y tradiciones del Reino Unido.

Habiendo leído en la universidad sobre el éxito continuo del Museo Británico desde su apertura en 1753, lo eligió como una visita clave para hacer de su viaje una experiencia grandiosa. Al igual que con el Louvre en París, quedó fascinada por la inmensidad de la cultura, e historia de diversos países elegantemente distribuida en este imponente edificio.

Dedicó la mayor parte de su tiempo a explorar la sección egipcia, intrigada por los secretos guardados en jeroglíficos de piedra y las majestuosas pirámides en ese país enigmático, que combinaba la sabiduría de sus gentes, con la correspondiente naturaleza. Soñaba con haber vivido en la época de los faraones, no como esclava, sino como princesa. Recordaba los pasajes de la Biblia que mencionaban el río Nilo, cuyas aguas se aquietaban para presentar el rescate por la faraona, según las palabras de uno de sus profesores.

Más allá de las salas bien distribuidas e inmaculadas, la impresionó enormemente estar en una biblioteca tan enorme. La paz que se respiraba allí le parecía inimaginable, ya que nunca había

visto a tantas personas reunidas en tan asombrosa disciplina. Compartió esta observación con Fiorella, una italiana con la que se pudo entender debido a la cercanía de sus idiomas. Fiorella confirmó que este era su lugar predilecto, durante los períodos de exámenes.

—Como la entrada al museo es gratis y me lo conozco de cabo a rabo, puedo disfrutar de tanta paz, lo cual es un incentivo para concentrarme en todo lo que leo.

La sorpresa llegó cuando el guía español intervino, añadiendo que este museo había sido el lugar preferido de genios mundiales como Rimbaud, Gandhi y Karl Marx. Mirando a Elina, el guía, con coquetería, concluyó.

—A pesar de tantos años, la decoración ha quedado muy fiel a la original, y esto añade encanto a la visita... but not as much as your beautiful smile (pero no tanto como su linda sonrisa).

Con sus clases y el tiempo invertido, Elina podía disfrutar más de su estancia, ya que cada vez comprendía un poco mejor la lengua de Shakespeare. Asistir a museos y eventos y entender más de la mitad del contenido se convirtió en una forma de profundizar su comprensión de tanta riqueza histórica y cultural. Aunque su acento colombiano siempre estaba presente al hablar, lo consideraba importante para sus raíces, ya que no quería perder su esencia latina.

Después de mudarse de la casa de los amables Orozco, vivió con otra familia colombiana, lo cual no contribuyó mucho a su progreso. Aunque los hijos de la señora hablaban inglés perfecto, Zaida, por un precio más bajo, le pidió que les hablara en español por temor a que lo olvidaran. Inició clases en un instituto de lenguas bastante asequible, lo que le permitía distribuir mejor la ayuda financiera de la universidad. Sin embargo, su profesor mostraba deterioro en el nivel de exigencia; estaba claro que no preparaba sus clases, les enseñaba programas de televisión sin relación con la materia y terminaba compartiendo jocosas historias personales. Elina contaba luego que, con esta pasividad, desarrolló la habilidad de escucha, ya que estas clases eran propicias para aquellos que ya podían interactuar con el profesor. Ella, por otro lado, se esforzaba por concentrarse en los labios de su maestro, para intentar comprenderle un poco más.

—Como otras escuelas, esta la habían creado para que los extranjeros pudieran justificar su visa, pero en sí, no tenía ningún seguimiento—, explicaba uno de los estudiantes que ya había hecho tres años allí.

En los descansos, se escuchaba a los estudiantes comentar entre ellos:

—No, pero con ese salario que le pagan al profe, ¿quién va a comprometerse con el mérito de una buena enseñanza?

En sus tiempos de colegio en Colombia, más de una vez, había sentido desfallecer al leer artículos en la biblioteca municipal que abogaban por el aprendizaje de idiomas a una edad temprana. La frase de doña Efigenia, "Loro viejo no aprende a hablar", resonaba en su mente y empezaba a creer que podía tener razón. Sin embargo, con su preocupación constante y su juramento a Olegario, sabía que no podía permitirse estar tan lejos de su país y de su amado solo para malgastar el tiempo en clases, donde a duras penas, lograba comprender algo de unos cuantos chistes narcisistas.

Para ella, la radio o la televisión ofrecían suficiente comedia, y así, poco valoraba sus clases actuales. Decidida como siempre, se dijo a sí misma que al regresar, no podría vivir de excusas, ni arrepentimientos. Aunque sentía que su cerebro funcionaba más lentamente y se cansaba mucho tratando de entender a la gente, su interés y su miedo al fracaso la motivarían a estimular la plasticidad cerebral. Compartió estas reflexiones con Martina, su compañera checoslovaca de apartamento, quien optó por quedarse en la escuela, ya que solo había venido a Londres por tres meses y ya había pagado por anticipado.

De esta manera, Elina supo que debía dejar atrás su mala pronunciación de "eipol" para la palabra "apple", como le enseñó su profesor Timoteo, y esforzarse por imitar el sonido más auténtico de su nuevo profesor británico en una escuela en Tottenham Court Road. Después de realizar un examen de entrada y ser ubicada en el nivel más bajo, la secretaria coincidentemente conocía a algunos amigos ingleses, con una habitación libre en el ático, que estaban alquilando. Aunque era más costosa en comparación con su antiguo apartamento en Dalston Lane, concluyó que realmente se justificaba gastar un poco más y que podría cubrir el resto trabajando.

Fue en ese momento cuando comenzó a desarrollar un gusto por el inglés y finalmente, vio avances en su comprensión y expresión oral. En casa, realizaba revisiones diarias, escuchaba la radio y practicaba con Daron, Sam, Emma y Dominique, sus nuevos compañeros de piso, con quienes solo se comunicaba en inglés. Aprendió conceptos como fluidez y entonación, riéndose de sus propios errores. Dado que se llevaban muy bien, trataban de integrarla en su vida social, invitándola a los famosos pubs, donde los londinenses disfrutaban charlas amenas y apuestas de cervezas, mientras respondían preguntas sobre cultura general en el juego del Sabelotodo.

Al principio, no podía seguir el juego y tenía que pedir prestadas las cartas ya jugadas para leer las preguntas y respuestas. Sin embargo, poco a poco, sus amigos contaban con ella para responder preguntas sobre arte y algo de historia suramericana.

—Este sería el lugar favorito de mi Olegario—, decía entre sollozos, apoyando la cabeza en el regazo de Emma, quien, conociendo su historia, la animaba a seguir.

En su nueva clase de lenguas, con profesores titulados del Consejo Británico, Elina se enteró de que llegar a hablar como un nativo requería varios años en clases formales de idiomas, más allá de lo que le marcaba el calendario de su edad. En sus altibajos en el aprendizaje de lenguas, pensaba que era imposible entender a los nativos, sin que usaran su lenguaje corporal y hablaran a una lentitud enorme. Ahora, el nuevo enfoque de aprendizaje demandaba comprender palabras compuestas, afijos, sufijos y verbos compuestos, conceptos que nunca escuchó en las clases del profesor Timoteo, donde ser inquisitiva no le hubiera servido de mucho.

Los profesores de su nueva escuela eran tan competentes que estaban preparados para manejar adecuadamente problemas de aprendizaje. Realizaban tutorías los viernes y anticipaban problemas de traducción, según la primera lengua de los estudiantes, asegurando que nadie se sintiera excluido. Elina encontró valioso el enfoque de tutorías basadas en las necesidades reales de los estudiantes y deseaba llevar esta idea a Colombia. Consideraba que identificar rápidamente las dificultades de aprendizaje podría favorecer la inclusión y reducir la deserción en las instituciones educativas colombianas. Aunque reconocía que podría llevar tiempo implementar estas estrategias debido a las limitaciones presupuestarias, estaba decidida a absorber ideas para compartirlas a su regreso y contribuir a la mejora del sistema educativo en su país.

Aunque no podía permitirse vivir al mismo ritmo que sus compañeros de apartamento, saliendo casi todos los viernes, debido a sus limitados recursos y el alto costo Londinense, Elina se esforzaba por mantenerse informada sobre los eventos que tenían lugar en la ciudad. Durante la primavera, se organizó una exposición sobre Latinoamérica, donde diversos expositores compartieron lo mejor y lo peor de sus tierras. Cada país estaba representado por diversos objetos producidos allí, seguido de un debate donde se planteaban puntos de vista y se discutían con los expositores.

Logró asistir a algunas charlas que le parecieron muy interesantes. La exposición no solo educaba a los europeos sobre la diversidad latinoamericana, sino que también ofrecía la oportunidad de expresar opiniones y hacer preguntas para conocer más sobre el tema. Se trataron

temas diversos, desde las altas tasas de analfabetismo en Ecuador y la falta de inclusión social de los indígenas, hasta la mejor distribución de las ganancias de Machu Picchu en Perú, con miras a abordar la pobreza en algunas regiones. Bolivia mostró la belleza del Lago Titicaca y el Parque Natural de Madidi, mientras que Argentina destacó la naturalidad de sus paisajes. Venezuela, por otro lado, presentó la escuela de reinas, donde se trabajaba con disciplina para participar en el certamen de Miss Universo. Cuando llegó el turno de Colombia, Elina esperaba escuchar sobre figuras conocidas como Gabo o Botero, pero la charla se centró más en la belleza natural del país y los problemas de la violencia, que también fueron abordados.

La exposición estuvo a cargo de un estudiante colombiano de la universidad de Londres que ya llevaba 10 años viviendo en Europa. Su título: “Déjenme Contagiarlos de Nuestra Pasión Colombiana!” coincidía exactamente con sus deseos de cambiar la imagen del país en el mundo. Diego Camilo, con un acento que ella alcanzó a envidiar, inició una charla, que mostraba uno de los lados bonitos de Colombia: los productos más exportados como el café, el oro, las esmeraldas, el carbón y las flores desfilaban en su presentación, abriendo un escenario de posibilidades, para que el público londinense se sintiera atraído. Luego, sus fotos, mostrando la gran biodiversidad, causaron impacto en el auditorio, pues no muchos de los asistentes sabían que el país tenía una de las biodiversidades más grandes de todo el planeta, lo mismo en aves; seguidamente, sus magníficas imágenes de los delfines rosados del Amazonas, y sus comentarios, fueron admirados en gran escala.

–Definitivamente, Colombia es un país privilegiado en cuanto a los ecosistemas y las bellezas naturales, pero a veces, pareciera que el mundo conociera sólo el narcotráfico. – Así diría el orgulloso Diego Camilo, comentario que fue seguido por un “Viva Colombia” inesperado de su voz, pues Elina se levantó de su silla, captando la atención del público. Un inglés, que seguramente había viajado al país, había gritado:

–Uy, pero ¡se trajeron a una digna representante! – Y las miradas del auditorio trataban de buscar a esta linda morena, que con su sonrisa y orgullo colombiano cautivaría el recinto.

Como era de esperarse, en la sesión de preguntas, surgieron interrogantes sobre la droga, la violencia y el fútbol.

–Pues sobre lo primero, no olviden que siempre que haya demanda internacional, desafortunadamente los suelos colombianos son tan fértiles, que producen lo que se les siembre. Además, si no lo hacemos nosotros, otros países nos reemplazarían, dadas las exorbitantes ganancias, que produce este cultivo ilícito. En cuanto a la violencia, es una situación muy difícil, pero estamos muy comprometidos con un proceso, que intente acabar con el sufrimiento, que nos dejó la anterior década. – Reconoció también que, como en toda Latinoamérica, existían numerosas injusticias debido a la desigualdad social y a un sistema de salud precario para aquellos sin recursos. Sin embargo, destacó que en el presente, había un sentimiento generalizado de optimismo en relación con un futuro que parecía prometedor. En cuanto a fútbol, dijo que gracias a la participación de Colombia en el mundial del 62 en Chile, este deporte empezaba a causar furor en el público, por su popularidad ascendente en el mundo. Pero lo que más les pareció digno de aplauso, fue su frase de que, “En Colombia, se es bullicioso en las celebraciones, pues se le pone volumen a la música, para tratar de colocarle pausa a los problemas.”

La discusión sobre el país generó opiniones divididas, ya que muchos aún asociaban a Colombia con el problema de las drogas. Se debatía la necesidad de resaltar las cosas positivas para disipar el miedo a viajar. En este contexto, Elina, quien había superado parte de su timidez, quedó absorta recordando la tarde en que preparó el mural colombiano con Olegario. De repente,

tomó una decisión y levantó la mano para intervenir. Diego Camilo se ofreció a traducirle:

–Hola a todos, soy Elina Sanabria, una colombiana más, acogida por este bello país inglés, que adoro. Quiero comentarles que mi compatriota tiene razón en cuanto al dolor de llevar este estereotipo de narcotraficantes. Yo lo viví la primera vez que entré a un pub y respondí de dónde era; la gente se imaginaba que yo tenía armas o drogas–. Hubo risas en el auditorio que se mezclaban con expresiones de incomodidad. – Por eso, quiero añadir que somos mucho más que drogas, violencia y pobreza. Los invito a descubrir un país cuya gente tiene un hambre de progreso que los impulsa a destacarse en el mundo, dando lo mejor de sí mismos. En literatura, ustedes, que son sinónimo de cultura, deben leer a nuestro Gabriel García Márquez. En música, contamos con talentos como Ana y Jaime en baladas, y una joven barranquillera llamada Shakira, que promete mucho. Fernando Botero, un gran referente en escultura y pintura. En deportes, como Diego les mencionó, cuando juega nuestra selección, nos apasionamos intensamente. Somos un país ansioso por darse a conocer y mostrar nuestro potencial, porque queremos salir, poco a poco, de esa sombra oscura que nos asocia con un estigma negativo.– Se detuvo para sonreír, sintiendo que les estaba hablando de manera directa. –Les aseguro que, como en todo país, somos más los buenos, que los malos. Pero no esperen a que se lo cuenten, porque hay muchos inversionistas, principalmente en café y petróleo, que han cambiado sus percepciones y les está yendo de maravilla. Así que, mis queridos británicos, les está cogiendo el tarde para visitar el lugar 'in' de Suramérica.

Las sonrisas del público parecían indicar, que había despertado mucho interés en la sala.

–Cónchale, vale, pero están muy lejos de ser perfectos.

Elina aprovechando esa intervención de otro suramericano -cuyo acento reconoció- se le adelantó a Diego, que se preparaba a contestar.

–Sí, amigo, usted tiene toda la razón, tenemos muchos lunares, pues nuestra historia ha sido permeada de violencia, que no escogimos, sino que nos llegó; y ahora, simplemente, intentamos vivir con tantos problemas de inseguridad y de corrupción; como ustedes, tenemos el problema de clases, de los altos costos de la educación, que nos frenan el cambio de pensamiento crítico; pero así, seguimos vivitos y coleando y con una de las mejores economías de America Latina, gracias también al hecho, de que la mayoría de los productos que consumimos son colombianos, lo cual ayuda al empleo de nuestros compatriotas.– Y dirigiéndose nuevamente al conmovido auditorio, –Así que cuando vayan, les indicaremos a donde no meterse, porque hemos aprendido, duramente, por medio de la experiencia en carne propia.

SU sinceridad procuró risas, que la animaron a seguir hablando.

–Perdónenme, entonces, – retomó ella, con ese aire de Colombianidad tan impregnado, en sus palabras. –si les hablé solo maravillas porque claro, vivimos problemas globales: más caos en tráfico, que lo que he visto en Nápoles; y en cuanto a no querer hacer cola, les ganamos a los franceses y a los españoles. – Más risas. –Y en lo que a la puntualidad respecta, somos lo contrario de ustedes, señores ingleses; la hora colombiana es un cuarto o media hora más tarde de lo decidido. Así que, si nos vamos a ver a las 8, yo salgo de mi casa a esa hora y los llamo y les digo que ya voy llegando, pero a las 8 y media ya les estoy diciendo –hola, qué pena, es ese tráfico de siempre; llegamos, tarde...pero llegamos.

Nadie lo hubiera podido hacer mejor para proyectar una imagen atrayente y honesta del país, pues este pequeño discurso improvisado, tan de corazón y sin diapositivas, fue igualmente aplaudido; al final, un pequeño grupo de los asistentes, se habían acercado a estos dos colombianos, para invitarlos a tomar algo.

–Pero no llesves tu arma, Linda. – le dijo jocosamente el mismo inglés del comentario previo y

ella le respondió, simulando dispararle con sus dedos, movimiento éste que la hacía ver como una artista de cine, con su bella minifalda.

La visita al pub fue muy amena pues allí, cada uno pudo hablar de sus orígenes y gustos y ella estuvo muy sorprendida, cuando la invitaron a tomarse una foto con todos. Igualmente, recibió algunas invitaciones, para visitar varios lugares de arte, que no se encuentran en las guías turísticas, lo cual agradeció enormemente. Por añadidura, le ofrecieron ayudarle en el aprendizaje de inglés, y ella felizmente aceptó.

También pudo conocer mejor a su paisano conferencista, quien resultó ser hijo de un médico muy famoso en Colombia. Ambos lamentaron no haberse conocido antes y tomaron café varias veces, mostrando un interés mutuo evidente. Durante estos encuentros, él compartió varios trucos para el aprendizaje del inglés, corrigió algunos errores de pronunciación que ella había hecho durante su discurso, y la invitó a que lo acompañara a otros eventos de colombianidad. Elina, conocedora de las complejidades de sus sueños, reflexionó sobre la idea de que, aunque las cosas a veces llegaran un poco tarde, las disfrutaba igualmente, pues las había estado esperando. Esta experiencia le llevó a pensar en la importancia de compartir estas lecciones con las generaciones futuras.

En uno de ellos, invitada por Diego a concluir su discurso, ella agregó.

—Damas y caballeros, no es un pecado soñar; al contrario, deberíamos hacerlo con frecuencia, para no aferrarnos únicamente a la realidad dura de la vida. Sigamos nuestro ejemplo, dejamos todos nuestros problemas cotidianos para ver en la televisión 'Sábados Felices', un programa de humor, que nos cambia el sufrimiento por risas cada semana.

Estas palabras resonaron entre el público, que respondió con sonrisas.

—Tienes una fuerza interna que produce cambios a donde vas—, le dijo Diego, mientras le daba tímidamente un beso en la mejilla.

Y así se vio evocando los recuerdos de su casa y colegio; sus padres y compañeros siempre la habían criticado siempre por soñar. Doña Efigenia la había regañado más de una vez, por andar con la boca abierta y estar pensando en “los huevos del gallo,” como ella decía. Pero ahora, con el libro de su vida, podía demostrarles a todos que no era ella la equivocada, por haber dejado volar su imaginación y ver que todo era posible en la vida.

Un día, en que se había quedado muy callada, frente a una pregunta comprometedor de Diego, sobre si estaba saliendo con alguien, el recuerdo de Olegario le había hecho perder la cordura y había llorado en sus hombros. El, sin preguntarle nada al respecto, le había levantado la cara con su mano y había, lentamente, traído sus labios a los suyos, para besarlos con mucha pasión. Elina, desarmada, se había dejado llevar y estaba como transportada a otro lugar, correspondiéndole a ese beso, pues sentía su cuerpo vibrar nuevamente. Pero supo pronto detenerse.

—Usted es lindo y estoy segura que en otras circunstancias, me sentiría muy halagada de que se fijara en mí.— y así le explicó que su corazón le pertenecía a Olegario, y que ahora, su antorcha de ilusiones amorosas estaba apagada.

Como buena católica, sintió el impulso de salir corriendo a flagelarse; pero esto sólo le recordaba que, como todo ser humano, no era perfecta; al contrario, sintiendo tanto amor, rebotando en su corazón por Olegario, era débil de carne y aunque, pensaba que no era menester, nunca hablar de este episodio, guardaría un bello recuerdo de Diego.

El muchacho, se había permitido llevarla, entonces, a su casa, y allí le había mostrado algunos libros de literatura médica, que su papá tenía. En ellos, Elina había encontrado una nueva esperanza para su amor, pues luego de leer definiciones sobre los diversos estados de muerte

cerebral, eutanasia, etc, encontró escritos de algunos científicos, donde se planteaban algunas teorías, sobre posibles curaciones.

–Ay, Diego, no sabes cuanto te agradezco; me los voy a devorar, pues tiene que haber alguna manera, de que su estado de coma no sea irreversible, y pueda despertar.

Sus sabios consejos y las lecturas, que ahora se desplegaban frente a ella le permitieron reflexionar sobre toda su experiencia en Inglaterra. Los tres meses financiados por la universidad estaban llegando a su fin, y la verdad era que, aunque comprendía un poco más, su nivel de inglés no se correspondía con la visión que había concebido. En un acto de valentía, Elina tomó la decisión de finalizar los nueve meses restantes. Si buscaba un cambio completo en su vida, sabía que debía tomar los toros por los cachos.

En la nueva escuela, se ocuparían de la obtención de su visa, y ahora, con la colaboración prometida de Diego Camilo, quien compartió algunas técnicas pedagógicas que él mismo había utilizado, Elina estaba lista para enfrentar el desafío con determinación y compromiso.



12. *Sus trabajos, viajes en Europa y amistades*

A medida que la ayuda financiera de la universidad empezó a escasear, Elina se vio obligada a buscar diversos empleos que, además de asegurarle el pan de cada día, también le ayudarían a practicar su inglés. Entre limpiezas de oficinas, casas y sus revisiones, se vio reduciendo sus horas de sueño en gran escala. Sin embargo, siempre había sabido que no sería fácil vivir en el extranjero y que tendría que hacer hasta lo imposible, para no alejarse de su firme propósito.

El aseo de edificios se convirtió en su trabajo diario, una realidad compartida por miles de latinoamericanos que, careciendo de otros medios para financiar sus estudios, aprender el idioma, o ahorrar para comprarse una casa en su país de origen, tenían que buscar ocupaciones, que ningún británico quisiera realizar. Con su poco inglés, aún no se sentía lo suficientemente preparada para trabajar como mesera en restaurantes, y el cuidado de niños también era una opción apetecida. Sin embargo, debido a la instalación de cámaras en muchas casas y los casos conocidos de maltrato a los pequeños, ahora se requería un diploma de enfermería, o experiencia certificada en el cuidado de niños, y ella no cumplía con esos requisitos. Además, el pago por estas limpiezas era en efectivo, ya que no se podía justificar los ingresos en una cuenta bancaria. Su trabajo entonces no le molestaba, pues con la práctica que había tenido en su casa, alistando la visita de sus vanidosas tía y prima o desyerbando la calle, el arte de restregar era casi un juego, especialmente allí, donde los pisos que se le asignaban, eran todos brillantes y la mayoría, hechos de cerámica.

Con el tiempo, conoció a unos húngaros que tenían una agencia, muy conocida por extranjeros y dependiendo de la demanda, la enviaban a colegios, a servir el almuerzo para los estudiantes, o ayudar en la cocina en algunas tiendas de comidas rápidas. Como sabía preparar cosas básicas y hacer sandwiches, pudo conservar el trabajo y darse algunos lujos los fines de semana, como conocer Gales, Escocia y visitar algunos países vecinos con Emma y el Trinitense Jesse, lo cual la motivaba de sobremanera.

Huelga decir, como el lector comprenderá, que no todo fue color de rosa durante esas experiencias, pues al ser trabajos clandestinos, no solamente había que esconderse de las autoridades, sino igualmente de los mismos compañeros de trabajo. En alguna ocasión, cuando estuvo limpiando casas sin declarar, unos latinos, con quienes se había cruzado en la agencia, la delataron a las autoridades y ella tuvo que dejar ese trabajo.

—Ay, Papito, eso fuiste tú, que me enviaste un ángel y no me deportaron.

Había conocido a Aleyda, casada con Tomás, quienes ya llevaban bastante tiempo viviendo en Londres. Ellos amigablemente la habían invitado a su casa, y sintiéndose culpable, de concentrar todo en sus loables propósitos, sin dejar tiempo para su vida social, les aceptó la invitación. Para su delicia, le ofrecieron un café y unas arepas colombianas, que ella felizmente aceptó, pues esto le trajo un poco de su tierra a su corazón. El desayuno generó demasiadas preguntas, adornadas de piropos de Aleyda, que según analizó Elina, no apuntaban a un interés benigno, sino más bien, le recordó la curiosidad y adulación enfermizas de su prima Bárbara.

—Ay, ese cabello tuyo es divino. Ojalá, mi madre me lo hubiera cuidado así, cuando niña.

Así que, aparentemente, todo parecía indicarle que había simpatizado mucho con ellos y luego de veinte minutos de visita, ya habían hecho planes de onces, salidas a Covent Garden y reencuentros para ver a Bonanza, una serie americana que, habiendo visto en su primer instituto,

ya la había empezado a entender.

Aleyda le ayudó a buscar un trabajo como mesera en “Frutos de mi Tierra”, una cafetería de unos colombianos, que se habían radicado en la capital londinense, hacía ya unos veinte años. Entre atender clientes y hacer el aseo del lugar, ahorraba ella, algunas libras que necesitaba, para poder conocer un poco más de Europa. Los paisanos, que iban al lugar, le recordaban la mala situación de los productores de café en Colombia.

–Y lo peor es que muchas familias dependen de esta planta para comer, pero incluso, con días de trabajo tan arduos, el pago les reporta tan poco, que prefieren buscarse en el cultivo de la coca, otro medio para hacer sobrevivir a sus familias”

Alfonsina, la muchacha de servicio de la pareja, quien era nacida en Chinácota, le había cogido un cariño instantáneo. Tenían conversaciones agradables de recuerdos del país, pues juntas añoraban el terruño.

–Paisanita, –le decía, –la encuentro muy hogareña. ¿Cómo puede explicarme ese comportamiento? Si una niña tan atractiva, como usted en Londres, estaría ahora haciendo cosas indebidas, divirtiéndose o perdiéndose ante tanta libertad.

Elina no se atrevía a contestar esa pregunta. ¿Por qué era ella así? Empezaba, entonces, a recordar las cosas que había hecho en la vida; primero que todo, había tratado, en lo posible de ser buena hija; sus padres, dentro de su pobreza y a su manera, le habían comunicado valores muy importantes, que le habían ayudado a forjar una buena personalidad, y sus lecturas, a simplificar su forma de pensar.

–Sinceramente, creo que el secreto es la buena actitud, para afrontar las cosas de la vida, hablar con honestidad y nunca olvidarse de soñar.

Aleyda continuaba con sus atenciones y ahora, se había ofrecido para llevarla a sus limpiezas en su carro.

–Ay, hija, ahórrate lo del metro, que aquí todo cuesta un dedo de la cara, y así le vas comprando cosas a tus papitos.

Y de esta manera, pudo conocerle varios de sus trabajos.

–Es que es una chica embriagante, joven y bella, todo en uno. – le oyó decir a Tomás, conversando con uno de sus amigos. –Te la voy a presentar y quien quita que se entiendan.

Aunque su esposo no tenía propósitos infieles, sino simplemente ayudar a su amigo, el solo comentario empezó a quitarle el sueño a su esposa, llevándola a actuar de manera deshonesto, respetando el lazo hermanable de los latinos, quienes se ayudaban en países extraños.

En consecuencia, su suerte hubiera cambiado completamente, si no hubiera sido por el gran cariño de su paisana Alfonsina, quien, desobedeciendo las órdenes de sus patrones, había corrido a su casa, para ponerla en conocimiento de los planes de su patrona.

–Tienes que cambiarte de casa de una vez, y no vuelvas a ninguno de tus trabajos porque Aleyda te va a echar la guardia.

Le costó mucho aplicar el perdón de su madre, pero recordando las sabias palabras de doña Efigenia, "Ay, hija, en la vida, tienes que ser astuta como serpiente y mansa como paloma," comprendió que las malas experiencias son lecciones valiosas. Aprendió que cada obstáculo es una oportunidad para crecer y fortalecerse, y que ser discreta y cautelosa ante intereses sospechosos es fundamental para protegerse y evitar ser víctima de engaños. Así, decidió adoptar una actitud más prudente, reconociendo que la sabiduría y la serenidad son las claves para enfrentar los desafíos de la vida y convertirse en una persona más fuerte y capaz.

–Ay, amiga, aquí te vas a encontrar de todo: buenos, malos; tienes que andar con mucha cautela o si no, te queman–. le decía Barranquilla, una mujer honesta y trabajadora, dispuesta a ayudarle a adaptarse a su nueva vida. –Ah, y agradece que no todos los latinos somos malos.

Desde el primer momento, le tuvo confianza, y ambas compartían una pasión mutua por querer cambiar la imagen de Colombia.

–Barranquilla, solo a usted se le podrá atribuir este nombre, con esa manera de ser tan descomplicada y un ADN lleno de sabor, de fiesta.

–Acuérdate que yo no soy Aleyda; a mí me puedes tutear.

–Es verdad, –le dijo Elina, –perdona.

Y era que su algazara se justificaba en los genes alegres de su padre, don Ameríndio, quien había sido, en sus tiempos de juventud, uno de los organizadores anuales del Carnaval de Barranquilla, una fiesta celebrada anualmente en febrero, de la cual se decía que era el segundo carnaval más famoso del mundo, luego del de Río de Janeiro, en Brasil.

–Mi papi amaba tanto el carnaval que decidió ponerme el nombre de mi ciudad, y yo feliz, ajá. –exclamaba ella, extasiada.

Barranquilla había llegado a Londres con ánimos de hacer carrera; fueron días duros los que tuvo que pasar al principio, pero su empeño y dedicación la mantuvieron activa y con esas ganas de triunfar, que siempre estuvieron presentes. Así conoció a Jonathan, un escosés que había caído a sus pies, al ver tanta simpatía y caderas. Luego de un amor vivido durante un año, todo pintaba muy bien, en lo que parecía una relación muy coherente. El escosés le había conseguido los pasajes al futuro suegro, para que viniera al matrimonio de su hija, y don Amerindio se sigue culpando, desde entonces, por no haber dejado a San Antonio de cabeza hasta la boda; en vísperas de su matrimonio, su yerno desapareció, y no se supo más de su paradero. Luego de un duelo de dos semanas, Barranquilla sacó la verraquera de las colombianas echadas para adelante y cambió su lagrimeo por la gran idea de montar un club de salsa en Londres. Al principio, fue una difícil empresa, pues no tenía mucha credibilidad; la bendita fama de los colombianos en el extranjero le costaba muchísimo a sus ideas de empresaria.

–Eso lo que van a montar es un chuzo, para meter droga. –afirmaban sus vecinos.

Afortunadamente, Barranquilla tenía en su sangre el ingenio de una hormiga y el entusiasmo de un can, y en vez de acobardarse, se entregó a su sueño de ver a los ingleses bailando música colombiana en Europa. Así inició su proyecto, con algunas cervezas que le trajo su tío y otras que había conseguido en una tienda colombiana en Kensington, un barrio muy apetecido en Londres. Sus ahorros le alcanzaron igualmente, para comprar unas canastas de gaseosa, que le compraba a un carro de bebidas, que pasaba cerca de su casa. Sus primeros clientes fueron lógicamente amigos paisanos, que había conocido en la embajada, cuando solicitó los respectivos permisos. Ellos, deleitados al poder bailar al son de la alegre música de su tierra, empezaron a contarles a sus amigos, muchos de ellos ingleses, sobre el sabor de Barranquilla.

La respuesta de la gente no se hizo esperar y poco a poco, empezaron a llegar ingleses, dispuestos a escuchar la música, de la cual hablaban tanto sus amigos colombianos. Barranquilla entonces les ponía Vallenato, Puya, Merengue, Cumbias, pero era la Salsa, el ritmo originario de Nueva York, la que más llamaba la atención, pues ya se había impuesto en los mercados europeos. En efecto, gracias a que algunas novelas latinoamericanas populares habían sido traducidas en el exterior, se invitaba a grupos de música latinos, para amenizar algunas fiestas y eventos locales. Así, la gente empezaba a identificar el ritmo pegajoso de los tambores, especialmente en épocas de verano, en que todo era alegría, en los parques de Londres. Luego ya, al final de año, decidían esconder su otoño e invierno, para ponerse sus mejores aires de

primavera y verano, y descansar sus tensiones de trabajo, a través de celebraciones navideñas en el nuevo bailadero. Esto, unido a la gran cantidad de latinos residentes ya en el viejo continente, servía para que la demanda por este nuevo género contagiase las fiestas clásicas, en que previamente, la única interacción era bailar música rock, a un metro de su pareja. Quizás la cercanía de la salsa y el merengue, junto con el exhuberante espectáculo del contoneo de caderas de una buena bailarina, contribuyó a que la idea de la costeña, se volviera todo un éxito en Londres.

Y cuando bailaba Barranquilla, su pequeña pista vibraba; los londinenses dejaban entonces su cerveza y sin la timidez de los latinos, cuando se enfrentan a nuevos ritmos, se paraban de sus asientos y empezaban a moverse en sus lugares, al ritmo de las botellas de sus mesas. Y no importaba que sus movimientos desafinados indicaran que estaban peliados con el son; después de un par de cervezas, se entregaban todos a una velada inolvidable, en el que ya empezaban a sentirse contagiados por el gusanito latino. Ocasión esta que Barranquilla aprovechaba, para enviar a sus camareras a sacarlos a bailar; ellas bellas y sonrientes, con algunos comentarios con acento muy colombiano de “You dance perfectly, that’s lovely.” (Baila perfectamente, genial.) iniciaban la parranda. Luego, la sensual comerciante utilizaba el micrófono, para anunciar sus clases de salsa, que improvisadamente comenzarían el siguiente fin de semana.

Coincidentalmente, Elina había sido invitada por una de sus compañeras a pasar un rato chévere en la taberna y aprovechando que no tenía muchos deberes, aceptó. Barranquilla quedó encantada; sus maneras dulces y su regío bailar atraerían, igualmente, la atención de los ingleses, que querían seguramente que les enseñase algo de salsa.

—Ay, nortesantandereana, ya lo veo claro, te vas a sentar en mi mesa y quedas contratada ya como profesora de baile.

Al principio, por sus revisiones, sólo podía un día a la semana, pero luego de que las clases de salsa comenzaron a ser muy populares, accedió a trabajar allí los fines de semana; esto la obligaba a levantarse muy temprano cada día, para cuadrar todos sus deberes y aprenderse las instrucciones de baile en inglés; como las madrugadas nunca habían sido un problema para ella, veía esta oportunidad, como algo bendecido por su virgencita de Belén, que nunca la desamparaba.

—Ay, costeña, cuánto no daría porque Olegario me viera, para que se sintiera orgulloso; él sería mi parejo ideal para mostrarles, como se debe sentir el ritmo.

Se le venían a la mente, las pocas veces, que habían bailado en discoteca; sus risas mutuas al dar las tan apetecidas vueltas, que atraían las miradas indiscretas de los otros bailarines, pues era tanta la complicidad que había entre ellos, que parecía que el resto de la pista se enteraba igualmente de su comunicación de cuerpo y alma.

Elina nunca había logrado digerir el comentario de sus amigas salazareñas, que hablaban de su sensualidad, pues ante esto, siempre enrojecía y cambiaba de tema. Sin embargo, en Londres, esos comentarios no se hicieron esperar.

—Ay, cachaca, con ese bello contoneo tuyo, lástima que esté yo en silla de ruedas, porque si no, les daríamos clase a todos estos. — le decía don Ameríndio, quien se había dejado contagiar del ritmo de estas dos bailarinas, y quería recordar esos días del Carnaval.

Con el pasar del tiempo, la creación de otros clubes de salsa no se hizo esperar y ahí empezó la competencia para Barranquilla; muchos de sus aprendices bailarines, al presenciar tanto triunfo y ver el número creciente de ingleses, que se inscribían en los cursos de salsa, decidieron montar sus propios clubes. Pero, Barranquilla ya no era la misma.

—¿A ver donde está ese ADN? No te me desanimes, que nosotras ofrecemos calidad y ya tenemos clientela fija. — Elina, la instaba a luchar, pero la muerte de su padre la había desanimado mucho, lo cual renovó su tristeza por el abandono de Jonathan; se mezclaron en dos sentimientos de desgano, que jamás logró superar.

Elina entonces, habiendo ahorrado con el pago y las grandes propinas que recibía, siguió sus estudios, orgullosa de haber contribuido a tan grande empresa; esos meses del club los recordaba con mucho cariño, pero ahora su interés volvía al arte de otros países europeos.

Así llegó a París, donde pudo probar un café, que le pareció incluso más gustoso que el de su casa; o quizás, fue tal vez, la certeza de estar en la ciudad parisina, lo que le añadía un gusto especial a todo lo que consumía o hacía allí. No le bastaron sino cinco minutos para enamorarse de la Torre Eiffel, de Montmartre, y de sentirse en un lugar de sueños, tal y como se describía a la capital francesa: luminosa y esplendorosa, y para ella, mucho mejor de lo que se la había imaginado.

Durante la semana, le fascinaba caminar en Montmartre, alrededor de las 5 de la tarde, aunque pareciera ser la hora preferida de los turistas para hacer lo mismo. Que hubiera calles empedradas en tremenda ciudad cosmopolita le parecía algo de película, fuera de la realidad. Le fascinaba, igualmente, caminar y visitar las librerías, que invitaban tanto a la lectura, con ese olor añejo de los libros y los pisos de madera maciza. Las lámparas antiguas y las reliquias que adornaban el lugar le daban a las librerías una combinación sublime.

Luego de hacer un recorrido general y simular entender algunas páginas de Voltaire, Victor Hugo y Saint Exupéry, se dirigió a su sección favorita, la venta de libros usados; allí encontraba lo único accesible de París para su bajo presupuesto pues, más de una vez, mezclados entre tantos títulos que no comprendía, había encontrado algunos libros en español o en inglés, que era la única forma de poder comprar algo conveniente en precio y en idioma.

No podía evitar recordar las palabras del profesor Salomón, al contemplar tantos títulos que no entendía. “Francia es un país encantador, una caja de sorpresas, donde se reúnen todos los paisajes climáticos de ensueño, playa, montañas para esquiar, y practicar todos los tipos de turismo, religioso, cultural, todos.” También pudo visitar uno que otro mercado de pulgas, donde consiguió réplicas del Molino Rojo de Montmartre y de la Torre Eiffel, que decorarían su habitación y la hacían sentir un poco parisina. Desafortunadamente, por ahora, no tendría la oportunidad de visitar más partes del país, así que tendría que esperar a que Olegario despertara, para venir con él y disfrutar de cada pedacito francés.

En Italia, ocurrió su tan anhelado encuentro con el mar, y no en Santamarta, como le había prometido su hermano Oscar; le encantaba perderse en el horizonte, pues lo encontró como se lo imaginaba, majestuoso, augusto y protector de secretos. Le parecía chistoso que, en vez de haber conocido primero, las aguas del Atlántico o Pacífico, que bañaban las playas de su lindo país, su cuerpo se hubiera sumergido primero en las del Mediterráneo. Su primera impresión, de acuerdo a lo que había visto en la tele, fue de no estar en el entorno de una playa colombiana, pues en ellas, gran parte de la costa estaba invadida por vendedores, atropellándose febrilmente entre ellos, por vender sus productos. Pensó que eso era algo que se debería cambiar, ya que quizás los visitantes extranjeros sentían que, con su presencia insistente y bullicio, desgarraban la vista inmaculada de vacaciones y serenidad. En Cerdeña, en contraste, solamente veía gente vestida en traje de baño y bueno, una que otra mujer sin brasier, cosa que le llamó mucho la atención. Se respiraba frescura y se gozaba de un tiempo benigno, asegurado por la brisa marina, y así, se sentía libre de toda polución, de todos los gases que contaminaban la vida. Respiraba hondo,

tratando de plasmar en sus pulmones, todo ese aire limpio, para impregnarse de él y llevárselo a Olegario. Pensaba que, definitivamente, cuando él volviera en sí, tenían que planear una ida mensual a las playas de Santa Marta y Cartagena, para darles vacaciones a sus pulmones.

Hubiera querido tener algunos preliminares, para su primera visita al mar, con miras a lograr contrastar sus impresiones y sueños, con esta realidad. Así que dejando sus cosas a un lado, se dispuso a caminar por la playa y a concentrarse en el horizonte de ese azul intensísimo; lo hacía de una manera en la que otros curiosos, la hubieran tomado por esquizofrénica, hablándole a su personaje imaginario. –¿Te gusta, mi rey? – Afortunadamente, como su suegra, ya era inmune a lo que la gente pensara. Lo importante era que se lo había prometido a Olegario y a sí misma, y confiaba en que, de alguna manera, ese plan de llevar la playa, al pensamiento de su amado, que otros considerarían quimérico, pudiera de alguna manera, despertar su imaginación adormecida. De esta manera, se veía caminando, de su mano, disfrutando de la temperatura templada, que le proporcionaba este mar tan nuevo para ella, y que los interrumpía, de vez en cuando, con sus soplos de aire puro. Reían juntos y ella le contaba sus primeras impresiones.

–Amor, te comparto estas aguas sabias y contagiadas de energía, que nos limpian interna y externamente.

Había leído que el mar era omnipotente, y que los chinos usaban el agua marina para curar algunas enfermedades; además, si había traído la primera célula madre, que dio origen a todo ser vivo, entonces, no sería una tarea difícil, el devolverle la vida a Olegario.

–Oh Mar benigno, contribuye a nuestra felicidad. – clamó con los ojos cerrados. –Deja que tus aguas, que son la fuente de todo río dulce, compartan esos minerales curativos, con la piel de mi amado. Recuerda que siempre has sido parte de mis sueños, e incluso, había soñado con transformarme en ti, pero si esto te incomoda, sé solamente mi aliado perfecto y devuélveme a mi príncipe Olegario.

La gente que pasaba la miraba, e incluso algunos, se acercaron curiosamente, rodeándola, pero estando tan concentrada en su ceremonia, no los veía.

–A mi regreso, iremos a visitarte, ¿cierto, amor? estaremos en tus playas, especialmente en la noche, oiremos los sonidos nocturnos, que nos proporcionarán un descanso respirador.

El mar parecía contestarle, enviando olas que se acrecentaban con sus palabras, mostrando su poder y proclamando la gloria de su nombre.

–Nos relajaremos escuchando estas maravillas, con que me premias hoy y nos bañarás con esas aguas curanderas y relajantes, que terminarán por despertar a mi novio del coma.

Estas últimas palabras fueron recibidas por un aplauso de los curiosos, que la trajo nuevamente de vuelta y sintiéndose un poco apenada, sólo les sonrió y siguió su caminata.

También había aprovechado para visitar algunos museos de Roma, cuya cantidad le pareció increíble, para una sola ciudad; que hubieran tantas iglesias no se le hacía raro, pues había aprendido en sus clases, que era la ciudad con más templos en el mundo, por algo, allá estaba el Vaticano. Y como quería que se manifestara todo lo bonito que estaba admirando en su país, pensó que definitivamente, se debía invertir mucho en museos culturales. Cúcuta solo contaba con la Casa del general Santander, y le faltaba información para acrecentar el interés turístico. De hecho, a excepción de Bogotá y Medellín, en el resto del país, había uno que otro museo, pero no eran populares, quizás por la misma razón. A los visitantes les tocaba, en su mayoría, utilizar la lógica y recurrir a su propia interpretación, para hacer relaciones de eventos, ya que no se encontraba mucha información sobre los mismos. Nada que ver con los museos europeos, donde las visitas se tornaban tan fascinantes, que las horas podían pasar, sin que uno se diera cuenta,

gracias a la información tan atractiva que ofrecían. Además, había mucha facilidad, para entrar a museos gratis; por ejemplo, en Londres, la gente tenía una hora, luego de las cuatro de la tarde para asistir sin pagar a cualquier museo; o en Roma, la compra de una tarjeta permitía la entrada a varias atracciones, incluidas algunas galerías, que normalmente eran pagos. El Museo del Vaticano, con sus amplios jardines botánicos y el Capitolino, que era el museo público más antiguo del mundo, eran los que más le habían fascinado; igualmente, había visitado otros monumentos, como las diversas fuentes y algunos sitios arqueológicos, perfectamente conservados.

En cuanto a pinturas, le fascinó La Primavera de Botticelli, pues le parecía una alegoría hermosa, que no se cansaba de admirar; se imaginaba a sí misma, como repartiendo pétalos de felicidad a las personas necesitadas. Igualmente, se extasiaba pensando en la posibilidad de tener el don de la pintura, para poder reproducirla y tenerla en su habitación; esto le daría un feliz despertar todos los días, y le permitiría analizar profundamente, todas las sensaciones que su autor quería transmitir a los visitantes, porque cinco minutos de deleite no le parecieron suficientes. Sin embargo, aunque ya había pecado en París, no podía pensar en una reproducción o una foto pues, no quería robarle al artista italiano su originalidad, y pirata sería, solamente del mar majestuoso, pero en el arte, permanecería en el terreno de la ética y la legitimidad. De este modo, se consoló con la imagen que plasmaría en su mente y por eso, la había observado minuciosamente, a fin de grabar esa impresión visual.

Definitivamente, con los comentarios de los guías tan instruídos, le habían ayudado a confirmar que era el Renacimiento, su periodo preferido, pues imaginaba que ese rebrotar de las habilidades artísticas, habían revolucionado artísticamente las vidas de la gente de los siglos XV y XVI; si hubiera una máquina de tiempo, ella quería volver allí, para dejarse deslumbrar por tanto brillo y color, pero sin tanto lujo, claro.

—Los abanicos no se usaban a causa del calor—, prosiguió la guía —, sino en consecuencia de los malos olores, que se filtraban, emanados de los cuerpos de la gente.

—Ay no, amor, entonces nos cambiaremos de época. — Se oyó a sí misma interrumpir el comentario de la guía y ante las miradas atónitas de los visitantes, se apresuró a decir: — Tranquilos, que yo misma me entiendo.

Hubiera querido conocer a su preferido, el genio de Davinci, y se demoró harto, contemplando la Ultima Cena; la descripción del profesor Nicolás había sido muy enriquecedora y ella misma, nunca se hubiera podido fijar en tantos detalles que expresaban las miradas de los apóstoles. Además, ver la original era una experiencia, que parecía convertirse en un evento espiritual inolvidable. Podía admirar más de cerca todos los elementos encontrados en esa pintura; había justificación, odio, culpabilidad, inocencia, asombro y como su profesor lo había afirmado, “Ningún pintor había conseguido expresar, con tanta viveza y claridad, los sentimientos humanos.”

Las emociones que fluían al contemplar las maravillas visuales presentadas ante sus ojos, ya fueran en forma de pinturas o esculturas, le reafirmaban constantemente que había tomado la decisión correcta al elegir la carrera de arte y visitar Europa. —Gracias a La Pacho. — Esta experiencia le parecía tan armoniosa como la conjunción perfecta de sabores en un "bocadillo con queso", ese plato colombiano donde ambos elementos se complementan a la perfección, y estaba completamente fascinada de haberla vivido. Le parecía que muchas de esas pinturas lograban lo impensable, usurparle la belleza a la naturaleza y plasmarla ferozmente, en estos encantadores cuadros. Lástima que en vez de soñar, mi Diosito no le hubiera dado el regalo de pintar; con tantas maravillas en su país, trataría igualmente de plasmar parte de esa esencia, no

masivamente como Botero, pero sí, siendo fiel a la originalidad de esos paisajes mágicos. Se preguntaba qué tal se vería un paisaje de su Salazar querido o del Amazonas, pintado al óleo, por uno de estos pintores italianos, ¡espectacular!

Otro de sus momentos más cruciales de felicidad en Italia ocurrió, cuando sus amigos ingleses la invitaron a la ópera; nunca en su vida, había pensado que pisaría uno de esos teatros tan elegantes y funcionales, que había imaginado en clase, cuando se habían citado algunas de las más famosas óperas mundiales, como ‘Rigoletto, la Traviatta y El Barbero de Sevilla’, de las cuales ella tenía una vaga idea. Pero saber que iba a vivir este gran sueño, originado en la misma Italia, como un deseo de recrear el teatro griego, era sensacional.

–Hay que saborear cada frase, para que la comprensión de la misma no te robe la admiración de los escenarios y del vestuario que, en la mayoría de los casos, es esplendoroso. – Recordaba con pena, las palabras de Olivier en Cúcuta, un día en que lo había sorprendido escuchando algo, que ella creyó, eran gritos de alguien enfermo. –Es un espectáculo escénico, al que se debe acudir, como si se fuera a una grandiosa fiesta. Si alguna vez, tienes la oportunidad, recuerda que es imprescindible conocer las melodías de antemano.

Desafortunadamente, como Emma y Daron no habían planeado ese fin de semana con anticipación, no tuvo tiempo de prepararse como se debía. Así que al ver el colorido afiche del espectáculo, anunciando a ‘Madame Butterfly’ o ‘La Señora Mariposa’, de Puccini, ella, con una sensación de tristeza, lamentaba el hecho de no haber podido seguir el consejo de su suegro.

Aunque la representación se dio, evidentemente, en Italiano, ella sintió, de alguna manera que, el idioma no había arruinado la comprensión del mismo. Los trajes de la geishas eran preciosos y el suicidio, al final del tercer acto, pronto le traerían lágrimas a sus lindos ojos. Además del evento musical, pudo, durante el intermezzo, admirar los relojes de diamante y los vestidos en pedrería que lucían los asistentes, pues parecía ser el grito de moda, durante su visita. Terminada la función, se tomaron una bebida caliente en una hermosa cafetería; allí, los escuchó comentar sobre la actuación del solo, de la soprano, del tenor, tantas cosas que ella no conocía y no podía comentar. Afortunadamente, dado que su inglés era más fluido y sus amigos pacientes, pudo preguntar sobre algunos términos.

–Amor, algún día, – dijo echándose a un lado y pensando en Olegario. –quisiera llegar a tener tu mismo bagaje, o al menos, expresarme de la misma manera, para resultarte mejor compañía.

La conexión con personas jóvenes resultó ser más efectiva en Europa que en su propio país. Además de llevarse de maravilla con sus compañeros de apartamento, logró forjar amistades sólidas. Sin embargo, era consciente de que no podía encariñarse demasiado, ya que su breve estancia en Londres no garantizaba la longevidad de esas amistades. Aunque estaba segura de que habría algunas personas que nunca olvidaría, comprendía que mantener amistades a través de dos continentes distintos, significaba más una utopía que una realidad, y que la distancia eventualmente podría romper las promesas de una amistad duradera. No se trataba de renunciar a esas amistades, volverse distante o cerrarse a nuevas relaciones, sino más bien de compartir el día a día, que el tiempo les concedía sin volverse excesivamente sentimental, para mitigar el sufrimiento de la separación.

Marsella, una joven que parpadeaba incesantemente, se contaba entre las compañeras ecuatorianas de Elina. Llevando el idealismo al extremo, esta chica modificaba su forma de ser y sus creencias, con la misma facilidad con la que uno cambia de camisa, adaptándose a lo que veía, o creía aprender de los demás. Para Elina, inmersa en una búsqueda constante de superación durante su aventura en el extranjero, el objetivo era salir de su zona de confort y no

dejar pasar oportunidades, sin perder su esencia. A veces, su nueva amiga parecía un ventilador, girando en todas direcciones sin saber qué hacer o cómo actuar. Este comportamiento la hacía perder sus propios cimientos y llevar una vida superficial. Durante los recreos, compartían momentos de esparcimiento y la salazareña disfrutaba de sus ocurrencias. Pronto, Marsella le revelaría que, a sus 13 años, había decidido adoptar una dieta vegetariana. Todo comenzó cuando conoció a un apuesto argentino en Guayaquil, quien le aseguró con fervor que una dieta de solo vegetales le permitiría vivir hasta los 100 años. A pesar de las advertencias de su tía, una nutricionista preocupada por la posible falta de vitaminas como la E, Marsella estaba decidida a seguir su propio camino.

—Mija, la mitad del cerebro es bastante grasa, y los vegetales eventualmente se transformarán en azúcar, alimentando el aumento de la glucosa, que es lo que el cáncer busca.

—¿Y esa glucosa con qué se come? —preguntó ella, desconociendo los términos que jamás había escuchado.

Cuando su tía explicó con palabras más comunes, Marsella no se mostró tan preocupada, ya que consideró que era un proceso interno y no visible externamente. Afortunadamente, conoció a una colega que odiaba a los vegetarianos, y como resultado, ella también comenzó a abrazar esa perspectiva.

—Ay, amiga, al fin vi la luz.

—Bueno, —le dijo Elina— una luz. que parece que peligra con volverse a apagar, o a encender, pero al fin y al cabo, te va a proteger la salud.

También conoció a Mínimo, un italiano, quien hacía también parte de su grupo de onces y revisiones de inglés. Sólo una vez, se atrevió a preguntarle si ese era su nombre de pila, pero pronto estaría arrepentida de haberlo hecho; su espontaneidad tan característica y la risa de sus compañeros, que moviéndose de lado a lado, la hicieron cambiar de colores, como un camaleón. El muchacho provenía de un pueblito, llamado Capri, en el sur de Italia, muy pintoresco.

—Pues bien, una notte, cuando era joven y piu belo, salí con Vittoria, una ragazza que se veía muy riservata, pero bella la piccola, con un corpo para riprodurci. A ella la cuidaba molto su famiglia pero, como en tutto, quanto piu se cuida, piú se arriesga, y un giorno, en que sus papás viajaron, conseguí llevármela para chicanear in un parco, que se encontraba solo nei pomeriggi assolati, y allí, queríamos fare sesso; para mi sventura, pasó lo que tenía que pasarle a due eccitati.— Y sin la más mínima vergüenza, como si estuviese contando una hazaña, prosiguió. — Y lo más divertido, es que, con el respeto de todas las bambinas, como mi pisello no me favorece y la Vittoria no era tan riservata como parecía, le contó el chisme a su amici; il giorno seguente, ya hasta el señor del supermercato me cambió mi Giuseppi de pila por “Mínimo” y así me empezaron a llamar hasta nella mia cassa e con i mei amiccì y, pues como non soffro d’amnesia, así me quedé.

Gustavo, un amigo colombiano con un pasado humilde, compartía con ella su historia, la cual relataba en fragmentos cada vez que se le presentaba la oportunidad. Originario de Villavicencio, en el sur del país, vivía cerca de una carretera transitada por numerosos camiones que transportaban mercancías hacia Bogotá. Un fenómeno curioso marcó la historia de su barrio: los camiones parecían volcarse siempre en el mismo punto, conocido entre los camioneros como la Curva del Buche.

Este peculiar accidente de carretera resultó en una inesperada bendición para la comunidad. Desodorantes, colonias y otros productos costosos de belleza caían literalmente como del cielo, ofreciéndose gratuitamente a todos los vecinos. La emoción invadía el barrio, ya que estos

artículos lujosos solo podían ser admirados por televisión, pero ahora, tenían la oportunidad de poseerlos. Los dueños de los camiones, sin embargo, empezaron a sospechar del patrón repetitivo. Se dieron cuenta de que, poco antes de cada accidente, la gente del barrio ya estaba lista con cajas y bolsas, preparada para recolectar los productos.

Investigando el asunto, la compañía envió un camión vacío, para entender lo que sucedía. Descubrieron que todo era un negocio bien organizado. Uno de los familiares lejanos de Gustavo, quien había sido despedido un año antes, utilizaba sus conexiones de la compañía para obtener información sobre los traslados de mercancía y se la compartía a los vecinos. Como resultado, unas horas antes del paso del camión, arrojaban miles de tachuelas y vidrios en la carretera, para provocar el vuelco del vehículo y apropiarse de los productos.

La compañía, al enterarse de este elaborado plan, decidió cambiar de ruta. Así, se esfumaron los sueños de muchas jóvenes del pueblo, que anhelaban convertirse en la nueva Luz Marina Zuluaga, la única Miss Universo de Colombia.

En cierta época, a mitad de su estancia, compartió apartamento con Policarpo, un uruguayo de humor peculiar, que le recordaba a Bárbara por su inmadurez. Durante una noche en la que Elina había invitado a sus compañeros a practicar inglés en casa, Donald, un danés, mencionó un estudio en Japón que consideraba la posibilidad de insertar un chip en el ojo, para leer información personal.

—¿Se imaginan, si se hace esto en Suramérica? ¡Ja!— Gustavo había comentado una realidad preocupante. — Ya llegaría el que llame al banco y diga: oigan, necesito desactivar mi ojo derecho, porque me lo acaban de robar.

Todos habían reído a carcajadas con esta ocurrencia, pero Elina sabía que tenía que intervenir.

—Pues la verdad, no sólo en Suramérica, en todo el mundo, la gente necesitada se ingenia maneras creativas para conseguir la plata fácil y consiguen, de manera insólita, burlarse de la autoridad; así que al final, no resulta tan descabellada la idea.

—Pues en Europa no ocurriría, —agregó Mínimo. Elina abrió la ventana, dejando que el aire moviera las llamas de las piñas. Junto a Policarpo, les habían hecho huecos para usarlas como lámparas, creando un ambiente aromático y cálido como el de una hoguera.

—Pues ustedes pueden reirse y todo lo demás, —agregó Marsella, sosteniendo la cabeza con sus manos. —pero para mí, el solo hecho de insertarse un elemento extraño en el cuerpo humano, es ya un acto de sacrilegio contra los principios cristianos. — Luego colocándose la mano en la mejilla, agregó. —Ya vendrá el día en que Satanás se apodere de todas las reglas sociales y la gente lo venera.

Ahora eran súplicas de que se callara, las que le llovían a Marsella.

—No exagero, —dijo ella, nuevamente, parpadeando. —miren que Dónald bien lo dijo, ya los orientales lo tienen planeado, ¿qué más van a insertarse, luego?

A Policarpo parecía habersele ocurrido un chiste, pero debido a la advertencia de Elina, decidió que era más prudente no decirlo. Este chico era incorregible; siempre comenzaba con sus bromas en el momento menos oportuno. Viéndolo jugar con su tenedor y riéndose solo, listo para meter la pata, Elina le pidió que la acompañara a la cocina a traer el postre.

—Bueno, te miro y veo que estás que te ahogas, por no poder decir algo que se te sale hasta en el bostezo. — le advirtió ya lejos del grupo —. Pero, no embarres con los pies, lo que has conseguido con las manos. Respeta a mis amigos.

—Ay, tú como siempre, montándola de sana; relájate, mujer que yo voy madurando poco a poco, mira que ni dije nada, aunque déjame decirte que la idea de que se inserten...

Tuvo que terminar su frase solo, ya que la salazareña se había marchado con el postre al

comedor. Se quedó callado y, al sentarse a la mesa, la conversación giraba en torno al nuevo álbum de los Beatles, un tema del que no sabía nada, por lo que optó por mantenerse discreto.

Y era que Policarpo se consideraba más gracioso que Chaplin, y su pobre compañera de piso sufría sus chistes simplones cada vez que lo veía. Recordaba cómo le causaba grandes molestias con juegos de palabras que ella encontraba tontos. Si alguien mencionaba estrés, él decía "no es estrés, es cuatro". Si hablaban de que se fue la luz, preguntaba por qué, pues su tía Luz siempre estaba en casa. Una vez estaría bien, pero si alguien sonreía, aunque fuera ligeramente, él se sentía con derecho a inventar más tonterías.

Cada nuevo amigo que conocía tenía un rasgo tan único que los hacía inolvidables, incluso cuando la distancia los separara en el futuro. Eran muy distintos de sus amigas de Salazar, con quienes compartió una empatía profunda durante los duros días de la maldición, las carrozas y los juegos de don Adriano. Con estos nuevos amigos latinoamericanos, aunque no habían compartido tantas penurias, sentía una conexión especial. Quizás era la barrera del idioma o la nueva vida en Europa, pero se aferraba a ellos como pinceladas de colores vibrantes en la vasta paleta de su vida.

En momentos de añoranza por su amado y su familia, estos amigos se convertían en pilares de una fortaleza inquebrantable, una fuerza vital esencial para mitigar la soledad que amenazaba con encoger su corazón en ese país extranjero. Aunque Óscar intentaba consolarla por teléfono, asegurándole que su mamá estaba bien y seguía vendiendo empanadas con energía, ella no podía evitar el amargo regusto de su partida. Con el tiempo, ese ineludible testigo, confirmaría que su intuición no estaba equivocada.



13. El Despertar De Valentina

Durante su estancia en el extranjero, acontecimientos inusuales zarandearon la tranquilidad que caracterizaba la vida en su querido pueblo. Un 10 de marzo, un sismo de 6.6 grados en la escala de Richter estremeció a Salazar, sumiendo a sus habitantes en la angustia y obligándolos a reflexionar sobre la fragilidad de su existencia. El temblor provocó gritos que reverberaron durante preciosos segundos en las calles.

—No, eso fue peor que la maldición de Genoveva; usted debió ver cómo se movían esas lámparas, las mesas, los objetos decorativos de la casa —.comentaba don Arnulfo.

—Eso no es nada, porque se parten y ya, puro material —añadía Carlota—. Pero yo veía esas vigas tambaleando, amenazando con arrancar los techos y caerse sobre la gente que dormía; no, eso no se lo deseo ni siquiera a los peseros, ¡con eso le digo todo!

Lamentablemente, nadie en el pueblo estaba preparado para un evento de tal magnitud. Desconocían por completo los planes de emergencia aplicados en La Mesa de los Santos, en el departamento vecino, donde los temblores tenían presencia diaria. Aquí, la población no estaba familiarizada con conceptos como espacios libres de cables, de luz y ventanas, ni con triángulos de vida para protegerse; lo único que pudieron hacer fue correr y apretujarse como mejor pudieron.

Aunque no se lamentaron pérdidas humanas, el pueblo quedó impregnado de una tristeza que flotaba en el aire, envuelta en la soledad de una ansiedad incesante. El epicentro del temblor parecía haberse ubicado en La Amarilla, una vereda del pueblo, donde los relatos posteriores narraban cómo la leche se derramaba de las ollas, mientras la gente permanecía congelada en medio de la incertidumbre, sin saber si debían correr con sus bebés tal como estaban, o sacarles primero la tierra de la boca.

En los días subsiguientes, los salazareños despertaban con un exceso de energía, todos alerta al más mínimo ladrido de un perro, ya que se rumoraba que el oído canino era lo suficientemente agudo, como para anticipar cualquier movimiento sísmico. Los dueños y algunos inquilinos del Hotel Rosedal, que había sufrido grietas, se vieron obligados a evacuarlo durante algunas noches. El temor a un posible colapso generaba una zozobra que los forzaba a pasar las noches fuera de sus hogares, en una angustiada espera por lo peor, aunque afortunadamente este no se volvió a presentar.

Valentina, igualmente, experimentó un movimiento telúrico, pero bien en su interior, un remezón emocional tan profundo como el de un terremoto. Aquella noche de sábado, mientras intentaba limpiar el polvo de la sala, se topó con la fotografía de su difunto esposo, marcada con una línea diagonal morada, que simbolizaba su descanso eterno. Tomó un buen vistazo a sus alrededores y se percató, por primera vez, que ahora era la dueña de la casa.

Decidió desempolvar su viejo libro de poemas, aquel que había mantenido oculto en un hueco de los ladrillos de la puerta de su habitación, temerosa de que Ezequiel lo destruyera si lo encontraba. Se preparó un delicioso tinto, que se sirvió en uno de sus ya esportillados pocillos de café de Colombia y se sumergió en la lectura de “Veinte Poemas de Amor y una Canción Desesperada,” y otros poemas de Pablo Neruda, que había disfrutado tantas veces con don Francisco. Suspirando, devoraba cada palabra del libro, con sus páginas amarillas desgastadas por los años, y entre cada hoja que crujía al ser pasada, evocaba recuerdos dolorosos.

El llegar al poema 15, la primera línea, "Me gusta cuando callas porque estás como ausente...", la hizo tomar un sorbo largo de café ya un poco frío. Cada verso le provocaba un dolor más profundo y, con achaque de volver a limpiar la pantalla del televisor, que ya lucía brillante, cerró el libro y apretando los labios, sentía que sus lágrimas bajaban a caudales, formando un pequeño riachuelo.

—Ay, Dios!— murmuró, mientras traía el termo de café desde la cocina. Se sorprendió a sí misma con reflexiones que habían estado ausentes por mucho tiempo. Asegurándose que ni Oscar, quien se encontraba en vacaciones, ni Bernarda estuvieran cerca, dejó el trapo y la tasa con jabón y agua de su limpieza, y volvió a tomar el poema, dirigiéndose a la fotografía de su difunto esposo.

—¿Cómo no iba a ser como la noche constelada y callada, si usted me confiscó no sólo mi felicidad, sino también mi voz?— repetía cada línea, como intentando aprendérsela de memoria y su café, alterado con sus lágrimas, perdía el suave sabor colombiano, para confundirse con un sabor amargo y doloroso. Ya no podía culpar al polvo de la sala, por sus ojos rojos, ya que hacía cinco minutos, que había cesado de limpiar.

—Por una vez en mi vida, me permitiré ser yo misma, ya que ya no está aquel que me consideraba un accesorio, como la lámpara del poema—, concluyó con una determinación recién descubierta.

Valentina, sumida en la lectura de poemas, comprendió que su vida parecía haber muerto, como indicaba el poeta. "Y la muerte del mundo cae sobre mi vida", recitó una línea de otro libro de versos. La lectura de las palabras lúgubres le entraban como dardos, que se hacían más punzantes, con el compás de espera que le producía una pausa, para un nuevo sorbo de café y una nueva lágrima que empezaba a mojar el libro añejo.

Se sumergió en otro poema que anunciaba, "Sí, miedo, tengo miedo". Las palabras resonaban con una verdad que no podía eludir. Mientras miraba la foto de Ezequiel, recordaba la adicción al juego, que había llevado a la muerte a su padre, un hombre recto que no pudo soportar la traición. Aunque nunca culpó a Ezequiel por ello, sabía que su culpa ya era pólvora mojada, y no deseaba cargarlo con más responsabilidad de la que ya decía sentir. Sin embargo, esa amargura suya persistía, oculta en lo más profundo de su ser.

La dicha de tener dos hijos excepcionales había insuflado un nuevo aliento a su vida, avivando su determinación para no sucumbir ante la traición, que el cazador le impuso. A pesar de ello, la sumisión a la que la sometió la había convertido en un ser invisible, llevando la procesión del sufrimiento en silencio.

—Ezequiel, esté donde esté, quiero decirle que jamás podré justificar lo que hizo con el dinero de mi padre. ¿Qué no hizo él por nosotros? Nos lo dio todo. ¿Y cómo le pagó? Golpeándolo donde más le dolía y arrebatándomelo de esta vida. — Exclamó mientras estrujaba la foto de su esposo tan fuerte, que no se percató de que había partido el vidrio del marco.

Al contemplar la caída del cuadro al suelo y la ruptura completa, Valentina se vio obligada a tomar un profundo respiro, para encontrar la paz interna que tanto anhelaba. Después de tantos años, llevando consigo estos pensamientos nunca expresados, sentía la imperiosa necesidad de liberarse de la carga de ese pesar.

—A la gente no se le traiciona, cuando a uno le ofrecen confianza de esa manera. ¡No! Yo sé que usted se arrepintió, ¿pero ya para qué? no era como si los días de depresión pasados me lo hubieran resucitado; mi papá ya se había ido para siempre, ¿y sabe? Su sueño era que su única hija pudiera vivir como una princesa, pero ahora sé, que me casé mal y que usted me atrasó en todo sentido, económica e intelectualmente, mostrándome que nada de lo que venía de mí era

importante y que lo único bueno que había hecho era mis hijos y eso, porque usted contribuyó.— Las lágrimas empezaban nuevamente a brotar, cual si fuera una cascada de sufrimiento y malos recuerdos. —Y dígame, señor Delicado y Orgullosa, porque eso pareció ser su esencia. ¿le parece bien dejarle a nuestros hijos este cuchitril de casa? Yo creo que mi papá se debe estar retorciendo en su tumba, ante semejante herencia; bonita gracia la que hicimos los dos, o más bien, usted, que con su supuesta omnipotencia, eludía responsabilidades y disfrazaba su culpabilidad.

Valentina sorbía el café como si fuera agua, sin prestar atención a la posible quemadura en su lengua, ya insensible. Sus pensamientos y reproches fluían con intensidad.

—No reniego por mí, porque, al fin y al cabo, hice lo que creí que me correspondía y asumí la responsabilidad de haberlo elegido a usted. Al fin y al cabo, en mi juventud, mis padres me dieron los lujos que anhelaba. Pero mis hijos deberían haber tenido todas las comodidades, y usted solo fue un ogro sin sentimientos. ¿Para qué? Ellos nacieron con el buen corazón de la familia Villalta, obedientes, sin necesidad de su dureza de piedra. ¿Por qué no tener una pizca de consideración con Elinita? El padre Chucho siempre decía que ella era un ejemplo para las niñas del pueblo, diferente a todas. ¿Y Osquitar? Tanta bondad derrochada en un alma tan ingenua; al pobre Cora, como lo llama su hermana, le tocaba vivir comiendo chicle para engañar al estómago y sentirse saciado, porque comer arroz con aguapanela casi todos los días no es vida. Si a usted lo criaron así, eso era problema suyo, y ahí también, ¡perdió el año !

Estaba tan inmersa en sus pensamientos y reproches, tarareando la canción del español Julio Iglesias, "Me Olvidé de Vivir," que no se percató de la presencia de Oscar. Su hijo, escondido detrás del mueble y sollozando, quería salir corriendo a abrazarla. Aunque deseaba rogarle que se callara, que su padre ya estaba descansando, decidió que este duelo era necesario para que su madre encontrara paz consigo misma. Oscar se maravillaba internamente: ¿quién lo hubiera creído? El matrimonio de sus padres siempre fue un ejemplo para el pueblo. Aunque para muchos salazareños, era difícil imaginar cómo habían podido soportarse durante tantos años siendo tan diferentes, habían concluido que habían alcanzado un nivel de aburrimiento que generaba la engañosa sensación de bienestar. Ahora comprendía que su madre había llevado la pesada cruz de ese matrimonio y que ella la sufría constantemente, criándolos y protegiendo a su marido de cualquier desdicha.

—Perdóneme por no poder esperar para decirle todo esto delante de Dios, pero no podía contenerme. — Valentina, con la mirada fija en la foto de Ezequiel, continuaba con su catarsis, mientras su hijo la contemplaba con ternura. —Fue mucho sufrir en silencio, siempre pensando que, como mujer, era mi responsabilidad mantener a flote nuestra familia. Si pudiera devolver el tiempo, desobedecería sus órdenes y accedería a los ruegos de los muchachos, permitiéndoles disfrutar con sus amigos, jugar en el parque y ensuciarse la ropa, como los niños de su edad.

Oscar ya no deseaba que ella se detuviera, pues estaba de acuerdo. Si su padre hubiera sido menos tosco con ellos, le habría agradecido que lo escuchara. Nunca había existido una conversación significativa entre ellos, solo burlas sobre su chicle, o exigencias represivas diarias. "Eres un niño, deja de tonterías", era su respuesta frecuente, haciendo caso omiso a sus intentos de entablar un diálogo. Ahora reconocía la falta de conexión emocional y la represión constante. También comprendía que su padre había sido demasiado duro con Elina, la hermana obediente, que nunca fue motivo de preocupación.

Oscar, quien siempre pensó que su padre era el "bueno del paseo", el que había tenido que sudarla, para que ellos progresaran, y que a su madre le había tocado fácil, se daba cuenta ahora de que era todo lo contrario. Ella era una santa, que había soportado mucho en silencio. La

perspectiva estaba cambiando, y él sentía una mezcla de tristeza y gratitud por finalmente entender la verdad, detrás de la fachada de su familia.

—Y sin hablar de su falta de cariño para conmigo, pasé a ser un mueble más en esta casa, y no un mueble de sala, sino del ático, olvidado y viejo. Nunca tuvo un gesto hacia mí, porque usted, en su narcisismo empedernido, nunca se tomó el tiempo para notar mi presencia. Me convertí en la mujer simple y primitiva, inmóvil ante sus arrebatos de cólera, y con un temor tan reverencial que incluso dejé de leer libros para evitar desavenencias, ni me dejaba tutearlo, ¡qué fastidio de hombre, qué dictadura! —se llevó las manos a la cabeza, cerró sus ojos por un momento, y sonrió, como para darse fuerza. — Siempre le fui leal, desvelándome por complacer todos sus caprichos y obedecerle, porque esa era nuestra relación: usted daba órdenes, y yo le obedecía, me mandaba a hacerle tinto y a tenerle la ropa planchada, como en 1800. Reprendía y castigaba a veces injustamente a mis hijos, siendo ese juez, que fallaba en su contra, para que no desafiaran su autoridad. Porque para usted, era más importante ser el hombre de la casa, que un padre amoroso. ¡No! Esa energía debió dedicarla a consentirlos, a decirles que los quería, que tenían un apoyo en usted. Pero no, eso le quitaría su hombría. Mírenos ahora, y dígame, ¿qué fuimos para usted en toda su existencia?

—Ante tantas opciones, escogió el camino más fácil, aquel que lo dejaba como el rey de la casa, el respetable. —Valentina continuó con determinación. — Hablaba, y todo el mundo tenía que escucharlo, porque de lo contrario, la correa estaba lista. No, déjeme decirle que hay otras formas de ganarse el respeto: amándolos, enseñándolos, para que se sepan defender en la vida. Hay padres que se encogen de tamaño para encajar en los juegos de sus hijos, o que se hacen gigantes para que, cuando crezcan, puedan protegerlos. Pero eso, usted nunca lo entendió. Mire, ahora, no le alcanzó la vida para cambiar de táctica, para dejar ver su corazón y mostrar que era humano, como todos nosotros. Pero yo terminaré la misión con ellos, yo les entregaré lo que usted no pudo, porque sé que usted, a su manera, nos quería, solo que escogió lo más fácil de la tarea de esposos.

Se preguntaba ahora qué había conseguido con ser la esposa sumisa y ejemplar, y no titubeaba para responderse que nada. Haber renunciado a tantas cosas que quería hacer, haberse negado a complacer a sus hijos en tantas cosas, pero no. Toda su energía se había concentrado en apoyar al cien por ciento a su marido, cerrándole la puerta a sus hijos y a ella misma. Las lágrimas continuaban su curso, el pocillo que sostenía cayó al piso y la despertó de su sueño; reía ahora, pues, lo que tanto le había criticado a Elina, ahora lo estaba haciendo: se encontraba soñando. Entonces, se dio cuenta de que esto era lo que le había faltado hacer: soñar, soñar con una vida mejor, con una vida más propia; haber tomado turnos con su hija, para que cada una construyera su castillo de sueños.

—Ay, Elinita, cuanto te reproché por perder el tiempo en esas bobadas, y no me daba cuenta de que, a diferencia mía, estabas aprovechándolo en soñar. Y mira que te sirvió, mi linda, mira donde estás, en las extranjas; Ay hija, cuánto no daría por estar contigo, por consentirte allá, lavarte la ropa y tenerte todo listo. Mi chinita, sin nadie que te prepare tu tinto con canela, como te gusta, y cuánto estarás sufriendo, porque eso por allá no debe ser fácil.

Oscar titubeó en salir, pensó que su mami ya había acabado. Pero ella estaba sacando su rosario y le había empezado a rezar a Ezequiel unas jaculatorias, para pedir su descanso en paz. Una vez terminadas, Oscar no se pudo contener y salió corriendo a abrazarla.

—Mami, no te preocupes ni por mí, ni por Elinita, que estamos bien. —comprendiendo su dolor, la tuteó por primera vez. —Yo feliz con mi carrera y ella, ¡ja! la conoces, se lo debe estar disfrutando y comiendo mucho libro, que es lo que le gusta.

Le daba muchos besos y ambos terminaron rezando el rosario y agradeciéndole a la vida, por darles la fortuna de seguir vivos.

–Mijo, qué pena por lo que escuchaste, pero es la primera vez que me siento en armonía conmigo misma. Ven, tomémonos un buen café con canela en honor a Elinita.

Luego, durante las siguientes vacaciones, como le había prometido a Elina, Oscar aprovechó para ocuparse de su madre, ayudándola en sus quehaceres, junto con Bernarda.

–Usted no, mi bella dama, usted descanse que ya hizo más que suficiente.

Valentina recobró su calma, pero esta vez, ya no se sentía sumisa; quería disfrutar de su vida. Ahora, ella, que nunca había querido colocar música, para no desorganizarle las cosas a su marido, empezaba a escuchar canciones. Oscar la acompañaba cuando podía, y juntos reían.

–Mijo, como que te abrí los ojos de vaca; ahora que me acuerdo, ¿qué fue eso del otro día, de estar escuchando reproches ajenos? Pero bueno, ya era hora de que reemplazaras al hombre de la casa, ¡carajo!– Con ese amor maternal, lo peinaba y él le correspondía con su abrazo afectuoso. – ¿Qué estará haciendo tu hermana ahora?

–Ay, mamá, usted la conoce, estudiando y rezando para que el tiempo pase rápidamente y pueda volver a estar con nosotros. Se fue, pero yo la siento aquí, mi Elina, como la extraño.– Se abrazaron nuevamente.

–Ay mijo, ¿sabe qué? tomémonos unas frías.

–Mamita, ¿usted en esas? – Oscar no lo podía creer, pero sin atreverse a contrariarla, se fue rapidito a la tienda de don Floro a comprarse cuatro cervezas.

De verdad que su mamá quería verlo ya hombre, pues era la primera vez que se iba a tomar una cerveza y nada más y nada menos que con ella misma, como dos amigos. ¡Oh, si Elina estuviera ahí, tampoco lo creería! Ese era su día más feliz. Cuánto dolor había sacado su mami de su pecho el otro día, cuánta penitencia había tenido que pagar por tanto amor durante tantos años, y él lo había escuchado todo. Qué contradicciones y qué cruces le imponía a uno, mi Diosito, pensó.

–¿Qué, mijo, lo dejaron solo?– le dijo don Floro extraño de que Oscar pidiera cerveza.

–No, señor, voy a tomar con mi mami; destápeme las de una, que no tenemos destapador en la casa, así será que nunca tomamos.

–Pero cómo cambian los tiempos, – Don Floro levantó sus manos. –¿doña Valentina tomando cerveza? Eso es bueno que de vez en cuando, se levante la falda porque yo la veo últimamente muy triste.

–¿Cierto, don Floro? Y yo voy a tomar con ella, ¿cómo le parece?

Oscar se llevó las cervezas, y los tres minutos que le duraba el trayecto a la casa le parecieron eternos. Al llegar, no vio a su mamá en la silla; entonces, corrió a llamarla, y cuando se percató, Valentina estaba acostada en el suelo.

–Ay, mijo, como que le voy a dañar la celebración, este corazón como que se fue en un tobogán hoy y está cansadito. Venga, vaya cámbieme esa cervecita, que se ve rica, por un vasito de agua con limón.

Oscar estaba desesperado y le dio el aguita que la calmó, y ella le pidió otro vaso. Don Floro, que no había resistido la curiosidad de pueblo, lo había seguido hasta la casa, y cinco minutos más tarde, acudió con el doctor, que le recetó mucho descanso y algunas pastillas.

–No las compre, mijo, yo lo hago luego. – Pero sabía que no lo haría, pues su mal ya estaba muy avanzado, así que el aguita y su buen estado de ánimo la mejorarían por ahora.

Luego de agradecerle al doctor y a don Floro por su oportuna ayuda, le dijo a Oscar que ese

día, le tocaba cocinar a él porque Bernarda estaba en su colegio.

—Mami, pero no te me vas a morir como mi papito, ¿cierto?

—No, mijo, — lo tranquilizó ella. —Recuerda lo que dice el cura, que las mujeres vivimos más que los hombres; además, mi papá me crió con buena leche, sopas nutritivas, frutas y mucha verdura, así que aquí habrá Valentina pa' rato.

—¿No me mientes, mami? — le respondió Oscar, sin saber dónde poner sus manos. —Cuidado le duele algo y se me muere, dígame la verdad, porfa. ¿yo con qué le salgo a Elinita, si me dejó cuidándola y todo.

—Que no, mijo, estas recaídas ya las he tenido, aunque sola, pero por mucho tiempo. Además, ¿se nos volvió sordo, o fue que no escuchó al doctor? Vaya ponga las cervezas en la nevera y llame a su novia, para que no se nos quede la celebración empezada.

Al verla dar esas indicaciones tan precisas, su hijo no dudó un momento en su buen estado. Ana Camila, aunque preocupada, le ayudó con la comida del día y compartió las cervezas. Esa tarde hablaron como dos horas, recordando cosas y maldades de Oscar cuando estaba niño. Él, aunque un poco acomplejado con su novia, no podía evitar reír cada vez que su madre traía a colación algo, que él había hecho.

—Ay, hija, y figúrese que para un diciembre, no recuerdo de qué año exactamente, no tenía yo qué darle de regalo, entonces fié un jabón Yardley en la tienda del difunto Macario, que me costó un ojo de la cara. Y este novio suyo se me ofendió porque le pareció poquito y ¿cómo le parece que cogió el jabón, lo envolvió y me lo devolvió nuevamente?

—¡Mami, por favor!

—Gracias, suegrita, ya sé qué es lo que no le puedo regalar. —comentó Ana Camila, sobándole la cabeza, mientras madre e hijo se abrazaron, riendo.

Así continuaron hasta que su madre ya estaba muy cansada y decidió irse a dormir. Oscar se acostó con ella esa noche, chequeándola cada media hora y ya al siguiente día, le volvió el alma al cuerpo al verla resplandeciente y con mucha energía. Tres días después, volvió a su universidad, habiendo recobrado la paz de ver a su madre recuperada de ese triste incidente.

Sin embargo, esta efímera mejoría solo se convertiría en un suspiro en el vasto océano del tiempo, pues la salud de Valentina, esa musa de la perseverancia y del servicio a otros, continuaba desvaneciéndose entre las sombras del ineludible destino. La tos, cual danza furtiva, pretendía ser un mero eco del viento, acusando al invisible ventilador de encubrir la realidad de su enfermedad con la fachada de un resfriado persistente. Las infecciones, como sombras en la penumbra, eran combatidas con mentol, pero cuando su voz, ese tesoro melódico, aunque tímida y suave, que solía llenar los rincones de su hogar, se desvaneció en un susurro apagado, comprendió que la danza tocaba su última melodía.

Las espirales de la agonía se entrelazaron con los suspiros que ya no podía expresar, y los esputos con tintes carmesí se convirtieron en la cruel señal de que la muerte, sigilosa y persistente, acechaba en las sombras. Con la imposibilidad de pronunciar palabras de consuelo a su amada Elina a través del teléfono, Valentina decidió tejer su último acto de amor en tinta y papel.

Con el aroma reconfortante de la canela impregnando el aire, Valentina, acompañada de su confidente Bernarda, se sumergió en la creación de una carta destinada a ser un faro de amor en los días venideros de su ausencia. Entre líneas que acariciaban el papel con la misma ternura, que solía prodigar a sus seres queridos, desenterró de dentro de los ladrillos de un aposento no terminado, un tesoro oculto: un poema que había creado con amor y coraje para los quince años de su adorada hija. Un regalo que, por culpa de no haberle podido organizar su fiesta de

quinceañera, o quizás, por prudencia, nunca se atrevió a entregarle.

Si tan solo Valentina hubiera sabido que cada palabra, impregnada de sus emociones más puras, se convertiría en el eco eterno de su presencia en el mundo de Elina. Cada línea, un lazo invisible entre dos almas entrelazadas por la eternidad. La carta, el poema y, más significativo aún, su corazón, se convertirían en el legado indeleble de una mujer abnegada, que desafió al tiempo con su amor incondicional.



14. Mensajes a Olegario

Desde la lejana Londres, Elina mantenía viva la conexión con sus suegros a través de las llamadas telefónicas regulares. Al principio, luego de un intercambio de palabras con Génesis, quien sólo parecía contestarle por educación, cruzaba con su suegro algunas palabras formales; luego, le ponían a Olegario al teléfono, y ella le contaba, detalladamente, lo que había hecho.

—Amor, espero que estés bien,— le expresaba con un cariño, que resistía la distancia. —Mi perezoso preferido, durmiendo mientras tu amada está trabajando y estudiando. No, eso no es justo. Pero bueno, cuando te recuperes, cambiarán los papeles y me tomaré mis domingos de descanso. Como penitencia, vas a tener que prepararme mi cafecito y desayunito en la cama. Así quedaremos a la par. Por cierto, el clima en Inglaterra es tan cambiante; estos días ha hecho demasiado frío y casi siempre llueve. ¿Te imaginas que me he vuelto más cafetera, que mi difunto padre? Seguro que me vas a ver muy cambiada cuando vuelva.

A través de estos monólogos telefónicos, Elina intentaba acercar los kilómetros que los separaban, compartiendo su vida cotidiana y manteniendo viva la llama del amor, incluso en medio de la distancia y las diferencias culturales.

En otro día cargado de tensiones, Génesis, desbordada por la desesperación, abandonó la cordialidad y se atrevió a recriminarle a su ausencia:

—¿Eso es todo lo que decía querer a mi hijo? Nosotros sí que nos equivocamos con usted, con dejarla entrar en la familia, qué evasiva nos resultó.

A pesar de ser consciente del dolor de su suegra, no pudo evitar sufrir al escuchar estas palabras, especialmente después de toda la devoción que le había mostrado. Por más que tratara de explicar su decisión de mudarse a Inglaterra con Olegario, sabía que su suegra nunca la perdonaría por haberse ido.

Sra. Génesis, usted me conoce muy bien, incluso más que mi propia madre. Sabe quién soy y de qué familia vengo. Por favor, no me excluya de sus afectos. Tomé la decisión de venir a Inglaterra junto con Olegario mucho antes, y él siempre me pidió que no abandonara mis proyectos. Además, regresaré pronto, y juntas lo cuidaremos.

—Yo lo sé, pero Olegario se me está consumiendo, y ahora, con su ausencia, temo que no querrá regresar. —le recibió una aromática a Olivier. —Vuelvo a repetir que, si lo quería tanto como decía, nunca me lo habría dejado. Pareciera que no tiene alma.

Estas últimas palabras resultaron insoportables, especialmente, viniendo de alguien que había experimentado todas las dificultades de su relación con Olivier durante la famosa Dieta del Pan. Elina se encontraba sin saber cómo responder. Consideró la opción de colgar la llamada, pero, de repente, escuchó a sus propios labios pronunciar palabras impulsivas.

—Mire, señora, con Olegario nos propusimos unas metas que no descansaré hasta cumplir. No significa que lo haya dejado de adorar. De hecho, le juro que, si tuviera el don de la ubicuidad, iría de vez en cuando a verlo, para mantenerla contenta a usted. Pero todavía soy una simple mortal que...— Antes de que pudiera terminar la frase o suavizar esas palabras, sintió el sonido brusco de la desconexión, como un hacha que le arrancaba el corazón.

—Mijo, ya por este lado no hay nada que hacer. Inglaterra la volvió sarcástica y burlona; ya la perdimos y toca resignarnos, a quedarnos solos con nuestro hijo.

Olivier la abrazó en ese momento, frunció sus cejas y miró al horizonte.

Ese mismo día, el exalcalde decidió viajar a Salazar para encontrar respuestas a este cambio drástico en su nuera. Allí, tuvo una larga conversación con Valentina, quien en ese momento recibía la visita de su cuñada Maruja, que había tenido salida esos días. Olivier las puso al tanto de la respuesta de Elina y del dolor de su esposa.

—Pues, por algún momento, pensé que ya había encontrado un nuevo amor. Sea como sea, parece que Elina es ahora otra persona, cambiada por una nueva vida, que seguramente la deslumbró y la hizo olvidarse de mi hijo—, lamentó el exalcalde.

A pesar de las explicaciones de Valentina, la decepción de Olivier parecía inmensa y no escuchaba razones.

—Mire, ¿sabe qué? Con el respeto que usted se merece, díglele a Elina que eso es mejor, que se ahorre sus libras para otras cosas, porque mi esposa va a cambiar el número.

Estas palabras confirmaban los temores previos de Valentina de que Génesis mostraría finalmente su verdadera actitud.

—Ay, Maruja, que bueno que haya venido. —expresó Valentina, toda desilusionada y no teniendo con quién desahogarse, le contó sobre su anterior visita de Olivier—. Yo sí sabía que tanta bondad de esa señora para con Elinita no podía ser posible. Es que me parece estar escuchando la voz de la señora Génesis, convenciendo a su marido de que mi hija ya no lo quiere.

—Haga bien las cosas, no le diga nada a mi sobrina. — Maruja le aconsejó, dando por sentado que esta visita ponía fin a las relaciones entre las dos familias. —Sabrá Dios si está pasando por momentos difíciles allá; no perturbemos sus estudios.

Valentina agradeció este consejo, pues, tras la muerte de su hermano y el intento de homicidio, Maruja parecía estar arrepentida.

Pasaron días y en la mansión De La Roche se respiraba un aire triste y funesto. Génesis contemplaba los cuidados de la enfermera y solo miraba al vacío, como si quisiera encontrar algún consuelo en la completa inmersión de sus pensamientos y recuerdos. Había descansado, al menos, de tener que darle más evasivas a Elina, para no tener que contestarle.

Olivier, por su parte, se pasaba las horas leyendo la prensa y tomando tinto, parecía no tener cabeza para los números.

—Domingo, hoy no; cuando la alegría nos vuelva a visitar, entonces, le prometemos una visita larga, para adelantar cartilla y de paso, las cuentas.

De vez en cuando, invitaba a Génesis a caminar para alejarla de tanta tristeza, pero casi siempre ella lo rechazaba; parecería que la familia De La Roche estuviera sufriendo de una reacción alérgica a la felicidad, que no quería, siquiera, tocarles a su puerta.

Débora, por otro lado, parecía estar recuperándose. Queriendo tantear el terreno y sin sentir la más leve culpabilidad, visitó a Maruja en la cárcel, para obtener noticias de Elina.

—Ay, hija, es mejor que recapacitemos, vivir de rencores es como un entierro en vida. Esto me le costó la muerte a Barbie.

Esta actitud cambiante, que le recordó a Bárbara, la hizo sonreír maquiavélicamente. Sabía que tenía que darle donde más le doliera para recuperarla.

—Pues no sé, doña Maruja, porque Barbarita siempre se sintió degradada ante tanta prepotencia de su prima. ¿Cómo le parece que volvió a humillarla frente a sus compañeros, cuando ella vino a recibir clases de orientación universitaria? Seguro que no le contó para no afanarla. Es que figúrese que...

Su recuento de la humillación repleta de exageraciones fue la estocada final para urdir sus

intrigas.

—Pues, yo ya quisiera salir de esto, pero bueno... si de algo te sirve...—

Débora estuvo tan feliz con la noticia de la mala racha entre las dos familias, que fue una de las pocas veces en que puso atención, sin necesidad de simularlo. Pronto utilizó su dinero para comprar la colaboración de la señorita de Telecom en su barrio, y abrió una nueva línea de teléfono a su nombre con el número antiguo de los De la Roche. Así, pudo enterarse paso a paso de lo que hacía la pueblerina. Nunca le respondía, simplemente dejaba que el contestador hiciera su trabajo de grabar toda su conversación.

—Qué ridícula esta pueblerina—. se decía Débora cada vez, que escuchaba el contestador.

Un día en que su maldad volvió a reemplazar su primer tinto de la mañana, le escribió una carta a Génesis, firmando por Elina, y poniéndole al sobre, estampillas inglesas de colección, en la que le decía que se había cansado de esperar a Olegario y que se casaría pronto con un inglés.

—En realidad, sólo me enamoré de una ilusión y ahora me doy cuenta que mi vida siempre estuvo aquí en Europa, rodeada de gente que sí vale la pena y que son dignos de mi amistad.

Olivier, temiendo una recaída de su esposa, decidió guardar la carta en su biblioteca y todo confundido, se desahogó hablándole a su hijo.

—Hijo, el amor te ha tratado muy mal. No sólo Débora logró engañarnos a todos, sino que ahora también Elina te ha abandonado.

El rostro de Olegario parecía haber dado un pequeño movimiento, que Olivier creyó confundir con su emoción.

—Por tu bien y el nuestro, Ole, ¡déjala ir! Donde quiera que estés, no guardes más esperanzas porque ella ya te olvidó... nos olvidó a todos.

Elina, por su parte, confiaba en que al menos le pondrían el mensaje a Olegario y continuaba realizando sus llamadas semanales. Le parecía muy triste pensar que Génesis, que había sido tan crucial en su relación, apoyándola cuando muchos le hubieran dado la espalda, la encontrara ahora tan inhóspita. “¿Será que ellos me escuchan?” Se preguntaba. “¿O será la enfermera la que le pone la bocina a Olegario?” Pero no le importaba, pues desde que él la escuchara, todo estaba bien. Además, nada ganaría con insistir, tendría que dejar que el tiempo sanara esa herida y así, decidió no llamar por un tiempo.

Una tarde que salió del curso y decidió caminar de Tottenham Court Road a Picadilly Circus, vio varias filas de personas en varios teléfonos públicos, cosa que no era muy común, porque había muchos teléfonos en la zona. Al acercarse, se dio cuenta de que algunos de ellos habían quedado directos y que se podía llamar gratis introduciendo una moneda de cincuenta peniques. Hizo la cola, marcó y parecía que nadie estaba en la casa, volvió a marcar y recibió una horrible sorpresa.

—Hola Pueblerina, parece que pudiste conocer la civilización. Me alegro, y espero que no se hayan congelado tus greñas.

Elina había ignorado sus comentarios hirientes y le había preguntado por la señora Génesis.

—¿Pero, hasta cuando vas a entender? Tú ya tuviste tu cuarto de hora con la gente de clase, y no lo supiste aprovechar; al contrario, mataste al regalito de la casa y se te fue el golpe de suerte. Así que por favor, no vuelvas a intentar llamar, nuevamente, porque no te voy a pasar a nadie, reconoce que volviste a perder. Te tengo que decir Arrivederci, querida amiga, porque figúrate que me voy de compras con otra amiguís, mi querida suegrita.

Las últimas palabras de esta víbora, pronunciadas con mucha autoridad, le quedaron sonando;

se imaginaba, entonces, que el aislamiento y la soledad de Génesis la habían vuelto débil y vulnerable a la maldad, situación que la muy astuta Débora había aprovechado para pasar de ser una "persona non grata" a usurparle su puesto.

En ese momento, quedó sola en la fila y podría haber marcado a su casa gratis. Sin embargo, estaba tan deprimida que su expresión de desencanto la hacía parecer una sonámbula, y lo que menos le importaba era el dinero que se iba a ahorrar. Caminó desde Leicester Square a Covent Garden, dejándose empujar por los transeúntes que se apresuraban en medio de la congestión para tomar el metro. Aunque no quería dejarse afectar tanto, la presencia de Débora en la casa de los De la Roche la seguía mortificando.

—¿Dios, por qué no me enseñaste a ser más tolerante? ¿Por qué le tuve que responder con las palabras de doña Efigenia a la señora Génesis?

Pero sabía que llegado el caso, procedería de la misma manera, porque estaba cansada de ponerse en los zapatos de otros para intentar justificar sus actitudes. ¡Oh, cuánto deseaba que Olegario despertara, para que las cosas volvieran a ser como antes! Sin embargo, un nuevo temor se apoderó de su ser. ¿Qué pasaría si al despertar, perdiera la memoria y encontrara a Débora en vez de ella? ¿Aprendería a quererla nuevamente? ¿Sería que hasta a Olivier se le había olvidado todo lo que había hecho y la cachetada de Génesis?

Pero por ahora, no era mucho lo que podía hacer, estando tan lejos. Y sin embargo, no era una persona, que se contentara con simplemente vivir de supuestos. Así que, luego de pensarlo tantas veces, volvió a la cola del teléfono y marcó nuevamente el número de Olegario. Y de nuevo, se encontró con la voz de Débora.

—¿Pero qué no entendiste? Ya no haces falta en esta casa. Cuando Olegario se recupere, nos casaremos; bueno, si se recupera, porque yo lo veo más del otro lado que de este. Consíguete alguien de por allá y que hable español, porque no creo que hayas aprendido nada con tu poca inteligencia. Yo te lo dije, conmigo no se juega, y no llares más que estamos en terapia, y el fisioterapeuta está como bueno. ¡Hasta nunca, Pueblerina!

Se devolvió a Piccadilly y se sentó en las gradas de la estatua de Eros, sumida en un desafío, tratando de atar cabos para poder entender la situación. Con Génesis involucrada, todo era posible, y su madre nuevamente había tenido razón en desconfiar de ella.

—Ay, Eros,— se dijo mientras contemplaba la estatua, recordando las enseñanzas mitológicas. —Qué bueno sería que toda la mitología griega se convirtiera en realidad, para hacer un ameno paseo por el Olimpo y recordar tus pasadas acciones. Te haría ofrendas para que vengaras la injusticia y no permitieras que mi Olegario se enamorara de nadie más, pues nos pertenecemos. Además, te dedicaría la naturaleza erótica de nuestro juramento, para que nos dejaras controlar nuestros destinos. Esperaría que nos ayudaras a poder amarnos como antes y tener nuestro hogar soñado. Pero, ¿qué hacer si así como el Olimpo me es inaccesible, también lo es su presencia y no puedo estar a su lado ahora, velando su sueño y protegiéndolo contra todo cambio de destino?

Se volvió a abotonar la chaqueta para soportar el frío, especulando sobre las necesidades de Olegario; sabía que no necesitaría comodidad, pues tendría la misma enfermera. ¿Y qué tal, si lo que más deseara fuera agua? Se detuvo entonces en la parada de un semáforo y miró su reloj, que marcaba ya las 3 y cuarto; comprendía entonces la rapidez de la gente por llegar a su casa y el no querer hablarle a nadie, pues en invierno, se oscurecía demasiado temprano, y los lugares parecían tristes y lúgubres.

—Oh, tesoro desconocido para muchos de ustedes,— recordaba las enseñanzas aprendidas del libro de Diego. —si supieran el poderoso efecto del agua en nuestra salud, vivirían tomando el líquidopreciado.— Pero al menos, ella lo había aprendido aquí, lejos, y como nunca era tarde, ya

se encargaría de sanarlo con este milagro de Dios.

No, ella no quería escuchar los consejos de sus amigos, que la incitaban a darse otra oportunidad con Diego, como insistía Patricia. ¿Cómo explicarles que ella creía en ese bello despertar de su conciencia, que solo había tenido un pequeño paréntesis? En la biblioteca de Archway, había encontrado un libro muy interesante sobre el control del pensamiento en el sueño, donde se hablaba de que Mozart, el compositor austriaco, había aprendido a encontrar en sus sueños, las melodías que necesitaba para escribir sus composiciones. En su caso, quería realizar un viaje astral y visitar el estado de coma de su amado, para encontrarse con sus pensamientos y verlo en su mundo tan irreal. En ese espacio tendría muy buen entrenamiento, pues se había soñado la mitad de su vida. Para ello, se entrenaba cada día en sus sueños, despierta y dormida, o justo, como le había aconsejado Diego, recordando a su amado fuertemente, cada vez que sentía quedarse profunda; invitaba a su mente recuerdos de sus pláticas, canciones dedicadas mutuamente y ansiedades vividas.

Sus esfuerzos fueron compensados en la madrugada de un miércoles, en que, profunda en sus sueños, pudo abrir la puerta y entrar al presente recóndito de Olegario. Y así, en la claridad de su apartamento, lo había visto en una montaña y, con una hambruna de amor que no podía apaciguar. Aunque había harta gente, su sed de encontrarlo le producía un aura del color de la roja pasión, que se veía a leguas. Al notar su presencia, él dibujó una sonrisa en sus labios. Se veía regio, como si ninguna pena lo azotara y con el embalaje de un carro, cero kilómetros. Con su mirada de puma, le había dado la luz verde para que lo siguiera. Sin embargo, al intentar correr hacia él, este le había puesto una barrera entre los dos. Parecía controlarlo todo, y no tuvo más remedio que voltear llorando, para disponerse a volver a su cuerpo. Sorpresivamente, él la había sujetado por el hombro y le había dicho: “Yo sé que me has esperado impacientemente al irte, así como yo te espero pacientemente al regresar.” Esa imagen le resolvió su interrogante sobre la mitología, y con esas palabras tan sabias, su amado se convertía en el octavo sabio griego. Al despertar, tuvo la seguridad más grande de su vida, sabía que Olegario no moriría, y que a su regreso, despertaría para continuar su vida juntos.

En los senderos de la existencia, donde la incertidumbre solía danzar con la sombra de las decisiones, ya no existía la confusión. Estos caminos, que una vez se entrelazaron en una encrucijada, ahora se extendían nítidos y diáfanos. No había necesidad de buscar más respuestas, pues al final de la senda, resplandecía él, su príncipe Olegario, presente en sus sueños y en su despertar. Él, el enigma y la resolución, la esencia de todos sus anhelos y la clave para desentrañar los misterios de su corazón.

En el rincón más profundo de un sueño, donde la sabiduría superaba las fronteras de lo cotidiano, una revelación la embargó. La certeza, tan firme como el latir del alma, le dictó que su destino yacía junto a él, un destino tejido en las estrellas y forjado en el crisol de sus amores.

Ante esta epifanía transcendental, Elina supo que la etapa en tierras extranjeras había alcanzado su punto final. Con determinación, detuvo el compás de sus clases y trazó su retorno a la tierra que la vio nacer, a la majestuosa Colombia, que albergaba sus sueños más preciados. Como un viajero decidido, adquirió el tiquete que la conduciría de vuelta a casa, con la firme convicción de enfrentar los desafíos y luchar por la unión que el destino le tenía reservada junto a su amado Olegario.



15. *Su regreso a Colombia*

En el transcurso de su viaje de retorno, entre la carga emocional por su madre y la anticipación del desafío que le aguardaba con Olegario, Elina había trazado meticulosamente los planes para iniciar el proceso de sanación de su amado. Los libros de Diego Camilo se convertían en guías valiosas, y sus maletas, ahora repletas de mapas codificados con colores, delineaban estrategias para abordar la complejidad de los traumatismos cerebrales.

Consciente del peligro que acechaba, sabía que el tiempo se convertía en un aliado crucial. Había aprendido que la demora en el estado vegetativo de un paciente comatoso podría llevar, en última instancia, a la pérdida irreversible.

Las nubes que se vislumbraban por la ventana del avión evocaron recuerdos de su infancia, específicamente de su animé japonés favorito, Heidi. La imagen de la protagonista saltando de nube en nube cobró un significado especial para ella, anhelando encontrar a Olegario en una de esas nubes, envuelto en un sueño que pudiera transformar en realidad.

Mientras otros miraban películas o preferían dormir, la salazareña reflexionaba sobre lo irónico que le resultaba que la vida de su amado ahora reposara en un profundo sueño. La pregunta sobre qué experimentaría él en su coma profundo rondaba su mente. ¿Sería un lienzo blanco, una oscuridad vacía o un gris indefinido? Aunque antes de su enfermedad, creyeron invencibles los sueños que compartieron con los ojos abiertos, su estado actual parecía un territorio inexplorado y sombrío, donde la esperanza se desvanecía con cada silencioso latido. Y sin embargo, estaba decidida a desafiar la penumbra y restaurar la luz en los ojos cerrados de su amado.

—Nadie es profeta en su tierra", le había dicho Belkirene en una ocasión, y esas palabras habían sido parte del estímulo que la impulsó a marcharse, agradeciendo esa decisión en el presente. Había saciado su sed de conocimiento y diversidad con el firme propósito de convertirse en un agente de cambio, deseosa de contribuir positivamente en su país. Las estaciones en el camino del saber habían sido variadas, aprendiendo la lengua de Shakespeare y sumergiéndose en el arte, para perfeccionarse como profesional.

Aunque era halagador saber que, con el dominio del inglés y algunos años más de estancia en Londres, podría optar por la ciudadanía británica y vivir en condiciones económicas más favorables, no deseaba exiliarse, temerosa del mal de la nostalgia. Siempre tuvo claro que regresaría para buscar sus raíces, pues en su país tenía lo que más valoraba, algo que Olivier no había entendido. Nunca podría cambiar lo que solo existía en su terruño, y ahora, con una perspectiva más clara, apreciaba la bella Colombia y la contribución que podía hacer en su propio hogar.

Al aterrizar en suelo colombiano, como en su primer viaje, revivió el cálido aplauso unánime de los pasajeros. Alguna vez, le habían preguntado sobre la peculiar costumbre:

—He oído que la gente aplaude al llegar, cuando vuelan de otro continente a su país.

—Es la alegría de mi gente al volver a nuestras tierras. — En lugar de sentirse como un fenómeno extraño, respondió con orgullo. —Salimos principalmente por necesidad al extranjero, buscando mejorar nuestra situación económica, aprender idiomas o, a veces, explorar; pero cuando regresamos y sentimos la cercanía de nuestro terruño, una sensación más fuerte que cualquier turbulencia nos invade. —Se enjugó una lágrima de nostalgia. —Lo hacemos de forma

espontánea, con una fuerza que emana del alma, porque mi Diosito, en su eterna generosidad, nos ha concedido el regalo de volver al lugar donde nacimos. Nos imaginamos disfrutando de una avenida, un cafécito caliente, o saboreando un buñuelo, un tamal, o degustando unas obleas con arequipe, mientras contemplamos los colores de nuestro tricolor en motos, escobas, y anuncios, porque no podríamos estar más orgullosos de ser colombianos. Interiorizamos ese aplauso también, al admirar nuestros variados paisajes cuando viajamos por carretera, al son de vallenatos, joropos, cumbias, porros y salsa.

“Hermanita, por lo que más quiera, apenas llegue a Cúcuta, véngase para el pueblo de una, y yo luego le cuento.” Le había dicho Corita y esta inusual insistencia le hacía imaginar que algo malo había sucedido; esperaba que no se tratara de su mami pues no se perdonaría, que como con su papá, le hubiera ocurrido algo y ella no hubiera estado presente. A Olegario le llegaba el turno de esperar un poco, pues aunque quería verlo inmediatamente, sabía que estaba bien cuidado y que si había esperado tanto tiempo, un fin de semana más, se pasaría rápidamente. Por ahora, no tenía tiempo ni de pensar en la diferencia horaria, y sólo se le veía golpearse levemente el muslo, mientras se subía a su conexión Bogotá-Cúcuta.

Afortunadamente, la espera no fue prolongada; los nervios del primer vuelo se disiparon. Durante el corto trayecto local, sus pensamientos tristes fueron remplazados por la animada charla de un trío de amigos cercanos. Uno de ellos, víctima reciente de la aterradora moda de extorsión en Bogotá, conocida como "la llamada millonaria", compartió su experiencia. Los ladrones realizaban un estudio minucioso de la familia antes de actuar, llamando a algún pariente y mintiendo con nombres reales sobre la situación ficticia de un ser querido en la cárcel o el hospital. Las víctimas, amenazadas de muerte si informaban a la policía, se veían obligadas a consignar grandes sumas de dinero, sin poder buscar asesoría alguna.

En el bullicioso terminal de buses de Cúcuta, una pordiosera se le acercó, solicitando ayuda monetaria. Absorta en sus pensamientos y abrumada por el estrés, ni siquiera tuvo tiempo de buscar unas monedas o de responderle. La mujer persistió en su seguimiento.

—Si tiene miedo, compre un perro—. espetó con desdén.

Pensó que seguir ese consejo no cuadraba con sus planes. En ese momento, lo último que necesitaba era un perro, y con todas esas maletas, lo imprescindible era conseguir un tiquete de la Trasán para Salazar.

Cuando el bus partió, notó cambios significativos en el paisaje que solía conocer. Las casas familiares, donde solía ver a una abuela disfrutando de la tranquilidad, leyendo la urbanidad de Carreño en su mecedora de madera sólida, habían sido reemplazadas por mesas y sillas de plástico, con un letrero que anunciaba tentadoras opciones gastronómicas: chuzos, huevos cocidos y mute los domingos. La transformación del lugar resonaba en la nueva estampa, y Elina reflexionaba sobre cómo el tiempo había dejado su huella, incluso en los rincones más familiares de su querido Cúcuta.

La ecléctica selección musical, que iba desde vallenatos hasta temas tropicales y canciones para planchar, colocada por el chofer del bus, la sumergió en una nostálgica atmósfera, que la transportó directamente a su tierra. Conversando con algunos capitalinos que compartían el viaje, escuchó comentarios sobre Cúcuta como un buen vivero. Sin embargo, las sombras del progreso oscurecían el panorama.

—Lo malo es que aquí no hay industria. Aunque han llegado muchos del interior, las importaciones venezolanas han cerrado algunos negocios locales, especialmente en la industria de ropa y calzado. Tanto así que se las llevaron a Bucaramanga, autoproclamada como la ciudad del calzado—, lamentaron ellos.

Esta noticia entristeció a Elina, recordando la historias de su suegro en ‘el Gol de Colombia’, describiendo a artesanos locales innovadores con estilos de zapatos, que prometían causar sensación. Se imaginaba que Olivier, un soñador del progreso, debía estar sumamente apesadumbrado. Si bien él aspiraba a que el desarrollo de la ciudad se convirtiera en una oportunidad para erradicar la pobreza en algunos barrios desfavorecidos, según otros pasajeros, la realidad no era tan próspera como se esperaba.

El bus hizo una parada en Santiago, y Elina observó cómo las ventas de arepas, pollo y huevos cocidos, calentadas por el foco de la vitrina, seguían siendo populares entre sus paisanos. Al bajar, el aroma de la comida y el humo de cigarrillo impregnaron el interior del autobús, sumiendo a los pasajeros en un cóctel sensorial de sabores y olores, que los conectaba aún más con la esencia de su tierra.

Al llegar a Salazar de las Palmas, notó que varias cosas habían cambiado en su pueblo. La ubicación de la parada de la Trasán, por ejemplo; el bus la dejó justo frente a la catedral de San Pablo en lugar de cerca de la capilla como era costumbre. Incluso en las ventas de chuzos y perros calientes, no lograba distinguir a algunos de los vendedores. A pesar de los cambios, una figura permanecía constante: Doña Carlota, la reina del chisme ambulante con su habilidad incansable para indagar en la vida de los demás, la reconoció desde lejos y se apresuró a saludarla; como tantas veces antes, mezcló su habitual admiración con una sutil dosis de hipocresía.

–Yelo – la saludó Carlota y se quedó con la boca abierta, esperando la respuesta de Elina. – ¿no oyó? La saludé en inglés.

–Ah, qué pena, doña Carlota. ¡Hello!

–No, así no es; es “Yelo”. Me lo enseñó Juanita, mi hija. No aprendió, pero nada, ¿no?, lástima la platica.

–Si, lástima. –Elina solo le sonrió tímidamente.

–Ay, Elinita, ahora sí en español, porque me canso. Usted, linda, como siempre... para qué, igualita de bella. Esto... nada que envejece, más sabia, sí, eso se le ve. – y siguió su camino hacia el palacio, volteándose para no perderla de vista.

–Tan raro, no me trajo ningún chisme. –Elina no se pudo aguantar –. Doña Carlota, pues yo ya sabía lo del "yelo", pero qué bien, que me lo recordó. Siempre es bueno aprender de las expertas en idiomas. – comentó, mientras una pequeña sonrisa acompañó su camino hacia casa, pensando que, en cuestión de minutos, su interlocutora desataría su lengua viperina en comentarios sobre su ropa, su rostro y cualquier cosa que hubiera podido espiar.

Sin preocuparse por las posibles críticas, siguió su camino, con la única preocupación en su mente: su madre. Lidiando con su voluminosa maleta y bolso, casi corría por la calle de donde Pedro Torrado, ya que una inquietante premonición le apretaba la garganta y sentía que su corazón amenazaba con romperse en pedazos con cada persona a la que saludaba.

La puerta de su casa estaba entreabierta, y al entrar, Elina se encontró con Oscar y Bernarda, con el rosario en mano, arrodillados y rezando fervorosamente por su madre. Al sentir su llegada, los ojos de Valentina se abrieron, y unas lágrimas, mezcla de angustia y felicidad le brotaron de sus pupilas. Elina apenas pudo contener su dolor al verla ya consumida, con el rostro marcado por las cicatrices y los cabellos más blancos de lo que recordaba hace un año. Aquella figura ya no le recordaba a la hermosa señora, que ella había dejado atrás.

Al mirar a su hermano, entendió que su madre estaba llegando al final de su camino, y cualquier intento de hablar o escucharla sería en vano. Sin pronunciar una palabra, la abrazó con ternura, buscando darle fuerzas, mientras las lágrimas copiosas de ambas se mezclaban en un

dolor agudo, que ahogaba sus suspiros. El lenguaje que había sido su medio de comunicación durante tanto tiempo las engañaba de nuevo, evitándoles la oportunidad de expresar sus pensamientos, incluso en los últimos momentos de la vida de Valentina.

A diferencia del accidente de Olegario, las lágrimas ya no se acumulaban tímidamente en el rincón de los párpados de Corita, sino que se deslizaban con confianza por su rostro. Al verlo en ese estado, Elina se mordió los labios, recordando cómo había malinterpretado su sabia discreción la última vez que viajó. Por segunda vez, Corita no le había contado nada por teléfono, ahorrándole la sensación de inutilidad a tantos kilómetros de distancia.

Con su cabello largo, que estaba a la moda, parecía haberse entrenado en su ausencia para proporcionarle la seguridad que tanto extrañaba de Olegario y que tanto le había faltado en Europa. Se le veía más responsable, comprensivo y, encima, sus cuidados para los funerales de su madre la dejarían perpleja. Ya se lo imaginaba manejando las formalidades del entierro con cabeza fría, algo que, en estos momentos, agradecía, ya que no tenía cabeza para ocuparse de nada. Incluso había traído al Trío Cínera y les había pedido que interpretaran "Dos Claveles" de Tito Cortés, una elección que la hacía sentirse sin brújula, desorientada ante el inminente mar de desesperación, que sabía le provocaría ver a Olegario.

—Ay, hija, yo no me atreví a decírselo,— le dijo Carlota. —la vi tan linda en el parque, que no quise dañarle el momento de su llegada. Pero yo sí sabía que su madre linda sólo estaba esperando verla, para cerrar los ojos y no volver a despertar. Y luego, como había ensayado tanto para darle la sorpresa y saludarla en inglés. Me salió bien, ¿sí o no, Elinita?

—Pues sí, perfecto, doña Carlota, y yo le agradezco ese reencuentro, pues me ha proporcionado mucha paz.

Y aunque nunca pensó que se dejaría consolar por esta doñita, la abrazó y lloró como nunca.

—Y pensar,— le dijo entre sollosos. —que, a pesar de su vida llena de vacíos y ausencias, la expresión de paz y serenidad, en su rostro, la acompañaron hasta sus últimos suspiros.

—Llore hija, llore, para que salga todo ese dolor.

Entre la multitud, que había llegado para ofrecer sus condolencias, Oscar esperaba el momento propicio para entregarle la carta, que su madre le había escrito, y que él no pudo evitar leer. Así que preparó un café bien fuerte, con mucho limón, y le pidió que la leyera de una vez.

—También le escribió un poema para sus quince años, pero por temor a que papá la ridiculizara, nunca se lo entregó y lo escondió para cuando usted le diera una nieta y se lo pudiera pasar — añadió Oscar, entregándole la carta.

“Elinita, siempre quise poder hacerle la fiesta de quince años, que tanto la tenía ilusionada, pero desgraciadamente, la situación tan mala en la que vivimos le impedía a su papá organizar algo digno de usted. Yo hubiera querido celebrársela de la forma en que lo hizo su abuelo; que usted entrara en coche de calabaza y que su papá le cambiara los zapatos de niña por las zapatillas de mujer. Pero mire, tuvo que contentarse con esos zapatos horribles que le dejó su tía.” Elina reía llorando al recordar lo frágil que era en esos tiempos de su adolescencia. “Ay, hija, incluso le propuse que hiciéramos una pequeña reunión, pero él, tan orgulloso, se negó porque no tenía para ofrecerle whisky a los invitados. ‘Yo no voy a ser el hazmerreír del pueblo; queda prohibido hablar de eso en esta casa.’ Y yo, hija, de pendeja, me dejé cuentear y no hice nada.” Oscar le sobaba la espalda mientras ella se mordía los labios. “Espero, hija, no haya pensado que era porque no la queríamos; en mi mente, así como cuando usted soñaba, yo me hice imágenes de su fiesta y la vivía en las noches al acostarme. Ahí la veía bailando el waltz en el club, con su papá y con su hermano, toda vestida de rosado y con unas zapatillas finas, con

pedrería, que la hacían ver mucho más alta y elegante. Ay, mijita, como le contará Oscar, yo pronto me voy a ir. Le ruego a la virgencita, para que ustedes se me casen bien. Yo siento que su Olegario se va a despertar algún día, y como ya va a ser, más de un año, cuando usted regrese, tengo esa intuición de mamá, que ustedes van a recobrar la felicidad. Y por lo que he visto y sentido en su aura, sé que él la va a proteger, como hasta ahora, y eso me hace descansar.

Cuando lea esto, me la imagino toda bella, uy, y hablando inglés. Mi Elinita, yo no supe ser la madre más dulce, la que usted merecía, pero no cometa mi error de vivir resentida con su papá por todo esto, porque ya se fue y ya pronto, me uniré yo a él. Fuimos los dos, con su dureza y mi falta de carácter, lo que no nos permitió demostrarle todo ese amor; yo vivía como en un hermetismo, toda vacía, con una veleta que apuntaba siempre hacia el ocaso. Fui una pendeja, tratando de ocultar esa alegría, que ustedes me trajeron, con cada triunfo en su colegio, en su crecimiento, en su triunfo en el pueblo, con todas las cestas en el colegio. Es su deber ahora, como hermana mayor de Osquitar, de cuidármelo; estoy segura que por allá, usted debió encontrarse aves de rapiña como Débora, su prima y su tía, dispuestas a hacer cosas a escondidas, para beneficiarse de otros. El también, como usted, es muy noble e ingenuo y podía caer presa de la maldad de otros. Démele consejos y que sólo se concentre en hacer bien su trabajo, porque por lo que he visto, va a ser un gran enfermero.

Ay, hija, yo se lo traté de decir la última vez; su andar recto inspira envidia y celos, entre los que se creen menos que usted, y siempre van a estar muy pendientes de lo que haga, para caerle; porque usted, con sus capacidades, les representa una amenaza y eso, talvez, lo viva siempre. Ay hija, la inteligencia se paga fuerte y así como Juan Salvador Gaviota, está usted condenada a ser una vanguardista y... al odio de muchos, por querer cambiar el mundo. Sepa vivir y con una sonrisa, ignore sus trampas, pero eso sí, nunca les reclame nada porque sólo conseguirá darles importancia y alimentar su ego; abra bien los ojos y recuerde lo que le dijo el cura a su tía: "¡Dios lo ve todo!" y él es el que les va a cobrar después, nosotros no podemos ser jueces de nadie. Así que nunca dramatice el odio, ni la rabia que le inspiran esas personas y estas situaciones de su vida; simplemente, aléjese discretamente de ellas, incluso si el no denunciarlos, le parezca ahora un contrasentido; no trate de entenderlo, ni le busque cinco patas al gato, que no las tiene.

No me voy a alargar pues ya, hasta el sentarme me cansa mucho. Aquí le dejo una poesía que le había escrito en sus quince años, pero por razones poco importantes ahora, nunca se la pude entregar. Haga caso omiso a mis frases que incluyen el futuro, pues desafortunadamente, por esas cosas que la virgencita nos tiene reservadas, no los voy a poder acompañar. Esté donde esté, trataré de cuidarla a usted, a Oscar y a mis nietos. Nos vemos en las fiestas de cada año, de su cumpleaños, de navidad, del día de la madre y del padre, vendré a husmear un poco y verlos desde lejos, y créeme que no me faltará un cuerpo para unirme a la celebración. Y bueno... ya el corazón no puede escribir más. La quiero mucho.

Para mi bella **Elina**:

Al nacer, eras nuestra princesa bella,
Al crecer, nuestra reina muy hermosa,
Hoy, te conservas, cual centelleante estrella,
Toda una fresca y primorosa rosa.
En tus sueños de crisálida, siempre aspiras,
Con tu tierna curiosidad, a ser mariposa,

Te pintas los labios, el cabello estiras,
Sin saber, que al natural, te ves más hermosa.
Ay Elina, qué bella e inteligente eres,
Ser tu madre ha sido, mi mayor satisfacción
Eres única entre todas las mujeres,
Lo tienes todo, belleza y corazón.
Quiero, en oración, pedirle al mundo
Que te conserve así, tan inocente y pura,
Pero es inútil, y sé, muy en lo profundo,
Que intentar cambiar el destino, no tiene cura.
Algún día, te irás de nuestro lado,
A conquistar del mundo, toda su ciencia,
Satisfecha estoy, de haber en ti sembrado,
Buenos principios y una buena conciencia.
Cuando crezcas, sabrás que es sólo apariencia,
Eso de querer madurar y ser adulto,
Pues el mundo te tiñe con su violencia,
Nunca desfallezcas, ante tanto tumulto.
El gusanito del amor, aún no ha sembrado,
En tu corazón, la flecha de Cupido,
Más un día, tu sueño acelerado,
La temperatura de tu alma, habrá subido.
No afanes, con rapidez, ese momento,
Sé sabia y espéralo en tu ventana,
Y si acaso, falla un primer intento,
Poco importa, pues siempre, habrá un mañana.
Luego, la vida te hará madre,
Y sabrás perdonar nuestros errores,
Si Dios quiere, junto con tu padre,
Llenaremos a tus hijos, de mil amores.
Cuando ya mi caminar se vuelva lerdo,
Y tú hayas hecho tu vida de mujer,
Recuerda que al irme, sólo yo pierdo,
Pues querré, desde donde esté, volverte a ver.
Si muero primero, lleva flores al camposanto,
Y con mis nietos, entona una bella canción,
Pero visítame con sonrisas, más no con llanto,
Que sólo quepa alegría, en tu corazón.”

Con todo mi amor,
Tu madre, **Valentina**.

Elina, conversando con Oscar, quien se había recostado a su lado como cuando eran niños, volvió a leer y releer el poema.

—Mami parecía haber conocido, de antemano, todo mi recorrido, pues aquí veo yo resumido mi ciclo de vida y, aparte de que todavía no tengo hijos, el resto de vaticinios ya se cumplieron.

La oyó su hermano decir y reprocharse por haber estado tanto tiempo por fuera.

–No se atormente, hermanita; incluso si se hubiera quedado, mi mamá no nos hubiera comentado sobre su enfermedad, y usted con sus estudios y lo del cuñado, pues no hubiera tenido cabeza–, le dijo Oscar, tratando de consolarla.

–Sí, Corita, tienes razón.

Aunque estos escritos la habían puesto muy sensible, su mutuo abrazo y la lectura de la carta valían más que toda una estadía en Colombia.

Siempre consideró natural que las madres conocieran los secretos más recónditos de sus hijas, pero los momentos de acercamiento entre ellas habían sido muy efímeros y ahora, a través de este mensaje escrito, parecían haber compensado tanta distancia con una empatía donde sobraban las palabras. Había momentos en los que la imaginaba cruzando ese túnel del que tanto se hablaba; hubiera querido retenerla, pedirle que regresara, para que pronto volvieran a ser felices.

Tomando varios sorbos de café, que maximizaban esa sensación amarga en su estómago, vio a su hermano quedarse dormido, con la boca abierta. Tomando el álbum familiar, intentaba conectar con su madre en sus sueños, para ver su después, pero por más que lo intentaba, lo que veía era su antes; escenas en las que había sentido su ausencia, creyendo que no la amaba lo suficiente y que no la había apoyado como ella esperaba.

–...la dureza de tu padre y mi falta de carácter–, lo intentó ahora con su carta. –Pero si nosotros siempre lo supimos, ¿por qué tenías que sacrificarte tanto, mami?– Ese grito despertó a Oscar, quien la abrazó fuertemente.

–No le reclames que ella vivió en una pena constante–, y empezó a narrarle, palabra por palabra, lo que había escuchado el día en que Valentina había leído los poemas de Pablo Neruda.

–Mami, fuiste una santa, y yo que creí que eras una dura, igual que mi papá. Perdóname, mamita, perdóname.

La expresión de tranquilidad de su madre en la foto parecía reflejar que los estaba escuchando, que estas lágrimas no eran en vano y que ella se había podido ir en paz. Su padre, en cambio, parecía enervado, quizás, porque siempre había pensado que sonreírle a una cámara era una pendejada.

–Te aseguro, Corita, que, si al doctor Jairo se le hubiera dado por hacernos un estudio psicoanalítico, habría mucho más chance de que se produjera un Complejo de Edipo, que uno de Electra–, le dijo Elina y ahora era Oscar el que asentía con la cabeza.

Él siempre se había sentido muy cerca de su madre, le contaba algunas cosas que hubiera preferido discutir con el señor de la casa, pero casi siempre lo había encontrado muy espeso. Elina, aunque quería mucho a su padre, había terminado teniéndole miedo, especialmente después de que los había sorprendido con Olegario.

Con el caos de los recuerdos lejanos, un vacío empezó nuevamente a marchitarle el alma, al darse cuenta de que, aunque no de palabra, su madre siempre había estado para ella, y no al contrario. Su rostro empezó a reflejar una luz opaca de tristeza, y con los ojos arrasados de lágrimas, quería abrazarla y decirle que la amaba, que ahora más que nunca necesitaba esa compenetración y esa amistad.

–Mami, si en algún momento fui grosera, nunca fue mi intención, sino la inmadurez del momento, porque nunca dejé de quererla –. expresó. Seguidamente, se odiaba a sí misma por no haberla buscado más. –Corita, al menos usted sí pudo oírla y decirle cuánto la quería. No expresé en vida mis sentimientos, por no tener la facilidad de palabra de los amigos de cacería de papito, que con el pretexto de haberse tomado unas cuantas cervezas, terminaban diciendo que estimaban a todo el mundo –. Ahora tomó la foto nuevamente. – Mami, te amo y te necesito: me

hubiera gustado que me hubieras esperado para empezar nuestra amistad; sepa y entienda que sufro por la injusticia en que vivió.

Oscar le dio un beso en la mejilla, y ella lo tomó maternalmente del brazo.

—Corita, vamos a hacer lo que nos pidió mamita; ahora que usted está en la capital, busquemos la manera de vivir juntos y nos vamos a cuidar mucho mutuamente. Terminemos nuestros estudios y seamos unos excelentes profesionales para demostrarle a ella y a mi papi que sus esfuerzos no fueron en vano —. propuso Elina.

—Claro que sí, me hubiera gustado que la hubiera visto ese día, parecía una chiquilla, hasta me dijo que nos tomáramos unas frías.

—¿Mi mamá en esas? ¡Ay Diosssss! ¿Verdad? — Elina parecía reír llorando. El pensar que se había perdido el mejor día de la vida de su madre aumentaba su agonía.

—Si hasta don Floro no lo creía, pensó que yo le estaba diciendo mentiras y me siguió hasta la casa. La hubiera visto.

—No importa, Corita, usted lo vivió por mí, y somos una misma persona, así que estoy feliz de haberlo presenciado también yo.

Ya el padre y algunos vecinos habían llegado para empezar a preparar los funerales. Elina había tenido que llamar a don Olivier para contarle todo, y él, aunque les había mandado una inmensa corona, no había hecho acto de presencia. Cosa que no era rara para ella, pues sabía que todavía no la perdonaban, y menos ahora, que todo era tan confuso, con Débora habiendo recuperado su lugar en la familia. No tenía cabeza para pensar en nada más, que no fuera darle a su madre un entierro digno de un ángel y un velorio acorde a su vida tan sacrificada y tan sufrida. Las amigas que había hecho durante el campeonato y durante la construcción del ancianato vinieron a darle el sentido pésame, mostrándose muy amables y ayudando en todo oportunamente. Ellas, dirigidas por Oscar, se ocuparon de la decoración, hicieron todas las vueltas en el cementerio y ultimaron los detalles de la misa y de los rezos del velorio.

Las hermanitas Delgado, guiadas por una de las enfermeras del ancianato, habían venido a visitarla, para mostrar su respeto a la memoria de la señora Valentina. Inés, aunque caminaba cojita, ya había recuperado su movimiento y la capacidad del habla.

—Lo sentimos mucho, Elinita. Nos tiene que ir a ver, uno de estos días, para que nos cuente todo lo que hizo por allá.

—Y lo que piensa hacer ahora—. agregó Ofelia.

Sus voces fueron música para sus oídos, pues, al voltear, experimentó tal alegría al ver a Inesita que, en medio de su dolor, le había dado un abrazo muy afectuoso, con ese amor que siempre les había prodigado. Cuánto confort y cuánta paz le daban, así que les prometió visitarlas, luego que volviera de arreglar todo en Cúcuta.

En el velorio, Elina estuvo acompañada por la mayoría de la gente del pueblo, quienes estaban al tanto del estado de su novio y la encomendaban mucho, para que la virgencita le devolviera a su amado.

—Elina, acepte estas pruebas con amor y pronto será recompensada —. fueron las palabras de Irma, ahora bien vestida y peinada, acompañada del brazo de Esmeraldo, con quien se veía dichosa.

Según le habían comentado, nunca se apartaban el uno del otro y ambos habían recobrado el amor a la vida.

—Siempre le estaremos agradecidos por habernos unido. Pronto nos casaremos —. le dijo Esmeraldo al devolverse para darle el pésame.

Irma, que ya se imaginaba de qué se trataba, lo estremeció con un empujón y no osaba mirarla

a la cara.

–Este no es el momento, Pechocho, mira que... –

–Prométanme que si lo resuelven, – la interrumpió Elina. – yo seré la madrina –. les pidió ella.

–Claro que sí, mi campeona. Bueno, y alístese para ser madrina de varios hijos –. le dijo Esmeraldo. –El cura ahora está obsesionado con prohibir la píldora anticonceptiva, así que como que nos quiere hacer procrear como curies.

Con otro empujón de Irma y la risa tímida de Esmeraldo se despidieron y desde ese día, eran los primeros en llegar a los rezos de su madre.

Ahora, con los funerales concluidos, Elina se preparaba para regresar a Cúcuta, anhelando que le permitieran retomar su vida al lado de Olegario. Sin embargo, su mente estaba plagada de interrogantes que agitaban su imaginación. La imagen de Débora se infiltraba en cada rincón de sus pensamientos, una presencia que hubiera preferido borrar de su existencia. Pero la realidad era innegable, y sabía que era mejor enfrentarla de una vez por todas. El temor ya no tenía cabida en su vida, y estaba decidida a confrontar cualquier desafío, que se interpusiera en su camino. Un nuevo capítulo se abría ante ella, repleto de incertidumbre y secretos que amenazaban con desvelarse en cada paso que diera.



16. *Su mayor desafío*

Su regreso desde tierras inglesas no solo significaba la carga del dolor por la reciente pérdida de su madre, sino también la anticipación de los desafíos, que le aguardaban al tener que defender la promesa de un amor inquebrantable. La ansiedad se entrelazaba con la determinación férrea y la valentía necesaria para enfrentar la tormenta que se avecinaba. Aunque casi un año había transcurrido, Olegario continuaba en estado de coma, y el tiempo, como un tejedor invisible, había ido entretejiendo cambios y distancias que amenazaban la estabilidad de su relación.

La incertidumbre sobre cómo sería recibida por los suegros se cernía sobre ella, pero su determinación brillaba con más fuerza que nunca. Estaba convencida de que su lugar era al lado de su amado, y estaba preparada para luchar por su amor, enfrentándose a las adversidades que se interpusieran en su camino.

La sombra de Débora se cernía igualmente sobre el horizonte, pero no estaba dispuesta a soportar más rechazos. El amor que sentía por Olegario la hacía sentirse más fuerte y segura que antes. Estaba decidida a superar cualquier obstáculo que se presentara en su camino, ya fuera enfrentándose a su suegra, Génesis, con una actitud de guerra, o a la dura rival que creyó ingenuamente, ya se había quitado del medio.

Con la certeza de que su amor sería el bálsamo para el corazón de Olegario, se preparaba para cualquier escenario. La tarea de convencer a Génesis, una mujer que la veía como la culpable del estado de su hijo, no sería fácil. Las conversaciones telefónicas previas no habían sido alentadoras, y Elina estaba consciente de que tendría que abordar la situación con tacto y paciencia. Ante la perspectiva de un enfrentamiento con Débora, se armaba de valor. Su determinación se reflejaba en sus ojos decididos y en la fuerza de sus palabras, para no permitirle que invadiera más su territorio.

Sin embargo, al llegar a la casa de los De la Roche, el no encontrar a quien ella tanto había anticipado, desarmó completamente su predisposición; pensó entonces que lo más adecuado era usar la discreción, y así tomó su primera resolución. Este no era el momento de mencionar nada sobre este asunto tan delicado, y consideró prudente esperar a que hubiera alguna señal de Débora para actuar.

—Lo siento muchísimo, Elina. — Olivier la saludó con el mismo cariño, como si el mensaje que hubiera dejado en su casa hubiera sido solamente un mal chiste. — Espero puedas recobrarte pronto de la muerte de tu madre.

Génesis igualmente le dio sus condolencias. Rápidamente y luego de las formalidades, Elina se dirigió a la habitación de Olegario. Ellos se quedaron callados, cada uno mirando hacia el suelo.

—Cosita, hay que aceptar que al menos siente afecto por nuestro hijo, y si no, ¿por qué volvió tan pronto pasó lo del velorio de doña Valentina? Se hubiera podido quedar por allá o llegar con el novio europeo; lo que no me parece raro, pues me imagino que pretendientes no le faltaron — insistió Olivier, brindándole una sonrisa que no mostraba sus dientes, sin cambiar la expresión de toda su cara, como solía suceder cuando verdaderamente sonreía. —Vuelvo y repito, si ya no lo quiere, no hubiera vuelto; no creo que el estar postrado en una cama le ofrezca el futuro promisorio de antes. O ¿no será que nunca existió el tal novio inglés?

Génesis parecía no escucharlo y continuaba erguida, acariciándose la barbilla. Olivier

interpretó sus movimientos y ahora sí, dejó ver su sonrisa completa, al comprender que sus palabras la habían tocado. Tomados de la mano, con el amor que siempre los caracterizó intacto, fresco y sólido, la pareja De la Roche se encaminó hacia la habitación de su hijo. A medida que se acercaban en silencio, no entendían por qué había tanto mutismo por parte de su nuera. Al asomar la cabeza por la puerta abierta, no podían imaginar que las reflexiones prudentes, que acababan de tener en sus cabezas eran poco comparadas con lo que estaban a punto de presenciar.

Génesis no tuvo tiempo para asimilar tantos sentimientos. Sus pupilas se dilataron al presenciar el milagro que se había producido. Quizás el roce de la mano de Elina, sus palabras dulces o las lágrimas que caían de su rostro al de su hijo lo habían sacado de ese mundo escondido. Su gesto inesperado era prueba de que el amor de Olegario por ella era eterno. En ese momento, tuvieron que admitir que su nuera era la misma persona, que habían conocido: la tierna e ingenua jovencita que logró que su Ole se liberara de casarse con una serpiente, aquella de nobles y generosos sentimientos, siempre dispuesta a ayudar en beneficio del prójimo.

Génesis la miraba nuevamente con ternura, y justo ahora, las palabras previas de su marido volvieron a tocarla, aunque con un efecto retardado;

–Ay Oli, tenías razón, regresó y no vino acompañada de nadie.

En este momento, pareció despertar de su letargo y no sabía si abrazar a su hijo o a su nuera. Entre sollozos, la tomó del brazo y sin poder soltarla, como si estuviera atraída hacia ella por un imán, le besaba la mano una y otra vez.

–Yo, en su lugar, doñita,– le dijo Elina, apenas conteniendo su emoción. –tal vez, hubiera hecho lo mismo, pero lo esencial es que todo haya quedado claro y juntas, vamos a despertar a nuestro Olegario de su largo sueño. Ya nos dio el primer paso, ¡y ahora a empezar, suegrita!

–Ya es hora entonces, Elina, que vuelvas a ocupar la habitación que habías abandonado,– le dijo Olivier, estrechando a su nuera y quitándose las gafas para limpiarse la humedad, que las lágrimas habían dejado en sus lentes.

–Morantes, por favor arrégglele las cosas a Elinita, que nuestra hija se vuelve a vivir con nosotros.

Con una botella de exquisito vino francés, brindaron por tantas razones en ese momento: el inesperado movimiento de Olegario, su emotivo reencuentro y la transformación del ambiente familiar en la mansión De la Roche. Elina, con su llegada, parecía haber arrojado la bolsa de la tristeza, para que el carro de la basura se la llevara, reinstaurando la alegría en el hogar. Olivier y Génesis, aunque se esforzaban por contener su efusividad debido al luto de Elina, apenas podían disimular la dicha que sentían por la movilidad de su hijo.

–Bueno, nuerita, y proméтанos que cada vez que nos sentemos todos a la mesa, nos irás contando, de a poquito, todo lo vivido en Europa. Seguro tendrás una gran cantidad de sucesos y anécdotas–, expresó Olivier.

–Ay, don Olivier, pero quedémonos solo con lo positivo. Aprendí muchísimo y nunca dejaré de agradecerle a la universidad por semejante oportunidad, sobre todo en ese período de mi vida tan lleno de zozobra–, respondió Elina, mientras brindaba con ellos.

El mutismo se apoderó de la sala, quizás guiado por la culpabilidad de sus suegros por no haber sido comprensivos cuando ella más los necesitaba.

–Claro que sí, Reina, cerremos las puertas del pasado y miremos solo hacia el presente y el futuro. – Finalmente habló Génesis, mirando a Elina a los ojos, aclarando todo. –Ahora que Olegario ha vuelto, todo en nuestra familia serán éxitos y alegrías .

–Brindemos por ello–, exclamó Elina con una sonrisa que revelaba la recuperación de parte de

su felicidad, y ahora, su preocupación era prácticamente inexistente.

Había comprendido que su suegra no la había traicionado; Débora era simplemente un fantasma inventado con alguna artimaña, y ya no valía la pena indagar más al respecto.

—Ay, señora Génesis, cuánta falta me hacía usted. No sabe lo que significa para mí, que me vuelva a aceptar.

Esta vez era Elina quien abrazaba con todo el cariño y afecto que siempre le había prodigado, agradeciéndole por haber sido el hada madrina de su amor. Primero, la había salvado de su compromiso con Matías, y luego, no desaprovechaba oportunidad para reunirlos, aunque Olegario no se lo dijera, sabía que ella había sido la artífice de tantos encuentros furtivos.

Génesis, en cuanto pudo, consultó al doctor y le informó sobre los recientes acontecimientos en la salud de su hijo. El doctor Pedro Mauricio, aunque aún se mostraba sorprendido, les advirtió que no se hicieran muchas ilusiones. Explicó que a veces, los pacientes podían realizar movimientos mecánicos, como reflejos de parpadeo, pero sin tener ninguna percepción personal, ni conciencia de su entorno. Este tipo de respuestas podían ser meramente automáticas, sin una verdadera evolución.

A pesar de su cautela, semanas atrás, el doctor también había notado algo peculiar en Olegario, como si estuviera luchando por despertar. Sin embargo, para evitar generar falsas expectativas, consultó con algunos de sus colegas antes de compartir esta observación con la familia. Génesis, en lugar de desanimarse, encontró motivación en estas palabras. Con esperanza y valentía, desafió orgullosamente la opinión del doctor, sin importarle sus creencias médicas convencionales.

Sirviéndole un jugo de carambola, que Morantes le había traído, Génesis compartió rápidamente la historia de Olegario y Elina con el médico.

—Pues, señora, es realmente conmovedor todo esto, aunque debo decir que no soy muy creyente—, comentó él. —Pero no me vea tan intransigente, mi padre siempre me enseñó que el amor y la fe pueden producir eventos, que nosotros no podremos explicar. Si esto es lo que estamos observando, le sugiero que los casen de una vez, porque esta situación es prodigiosa para la vida de su hijo.

Guiado, quizás, por esa misma fuerza de fe que emanaba de Génesis, el médico sabía que era urgente informarle a Elina sobre el estado actual de Olegario y los tratamientos realizados. Aunque albergaba la esperanza de que no fuera necesario recurrir a la sonda nasogástrica para asegurar su nutrición, sus convicciones médicas le recordaban la necesidad de considerar todas las opciones.

Hasta ahora, Olegario había respondido positivamente al tratamiento de infecciones, especialmente de la neumonía, una de las principales amenazas para pacientes en su estado. También había recibido un informe favorable sobre los ejercicios realizados para prevenir contracturas musculares. A pesar de estos avances, el médico se encontraba atrapado en sus creencias arraigadas en la práctica médica convencional, lo que lo llevaba a cuestionar la posibilidad de que todo lo ocurrido hasta ahora no fuera más que un espasmo, o una respuesta automática del cuerpo.

Elina, cumpliendo la promesa hecha a su hermano y a su madre, pidió a sus suegros que le dejaran quedar a Oscar en la casa.

—Ay, Hermosa, lo que quieras, —le contestó Olivier, radiante de felicidad —, y qué más pedir, sino que se nos llene la mansión de más familia, antes de que nos traiga nietos.

Dos lágrimas brotaron de los ojos de Elina mientras se abalanzaba hacia Olivier, abrazándolo como nunca antes lo había hecho, y él la recibió como si fuera su propia hija. Génesis,

igualmente emocionada, solicitó a Morantes que les tomara una foto a todos junto a Olegario.

—Porque nos reiremos de esto cuando mi hijo despierte—, agregó.

Oscar, visiblemente conmovido, intentó hablar tres veces, pero al no encontrar palabras, decidió sentarse. Elina, con gestos, le indicó que este era el momento para agradecerles y reiterar su fuerte compromiso con los cuidados de Olegario. Afortunadamente, Génesis, recuperando sus funciones perceptivas, le dio un golpe en la espalda.

—Estamos dichosos, pues con lo poco que hemos visto de este proyecto de enfermero, ya tenemos confianza en sus cuidados. Oscar, te dejamos a nuestro hijo con los ojos cerrados—, afirmó Génesis.

En la foto, Elina sonreía al comprender que habían captado el compromiso tácito de su hermano, y esta celebración no era para menos. De esta manera, la situación de Corita, su hermano, se compuso. Lo que ahorra en comida y habitación lo invertirá en el pago de su matrícula y sus necesidades cotidianas. Olivier le asignó un salario semanal fijo para ayudarlo, y sabiendo que su amigo Pedro Mauricio ya lo había instruido en ejercicios de estimulación, Oscar los realizaba con una seriedad asombrosa. Motivado por su hermana, decidió comenzar a escribir un diario con las respuestas de su paciente. Este trabajo sería utilizado para su posterior tesis de grado, que sería aclamada como un trabajo intelectual original y exhaustivo, complementado con otros experimentos en tesis y libros que había encontrado en la biblioteca.

Con el paso de los meses, Elina empezaba a reorganizar su vida. En la mansión De la Roche, reinaba la felicidad, y poco a poco, compartía con sus suegros y su hermano sus experiencias en Europa. Olivier se sentía extasiado y esto animaba a Génesis.

—Ay, Reina, nunca me alcanzarán los días para pedirte perdón por lo que llegamos a pensar, pero es que, después de leer esa carta tan destructora, ¿quién no? —. expresó Génesis.

—¿Qué carta, suegrita? —, preguntó Elina.

—No le hagas caso—, intervino Olivier. —Eso como que hay que olvidarlo, supongo que fue un mal momento.

—¡No, esperen! no quiero más malentendidos en mi vida. ¿de qué carta están hablando ustedes?.

—Morantes, porfa. —indicó Olivier.

—No, pues suegrita, créame desde el fondo de mi corazón que antes, estoy sorprendida de que todavía me hayan dejado entrar a la mansión—. Elina no podía creer que Débora hubiera triunfado nuevamente. —¿Qué tal yo cambiar a mi Olegario?

Aunque se sentía muy mal por haber dudado de sus suegros, experimentaba una alegría inmensa al comprobar que las artimañas de Débora no habían vuelto a cambiar su destino.

—¿Pero, por qué caí otra vez? —, se preguntaba, sabiendo que Débora no era un pozo de sinceridad.

—Caímos, hermosa, y nosotros creyéndola arrepentida después de todo. ¿sí o no, Cosita? —, exclamó Olivier, —No le bastó el accidente, la muerte de su amiga, ni quedar en silla de ruedas.

—Ay, cariño, no sabes nada de las mujeres, todo eso es poco, para alguien que no ha aprendido la lección—, comentó Génesis.

—Sí, tristemente, suegrita—, concluyó Elina, —no pudo evolucionar y se quedó en su constante telaraña de mentiras.

Con las cosas aclaradas, todos se sentían más a gusto y con la misma confianza que reinaba, cuando se organizó el desfile de carrozas. Elina aprovechó entonces para regresar a Salazar y visitar a las hermanitas Delgado, pero no solo a ellas; Inesita había creado tal expectación sobre

su visita que, en el teatro, se encontró con 30 ancianos ansiosos, con lapiceros en mano para tomar notas, esperando escuchar sobre sus experiencias en Europa. El alcalde, quien tuvo que soportar toda la charla para hablar con ella, le propuso alquilar su casa para convertirla en oficinas para ayudar a los ancianos de las veredas del municipio.

Su pregunta sobre el precio del alquiler la tomó por sorpresa.

–Si me arreglan el techo, para que no tenga que usar un balde cada vez que llueva, no les cobro un peso. La casa está bastante vieja ya.

–Al menos, déjenos hacerle esos arreglos, sí–. le dijo riéndose el nuevo alcalde.

–Es toda suya, pero pónganla bonita. – Su hermano la codeó jocosamente –.

–Ah, sí,... recuerden que es prestada, o les interpondré una demanda y se tendrán que representar a ustedes mismos–, respondió Elina al abogado del alcalde, quien admiró su ingenio.

–Oiga, a usted parece que le mezclaron arte con derecho por allá en Europa–. le dijo el abogado.

Decidieron derribar la casa por completo y construir un nuevo diseño, que sería una sorpresa para Elina.

–Será lo mínimo que podamos hacer para agradecerle tantos esfuerzos, campeona.

De vuelta en Cúcuta y tras veinte días marcados en el calendario, Elina se dio cuenta de que el inicio del nuevo semestre se acercaba, y junto con Oscar, tuvo que retomar los libros.

–Ay, Corita, qué dicha si nos vieran nuestros padres, pero bueno, desde el cielo, ellos nos protegen.

Notó que ahora los trabajos de arte le hablaban por sí solos, pues los veía con una visión completamente diferente después de haber visitado tantos museos y admirado las obras originales. Había grabado en su mente los comentarios de los guías. Sus participaciones en las clases aumentaron, no porque quisiera mostrarse como la sabionda de la clase, sino porque sus conocimientos asombraban a los profesores y enriquecían a sus compañeros en conocimiento.

La vicerrectora la buscó personalmente para pedirle el favor de dar charlas a los docentes y enseñarle un poco de inglés, ya que sus constantes viajes a Estados Unidos le exigían hacer presentaciones sobre la universidad. En consecuencia, su reputación seguía creciendo en la universidad, respaldada por las excelentes notas obtenidas en cada materia.

Se podría haber pensado que su amistad con Belkirene se habría desvanecido debido a la falta de comunicación durante el año en el extranjero. Afortunadamente, habían construido sólidas bases de respeto y mutua estima. Cada vez que coincidían en horarios, sus conversaciones retomaban la antigua chispa de sus tertulias pasadas. Su relación con Nicolás había salido a la luz, ya que Pecas le había dado un ultimátum y él no pudo resistirse. Así, Elina los llevó al Gol de Colombia, donde la presencia de Oscar ayudó a disimular un poco su timidez. Hablaban también sobre las materias que Elina estudiaría después, y Pecas le prestaba todos sus libros y apuntes. Gracias a sus hábitos de lectora empedernida, cuando comenzaba a cursar las materias, ya conocía la mitad de los contenidos.

Motivada por los elogios de otros profesores, la vicerrectora accedió a nombrarla monitora de grupo sin necesidad de concurso y a permitirle homologar algunas materias para acelerar su graduación.

–Gracias a su destacado desempeño, espero que considere quedarse con nosotros al graduarse, pues como le insinué hace ya año y medio, estamos muy interesados en tenerla como docente en la universidad. ¿Qué le parece?

No podía creer tanta generosidad, pero aceptó con felicidad. Aunque nunca había soñado con

esa posibilidad, sabía que era la oportunidad ideal para enriquecer sus conocimientos, ya que a los docentes los mantenían en constante formación. Los convenios con universidades en Estados Unidos significaban que habría muchas oportunidades para contrastar el arte norteamericano con el europeo, y esperaba que, para entonces, su amado Olegario hubiera despertado para disfrutar juntos de ese nuevo capítulo en sus vidas.

Poco a poco, Olegario comenzaba a responder a estímulos auditivos y trataba de localizar la voz. Génesis, mirando con picardía a Pedro Mauricio, parecía renacer cada vez que presenciaba un cambio.

—Definitivamente, el amor, que nunca se apaga, es la nueva respuesta a los estados de coma. Una buena hipótesis para mi tesis—, decía él, animando a Elina para que continuara con los diferentes ejercicios de estimulación para su novio.

—Pues, doctor, si no le importa, incluya a mi hermano, que ha estado tomando nota de las respuestas de Olegario.

—Eso haremos, pero me preocupa que pronto, estos pobres doctores como yo, nos vamos a quedar sin trabajo, porque habrá que admitirlo: ¡la fe mueve montañas!

—¡Y el amor, mundos!— le respondió Elina, mientras besaba tiernamente a su novio. —Así que lo que se necesita es una bella fusión de ciencia y fe, como solución para todos los males de este mundo. Y así, doc, conserva el trabajo.

El teléfono de la casa sonó, y el doctor, al ser llamado por Morantes, tuvo que salir de la habitación.

Olivier quiso premiar el buen estado de su esposa, organizando algunas salidas, pues la confianza que tenían en su nuera y en la curación de su hijo les abría una nueva esperanza en sus vidas. Génesis se sentía la mujer más feliz del mundo y, como queriendo imitar a su nuera en su gesto romántico, abrazó también a su esposo.

—Amor, cada vez, me doy cuenta de que nunca me equivoqué en prácticamente obstinarme, para que nuestro Ole lograra conquistar a Elinita, que a propósito, nos hizo sacar más de una cana, ¿no, mocosa?

A Elina le fascinaba encontrarla nuevamente en su estado positivo, lo cual le recordaba lo mágica que podía ser.

Al regresar, el rostro del doctor anunciaba por sí solo las buenas noticias que acababa de compartir.

—El siguiente paso es utilizar neuroimágenes para intentar ver qué zonas están más afectadas y así, poder tratarlas con células madre. —Las caras de Elina, Olivier y Génesis se iluminaron con esta posibilidad, mientras el doctor continuaba. — El objetivo es revitalizar el cerebro para que, en caso de inactividad, se puedan hacer las conexiones necesarias y lograr que Olegario vuelva a ejecutar sus movimientos básicos y responda a reflejos protectores.

—Me parece perfecto, Pedrito. Dime cómo procedemos—, interrumpió Olivier.

—Bien, el problema es que este aparato solo se consigue en Estados Unidos y el hospital no tiene los medios para adquirirlo. Pero mi colega del Erasmus va a organizar un seminario, en el que pretende convencer a otras instituciones de la capital para su adquisición.

Así que Olivier se puso a la orden para lo que fuera, y nuevamente, los abrazos de esperanza invadieron el recinto.

Elina comenzó entonces su rutina, tal como la había imaginado tantas veces en Londres. A su amado no le faltaría su gota de agua, así les pareciera a todos que Olegario no lo necesitaba. Poco a poco, empezó a mojarle los labios. Recordaba en su obstinación, cómo en el pasado

habían discutido sobre la cantidad de agua que Olegario consumía.

–Ya hasta pareces un camello, mi amor–, le decía cómicamente.

Otras veces, le preguntaba, también en tono jocoso, si el camello prefería agua o café. Olegario no dudaba un minuto en su respuesta, acompañándola de un discurso sobre la vitalidad del agua en nuestras vidas. Ahora, recordando las palabras de Diego Camilo, estaba segura de que este tesoro natural era el punto de partida para que él comenzara su camino de sanación.

No le comentó al doctor sobre este proceso, ya que sabía que muchos profesionales de la salud tenían poca fe en las curas naturales.

–Corita, si la gente supiera de los beneficios del agua, podrían dejar a más de una droguería en bancarrota; habría seguramente menos enfermos y muchos doctores se enfocarían hacia la Salud Ocupacional, o en algo que los devolviera a una oficina, para no afectar su salario–, comentó Elina.

Génesis le preguntó si no era mejor pedirle al doctor que le formulara algunos fármacos para agilizar su despertar.

–Confíe en mí, suegrita–, le respondió ella, creyendo sentir un pequeño salivar de Olegario.

–Con los ojos cerrados, hija.

–Gracias. Es que el agua nunca hace daño–, agregó, recordando a su profesora de Comportamiento y Salud en el colegio, quien predicaba que el cuerpo utilizaba cualquier exceso de agua en el organismo, para eliminar las células tóxicas.

Y no estaba errada, ya que es bien sabido que el consumo de agua ayuda al desarrollo del sistema sensorial. Así que, poco a poco, Olegario, para sorpresa del doctor, ya respondía a la voz de Elina y la buscaba en la habitación. Su paciente había pasado ahora de su estado comatoso, a un estado conocido como Baja Conciencia. En consecuencia, el doctor Pedro creyó conveniente empezar a poner a prueba las capacidades del muchacho. Ante la expectativa de sus padres y de su novia, empezó a desconectar algunos aparatos que le permitían ejecutar sus funciones vitales.

–Ese tallo encefálico lo que está es esperando que se le fuerce a trabajar.

Los gritos de Génesis, al sentir la respiración de su hijo por sí solo, parecían despertar el vecindario, y junto con Elina, saltaban como dos chiquillas de bachillerato.

Olegario parecía sentir esa alegría y se veía muy curioso, agitando sus ojos de arriba abajo, como si solo se hubiera dormido por un rato. Elina entonces lo llenaba de besos, al igual que su madre.

–Pero no me lo afixien tampoco–. salió a la defensiva un Olivier lloroso.

Sin embargo, esto no detuvo a su nuera, quien, como iluminada en esos momentos y sin esperar la autoridad del doctor, empezó a hacerle preguntas.

–Amor, te habla tu amada Elina; dime algo, si la respuesta es afirmativa, guiña los ojos una vez, y si es negativa, deja los ojos abiertos como señal de desacuerdo.

Olegario parecía entenderla, y el doctor, con los ojos que ya se le salían, se sentó en la cama, a los pies del paciente, a observar, maravillado, durante todo el procedimiento. Elina, con su corazón impaciente, le había preguntado.

–Mi amor, ¿cierto que tú me quieres mucho?

Él miraba al techo y titubeando un poco, cerró las pestañas. Todos entonces saltaban de alegría, y Oscar, que llegaba de la universidad, no entendía tanto alboroto, pero rápidamente se unió a la celebración.

–¿Amor, nosotros no hemos viajado juntos a Europa, cierto que no?

Olegario, con su mirada perdida, dejó los ojos abiertos. Más risas y saltos en esa habitación. El doctor miraba aún con cierta incredulidad, entonces Elina observando su mirada incrédula, le

varió la pregunta.

—¿Tu madre te acolita en todo lo que haces?— Y él, esta vez, con un proyecto de sonrisa, cerró los ojos.

—No puedo creerlo, Elina, me quito el sombrero, no sé si eres de este planeta, pero, muchacha, eres una verraca.

Y así, quedaba todo confirmado, Olegario había recobrado la conciencia. El doctor se desplomó en el mueble, al lado de Olivier, y luego contaría que no supo como se había levantado, ni había abrazado a Génesis, pues esto era algo que nunca había visto en toda su carrera profesional.

Elina, tomando nuevamente la iniciativa y presintiendo que su amor estaba cansado, había mandado a Oscar a traerle un vaso de agua. Y sin ningún aparato, le había dado algunas gotas a Olegario, y él con sus ojos que parecían hablar, no le podría estar más agradecido.

—Muchacha, nunca pararás de sorprenderme —, le dijo el doctor, mientras ordenaba algunas resonancias magnéticas funcionales.

Esa misma tarde volvió con buenas noticias.

—Señores, les comunico que ya no hay necesidad de traer el aparato costoso, ni de utilizar células muertas, pues los exámenes indican que el cerebro de Olegario parece responder perfectamente a la voz de su novia. Lo que sí, es que hay que brindarle una atención mucho más estrecha que antes, para monitorearlo, mientras recobra todas sus emociones y posteriormente sus movimientos.”

—Pedrito,— irrumpió Génesis, —¿y cuánto tiempo le tomará recuperar el control total de su cuerpo?

—En teoría, esto debería llevar al menos un año, pero con la competencia...— dijo, señalando a Elina con el dedo. —..podría ser menos, ¿o no, doctora Sanabria?

Ella sonrió primero y luego lanzó una mirada cómplice a Génesis, indicando que ese año no le entusiasmaba.

—Ay, doctor, deseo ver los cambios mucho antes, y siendo tan terca como soy, quiero sacarlo de esa convalecencia lo antes posible.

—Ya eres más De la Roche que todos nosotros, mi vida,— la abrazó Génesis.

—Corita, si alguien desarrolló estas técnicas y las aplicó con éxito, entonces yo las haré funcionar con Olegario.

Ahora, a sus lecturas en voz alta, les añadió terapia musical; con paciencia, le grabó un cassette con todas las canciones que habían compartido. "Toda Una Vida," de Antonio Machín, "Yo Soy Aquel," de Rafael, "Como Te Extraño," de Leodán, y otras letras que evocaban su amor. Al escucharlas, el rostro de Olegario reflejaba fascinación, como si estuviera reviviendo memorias, que se acomodaban en su corazón, y a Elina le urgía sacarlas de los archivos de la memoria.

Esta vez, pudo contar su rutina personalmente y todos estaban ansiosos de escuchar nuevamente lo que había hecho. Ella fue discreta, no mencionó nada sobre Diego Camilo; aunque el beso no pasó a mayores, no podía arriesgar la perfecta relación, que tenía con su suegra, ni renunciar al calor maternal que ella le ofrecía a su hermano.

—Pero bueno, ya basta de mí,— les dijo, al darse cuenta de que hasta Morantes y su esposa habían estado presentes en su charla. Ahora necesitaba enfoque, pues parecía que el rompecabezas de sus sueños se estaba armando por sí solo, y esto la animaba aún más.

Pasó algún tiempo y Elina continuaba repartiendo su atención entre los cuidados de su amor, las clases y las tutorías en la universidad. La estadía de Oscar en la casa de sus suegros le cayó de maravilla, ya que juntos se turnaban para atender a Olegario. Su hermano se convirtió en un experto en todas las técnicas, exponiendo diariamente al paciente a sus cuidados y experimentos, que le compartía Elina. Los suegros estaban encantados, ya que su hijo parecía estar luchando por despertar cada día más.

Génesis afirmaba haber visto a Olegario mover sus pestañas, y mencionó que hacía tres días, en la madrugada, lo había sorprendido, tratando de mover la mano. Sin embargo, no estaba completamente segura, ya que se quedó dormida y pudo haber confundido ese movimiento. En la siguiente visita, el doctor volvía a maravillarse, ya que las pruebas complementarias que le practicó daban pronósticos muy positivos. Había chequeado sus reflejos oculos-vestibulares y Olegario parecía estar empezando a responder con movimientos lentos, hasta que finalmente pudo controlar el movimiento de sus ojos.

Pero no fue hasta un 14 de noviembre, que Elina recibiría su más grande regalo; mientras le mojaba los labios con gotas de agua, escuchó a Olegario decir un poco atontado, pero despierto, "Ho-llla, cie-eee-loo." No podía creerlo y casi se lanzó de alegría encima de él.

–¡Suegraaaaaaa!– Inmediatamente, corrió hacia la puerta y gritó como una loca,

De vuelta en la habitación, saltó de nuevo a la cama, llenándolo de besos.

–¿Pero qué es esa gritería?– se escuchó desde afuera, y al entrar, la señora Génesis parecía haberse quedado petrificada de felicidad al ver que su hijo había regresado de su mundo tan recóndito.

–Oleeeee, Oliiiii.– Y ahora, parecían todos hablar un lenguaje tartajo.

La habitación se estremeció con tantos abrazos y besos que no paraban. Olegario lucía radiante, aún más joven y fresco, todo rosagante y lleno de vida. Todo fue celebración ese día, y Olivier había llegado con un mariachi a la casa, entonando canciones festivas.

–Fue en mi casa donde se inició el milagrito, y es aquí donde se debe finalizar–, le dijo Oliver al doctor, quien, optimista de que la recuperación de Olegario sería total, se trajo a un pequeño equipo profesional de Bogotá.

Este equipo estaría encargado de todo el proceso con la coordinación de Pedro Mauricio.

–Oscar, alístese que vamos a hacer esa investigación una realidad.

Así que, el personal del Gol de Colombia se trasladó ese día a la casa de los De la Roche para atender al equipo.

–Cuidado, no vayan a dejar mal atendido a uno de esos doctores; tenemos que comprometerlos, para que le brinden un servicio excepcional.

De esta manera, entre aperitivos, dos fisioterapeutas, algunos enfermeros y una terapeuta del lenguaje escucharon las instrucciones del doctor y los ruegos de un culto Olivier, que más que con los aperitivos, los había comprometido con su sentimiento de padre.

Con el pasar del tiempo, y tras muchas técnicas de rehabilitación, Olegario recuperaba su campo de visión y parecía ver todo con mayor claridad. Así mismo, recobraba sus fuerzas y hacía muchas preguntas, que Elina y su madre estaban felices de contestar.

–¿O sea que ya hablas inglés?

–Sí, mi amor, mejor que doña Débora. – respondió ella jocosamente y Génesis rió a carcajadas.

–¡Yelo! –dijo Olivier. –Esa fue la perla más grande, Elinita. Hijo, hay mucho que contarte.

Aunque el médico les había pedido que fueran discretos con la descripción de los eventos del accidente, Olegario no compartía este consejo, ya que él, más que nadie, quería que no se le ocultara nada, para poder recordarlo todo. Si algo tenía claro, era que ya no quería estar desconectado de nada; no quería tener secuelas en su memoria visual, ni auditiva para que su entrega a su nueva prometida fuera completa. Ella estaba muy feliz de hablarle de toda su experiencia, pero un año de tanto aprendizaje, sufrimientos y alegrías no se podía contar en un tiempo tan corto. Se paseaban largas horas en la casa, charlaban mientras tomaban el té, y conducidos por Oscar y Olivier, volvieron a su rinconcito en el malecón, donde desde el carro, se habían vuelto a jurar su amor eterno.

–Por lo menos, ya no soy un perrito faldero, sino un testigo presente. –dijo Oscar – Entonces, aquí fue, buscona, se salvó que no está papito.

–Sí, Corita, nuestro juramento físico–. le respondió ella, mientras los dos cuñados se abrazaban.

El doctor los reunió para decirles que era importante que la familia estuviera muy unida y que evitaran, ante todo, cualquier conflicto. Pero esas advertencias eran innecesarias, pues luego de sentir que su hijo se recuperaría, Génesis había enterrado todo el rencor, que había sentido por el viaje de su nuera.

–Te he extrañado mucho, amor, me has hecho mucha falta.

Olegario la miraba y ya empezaba a sonreír, pues afortunadamente, había recuperado gran parte de sus movimientos.

–Ay, Elinita, ¿será posible tanta felicidad?– le decía Génesis a su oído.

–Esta vez sí, suegrita, el doctor fue muy discreto en cuanto a las secuelas, pues nunca se sabe; pero mira que por la forma como Olegario sigue respondiendo a todos los ejercicios, nos va a quedar nuevecito.– La tranquilizaba Elina, tuteándola por primera vez.

Y era que los ejercicios se hacían cada vez más intensivos, y sus movimientos pequeños de músculos se iban transformando, poco a poco, en movimientos completos de los miembros inferiores y superiores, que eran recompensados por los aplausos animosos de la familia. Luego de un tiempo, ya se podía levantar y ayudarse de un caminador para dar sus primeros pasos, y cuando recuperó el equilibrio, todos celebraron nuevamente.

Muy discretamente, se le fue contando sobre el accidente y Olegario levantaba voluntariamente sus cejas; miraba tiernamente a Elina y su cara volvía, nuevamente, a llenarse de lágrimas, quizás por todo el tiempo que había perdido.

–Ay, amor, con lo jóvenes que somos, tendremos todo el tiempo del mundo para vivir lo que nos ha faltado, viajaremos como lo planeamos, y seremos muy felices.

No obstante, la preocupación de Olegario iba mucho más allá, pues no encontraba voces que pudieran apaciguar su tristeza, como le contaría a Elina un poco de tiempo después; su temor más grande era que ella le estuviera escondiendo alguna relación amorosa, pues era muy probable para él que, en Inglaterra, hubiera conocido a alguien, de quien se hubiera enamorado.

–¿Con qué tiempo, mi amor, si lo que hice fue trabajar para sobrevivir?– lo había calmado una cristalina Elina, quien no le había ocultado nada, ni siquiera el beso amigable y por despecho con Diego, para que no le quedaran dudas de que siempre había seguido el camino de la fidelidad, antes y después de su viaje a Europa.

Maruja, con una nueva actitud, estuvo feliz de poder limpiar la imagen de Bárbara, algo que su sobrina también recibió con agrado, todo gracias al remordimiento de Palomino. Al enterarse de la recuperación de Olegario y no pudiendo vivir con la intranquilidad de no poderse mirar al espejo, el delincuente buscó a Elina para contarle su hazaña pasada. Sus celos enfermizos lo habían hecho ignorar el arreglo del carburador, el favor que le había pedido su novia, y sin ninguna compasión, cortó los frenos al carro en el que iban los tres, provocando el fatal accidente. Él mismo se entregó a la policía y tuvo que pagar cadena perpetua.

–Tía, yo le pido disculpas porque siempre pensé que había sido Bárbara, en complicidad con Débora, las causantes del accidente.

–Pues, sobrina,– le dijo Maruja, con los ojos rojos. –yo no la culpo, pues yo también me equivoqué; creyendo que era usted, la que había contribuido a la muerte de mi Barbie, traté de cobrar justicia por mi propia cuenta, pero menos mal que el Señor, encarnado en el Padre Quintero, no dejó que sucedieran las cosas.

Olivier y Génesis fueron testigos de su redención, abrazándose con Elina, quien correspondió al gesto con gratitud. En ese emotivo momento, recordaron la lección de Valentina, que enseñaba la importancia de perdonar para encontrar la paz en nuestras almas.

Decidida a avanzar en sus estudios, Elina buscó la ayuda de profesores particulares y, finalmente, pudo completar su tesis. A punto de concluir, sentía una gran intriga por la milenaria civilización china, con su vasta historia que la cautivaba. Consideraba la posibilidad de ser voluntaria en el país del dragón antes de comenzar su carrera como docente, buscando una oportunidad única para sumergirse en una cultura tan diferente y enigmática.

Sin embargo, persuadir a sus suegros se tornaba en una tarea ardua, ya que anhelaban verla graduarse rápidamente para llevársela, junto a Olegario, a Rusia. La muerte de Valentina profundizó la preocupación de Olivier por sus padres, quienes parecían envejecer con cada día que pasaba. La pareja entonces acariciaba la idea de tenerlos cerca durante un tiempo, envolviéndolos en su amor y cuidado.

Para Elina, el destino no representaba un obstáculo; ya fuera en Rusia, China o incluso en el paraíso, esta vez no viajaría sola, pues sus sueños de romance se habían convertido en realidad y su príncipe era tan auténtico como siempre lo había soñado. La felicidad y la esperanza hacia un futuro repleto de nuevas experiencias, iluminado por la promesa de aventuras compartidas, marcaban el emocionante y vibrante final de su historia.



Sobre el autor



Franklin Cárdenas González, oriundo de Salazar de las Palmas, Norte de Santander, Colombia, recibió su Licenciatura en inglés-francés de la Universidad de Pamplona, Colombia; su Maestría en la Enseñanza del Inglés, de la Universidad de West London, Inglaterra y su Doctorado en Educación, de la UPEL, Venezuela. Adora escribir; trilingüe; en el ámbito literario, Franklin ha participado en campeonatos internacionales y mundiales de escritura. Entre sus obras se encuentran novelas como "Elina, Sueños de Romance: Un Recorrido de Amor por el Norte", así como una colección de cuentos titulada "Mis 40 Cuentos y otras Franklinadas".

Con un escrito sobre Capacitación Permanente, ganó la convocatoria de la 14 Conferencia Nacional de Enseñanza del Inglés, en la Universidad Javeriana, de Bogotá, auspiciada por el Consejo Británico y las más importantes universidades de Colombia. Ha publicado artículos sobre pedagogía en revistas de la UNAB y UPEL. Actualmente, reside en Bogotá, donde ejerce sus funciones de docente de inglés y examinador. Sus obras están disponibles en Amazon, igualmente en inglés:

Igualmente, cuenta con un blog de viajes, promocionando a Colombia y su otra pasión, viajar:
[.https://www.travelblog.org/Bloggers/Frankardenas/](https://www.travelblog.org/Bloggers/Frankardenas/)

Contacto: frankardenas@gmail.com 57-3123712513